



*Todas*  
**LAS FAMILIAS SON**  
**psicóticas**

Lectulandia

Los Drummond, de Canadá, son dos hermanos, una hermana, unos padres divorciados y una madrastra que, juntos, constituyen la familia más disfuncional que haya podido registrar la psiquiatría mundial.

La historia empieza cuando viajan todos juntos hasta Cabo Cañaveral para presenciar el lanzamiento del transbordador espacial. Sarah Drummond, la única hija aparentemente normal, es uno de los astronautas que viajara al espacio. Por una u otra causa, todos menos ella tienen motivos suficientes para convertirse en serios candidatos a una muerte prematura. El hermano mayor, Wade, descubre que es seropositivo, pero solo después de que una bala disparada por su padre le atravesase el hígado y se aloje en el esternón de su madre. La madrastra, Nickie, se ha acostado con Wade y eso, a juicio de su padre, bien vale un tiroteo. Nickie, claro, también se une al club de seropositivos. No contentos con sus propias desgracias, los Drummond se mezclan en una espeluznante aventura en la que un contrabandista con problemas cardíacos no sobrevivirá a Disneyworld y un farmacéutico multimillonario y excéntrico intentara hacerse con una carta robada del ataúd de la princesa Diana.

*Todas las familias son psicóticas* constituye un delirante paseo por el drama de la convivencia típica de nuestro siglo, pero Douglas Coupland ha sabido destilar en el límite de todas las situaciones tanto la miseria como la grandeza de sus personajes, la dignidad, en fin, que los hace humanos. He aquí la quintaesencia de nuestro siglo en una historia divertidísima y dura, violenta y tierna como pocas.

**Lectulandia**

Douglas Coupland

# **Todas las familias son psicóticas**

ePub r1.2

SoporAeternus & Polifemo7 06.03.15

Título original: *All Families Are Psychotic*

Douglas Coupland, 2001

Traducción: Bianca Southwood

Diseño de portada: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus & Polifemo7

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

En un sueño percibiste una manera de sobrevivir y de dicha te llenó.

JENNY HOLZER

Janet abrió los ojos... Por la ventana del motel vio cómo el fulgor prehistórico de Florida deslumbraba en la calle. El ladrido de un perro, el bocinazo de un coche, un hombre que cantaba el fragmento de una canción española. Tocó distraídamente la cicatriz que le había dejado la herida de bala en el costado izquierdo, justo debajo de las costillas, una cicatriz que se había cerrado de forma desigual, amorfa y dura, como un chicle pegado debajo de la mesa. Quién iba a decirle que la carne cicatrizaría de forma tan insulsa. *¿Y qué esperabas? ¿Una cicatriz en forma de bandera americana?*

Janet tenía la frente colorada. *Mis hijos... ¿Dónde estarán?* En cuestión de segundos situó geográficamente a sus tres hijos, un ritual que realizaba a diario desde que había dado a luz a Wade en 1958. Tras situar mentalmente a su prole en sus correspondientes casillas geográficas, se acordó de respirar. *Hoy estarán todos aquí, en Orlando.*

Miró el reloj en la mesita de noche: 7:03 AM. *La hora de la pastilla.* Sacó dos cápsulas de un pastillero y se las tragó con un poco de agua del grifo de la noche anterior que ahora tenía un regusto metálico. Cayó en la cuenta de que las habitaciones de los moteles ahora tenían cafeteras. *¡Qué idea tan genial, hostia! ¿Por qué no se les había ocurrido antes? ¿Por qué todo lo bueno tiene que pasar ahora?*

Unos días atrás, mientras hablaba por teléfono con su hija, Sarah, esta le había dicho:

—Mamá, por lo menos compra agua mineral, ¿vale? Seguro que en ese tugurio echan crack al agua del grifo. Aún no puedo creerme que hayas decidido alojarte ahí.

—Pero, cariño, si estoy muy bien aquí.

—¿Por qué no vas al Peabody como el resto de la familia? Te he dicho cien veces que ya lo pagaré yo.

—Que no se trata de eso, cariño. Lo que no entiendo es por qué esos sitios son tan caros.

—Mamá, la NASA tiene un acuerdo con los hoteles y... —Sarah resopló, dándose por vencida—. Bueno, déjalo.

Pero me parece que tienes suficiente dinero como para no ir en plan tercermundista.

Sarah —*¡tan generosa siempre con el dinero!*— igual que sus hermanos. Ninguno de los tres había conocido la pobreza, ni tampoco habían vivido una guerra, pero de nada les había servido esa ventaja para convertir a sus niños en oro, algo que Janet nunca había superado del todo. Una vida de abundancia había convertido a sus dos niños en algo que desde luego nada tenía que ver con el oro. ¿Plomo? ¿Silicona? ¿Bismuto? Pero Sarah... Sarah era un elemento aún más fino que el oro, un diamante

de carbón cristalizado, un relámpago congelado y cortado en tiras y luego guardado en una cámara acorazada.

Sonó el teléfono y Janet lo cogió. Era Wade, que llamaba desde un calabozo en Orange County. Janet se imaginó a Wade en un lúgubre pasillo de hormigón, sin afeitar y despeinado, irradiando esa «chispa» en los ojos que había heredado de su padre. Bryan, el menor de sus tres hijos, no la tenía y a Sarah no le hacía ninguna falta, pero esa chispa había acompañado a Wade durante toda su vida, aunque tal vez no fuera la mejor de las características que hubiera podido heredar.

*Wade.* Janet se acordaba de cuando vivía en casa y paseaba en coche cada mañana por Marine Parade, buscando a cierto tipo de hombre que estuviera esperando un autobús que le llevara al centro. Tenía que tener un aire desastrado y estar algo por debajo de la respetabilidad; saltaría a la vista que había perdido el carné de conducir tras dar positivo en una prueba de alcoholemia; pero eso solo lograba despertarle aún más el interés, y cada vez que Janet sonreía a alguno de estos hombres desde su coche, ellos no dudaban en devolverle la sonrisa. Así era Wade y, en algún rinconcito polvoriento de su memoria, su exmarido, Ted.

—Cariño, ¿no eres un poco mayorcito para llamarme desde... la *cárcel*? Es que hasta decir la palabra «cárcel» suena fatal.

—Mamá, ya no me meto en rollos chungos. Esto ha sido mala pata.

—De acuerdo, ¿qué te ha pasado esta vez? ¿No habrás estrellado un autocar lleno de guías scout contra los Everglades?

—No. Tuve una pelea en un bar, mamá.

Janet repitió la frase:

—*Una pelea en un bar.*

—Sí, ya lo sé. ¿Qué te crees, que no me doy cuenta de que suena a idiotez? Te llamo porque necesito que vengas a sacarme de este agujero. Tengo un coche de alquiler al lado del bar.

—¿Y Beth? ¿Por qué no te lleva ella?

—Es que no llega hasta esta tarde a primera hora.

—Bueno. Vamos a rebobinar un poco, cariño. A ver, dime: ¿cómo se mete uno en una pelea en un bar, exactamente?

—Si te lo cuento no me vas a creer.

—Mira, guapo, te sorprenderían mucho las cosas que me creo últimamente. Venga, suéltalo ya.

Un silencio al otro lado de la línea.

—Me peleé con un tío, un gilipollas que se estaba burlando de Dios.

—No te sigo. ¿Cómo que se estaba burlando de Dios? —*Me está tomando el pelo.*

—Sí, bueno, como lo oyes.

—¿En qué sentido?

—Pues que estaba haciendo comentarios desagradables. Decía cosas como: «Dios es un cabrón» y «Que le den por el culo a Dios», y no paraba. Entonces tuve que hacerle callar. Creo que lo acababan de despedir o algo así.

—O sea que estabas defendiendo el honor de Dios.

—Sí. Exactamente.

*Vete con cuidado, Janet.*

—Wade, escucha. Sé que Beth es una mujer muy religiosa. ¿Tú también te estás volviendo religioso?

—¿Yo? No sé. No. Sí. No. Según como lo definas. A Beth le tranquiliza, y quizás... —Wade vaciló—. Quizás a mí también me ayude a calmarme.

—Así que has pasado la noche en la cárcel.

—A salvo entre los brazos de Bubba, un ladrón de colmados que pesa doscientos kilos.

—Mira, Wade, no puedo ir a recogerte. Me parece que voy a estar extenuada todo el día. Además, el coche que alquilé huele a alfombra de un piso de estudiantes y las carreteras de aquí están nevadas, y el resplandor me provoca somnolencia.

—Vamos, mamá... Te lo suplico.

—Ay, no seas tan criatura. Ya tienes cuarenta y dos añitos. Compórtate como si los tuvieras, ¿quieres? Ayer ni siquiera llegaste al hotel a la hora.

—Es que me desvié para ir a visitar a un amigo en Tampa y fuimos a tomar una copa. Oye, no me trates como si fuera Bryan, ¿vale? No fui yo quien comenzó la pelea ni...

—¡Basta! ¡Basta ya! Llama un taxi.

—No puedo. No tengo pasta.

—¿No te llega ni para la bajada de bandera? Pues entonces, ¿cómo piensas pagarte el hotel?

Wade se quedó callado.

—¿Wade?

—Sarah me ha dicho que nos lo cubrirá hasta que podamos devolverle el dinero.

Hubo un silencio incómodo.

—Mamá, podrías venir a buscarme si de verdad quisieras. No te cuesta tanto.

—Sí, supongo que podría hacerlo, pero creo que deberías llamar a tu padre a... ¿Cómo se llama ese lugar?

—Kissimmee. Ya lo he llamado.

—¿Y?

—Se ha ido a pescar agujas con Nickie.

—¿Agujas? No me digas que hay gente que todavía se dedica a pescar eso.

—No sé. Supongo que sí. Yo creía que se habían extinguido. Seguro que tienen

un tío allá con un traje de neopreno que les va poniendo agujas enormes de plástico en el anzuelo.

—Pues mira que son feas. Me recuerdan a los sótanos donde construían salas de juegos en mil novecientos cincuenta y ocho y que no se han vuelto a utilizar nunca más.

—Ya. Vete a saber por qué las hicieron.

—¿Qué más da? La cuestión es que se ha ido con Nickie a pescar agujas.

—Sí. Con Nickie.

—Pero ¿cómo se ha podido liar con esa puta barata?

—¿Mamá?

—Oye, Wade. Que no soy una santa, ¿vale? Llevo un montón de años callándome las cosas. A las niñas de mi generación nos enseñaron a callarnos y por eso tenemos todas colitis crónica. Además, una pizca de lenguaje picante de vez en cuando es de lo más refrescante. Ayer mismo estaba buscando información sobre los derivados de la vitamina D en Internet y de repente, ¡fias! Me encuentro en el sitio web del «Amor anal». Me quedé mirando a una animadora que llevaba un arnés de cuero en el...

—Mamá, ¡por Dios! ¿Cómo puedes mirar esas webs?

—Oye, guapo. Si no me equivoco, tú estás en un vertedero humano en algún lugar de Orlando, pero te escandaliza oír a una mujer de sesenta y siete años hablar de Internet por un teléfono público. Ni te imaginas los sitios webs que he visitado. Y los chats, también. No siempre soy Janet Drummond, ¿sabes?

—Mamá, ¿por qué me sales con esto ahora?

—Mira, olvídalo. Tu madrastra Nickie sigue siendo una puta barata. Llama a Howie; quizás él pueda ir a buscarte.

—No, por favor. Si tengo que ir con Howie, me moriré del aburrimiento. No me puedo creer que Sarah se haya casado con ese cero a la izquierda.

—A ver, una cosa. A tu hermana no solo la parí yo, sino que hoy encima tendré que acompañar a su marido en coche hasta Cabo Cañaveral.

—¡Uuf! ¡Vaya putada! ¿Otro tinglado de la NASA?

—Sí, y tú también estás invitado.

—Espera un momento, mamá. ¿Por qué no estás en el Peabody con todos los demás? ¿Por qué te alojas en un motel? Por cierto, el teléfono ha sonado treinta veces antes de descolgarlo el recepcionista, que para tu información, tiene voz de ladrón de riñones.

—Wade, has cambiado de tema. Llama a Howie. Ay, espera. Creo que llaman a la puerta. —Janet apartó el teléfono de la cabeza y dijo:

—Toc toc toc toc.

—Muy graciosa, mamá.

—Voy a ver quién es, Wade.

—Sí, muy graciosa. Me...

*Clic.*

La habitación del motel le hacía sentirse como un huésped pasajero, pero era una ganga, cosa que convertía las desventajas en ventajas. No obstante, Janet añoraba sus rituales matinales en su propia habitación. Recorrió el cuerpo con las manos de forma suave y metódica, como si estuviera en el banco contando una pila de billetes de veinte dólares. Frotó suavemente las úlceras que tenía en el interior de los labios; aún seguían ahí, igual que el día anterior; no eran solo un sueño. Bajó las manos hasta los pechos; hoy no había bultos, pero ¿qué le había dicho Sarah? «*Todos hemos tenido cáncer miles de veces, mamá, pero de esas miles de veces, el cuerpo siempre lo ha eliminado. Contar las veces que no se elimina es como llevar mal la contabilidad. Tú y yo podríamos tener cáncer ahora mismo, pero mañana podría haber desaparecido*».

La habitación del motel olía a una vida entera de cigarrillos. Miró la foto de Sarah en el *Miami Herald* que estaba al lado del teléfono, una foto típica de la tripulación distribuida por el departamento de relaciones públicas de la NASA: el torso contra un fondo que parecía un copo de helado de color azul marino y con una iluminación tan favorecedora que insinuaba un noble desdén científico por la cosmética. Sarah sujetaba un casco bajo el brazo derecho. Al otro lado le colgaba el brazo izquierdo, sin mano: *El espacio no tiene límites.*

Janet suspiró. Movi6 los dedos de los pies. Diez minutos después volvió a sonar el teléfono: era Sarah llamando desde Cabo.

—Hola mamá. Acabo de hablar con Howie. Me ha dicho que irá a buscar a Wade.

—Buenos días, Sarah. Estoy muy bien, gracias. ¿Y tú cómo estás?

—Pues, nada. Esta mañana hemos hecho una prueba de evacuación sin gravedad, pero lo que me apetecía de verdad era encerrarme en un baño tranquilo y limpio para probar una nueva marca de tiras limpiaporos. La humedad dentro de estos trajes me produce unos puntos negros mortales. Nunca hablaban de eso en los viejos fotorreportajes de la revista *Life*. ¿Has desayunado?

—No.

—¿Pues por qué no vienes a comer conmigo al Cabo? ¿A que nunca has probado helado deshidratado para astronautas? Además, viene en una bolsa brillante de Mylar.

Janet se incorporó y arrastró los pies hasta ponerlos en el suelo. Notó cómo la piel —la carne— le colgaba de los huesos como si fuera ropa empapada. Necesitaba mear. Empezó a medir sus palabras mientras miraba la puerta del baño.

—Hoy no, cariño. Es que el único rato que me dejan estar contigo son los tres segundos que tardan en hacer la sesión de fotos.

—Oye, ¿sabes si Beth llega hoy? —preguntó Sarah.

Beth era la mujer de Wade.

—Sí, por la tarde. Creo que me tocará cenar con ellos.

—¿De cuánto está?

—Me parece que está de cuatro meses. Igual tenemos un bebé para las Navidades y todo.

—Ya. Qué bien.

—¿Te pasa algo, Sarah?

—Es que...

—¿Qué?

—Mamá, ¿cómo ha podido casarse Wade... con ella? Es tan mojigata y evangélica. Siempre he creído que Wade se casaría con la Miss Patines Sobre Ruedas. No le pega nada toda esa mierda moralista de Beth.

—No sé, cariño. Si no fuera por Beth, dudo que estuviera vivo.

—Supongo. ¿Y cuándo llega Bryan?

—Ya han llegado. Ha traído a su novia. Me ha llamado del Peabody.

—¡Hala! ¿Bryan tiene novia? ¿Desde cuándo? ¿Cómo se llama?

—Si te lo digo, no me vas a creer.

—¡Qué exagerada! ¿Qué es, uno de esos nombres inventados como Dawn Elle o Kerrissa o Cinda Jo?

—Peor.

—¿Qué podría ser peor?

—Shw.

—¿Cómo dices?

—Shw. Así se llama: Shw.

—Deletrámelo.

—S. H. W.

—¿Ya está?

—Si esperabas alguna vocal, no te hagas ilusiones. No hay.

—Pero ¿cómo puede llamarse Shw? ¿Lo pronuncio bien?

—Me temo que sí.

—¡Por favor! Pero si es el nombre más..., más absurdo que he oído en toda mi vida. ¿De dónde viene, de Sri Lanka o Finlandia o qué?

Janet miraba fijamente la puerta del cuarto de baño y el váter un poco más allá.

—Por lo que me han dicho, es de Alberta. Bryan la adora y también está en estado de buena esperanza.

—No me digas que Bryan también espera un hijo. ¿Cómo es que no me he enterado de nada?

—Yo solo la conocí la semana pasada, cariño. Creo que le caigo bastante bien, aunque trata fatal a los demás. Así que no me molesta en absoluto.

—Bryan es un bicho tan raro. No sé si podré aguantarme la risa, ya sabes...

cuando me diga su nombre, quiero decir.

—¡Shw! —dijo Janet.

Sarah se rio.

—¡Shw! ¡Shw! ¡Shw!

Sarah soltó una carcajada.

—¿Es guapa?

—Más o menos. Tiene unos dieciocho años y es una avispa enrabada. En los años cincuenta la hubiéramos calificado de duendecilla. Hoy en día diríamos que es una hipertiroides. Tiene los ojos saltones.

—¿Dónde se conocieron?

—En Seattle. Si mal no recuerdo, ayudó a Bryan a incendiar una pila de camisetas de punto de tono pastel en una tienda de ropa. Creo que fue durante esos disturbios por la Organización Mundial del Comercio. Se separaron y volvieron a encontrarse hace unos meses mientras destruían un laboratorio que cultivaba judías verdes modificadas genéticamente.

Janet percibió que Sarah había cambiado de marcha; ya no quería hablar más de la familia. Ahora vendrían los asuntos serios:

—Me alegro por Bryan. ¿Estás lista para la fiesta de la NASA?

—Sí, todavía lo estoy.

—Howie te pasará a buscar a las nueve y media, después de recoger a mi querido hermano. Por cierto, papá está sin un duro.

—No me extraña. Me han dicho que se ha quedado sin trabajo.

—Le he ofrecido dinero, pero no lo quiere, claro. La verdad es que tampoco le podría dejar mucho. Howie perdió la mayor parte de nuestros ahorros en un sitio web que vende productos para mascotas. A veces, lo estrangularía.

—Cielos. —*Qué fácil es volver al papel de madre.*

—Yo también. Por cierto, ¿cuándo has visto a papá por última vez?

—Hace seis meses. Me lo encontré por casualidad en el supermercado.

—¿Se puso nervioso?

—Aún puedo con él.

—Bien. Nos vemos luego.

—Sí, cariño.

*Clic.*

Oyó los lloriqueos de unos niños en la calle que iban a Disneylandia con sus familias. Se dirigió al cuarto de baño, atravesando un parquet que parecía una superficie lunar debido a los siglos de quemaduras de colillas y las manchas variadas que sería mejor no investigar. Pensó en los asesinos en serie que utilizan ácidos para disolver la dentadura y las mandíbulas de sus víctimas.

De repente, se vio reflejada en un espejo grande que había al lado del lavabo. La

imagen la dejó helada. *Sí Janet, así es: te estás encogiendo; tendón a tendón, molécula proteínica a molécula proteínica te estás convirtiendo en... enana. Sí tú, la misma Janet Drummond, que una vez piropearon como «la chica por quien vale la pena robar un banco».*

Se quedó paralizada ante el reflejo de sí misma, vestida con un camisón azul, como si le hubieran devuelto la juventud y ahora estuviera delante de una imagen del futuro, una especie de aviso. *Si entrecierro los ojos, sigo viendo al ama de casa serena e inmaculada con la que soñaba ser. Soy Elizabeth Montgomery cuando protagonizó «Embrujada». Soy Dina Merrill comiendo con Christina Ford en el Museo de Arte Moderno.*

*Olvídalo.* Fue a mear, se duchó, se secó y tapó todas las huellas posibles que el paso del tiempo le había dejado en la cara.

*Ya está. Tampoco estoy tan mal, después de todo. Es posible que un hombre todavía quiera robar un banco por mí y los hombres no han dejado de flirtear — aunque no sea muy a menudo—, quizás los más maduros —pero la mirada nunca cambia.*

Se vistió y cinco minutos después estaba en un restaurante a una manzana del motel leyendo el periódico. El mapa del tiempo de Norteamérica en la última página tenía un color carmesí intenso y poco saludable. Solo había una tira de color verde refrescante que recorría la costa desde Seattle hasta Alaska. Fuera del restaurante, el resplandor del sol en el aparcamiento hacía que la zona se pareciera a un experimento científico. Se dio cuenta de que ya no le importaba qué tiempo haría. *Siguiente.*

De vuelta a la habitación del motel, se echó sobre la cama. Mil imágenes de actos sexuales le rondaban la cabeza. *Bueno, este sitio es bastante asqueroso, pero al menos no estoy malgastando el dinero.* Le dolían tanto los labios que incluso hablar y respirar era un suplicio. Sonó la alarma del pastillero y Janet se incorporó. Metió la mano dentro del bolso y sacó un frasco. Encendió la televisión y apareció Sarah, en una entrevista para la CNN. Como de costumbre, su hija estaba radiante en la televisión, como una monja que nunca ha usado maquillaje.

—¿Crees que tú y otros niños como tú, con malformaciones de nacimiento a causa de la talidomida, podéis darnos otra visión del mundo?

—Por supuesto. Fuimos como los canarios en las minas de carbón. Fuimos los primeros niños que servimos para demostrar que las sustancias químicas del mundo exterior —en nuestro caso, la talidomida— podían dañar gravemente un embrión humano. Hoy en día, son pocas las madres que beben o fuman durante el embarazo. Ya saben que el mundo exterior puede entrar en sus bebés y hacerles daño. Pero la generación de mi madre no sabía nada de todo esto. Fumaron y bebieron y tomaron toda clase de pastillas sin pensárselo dos veces. Ahora ya hemos aprendido y gracias a esto somos más inteligentes. Hoy sabemos lo que es la teratogénesis.

—¿Teratogénesis?

—Sí. Quiere decir «la formación de monstruos». Una palabra horrible, pero es que el mundo puede llegar a ser un lugar horrible. Se trata de sustancias químicas que traspasan la placenta y afectan el desarrollo del feto en el útero.

La presentadora se volvió hacia la cámara:

—Vamos a pasar a publicidad. Hemos estado entrevistando a Sarah Drummond-Fournier, una mujer con una sola mano, una verdadera luchadora y una de los tripulantes del vuelo de la lanzadera espacial previsto para el viernes. Volvemos enseguida.

*¿Cómo diablos conseguí dar a luz a una niña así? No entiendo nada sobre su vida. Nada. Sin embargo, es mi viva imagen y está a punto de ir a dar vueltas por el espacio.* Janet se acordó de las ganas que tenía de ayudar a la pequeña Sarah con sus deberes, y de cómo Sarah la invitaba de forma educada, si bien resignada, a que la ayudara cada vez que veía que su madre asomaba la cabeza por la puerta de su habitación. Janet solía mirar los papeles, pero todo le sonaba a chino. Seguidamente, hacía un par de preguntas acerca de los profesores de su hija y se excusaba, alegando tener cosas que hacer en la cocina, para luego batirse rápidamente en retirada.

Apagó la televisión.

Hubo una época en la que se preocupaba por todo, y si no era *capaz* de sentir de verdad una preocupación, entonces se la inventaba: el exceso de lluvia que iba a atrofiar las petunias, las heridas de sus hijos, los africanos hambrientos, la crisis de los mamíferos marinos. Se consideraba una de las últimas supervivientes de una generación perdida, la última generación cuya educación incluía preocuparse por guardar las apariencias y por hacer las cosas bien, esto es, de preocuparse por estar preocupado. Nació en 1934 en Toronto, una ciudad que por esa época se parecía mucho a Chicago, Rochester o Detroit, es decir, anodina, metódica, ahorrativa y legal. Su padre, William Truro, era el encargado del departamento de muebles y electrodomésticos en los grandes almacenes Eaton's. La esposa de William, Kaye, era, en fin..., la esposa de William.

Los dos criaron a Janet y a su hermano mayor, Gerald, con tan solo 29,50 dólares por semana hasta 1938, cuando el sueldo de William bajó a 27 por semana, y desapareció la mermelada de la mesa del desayuno en la casa de los Truro. La falta de mermelada se convirtió en el primer recuerdo de Janet. Después de la mermelada, el resto de la vida de Janet le había parecido una sucesión de carencias, cosas que, aun siendo imprescindibles, desaparecían sin más discusión, o peor aún, con demasiada discusión.

Las estaciones iban y venían. Aparecían agujeros en los jerseys, su madre los cosía, volvían a salir nuevos agujeros y su madre acababa tirándolos a la basura a regañadientes. Quedaban unas cuantas flores en la pequeña franja de tierra delante de

la casa de ladrillo, especies que Kaye rescataba para luego disecarlas, sacándoles unos cuantos meses más de utilidad. La vida solo consistía en escatimar. En el otoño de 1938, Gerry murió de polio. La guerra estalló en 1939 y Canadá asumió sus compromisos desde el principio. Escatimar estaba a la orden del día: la grasa de beicon, las latas, el caucho..., cualquier objeto material era susceptible de poder escatimarse. Los recuerdos más dulces de su infancia eran de cuando clasificaba la basura de los vecinos en los callejones, en busca de joyas, trozos de metal y cartas de amor de príncipes moribundos. Durante la guerra, las casas del barrio se volvieron lúgubres; la pintura era un lujo. Cuando tenía seis años, Janet entró en la cocina y encontró a su padre besando apasionadamente a su madre. Cuando vieron a Janet, una cría pequeña, gordita, confusa, alimentada a base de sopas en lata, se separaron avergonzados y jamás se volvió a hablar del incidente. Fue el único indicio de pasión que vio hasta que se hizo mayor.

Pasó una hora y Janet miró el reloj: casi las 9:30. Howie ya habría recogido a Wade. Janet se dirigió a la entrada cubierta del motel para esperar a que llegara su yerno. Le esperaba un día de aburrimiento.

De repente, ¡pum! Se enfadó. Estaba furiosa porque era incapaz de recordar y revivir su vida como un acontecimiento continuo, como las historias en las películas. Solo conservaba algunos signos de puntuación dispares: el beso, la mermelada, las flores secas, pero la recopilación carecía de una lógica divina. Y carecía de fluidez. Todos esos pedazos no eran más que... *pedazos*. Pero tenía que haber una lógica. ¿Cómo iba a imaginarse esa criatura gordita del año 1940 que un día se desplazaría hasta Florida para ver a su propia hija lanzándose al espacio sideral? La diminuta Sarah, que estaba lista para dar cientos de vueltas a la Tierra. *Ni siquiera pensábamos en el espacio sideral en el año 1939. El espacio todavía no existía.*

Sacó un rotulador negro y fino del bolso y escribió la palabra LARINGITIS en un trozo de papel doblado. Así, durante el resto del día, no tendría la obligación de hablar con nadie si no le apetecía.

*¿Howie llegará tarde? No, Howie no es de esa clase de personas.*

Wade se sentó en la escalera de la entrada del calabozo y repasó la bolsita con sus pertenencias que le habían devuelto sus captores nocturnos: unas gafas de sol que le iban pequeñas para que no se le cayeran de la cabeza, una cartera con cuatro carnés de identidad (dos auténticos: de Nevada y Columbia Británica; dos falsos: de Missouri y Quebec), un mechero Bic de los Pittsburgh Steelers (*¿de dónde ha salido eso?*) y las llaves del Pontiac Sunfire que había alquilado y que seguía en el aparcamiento del bar de la noche anterior. Llevaba casi toda la ropa manchada de sangre. Al principio, la sangre había tenido una consistencia espesa, como de jarabe, y le había dejado la ropa pegajosa y como de goma. Luego, tras quedarse dormido en la celda, la sangre le había convertido los vaqueros y la camisa de algodón en piel de cecina.

*Con esta pinta, ¿a ver quién es el guapo que se toma la defensa de Dios a la ligera?*

*¿Dónde está Howie?*

Wade sacó una piedra lisa que había encontrado mientras hacía autostop en una carretera de Kansas, su amuleto de la suerte. Tres minutos después de encontrarla, fue recogido por la esposa desilusionada de un jugador de béisbol de la liga nacional que le iba a asegurar el futuro hasta casi cumplir los cuarenta años.

*Mee, mee.*

—¡Eh, cuñado!

Howie lo llamó desde el otro lado del aparcamiento, donde había dejado su furgoneta Volkswagen de color naranja al lado de una alambrada y una adelfa llena de flores de color fucsia.

*¡Mierda! Howie está de coña. Odio la coña.*

Wade se levantó y fue hasta la furgoneta.

—Hola, Howie. Sácame de este vertedero, ¿quieres?

—Vale, socio. Oye, llevas la camisa manchada.

—Solo es un poco de sangre, Howie. Es inofensiva. Y no es mía. Es del gilipollas que me jodió ayer la noche.

Wade subió a la furgoneta, que parecía un horno, y Howie le dio al contacto. El aire acondicionado salió a todo gas, como un puño congelado y mohoso. Wade lo apagó de un guantazo.

—Joder, Howie. Solo me falta que tu puta furgoneta me contagie algún virus.

—Solo quería ayudar, tío. Y tranquilo, que en las entradas de aire de mi niña no vive ningún microbio.

—Y otra cosa, Howie. No pienso entrar en ningún hotel de lujo con esta pinta. Parezco un tampax. Antes tendré que lavarme un poco, así que llévame a casa de los

Brunswick, ¿vale?

La familia del comandante de la misión de Sarah, Gordon Brunswick, había acogido a Howie en su casa.

—De paso, me dejas algo de ropa.

Howie se quedó perplejo.

—¿Cómo? ¿Que te lleve a casa de los Brunswick? Sarah no me ha dicho nada de llevarte allí.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes algún problema?

—¿Problema? No, ninguno.

Howie tenía el rostro desencajado.

—Mira, Howie, haz lo que te digo, ¿vale? Me ducho, me prestas algo de ropa y luego me acompañas hasta el coche.

—Bueno. Tampoco hace falta que te pongas así, tío.

—¿Has pasado la noche en la cárcel alguna vez, Howie?

Parecía como si Howie se sintiera halagado por la pregunta.

—Pues, la verdad es que...

—Mira, tío, conduce y calla, ¿vale?

Un cuarto de hora después llegaron a la casa pareada de la familia Brunswick, un clan de astronautas tan distinta a la familia Drummond como el cielo de la tierra. En el jardín que había frente a la casa, unos niños vestidos con camisetas de la NASA miraban la luna —visible, aunque fuera de día— por un telescopio. La ventana de la puerta principal tenía forma de luna creciente. Más allá de la puerta estaba Alanna Brunswick, la esposa del comandante de la misión, Gordon Brunswick, vestida con una camiseta *Star Trek* y llevando una bandeja de galletas de chocolate y una sonrisa de dependienta de perfumería. El timbre disparó la música de *Encuentros en la tercera fase*, y aún seguía sonando cuando Alanna abrió la puerta e intentó disfrazar como pudo su sorpresa:

—Howie, este debe de ser tu... cuñado, Wade.

—En persona.

Wade tuvo la sensación de que Alanna había oído hablar mucho de él.

—¿Qué tal? Si no te importa, voy a lavarme un poco antes de ir al Peabody. ¿El baño está arriba?

El rostro de Alanna delataba un recelo profundo, pero Wade sabía que su apariencia la dejaría inmovilizada durante al menos quince segundos, sobre todo con esa barba de haber pasado la noche en la cárcel. Wade le lanzó una sonrisa (*súmale otros cinco segundos más*) y subió corriendo las escaleras.

—Esto..., como si estuvieras en tu casa —gritó Alanna detrás de él.

—Vale, gracias. Howie, búscame ropa, ¿vale?

—Sí, claro.

Wade vio fotos de aviones y jets. Diplomas de instrucción. Fotos en blanco y negro de aviadores famosos de los años sesenta. Cohetes Saturn 5 en miniatura. Hasta el techo estaba cubierto de pegatinas fosforescentes en forma de estrellas, de color margarita durante el día. Wade entendía que Howie estuviera más a gusto en esta casa que en un hotel. Esta gente vivía por el programa. En comparación con la familia Brunswick, la familia Drummond se tomaba el inminente vuelo de Sarah como una atracción en una feria científica de pueblo.

Localizó el cuarto de baño y se desnudó. Tenía la ropa destrozada; hasta los zapatos estaban curtidos de sangre. Envolvió toda la ropa lo mejor que pudo y la dejó en el cubo de la basura. Tras meterse bajo la ducha, se lavó toda la porquería del día anterior y empezó a sentirse como nuevo. El brazo de Howie entró por la puerta y depositó unas prendas de ropa al lado del lavabo. A través del agua y el vapor, Wade le oyó decir:

—Mira, pruébate esto. Tómate el tiempo que quieras.

Wade se secó e inspeccionó la ropa. Le iba tan pequeña que parecía un payaso. Solo le entraban los calcetines. *¿Qué co...?* Entonces se acordó de algo que le había dicho Sarah sobre los astronautas: los escogían precisamente por su falta de volumen corporal, así que no había astronautas corpulentos. *Qué típico de Howie no dejarme su propia ropa. ¡Será rata!*

Con la toalla atada a la cintura, salió al pasillo, pisando la moqueta suntuosa. Probó varias puertas. *Tengo que encontrar ropa que me entre. ¿Qué tenemos aquí? La habitación de un niño. Aquí no. ¿Y ahí? La sala de estar. Espera, por ahí, eso sí se parece más a una habitación de adulto.* Entró en el cuarto, iluminado por el revoloteo de los rayos del sol que atravesaban los robles en el jardín. Se volvió hacia un rincón donde esperaba encontrar el armario, pero se topó con Howie y Alanna pegados el uno al otro como dos lapas. No lo habían visto entrar.

—¡Hostia! Lo siento. —Wade volvió al cuarto de baño.

—Wade...

—Es que la ropa me va muy pequeña, Howie. Búscame algo más elástico: un chándal. Y una camiseta grande. Y una chanclas.

—Oye, Wade. Todo esto tiene una explicación.

—Mira, ¿por qué no me vas a buscar la ropa, y ya está?

Wade cerró la puerta del baño de un portazo. En el pasillo hubo un silencio tenso, seguido de unos pasos rápidos. Wade no sabía qué pensar. Tenía la respiración entrecortada y la mente borrosa.

Llamaron a la puerta:

—Te la dejo aquí, socio.

Wade cogió la ropa y volvió a cerrar la puerta de un portazo.

—Ya hablaremos cuando vayamos a por tu coche —dijo Howie a través de la

puerta.

Wade se vistió. Parecía un profesor de gimnasia en su día libre. Abrió la puerta y se dirigió al coche a toda prisa con Howie a la zaga. Wade no tenía ningunas ganas de ver a Alanna.

—Wade...

Wade miró por la ventana.

—Todo tiene una explicación, Wade. Alanna y yo nos entendemos. Ya sabes, la presión que supone estar casado con...

Wade volvió la cabeza para mirarlo:

—Siempre hay una explicación, Howie, y yo las inventé casi todas. Por eso sé perfectamente que nunca hay una explicación. Así que cierra la puta boca y conduce.

Llegaron al bar en un tiempo récord.

—Ahí está mi coche.

—Bonito par de ruedas.

—¿Quieres callarte de una puta vez, Howie?

—Solo quería decir que...

Wade soltó la nube de avispones que llevaba en la cabeza:

—Mira, tío, si te has creído por un segundo que me voy a chivar a mi hermanita, es que estás muy mal de la puta cabeza. Y eso también va por el comandante Brunswick. No hay absolutamente nada en este planeta que les vaya a joder esta misión. Esto quedará entre tú y yo, Howie, y no tengo ni idea de cómo acabará. Mientras tanto, tú y yo tendremos que sentarnos juntos en la mierda de banquete que nos espera. Pero hay una cosa que quiero que tengas muy claro: como me toques los huevos, aunque solo sea un poco, te voy a hacer la vida imposible hasta que me muera, ¿vale?

—Tampoco hace falta que te pongas así, tío.

Wade salió de la furgoneta, exhalando el asco que sentía.

—No entiendes nada, ¿verdad? Claro, lo que pasa es que eres una mierdecilla de mártir del espacio.

En el verano de 1970, Sarah asistió a un campamento científico a unos ciento sesenta kilómetros al este de Vancouver. Estaba en un lugar montañoso llamado Lago Cultus, un lago como Dios manda, o sea, plagado de mosquitos, ortigas y borrachos que se entretenían manejando toda clase de artilugios flotantes. A Sarah le había hecho mucha ilusión irse al campamento, y Janet, que lo había encontrado, se sentía muy satisfecha, aunque luego Ted se pusiera al mando de todo. Él organizó y preparó todas las provisiones, le hizo la maleta, compró muchos libros sobre la fauna y flora de la Columbia Británica y él mismo acompañó a Sarah en coche hasta el campamento, en lugar de dejar que fuera junto al resto de sus compañeros en el autocar que los llevaría hasta allí.

Lo que no se había imaginado la familia Drummond, ni siquiera Sarah, es que esta fuera a echar de menos a los suyos de forma tan profunda y violenta. El miedo la paralizó y cada día iba a vomitar entre los juncos y lirios al lado de la barraca. Estaba paralizada, incapaz de comer ni de dormir. La familia quizás ni se hubiera dado cuenta de todo esto si no fuera porque Sarah se coló en la casa del propietario un día a la hora de comer y, llorando a moco tendido, llamó a casa. Ted cogió el teléfono y Wade escuchó toda la conversación por el teléfono supletorio en la sala de estar.

—Por favor, papá, os echo mucho de menos y creo que me voy a morir. No puedo comer ni dormir ni concentrarme en nada. Déjame volver a casa, por favor.

—Escucha, cielo, el campamento te irá bien. Conocerás a otros niños listos, respirarás aire fresco y usarás ese cerebro tan grande que tienes.

—Papá, no quiero nada de todo eso. Lo único que quiero es estar en la cocina con vosotros. Me siento muy lejos y me encuentro muy mal.

Wade oyó la voz de su madre que debía de estar al lado de Ted, preguntándose qué ocurría:

—¿Ted? ¿Qué pasa? ¿Está bien?

—No pasa nada, Jan. Sarah se está acostumbrando a la vida de campamento.

—Que no me estoy acostumbrando, papá. Me quiero morir. No quiero estar aquí. Quiero ir a casa. —Se puso a llorar aún más desconsoladamente.

—Ted —dijo Janet—. Déjame hablar con ella.

—Tranquilízate, Jan. No le pasa nada. ¿Por qué no le iba a gustar el campamento? A mí me encantaban, de pequeño.

—Que no estoy bien, papá.

—Escucha, preciosa. Te va a encantar. No te lo diría si no lo creyera de verdad. Para mí, irme de campamento fue la mejor experiencia de mi vida.

Oyeron unos clics al otro lado de la línea y se puso una mujer:

—¿Diga? ¿Diga? ¿Con quién estás hablando, señorita?

Era la directora de las colonias, una tal señora Wallace.

Ted dijo:

—Siento mucho que Sarah le haya interrumpido el almuerzo, señora Wallace. No suele comportarse así.

Al fondo se oían los sollozos de Sarah.

—No se preocupe, señor Drummond. Es natural que algunos de los niños añoren sus familias. Estoy segura de que Sarah se pondrá bien.

Los sollozos de Sarah se intensificaron. Ted colgó el teléfono no sin antes disculparse por el comportamiento atípico de su hija. Wade entró pavoneándose con aire de inocencia en la cocina, donde Janet decía a su marido:

—Por el amor de Dios, Ted. Tienes que ir a buscarla. ¿Cómo quieres que aprenda nada sobre ciencia si apenas puede funcionar? Es demasiado cruel.

—¿Qué dices? No exageres tanto. A todos los niños les encanta irse de campamento. Solo tiene que acostumbrarse. Ya verás cómo le va a encantar. Además, la señora Wallace me ha dicho que mañana van a estudiar la propulsión a chorro y que van a cenar al Kentucky Fried Chicken.

—No sé. Me da mala espina.

—Deja de mimarla de una vez. Ya se las arreglará.

A la mañana siguiente, Wade se levantó pronto y salió a hurtadillas de casa. Esta ausencia ya era habitual y no despertó ninguna sospecha. Se subió a un autobús que le llevó hasta el banco, de donde sacó todos sus ahorros, unos 340 dólares. Luego se dirigió a la parada de taxis que había junto a un restaurante de comida rápida mejicana y, por primera vez en su vida, se subió a uno. El taxista era un sureño de unos cuarenta años, y a pesar de su corta edad, Wade enseguida se percató de que la vida se le iba de las manos. Cuando Wade le dijo que quería ir a Lago Cultus y volver, el taxista le exigió que le pagara por adelantado. Lo único que le preocupaba a Wade era que el taxista tuviera ganas de hablar, pero no fue así. El taxista se limitó a decirle: «Un paseo por el campo me irá bien» y ya no volvió a abrir la boca.

Llegaron a las puertas del campamento antes de las once de la mañana.

—Aparque ahí abajo —dijo Wade, poniendo en evidencia su futura capacidad de orquestar maniobras—. No quiero que aparezca la policía por aquí buscando un taxi.

—Vale, jefe.

Wade se dirigió a la casa principal y preguntó por la directora. La única persona disponible que tuviera un mínimo de autoridad era una adolescente que había salido afuera a fumarse un cigarrillo y a escaquearse de sus responsabilidades de orientación psicopedagógica. Wade sonrió. En menos de un minuto, ya tenía toda la información que buscaba.

—¿El grupo de propulsión a chorro? Me parece que están en la barraca Madame Curie, allí abajo, al lado de la rampa de barcos.

Wade fue a la rampa de barcos, donde vio un aparato lanzacohetes rodeado de un grupo de niñas, todas menos Sarah, que estaba apartada del grupo, sentada en el suelo con las rodillas en el pecho. Tenía unos terribles retortijones de tripa por no haber comido ni dormido desde hacía cuarenta y ocho horas.

Wade le tiró una piedrecilla a los pies. Sarah levantó la vista y vio a su hermano. A Wade le sorprendió su capacidad de mantener la calma. Sarah esperó hasta que estuvieran a punto de lanzar el cohete para levantarse y acercarse a su hermano con toda tranquilidad. Wade le preguntó:

—¿Estás lista para marchar?

—Cuando quieras.

—Pues sígueme. Y no hagas ruido.

Wade guio a Sarah a través de un bosque centenario lleno de restos de tocones y troncos que apenas habían empezado a pudrirse después de tantos años. Unos minutos después, salieron del bosque justo al lado de donde les esperaba el taxi.

—Venga, sube y agacha la cabeza. Vámonos de aquí, Carl.

—Lo que tú digas, jefe.

Al cabo de pocos minutos, llegaron a la autopista Trans-Canadá. Sarah se había aferrado a Wade como una estrella de mar.

—No pasa nada, hermanita. Nos vamos a casa. Hogar dulce hogar. —Wade le acarició la cabeza—. ¿Tienes hambre?

—Sí —chilló Sarah.

—Carl, pare el coche en esa gasolinera.

—Como quieras, jefe.

Los dos bebieron Coca-Cola y comieron tabletas de chocolate. Años después, Sarah dijo que jamás había comido nada tan delicioso en toda su vida. En poco más de dos horas, el taxi los dejó en casa. Carl solo aceptó cien dólares, diciéndoles que: «Igual es la última buena acción que hago en mi vida».

Wade se paró en la entrada. La verdad es que no había pensado en la vuelta a casa.

—¿Ahora qué le vamos a decir a papá?

—No te preocupes. Ya me encargo yo de él —dijo Sarah.

Y así fue. Era sábado y Ted estaba en la cocina comiendo un bocadillo de huevo duro, lechuga y tomate. Sarah entró en la cocina y dijo:

—Oye, papá. Me he escapado de aquella prisión y no pienso volver, así que no intentes obligarme a hacerlo. Lo tengo muy claro y no me da ninguna vergüenza. Me da igual el castigo que me quieras poner.

A Wade, que lo estaba escuchando todo, se le heló la sangre al oír esas palabras que podrían haber sido suyas. Tanto él como Janet, que estaba al lado del fregadero, esperaron sin respirar la explosión nuclear de Ted, pero este, en lugar de enfadarse,

gritó:

—¡Vaya par de huevos que tiene mi niña para escaparse de ese campo de concentración! ¡Jan! ¡Hazle un bocadillo a nuestra pequeña fugitiva!

Tres años antes de la reunión familiar en Florida, Wade vivía en Kansas City y mantenía una relación de «ahora sí, ahora no» (aunque más de «ahora sí») con la esposa de un jugador de béisbol de la liga nacional. La noticia de su aventura con la mujer salió a la luz y apareció en la primera página del diario local. Una tarde, el marido y tres de sus colegas entraron en el bar favorito de Wade armados de sendos bates de béisbol. Por suerte, Wade estaba en el lavabo y salió corriendo por la puerta de atrás que daba al parking. No paró hasta haber recorrido unos cuantos miles de kilómetros hacia el oeste. En Las Vegas, y gracias a un amigo, encontró rápidamente trabajo como jugador de hockey sobre hielo en uno de los casinos más cutres de la ciudad. Le iban a pagar más por pelearse con los otros jugadores que por darle al disco. Cuando firmó el contrato, el entrenador le entregó un extra de mil dólares y le advirtió: «Una buena pista es una pista roja. Ten en cuenta que no hay nada como la sangre para hacer que la gente apueste el doble. Ni siquiera las tetas venden tanto. Si tienes un grupo sanguíneo raro como el Rh negativo, más vale que vayas haciendo una buena provisión. Y ojo con los que trafican en ella: son una pandilla de buitres. Ah, y una advertencia: ni se te ocurra acercarte a las camareras. No quiero que a ningún gilipollas de la Liga Hamburguesa le dé por romper corazones ni por repartir la gonorrea por aquí. Nos vemos el lunes a las siete de la tarde. Déjate el casco en casa».

Esa noche Wade ganó 30.000 kilómetros aéreos en un juego de póquer. Al día siguiente, con un sentimiento de poder, nostalgia y prosperidad, voló a Vancouver. Una tormenta empujó el avión hacia el oeste y desde el aire, Wade vio pasar las ciudades unidas por la carretera interestatal número 5. Mientras se tomaba una cerveza y miraba por la ventanilla, intentó recordar la última vez que había visto a alguien de la familia. Se había encontrado con Sarah durante algunos minutos en un hotel, cerca de la Universidad de Kansas en Lawrence. Si tenía que tratar con los demás, lo hacía por teléfono, aunque las llamadas eran escasas y solía hacerlas desde las salas de espera en los aeropuertos o desde alguna autopista, lugares que ya incorporaban una excusa fácil para colgar. Fue una coincidencia que Wade viera un artículo en el diario sobre el viaje inminente de Sarah a Kansas mientras buscaba los resultados de los deportes del fin de semana. Sarah iba a dar un discurso en un simposio sobre la unión de genes y Wade había quedado con ella en el vestíbulo de su hotel una hora antes.

—Wade.

—Hermanita.

Después de darse un beso, hablaron de la familia. Wade no se había enterado de las últimas noticias de la familia que Sarah traía consigo, y se limitó a beber cada vez

más a medida que su hermana le iba contando los detalles del divorcio de sus padres, el tercer intento de suicidio de Bryan y el catálogo de las carreras y doctorados que había conseguido con la NASA.

—¿Y qué pasa entre tú y Howie?

—¿Howie? Está bien.

Hubo un silencio. Wade lo interpretó como una señal para que dejara de sonsacarle más información. Así que le preguntó qué había estado haciendo profesionalmente.

—Bueno, la semana pasada llegué a las doscientas horas de vuelo de gravedad reducida a bordo de un avión parabólico. Y he hecho buceo de altura también, en un traje hecho a medida que me preparará para un paseo espacial.

—¿En serio?

—Forma parte de la descripción del puesto.

Sarah sorbió un ginger ale.

—Mamá me dijo hace unos meses que ya te habían hecho capitán en los vuelos de jets militares.

—¿Ah, sí?

—¿Es verdad?

—Sí, pero suena tan grandioso cuando lo dices así. Yo la verdad es que me veo más como un aparcacoches de la NASA.

A Wade le impresionaron todos los logros de su hermana y se frotó la frente. Sarah dijo:

—¿Sabes qué, Wade? Todo esto no es tan espectacular como crees.

—¿Ah, no?

—No. Aunque te suene extraño, me parece más fácil hacer las cosas que no hacerlas.

—Ya.

Habían llegado a un punto muerto en el que les resultaba más sencillo remover los cubitos de hielo en sus vasos que seguir hablando. Entonces Sarah le preguntó a qué se dedicaba con una voz que Wade sabía que trataba por todos los medios de no ser condescendiente. Wade mintió, diciendo que trabajaba de programador. Pensó que al menos sonaría a inteligente. Sarah le hizo una pregunta sencilla acerca de la codificación LINUX y supo que le había pillado, pero ella no insistió.

—Vale, te diré la verdad: tengo una amante ricachona que me mantiene.

—Bueno, al menos es algo que te pega más, Wade. No sé por qué eres tan duro contigo mismo. Nadie te está pidiendo nada. De hecho, nunca nadie te ha pedido nada. Es algo que jamás entenderé de ti. Es como si tú mismo fueras tu peor enemigo.

—Mi vida es un chiste de mal gusto, Sarah. Lo único que consigo es decepcionar a los demás. Y encima, me trae sin cuidado si a los demás les dejo de importar.

Desaparezco sin rastro, y ya está.

—A ver, un momento. No puedes decir que tu vida es un chiste, Wade.

—Pues ya me dirás tú qué es.

Justo cuando Sarah iba contestarle, apareció un profesor universitario con toga y birrete que venía a buscarla para que fuera a pronunciar su discurso. En un instante había desaparecido y Wade, en su ausencia, tuvo la necesidad de hacer callar a su cerebro de forma inmediata. Pidió tres vodkas dobles con hielo e inició una borrachera amnésica que duraría una semana. Esa fue la última vez que había visto a alguien de su familia.

El auxiliar de vuelo se llevó la lata de cerveza vacía antes de que el avión iniciara el aterrizaje. En menos de una hora, sobre las dos de la tarde, mientras caía la lluvia en el parking, Wade ya había llegado a su bar predilecto de toda la vida, el Avalon.

En la otra punta de la barra, Wade vio a una atractiva rubia con cara de *femme fatale*. Se comportaba como una *starlet* de los años cincuenta que quisiera mirar furtivamente a John Wayne desde el espejito de su polvera. A Wade se le escapó una sonrisa e hizo un gesto de ¿Quién? ¿Yo? Ella le levantó un dedo admonitorio en el espejo. Wade se sentó en un taburete a su lado, con lo cual ella le dijo:

—¡Vaya por dios! Hay que ver la de lobos que rondan por esta ciudad.

—Pues no te digo nada de las estrellas de cine.

—Atrévete a decir que tienes algo en contra de las que vivimos de la pantalla y del escenario, con lo duro que es nuestro trabajo.

—Disculpe. No quería interrumpir su cóctel de belleza.

Cerró la polvera de golpe y se volvió para mirarlo directamente a los ojos.

—Mira, guapo, esta misma mañana me han dado dos frases en una película, ¿te enteras?

—Discúlpeme de nuevo, señorita. ¿Y de qué película estamos hablando, exactamente?

La chica le puso las manos en las rodillas, le miró a los ojos y dijo:

—Pues una mierda de película espantosa para una cadena de televisión para subnormales. ¿Te importa si compartimos tu whisky?

—Adelante.

Se lo acabó de un trago.

—Cuéntame. ¿Vives por aquí?

—Hace años vivía aquí. Ahora ya no.

—¿Y ahora dónde vives?

—En Las Vegas.

—Mmm. Precioso. Así que, dime...

—Wade.

—Dime, señor Wade, ¿a qué eres adicto?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero.

—¿Ah, sí?

—Hombre, vives en Las Vegas, tienes los ojos rojos y te he visto jugando con el cambio en la barra como si esto fuera tu casa. No te afeitas con regularidad, porque si lo hicieras tendrías la piel más dura y no tendrías estos... —los contó— uno, dos, tres, cuatro cortes en el cuello. Además, estás en un bar en un día laborable y estás temblando, pero las copas que te tomas no acaban de calmarte del todo. Por eso, me atrevería a concluir que te metes algún tipo de sustancia.

—Gatita, gatita, no seas tan negativa. Vamos a pensar en lo positivo. Por ejemplo, en los seis millones de reuniones de «la religión en doce pasos» a que he asistido en mi vida.

—Vamos a ver, me estás diciendo que miremos el lado bueno de tu situación.

—Claro. Lo positivo.

—¿No tendrás una habitación en este hotel?

—Pues sí.

Sin decir nada, subieron a la habitación de Wade. Al cabo de dos horas, la rubia ya se había marchado. Apuntó el número de móvil en la base del dedo gordo de la mano derecha de Wade. Era interiorista. Vivificado por el sexo, Wade se sintió con fuerzas para llamar a su familia. Marcó el número de su madre y saltó el contestador: «*Hola, soy Janet. Ahora mismo no estoy, pero puedes dejar tu mensaje y te llamaré enseguida*». El tono de voz era educado, el que empleaba cuando hablaba con los cajeros y el hombre de la compañía de seguros, jamás con la familia.

*Biip.*

—Hola, mamá, soy Wade. Tu primogénito. ¿Sabes qué? Estoy por aquí. Sí, así es, el forastero ha vuelto. Te llamaré esta noche o tal vez me pase a saludarte. Y oye, mamá, no me gusta que dejes tu nombre en el contestador. Hay un montón de gente rara en el mundo. Hasta pronto. Te quiero.

Colgó el teléfono: *Soy un hijo malo, un hijo muy, muy malo*. Buscó el número de su padre, *Drummond, Edward B.* que, según parecía, vivía a unos kilómetros de Janet en Eagleridge. Seguramente se habría mudado a una de esas casas alucinantes al lado del precipicio.

—¿Papá?

—¿Wade? ¡Hola!

—¿Cómo estamos, papá?

—Oye, ¿dónde estás? Espera. No te habrás metido en un lío, ¿verdad?

—¡Qué va! Nada de líos. Es que acabo de llegar y he pensado que podría venir a verte. No siempre soy un fugitivo.

—Pásate por casa, si quieres. ¿Dónde vas a dormir?

—Estoy al norte de Vancouver en casa de unos amigos.

Mejor tener una excusa al alcance de la mano.

—Pues a ver si vienes a verme. Ahora vivo en Eagleridge. Te presentaré a mi mujer. Tienes que coger la salida dos de la autopista. Es muy fácil. Supongo que habrás visto la dirección en la guía telefónica. ¿Por qué no te pasas ahora?

—¿Ahora? Bueno. Vale.

—Hoy vamos a cenar chino, si te apetece.

—Sí. Ahora salgo. Tardaré unos veinte minutos.

—Oye, Wade...

—Dime.

—Que me alegro de que hayas llamado.

—Yo también, papá.

Wade se dirigió a la casa de su padre en un coche alquilado. Condujo sin ganas y tenía resaca de las copas que se había tomado horas antes. Estaba cayendo una cortina de agua más o menos intensa, pero sin cesar.

*Papá, vaya tipo. Sigue siendo el mismo gilipollas hipócrita en el papel de macho de los años sesenta.* Wade sabía que su padre había dejado a su madre de forma bastante cruel y que ahora se había convertido en el Señor Canas en el Pecho, con la camisa desabrochada hasta el ombligo, con los palos de golf justo en la entrada de casa y con una mujer trofeo en el salón a punto de meter un CD de los Gypsy Kings en el equipo de música.

Wade comprendía que llega un momento en la vida en que la mayoría de las personas evalúan de forma ecuánime lo que tienen y lo que les falta y entonces se apanan con lo que hay, igual que los actores que pasan de tener papeles protagonistas a tener papeles secundarios; igual que las chicas desmadradas que pasan de ser las más guays a ser un ejemplo aleccionador para niñas más jóvenes. Wade creía que el mundo adulto era un mundo repleto de hombres como Ted Drummond, y esperaba que su padre estuviera orgulloso de que su hijo por fin lo hubiera entendido.

Llegó a la casa, que en sí ya era todo un acontecimiento: vidrio y acero en bloques de cemento incrustados en un precipicio con vistas al Pacífico. Wade casi esperaba encontrar a su padre con un parche en el ojo y un gato blanco persa, mirando un mapa del mundo y planeando unos ataques contra Nueva York. Sin embargo, Ted abrió la puerta, gritó: «Wade» y abrazó a su hijo con tanta fuerza que Wade pensó que le saldría la sangre por los poros.

—Pasa, hombre, pasa. Échale un vistazo a la casa. Se está bien aquí, ¿eh? Si te digo la verdad, ya estaba harto de vivir en las afueras.

Wade les sirvió unas copas generosas. Saltaba a la vista que iba regularmente al gimnasio y que alguien en la onda se encargaba de su armario. Entonces Wade vio saltar una chispa en los ojos de su padre. La chispa decía: *Sé que todo esto es una*

*mierda, Wade, pero no me lo digas en voz alta, porque incluso cuando nos rodeamos de mierda, nos quedamos sin nada.*

Con las copas en la mano, Ted le enseñó la planta principal de la casa, con su techo alto y paredes de vidrio, en las que repiqueteaba la lluvia. Ted todavía no había mencionado a nadie de la familia, cosa que desconcertó a Wade. *¿Quién es este viejo? ¿Qué hago aquí en este salón tipo James Bond?* Wade le preguntó:

—¿Dónde está tu... tu mujer?

Si a Ted le incomodaba que Wade la conociera, supo disimularlo muy bien.

—¿Te refieres a Nickie? Ahora bajará. Acaba de llegar del trabajo.

—Así que trabaja.

—Bueno, ya sabes cómo son estas jovencitas de hoy en día. Si las encierras en el corral, se ponen nerviosas. No pueden vivir sin su independencia económica.

—Ya. Ni que lo digas.

Hubo un silencio violento. Ted le preguntó a qué hora había llegado.

—Al mediodía. Te hubiera llamado antes, pero me he liado un poco en un bar del centro.

Esto pareció reactivar las fuerzas comunicativas de su padre, y Wade se sintió obligado a complacerlo, así que pasó a darle una versión blanda de los hechos de la tarde. Ted le golpeó el hombro, como para decirle: «Bien hecho, chaval».

Desde la cocina se oyó un ruido de vasos.

—¡Nickie! —gritó Ted—. Ven a conocer a tu hijo.

Entró Nickie, con una bandeja de martinis y una sonrisa irónica pintada en los labios, como una parodia de la esposa recatada de los años cincuenta en la que una vez había creído Janet. Wade se dio cuenta rápidamente de que Nickie era la rubia de la tarde. De hecho, la comprensión fue recíproca. Los dos palidieron, la bandeja de martinis resbaló hacia un lado y los vasos cayeron al suelo pulido de pizarra. Ted y Wade acudieron con torpeza a ayudarla a recoger los pedazos de vidrio. Fue entonces cuando Ted vio el número de móvil de Nickie escrito en la mano de Wade.

Wade fue directo hacia la puerta, se metió en el coche y se dirigió a casa, a la de Janet. Encontró a su madre en la entrada sacando la compra del coche bajo la lluvia. *Mamá, abandonada por su familia ingrata; soltera y valiente.* El cerebro de Wade revolvió un millón de imágenes, seleccionando las que le hablaban de su madre: Janet, cuando añadía una lata de champiñones a un tarro de salsa napolitana con intención de educar a su prole de bestias, para ver cómo luego los sacaban uno por uno y se burlaban de ella; Janet, cuando donó a escondidas un billete de veinte dólares al fondo de Wade para comprarse una guitarra eléctrica; Janet, cuando daba de comer a los gorriones del jardín creyendo que nadie la miraba. ¡*Mamá!*

Janet vio a Wade, gritó su nombre y se puso a llorar. Wade la estrechó entre sus brazos.

—Mamá, tengo que decirte algo. Me imagino que papá debe de estar bastante cabreado conmigo y es posible que me busque por aquí.

—Pero ¿por qué? ¿Qué le has hecho? ¿Le debes dinero? ¿No le habrás robado?

—No, no; nada de eso.

—Pues entonces, ¿por qué...? Bueno, da igual. Seguro que se lo merece. Oye, ¿has cenado? Pasa, cariño. ¿No has comido nada? Ay, Wade, hay tantas cosas que quiero preguntarte y tantas cosas que tú todavía no sabes.

Hizo una pasta primavera deliciosa. *Dios, cuánto echo de menos la comida casera.* Wade volvió sin esfuerzo a su versión del «Wade de Hace Diez Años». Pero a pesar de los chistes y las risas y los recuerdos, tuvo la sensación de que su vida se había convertido en una especie de película de terror, y que estaba justo en la escena en que el asesino está en el jardín observando a sus presas, mientras el público se retuerce en sus asientos y grita: «¡Huid, idiotas!».

Sonó el timbre y Wade casi se cayó de la silla del susto. Era Bryan, su hermano deprimido, empapado y vestido con ropa de segunda mano, *todavía, a su edad.* Llevaba barba de varios días, tenía los ojos rojos, y un peinado de lo más hortera coronándole impecablemente la cabeza.

—¡Hombre, Bryan! ¿Cómo es que llamas al timbre en casa de mamá?

—Es que la puerta estaba cerrada con llave.

—Ya. Hola.

—Hola.

Se produjo un silencio incómodo mientras Bryan se quitaba el chaquetón empapado y lo tiraba encima de una silla.

—Vaya, veo que las costumbres no han cambiado en esta casa —dijo Wade—. ¿Tienes hambre? Ha sobrado un montón de comida.

—No. Pero un poco de vino no me vendría mal.

Bryan parecía tener la moral bastante alta y se tomó un vaso de vino con Janet y Wade. Sin embargo, Wade sospechaba que ninguno de los tres acababa de decir toda la verdad y que esta falta de sinceridad tenía un efecto agarrotador sobre la conversación. Nadie se atrevía a aventurarse más allá de los chismes de los vecinos y de la carrera de Sarah, pero Wade se percató de una serie de preguntas subyacentes e impronunciadas: *Igual mamá está a punto de derrumbarse después de tanta soledad. Y Bryan, ¿le va a dar otro telele? Es como si papá jamás hubiera existido. ¿Y por qué no se interesan por mi vida? Tampoco se la iba a contar, pero ya les vale...*

Fue Wade quien rompió el silencio cómplice.

—Oye, Bryan —dijo—, ya van ¿cuántas?, ¿tres veces?, que intentas matarte y todavía no lo has conseguido. ¿Lo tienes claro esto de acabar con tu propia vida?

—¡Wade! Te estás pasando, ¿no? Tú encima ánimale a que vuelva a intentarlo —dijo Janet.

—Espera, mamá —saltó Bryan—. Ya me está bien que hablemos de esto de una vez. Todos hacéis como si no hubiera hecho nada, pero queráis o no, lo he hecho.

Antes de continuar, miró las caras de su madre y de su hermano.

—Sé que te pasas la vida preguntándote si voy a volver a intentarlo; te lo leo en la cara. Y la respuesta es no. Pero entonces me entran esos bajones. Mierda. No sé cómo explicarlo.

Removió lo que le quedaba de vino en el vaso.

—Y lo peor de todo es que estos bajones ni siquiera tienen que ver con una fuerza cósmica. Me vienen porque a los pequeños receptores de serotonina que tengo en el cerebro no les da la puñetera gana de funcionar bien.

—¿Y no has probado ningún antidepresivo?

—He tomado de todo. Dudo que pueda volver a poner mi cerebro a cero.

—Bryan tiene trabajo —dijo Janet.

—¿Ah, sí? ¿Qué haces?

—Pues de bajista con algunos grupos de esos que tocan en los bares y me viene bastante trabajo haciendo anuncios para la tele. Me apaño. Creo que un empleo de jornada completa acabaría conmigo.

Sonó el timbre. Los tres miraron expectantes la puerta al fondo del pasillo a la espera de lo que iba a ocurrir en los próximos segundos, como si estuvieran ante un eclipse. Bryan fue a abrir. Ted pasó por el lado de Bryan como un tornado y entró bramando:

—¿Dónde está ese hijo de la gran puta?

Nickie irrumpió en la casa, dejando su cuatro por cuatro con las puertas abiertas en el césped delante de la puerta.

—¡Ted, no seas imbécil! ¡Tú solito te estás montando esta película! ¡Mierda! —gritó.

Ted tenía la cara casi púrpura de la rabia. Wade había perdido la cuenta de las veces que se había encontrado cara a cara con la ira de su padre. Su primera reacción fue proteger a Janet. Se colocó entre medio de ambos y dijo:

—¡Tranquilo, papá!

Fue entonces cuando Ted sacó un 233 y disparó. La bala entró por un lado del estómago de Wade salió por el otro y fue a parar al pulmón de Janet, justo debajo de las costillas.

—¿Qué has hecho, Ted? —gritó Nickie acercándose a Wade, que intentaba tapar como podía la herida y evitar que la sangre se derramara por toda la cocina.

Wade no daba crédito a sus ojos.

—Llevo diez años en los Estados Unidos y nunca me ha pasado nada, pero en las ocho horas que llevo en Canadá, ya...

Oyó un golpe seco y se volvió. Janet se había desplomado en el suelo.

—¡Le has dado a mamá, cabrón! ¡Me cago en la puta! Bryan, llama a una ambulancia. ¿Sabes qué, papá? Te vas a pudrir en la cárcel hasta que te mueras. Espero que te haya valido la pena.

Se agachó y abrazó a Janet.

Las sirenas se oyeron enseguida. Ted se dejó caer en una silla de plástico, pálido y mareado.

—A ver, todo esto ha sido un accidente, ¿vale? Un accidente. Ha querido impresionarnos con su puta imitación de Clint Eastwood y no sabía que la pistola estaba cargada. Y ahí se acaba la historia, ¿está claro? —gritó Wade.

Miró a Janet.

—Lo siento, mamá. La culpa es mía. Lo siento.

Nickie obligó a Ted a quedarse sentado. Balbuceaba, con la cabeza entre las rodillas. Bryan colgó el teléfono, se acercó a Wade y Janet y se puso en cuclillas.

—Joder, Wade —dijo—. Con las ganas que tengo yo de que me peguen un tiro... Entraron los médicos.

Cuando Howie llegó al motel de Janet, parecía molesto y distraído. Esta falta de alegría canina natural en él era una faceta que Janet desconocía de su personalidad. Durante unos instantes, Janet creyó que el viaje a la NASA iba a ser interesante. No tendría que aguantar las opiniones de Howie acerca de la obsesión de los Brunswick por el espacio ni de las comidas que hacían en casa, y tampoco estaría obligada a escuchar sus teorías sobre la importancia de la cuerda, o las piedras, o las hilas, o los estorninos o el azúcar normal en oposición al azúcar en terrones, o cualquier cosa que le pasara por la mente.

—Buenos días, Janet. Otro día precioso en F. L. A.

*Mi gozo en un pozo. Ya ha empezado a hablar del tiempo, y encima en clichés. Además, se empeña en parecer animado.*

—Es cierto. Buenos días, Howie.

—Sube al Howimóvil. ¡Cabo Cañaveral nos espera!

—Oye, Howie... —Janet se acercó a la ventana abierta de Howie—. Si te digo la verdad, hoy no me encuentro muy bien. No sé si voy a poder con otro concurso de mascotas de la NASA. Es que hay que caminar mucho y... sonreír.

Janet esperó la objeción de su yerno.

—¿Estás completamente segura de que no quieres venir? —preguntó.

—Sí, completamente.

—Pues vale. Hasta pronto, supongo.

—Vale.

—Vete con Dios.

Y con un vrrum, Howie desapareció.

Por primera vez en todos los años que lo conocía, Janet sintió una leve curiosidad por saber qué le rondaba la cabeza.

El coche que había alquilado se negó a arrancar. Se dirigió a la recepción del motel y pidió al ladrón de riñones que le llamara un taxi. Poco después, apareció un Chrysler prehistórico, sujetado por gomas de elástico y trozos de celo, y aparcó en la acera. Janet se subió y dijo al taxista que la llevara a un café Internet que había visto anunciado en un folleto para turistas.

Por la ventana del taxi, vio pasar Florida: el planeta de la ciencia ficción, con sus suaves colores pastel y las imágenes que se entremezclaban. El paisaje lleno de palmeras estallaba sin razón aparente en grupos de casas enormes de gente rica, luego tiendas de gangas para gente de clase media baja, luego un parque empresarial, luego una atracción turística. Cientos de estallidos impulsados por el dinero.

Cuando llegó al café Internet, vio en la entrada unos jóvenes dejados de la mano de Dios, vestidos de negro y bebiendo unos cafés tan sofisticados que seguramente

los habrían prohibido en Toronto cuando ella era joven por considerarse una amenaza para la sociedad. Como música de fondo habían escogido una canción muy popular, que por lo visto, se llamaba «bumbumbumbumbum». Janet fue hasta el fondo del café y encontró un asiento libre delante de una pantalla de ordenador.

*Gracias a Dios que por fin puedo abrir mi correo electrónico. Gracias a Dios que puedo estar en un sitio con gente que no le tiene miedo a la tecnología ni teme al futuro.*

Janet tenía trece mensajes, casi todos de los miembros de sus grupos de listas médicas. Respondió a Ursula, una exprostituta en Dortmund. Luego entró en una discusión en línea acerca de una fuente de talidomida que provenía de México y que ayudaba a aliviar las úlceras bucales. El proveedor anterior de Janet y Ursula había pasado al negocio más lucrativo de vender medicamentos para perder peso que estaban prohibidos, y se rumoreaba que una compañía británica, Buckminster, iba a tener existencias legales de talidomida en breve.

Vibró el pastillero de Janet. Se tragó unas pastillas y un antiácido de forma maquinal, como si fueran palomitas. En el mundo exterior —los coches, los letreros y los cables eléctricos— había tanta luz que resultaba casi imposible descifrarlo, igual que los objetos que están a punto de ser abducidos por los ovnis en las películas.

Se levantó para estirarse. A su alrededor, había unos jóvenes tipo Bryan enganchados a las pantallas de forma tan sospechosa que tenían que estar bajando pornografía. Algunos procuraron tapar las pantallas cuando Janet se acercó; otros ni se molestaron. Vio imágenes que le parecieron más ginecológicas que pornográficas. No entendía cómo los hombres podían ansiar estas fotos idénticas y repetitivas como si un día fueran a dar con la foto suprema que convertiría las demás en obsoletas. Unos años atrás, justo cuando había empezado a navegar por Internet, le había turbado que cada vez que introducía incluso las palabras más inocentes en el buscador, de golpe se veía inundada de toda clase de marranadas. Por lo visto, ninguna palabra quedaba exenta de al menos un matiz sexual.

Volvió a sentarse... *ahhhhh*... el ordenador le hacía sentirse conectada de una manera que jamás había conseguido con la televisión, que aparte de recordarle que formaba parte de la sociedad, también le recordaba que no era más que una hormiguita en un enorme hormiguero. Se masajeó los dedos y se dio cuenta de que la chica que había detrás del mostrador no le quitaba los ojos de encima. Janet decidió que como mínimo, debería pedir otro café o algo para picar. Llevaba horas ocupando uno de los terminales, aunque en realidad, tampoco es que hubiera cola, ni mucho menos. La chica del mostrador llevaba algo similar a un camisón de color azul y los ojos embadurnados de rímel de color negro. Janet había desistido de seguir la moda juvenil con los Sex Pistols en 1976. Le traía sin cuidado lo que se pusieran los jóvenes de hoy en día: por ella, como si querían llevar bolsas de basura de color

verde, cosa que algunos hacían, o al menos eso parecía.

Janet pidió un café americano. La chica del mostrador tardó una década en prepararlo y luego derramó la mitad encima de la barra. Cuando Janet le pidió unos cubitos de hielo para que no quemara tanto, la chica la miró como si fuera una exconvicta pidiendo limosna. Janet la miró con dulzura, pagó el café, y de repente, tuvo la sensación de estar en lo alto de una montaña rusa. Con los ojos brillantes y una sonrisa melosa dijo:

—Que te den a ti también, querida.

Hasta hacía relativamente poco, jamás se hubiera atrevido a seguir semejantes impulsos, pero ahora era otra, una nueva Janet. Volvió al terminal y se sentó. El disco duro ronroneaba. Las horas se esfumaron. Alzó la vista y se preguntó: *¿Dónde estoy? ... Florida. Orlando, Florida. Cabo Cañaveral está a una hora de aquí. Este viernes mi hija se va al espacio.*

De repente era la tarde. ¿Y la mañana? ¿Dónde había ido? Pagó la cuenta a un simpático cajero, llamó un taxi y salió a la calle a esperarlo. Se puso unas enormes gafas de sol para protegerse los ojos, que se habían vuelto fotosensibles por culpa de los medicamentos. Se detuvo en medio de un matorral de hierbajos largos y secos, lleno de lagartijas juguetonas. Justo cuando se dio cuenta de que la hierba le estaba haciendo unos pequeños cortes en las piernas, oyó un bocinazo. En lugar de ver un taxi, se encontró con... ¿Bryan? Ni más ni menos, con su peinado hortera, su famosa chaqueta de piel gastada y una mirada en los ojos que indicaba que estaba a punto de estallar.

—¡Mamá, por Dios! ¿Qué haces aquí en medio de la nada?

Janet se subió al asiento de atrás.

—Es que acabo de salir del café Internet, Bryan. ¿Y tú qué? ¿Cuándo has llegado a Orlando? ¿Ya tienes habitación en el Peabody? Oye, ¿por qué llevas esta chaqueta de piel si hoy es el día más caluroso de toda la historia de la meteorología?

—¿Y tú qué haces en el asiento de atrás? No soy chófer de limusinas, ¿sabes?

—Pues mira. Hoy me apetece que me traten como a una reina. ¿Ya tienes habitación en el hotel?

Bryan gruñó.

—Supongo que eso debe de ser un sí. ¿Qué te ha pasado? ¿A qué viene este humor de perros?

—Es que me peleado con Shw. Ha sido horroroso, de esas discusiones que van dando vueltas y no se acaban nunca.

Janet decidió no comprometerse demasiado.

—Vaya. Cuánto lo siento.

—¿No quieres saber por qué hemos discutido?

—Hace unos años, sí. Hoy, no.

—Es una bruja.

—Tengo calor. ¿No puedes subir un poco el aire acondicionado?

Bryan apretó un botón.

—Quiere abortar.

—No me digas. —*No te metas, Janet. ¡Espera! ¡Un momento! ¡Qué por fin iba a ser abuela!*

—Ni siquiera se ha molestado en preguntarme qué pienso yo.

—¿Y qué piensas tú? —*Janet, no es asunto tuyo.*

—Este niño es lo único bueno que me ha pasado en muchos años. Mi vida siempre se ha basado en la nada y ahora que tengo algo, ella quiere matarlo.

Hubo un silencio.

—El motel está en la tercera calle a la derecha después del semáforo, cariño.

—¿No estás en el Peabody?

—Es que es demasiado caro.

—Ya me lo debería haber imaginado. ¿Por qué siempre vas del rollo indigente?

—Bryan, ¿cómo sabes que Shw quiere abortar?

—Pues porque cada vez que le sacaba el tema de cunas o clases de preparación para el parto, actuaba de una forma muy rara. Entonces oí un mensaje en el contestador. Era algo de una cita en una clínica de abortos.

—Pues entonces está claro.

—Sí.

El semáforo se puso verde.

—Bueno, olvídale. ¿Y tú qué tal, mamá?

—Pse. Nada del otro mundo. Pero me parece que has cambiado de tema.

—Sí. Es que... todo esto me resulta muy duro.

Janet y su hijo permanecieron en silencio en sus respectivos mundos. Cuando ya llegaban al motel, Janet preguntó a Bryan dónde tenía que ir.

—No voy a ningún sitio. Iba a dar una vuelta en coche.

—Pues, si quieres, te acompaño y la damos juntos.

—¿De verdad te apetece?

—¿Por qué no?

La cara de Bryan se iluminó, como si Janet le hubiera dado permiso para lamer los restos de masa de un pastel de chocolate. Se relajó.

—¿Quieres que te cuente algo gracioso sobre Shw?

—A ver.

—Nunca le enseñaron a pedir para ir al baño.

—¿Cómo?

—Pues lo que oyes. Sus padres creyeron que pedir para ir al váter era demasiado «burgués y patriarcal», una forma de «reprimir la libertad personal en nombre de la

higiene». Dicen que la higiene es un concepto despreciable de la clase media.

—¿Qué dices? Me estás tomando el pelo.

—Que no. Son un par de rojillos con resaca de los años sesenta. Alucinarías con las gilipolleces que tienen en la cabeza.

—¿Y ahora ya sabe utilizar el váter?

—Por supuesto. Se ve que cuando tenía cinco años o así, se dio cuenta de que era la única que llevaba pañales y aprendió a ir por cuenta propia.

—Eso sí que podría acabar traumatizando a un crío —dijo Janet. Había llegado el momento de plantearle la gran pregunta—. Oye, Bryan. ¿Por qué le pusieron ese nombre? ¿Por qué Shw?

—Quiere decir Sogetsu Hernando Watanabe, un mártir de la facción terrorista peruana Luz Brillante.

—¿No podría haberse quedado con Lisa o Kelly o algo más normal?

—Shw no es así.

Janet se lo pensó durante un rato.

—¿Y cómo se llama de verdad?

—No tengo ni idea. No me lo quiere decir.

—Bryan, si te hubiera dejado escoger tu propio nombre a los catorce años, ¿cómo te hubieras llamado?

—¿Yo? Pues me hubiera cambiado el nombre a Wade. Siempre he envidiado su nombre.

—Está bien. ¿Qué tal si vamos al hotel? —preguntó Janet—. Podríamos comer con Wade. Ya debe de haber llegado.

—¿Cómo? ¿No tenía que llegar ayer por la noche?

—Bueno, esa es otra historia.

Janet le contó lo que había ocurrido en el bar la noche anterior.

El Peabody era el tipo de hotel de lujo de muchas plantas que Janet asociaba con las películas de después de la Segunda Guerra Mundial, en las que mujeres decentes iban a comer con sus amigas y se resistían a las proposiciones de hombres oscuros y misteriosos que las invitaban a subir a su habitación. Justo en la entrada Janet vio una pequeña multitud encabezada por Sarah y otro astronauta. *¿Será el comandante Brunswick?*

Sarah vio a Janet y Bryan y los llamó. Bryan dejó el coche con un portero, y los dos se dirigieron hacia Sarah, pasando por una maraña de cables y un grupo de turistas inquietos y mirones.

—Hola, mamá —dijo Sarah—. Te presento al comandante Brunswick. No os conocíais, ¿verdad?

Janet ofreció la mano a una especie de gran danés pero en pequeño, un hombre tan bajito como Sarah. *Espera, eso es que no es un gran danés, sino un Weimaraner.*

*Pero...*

—Mucho gusto —dijo el comandante Brunswick sin tomarle la mano—. Lo siento, pero no podemos tocar a nadie cuando falta tan poco para despegar. Ya sabe, por los resfriados y la gripe y esas cosas.

—Entiendo.

—Sarah, ¿qué hacéis aquí? Esto no estaba en el programa —dijo Bryan.

—Es que hemos venido a hacer una rueda de prensa rápida para recaudar fondos para una organización dedicada a niños con leucemia. Estamos esperando que lleguen algunos para hacer una sesión de fotos, íbamos a hacerlo en Cabo, pero algunos de los pequeños se han puesto enfermos. Volveremos a la lata de aquí a... —miró el reloj— siete minutos.

—¿Qué es la lata?

—La nave.

Un presentador de radio hizo una pregunta al comandante Brunswick y consiguió distraerlo por completo. Wade salió de entre la masa de cabezas y cuerpos. Sarah lo cogió por los hombros y dijo a Janet:

—Mamá, me han dicho que Wade ha estado en casa de los Brunswick esta mañana. ¿Qué te ha parecido el clan?

—Pues, por un momento me he sentido como si estuviera en una convención de *Star Trek*. El jardín estaba lleno de críos.

—Ya. Son alucinantes, ¿verdad? —Sarah miró a Janet y se rio—. Nuestra familia les horroriza. Te lo digo en serio. Estuve allá la semana pasada y me sentí como cuando de pequeña me iba a esas ferias científicas. Creí que Alanna Brunswick iba a aparecer en cualquier momento con una bandeja de galletas saladas con cerdos fetales encima.

Janet preguntó a Wade por Beth.

—Ahora viene. Ha subido a cambiarse. Quería estar guapa para Sarah.

Janet bebió un trago de una botella de agua mineral que había llenado de agua del grifo en el motel. El hecho de llevar la botella encima la hacía sentirse chic. De repente vio a Shw atravesando la multitud, pequeñita como los astronautas, pero vestida de mallas y una chaqueta de motorista de cuero negro, y con el pelo lleno de gomina.

Bryan, encantado de poder presentar a su novia —a cualquier novia— empezó a decir: «Wade, te presento a...» pero no pudo acabar la frase. Shw pasó por delante de él, saludó a Janet, se dirigió directamente a Sarah y empezó a bombardearla con preguntas muy personales:

—Oye, ¿cuántas flexiones puedes hacer? ¿Sabes qué coeficiente intelectual tienes? Aparte de la mano, ¿tienes alguna condición médica que, bueno, que te afecte cuando estás en el espacio? ¿Quieres tener hijos? ¿Hay alguna razón que te lo

impida?

—Joder, Shw —dijo Bryan—. Deja a mi hermana en paz, ¿quieres?

Shw se volvió, furiosa.

—No. Tú déjame a mí en paz. Estamos en un país libre y tu hermana y yo estamos charlando, ¿vale?

Janet y Wade se miraron. Bryan se dio cuenta y se puso colorado. Mientras tanto, la multitud seguía creciendo y el zumbido de las pruebas de sonido recordaba cada vez más a algún insecto enorme y enfadado.

Aparecieron Ted y Nickie. Janet no se había preparado mentalmente para ese momento. Le entró una especie de tic, como si la hubieran hecho subir a un podio para cantar en un karaoke. Sabía que debía de tener la cara del mismo color que Bryan.

—Ah. Hola, Jan —dijo Ted—. Es curioso que nos volvamos a encontrar aquí.

—Hola, Ted.

La chispa característica de Ted había sufrido una transformación desde la última vez que lo había visto, convirtiéndose en una sonrisa sosa de político, la sonrisa de alguien que sabe que los cuerpos escondidos en el maletero están efectivamente sin vida. Pero estaba bronceado y vestía una ropa que le favorecía y le daba un aire juvenil, ropa que Janet quizás no habría escogido. *Tiene que ser la influencia de Nickie*. Janet pensó que Ted tenía mejor aspecto de lo que se merecía; no mostraba señales de su corrosión interna. A su lado, Nickie estaba todo menos tranquila, con la cara pálida y totalmente ajena a la multitud y los astronautas que la rodeaban. Cuando finalmente miró a Janet a los ojos, la penetró hasta las entrañas y la saludó con una sinceridad difícil de pasar por alto. Janet le respondió con toda la hosquedad de la que fue capaz y se volvió hacia Sarah, que seguía sin poder quitarse a Shw de encima. Wade se había desvanecido, dando lugar a una situación social todavía más violenta. *Gracias, Wade, te debo una.*

Sarah estaba buscando la manera de escabullirse de las garras de Shw. Janet se preguntó si tenía alguna señal para alertar a los guardias de seguridad para que vinieran a echar a la gente que se pusiera muy pesada, igual que la reina de Inglaterra, que utiliza el bolso para enviar mensajes a sus empleados. Janet estaba a punto de acudir en su ayuda cuando Sarah alzó la vista, sonrió y dijo:

—Ay, hola, Beth.

¿Beth? Janet se volvió, y se encontró cara a cara con Beth, que había escogido su mejor vestido del domingo y que tenía toda la pinta de haber salido de un diorama de museo, la representación viva de Kansas en el año 1907. A Shw no le hizo demasiada gracia que la eclipsara de semejante manera y le dijo:

—Así que tú eres la mujer de Wade. ¿Y a qué viene este vestido de institutriz de la pradera? Te pareces a un imán de nevera.

—Hola. Tú debes de ser Shw. Mucho gusto —respondió Beth. Dos gatos esposados se habrían transmitido más afecto que las dos mujeres.

—Shw, Beth es una mujer con creencias. A ver si podéis respetar vuestras diferencias —dijo Sarah. Entonces se dio cuenta de la presencia de Ted y Nickie—. Hola, papá.

Ted se dirigió a Bryan.

—Oye, Bryan. ¿Por qué no nos presentas a este bombón? —preguntó Ted.

Desgraciadamente, Shw lo oyó.

—¿A este bombón? ¿Y tú de qué coño de planeta vienes, tío?

—Disculpa —dijo Ted—. ¿La señorita tiene nombre?

—Pues claro. Me llamo Shw.

—¿Cómo? No te he entendido bien.

—Shw, gilipollas. S-H-W.

Ted estaba perplejo.

—A ver. ¿Me estás diciendo que tu nombre se escribe S-H-W, y ya está?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Nada, que nunca he conocido a ninguna Shw.

—Pues ahora sí. Lo escogí yo misma.

—Oye, Bryan, a ti te sobran vocales. ¿Por qué no le vendes una a esta polvorita tuya?

De repente, Shw se quedó tiesa. Miró fijamente a Ted y le dijo:

—Mira, imbécil, pensé que Bryan estaba mintiendo, pero ahora me doy cuenta de que realmente eres una mierda, Ted Drummond. Has jodido tanto a toda la familia que jamás se pondrá bien. Debes de estar muy orgulloso de ti mismo.

—¡Qué típico de Bryan acabar con una desgraciada como tú!

—No le hables así, papá —intervino Bryan—. Está embarazada y no quiero que la estreses porque puede dañar a nuestro hijo, ¿vale?

—Joder, Bryan. Ahora solo me faltabas tú. ¡Que no pienso tenerlo! ¿Te enteras?

—Si crees que vas a deshacerte de nuestro hijo así como así, te equivocas.

—No; te equivocas tú. No puedes impedírmelo. ¿Qué vas a hacer? ¿Ponerme una placa de metal en el chichi? ¿O qué?

La gente que presenciaba el escándalo estaba fascinada. Beth logró cortar la discusión, y dirigiéndose a Sarah con una sonrisa dulce que no presagiaba nada bueno, le preguntó:

—Dime, Sarah, ¿crees en los extraterrestres?

Sarah la miró boquiabierta.

—Creo que la vida y los seres vivos están repartidos por el universo de forma tan generosa como el polen en el mes de julio.

—Entonces, dime: ¿crees en Dios?

—A ver, pongámoslo así: si Dios estuviera muerto o si jamás hubiera existido, entonces todo estaría permitido, ¿no? Pero no todo está permitido —Sarah calló. No tenía nada que añadir a esta respuesta.

—Claro. Entiendo.

—Pues entonces, ¿es vegetariano Dios? —preguntó Shw a Beth—. Tienes pinta de saberlo todo.

—No entiendo tu pregunta.

—Entonces, míralo así: hay una serpiente en el desierto, y la serpiente se come una rata. Forma parte de la cadena alimenticia y no pasa nada. Dios no tiene nada que ver. Y supongamos que te vas a África y un león se come una gacela. Pasa lo mismo: es la cadena alimenticia. Dios tampoco está metido. Pero digamos que una semana después, el mismo león ataca a un ser humano y se lo come. ¿Entonces qué? ¿De repente Dios está involucrado? Es como si fuéramos el único eslabón divino en toda la cadena alimenticia, ¿no?

Janet decidió retirarse de esta conversación efectista. Sarah ya sabía defenderse sola. Notó una mano en el hombro. Se volvió y se encontró con la cara de Nickie. ¿Qué?

—Janet, ¿podríamos hablar un momento?

—¿Hablar?

—Sí. Creo que es importante.

Janet receló.

—Dudo que haya nada que...

—Han pasado dos cosas. Tengo que contártelas.

—Bueno. Claro. —La venció la curiosidad.

—Quizás mejor dentro. Aquí fuera es un caos.

Janet se alegró de poder salir del sol. El calor la estaba ahogando y entrar al Peabody era como disfrutar de un día fresco de otoño. Las dos mujeres fueron directamente a un pequeño salón —un sueño de ratán y espuma de mar— que parecía sacado de un catálogo satinado de ropa deportiva. Nada más sentarse, vino un camarero a tomar nota de su pedido: dos sodas.

—Bueno, ¿me vas a decir a qué viene todo esto? —dijo Janet.

—Es que yo también tengo el sida.

Janet caviló.

—Vaya. Bienvenida al club. No sabes cuánto lo siento, pero ¿qué quieres que le haga?

Nickie estuvo a punto de responder, pero se lo pensó mejor y se mordió la lengua.

—¿Te lo ha contagiado Wade?

Nickie asintió con la cabeza.

—Estoy casi segura de que sí.

—¿Se lo has dicho a Ted?

—Todavía no. Lo sé desde hace tres días. Le he dicho que tengo un problema femenino y eso le ha hecho callar de golpe.

—No me sorprende.

Llegaron las sodas. Janet estuvo a punto de proponer un brindis, pero se dio cuenta de que iba a parecer una broma de mal gusto, así que se la bebió sin decir nada.

—Me has dicho que había dos cosas. ¿Cuál es la otra?

—Se trata de Helena.

—¿Helena? —Janet dejó el vaso. Helena había sido su amiga de toda la vida hasta que un día se pelearon—. ¿Qué pasa con Helena?

—Mira, no sé exactamente qué pasó entre vosotras, pero igual te alegra saber que antes de morirse dijo que sentía mucho todo lo que te había hecho. Dijo que no había sido ella, sino su locura. Me contó que había otra persona que se apoderó de su cuerpo y que la explosión que tuvo contigo —textualmente: explosión—, era lo único que lamentaba de su vida.

Janet no se movió.

—Pero ¿cómo es posible que te hayas enterado de todo esto?

—Es que la segunda mujer de mi padre es su hermana.

Me llevó a la clínica mental o como lo llamen hoy en día. Ese día, le habían dado un medicamento nuevo y estaba más lúcida. Sabía lo que estaba diciendo, ¿sabes? Supongo que el medicamento dejó de funcionar y al día siguiente se suicidó. Algo debió de fallar. Lo siento. Pero quiso disculparse contigo. Te echaba mucho de menos. Te quería de verdad.

*Helena...*

—¿Janet? ¿Estás bien?

Al otro lado de la recepción, un grupo de niños en sillas de ruedas y conectados a toda clase de máquinas y tubos estaban a punto de salir a la luz del sol.

Janet tenía un recuerdo de Helena que brillaba por encima de todos los demás. Ocurrió en el mes de septiembre de 1956, cuando estudiaban juntas en una escuela mixta. Estaban en el centro de Toronto, de camino al trabajo del padre de Janet, donde habían quedado para comer. El aire se impregnaba de la suavidad de las hojas amarillentas y el sol caía poco a poco hacia la línea del horizonte. Helena se estaba burlando de la nueva relación entre Janet y Ted.

—A ti lo que te va es esa buena dentadura americana. Anda que no te vuelve loca ni nada. Esos dientes americanos y aquello que hace con los ojos.

—Pero ¡qué dices!

—Mira, guapa. Ahora no te hagas la loca. Sabes perfectamente de qué te estoy hablando.

—Bueno, ¿y qué pasa si tiene los ojos bonitos? —dijo Janet. Y enseguida se puso a buscar con desesperación algún defecto de Ted que anulara el piropero de su mejor amiga:

—Claro que ese cacharro que tiene se tira unos pedos de humo azul que te mueres.

—¡Ay! ¿Cómo puedes ser tan reprimida, Janet Truro? Ted sí que es un yanqui como Dios manda.

—Ya, pero tendrías que ver los paquetes que le envía su madre. Me mareo solo de verlos. Toneladas de jerseys y camisas con sus iniciales, y no te lo pierdas: en uno de los paquetes había escondido una botella de whisky. ¡Su propia madre! Vete a saber lo que le envía su padre.

—Una caja con putas, como mínimo.

—¡Ay, basta, Helena! —dijo Janet soltando una risotada—, que me va a dar un ataque.

—O igual una caja de putas muertas. Ya sabes lo puritanos que son los americanos.

Janet se ahogaba de la risa.

—Entonces ¿qué, Troo? ¿Quiere que seas un angelito o una putita?

Troo era el apodo de Janet, una abreviación de Truro.

—¡Ay, Helena!

—Va. Contesta. ¿Cuál de las dos?

—Es que no te lo puedo decir.

—Sí puedes.

Janet sabía perfectamente a qué se refería Helena, pero la pregunta la asustó por lo que insinuaba tanto directa como indirectamente.

—Quiere que sea una buena chica.

—Pues vaya respuesta —dijo mientras pasaba una enorme hormigonera—. Bueno, si Ted es el Señorito Superestrella Americano, ¿por qué ha venido a estudiar a Canadá? ¿Cómo es que los de Yale no han venido con sus látigos para convencerle de que vuelva a casa?

—Los americanos aún creen que Canadá tiene cierto estilo. Misterio.

—¡Por-fa-vor! No lo dirás en serio —dijo Helena resoplando.

Janet tampoco se lo acababa de creer —qué iba a hacer en una ciudad de gachas, ladrillos y ropa perfectamente diseñada para combatir la intemperie—, pero se sentía obligada a defender a su pretendiente.

—Por si no lo recuerdas, aquí adoramos a la reina. Para ellos, la monarquía es casi tan rara como el comunismo. Una especie de comunismo pero con joyas y perritos.

Se detuvieron para mirar unos sombreros mejicanos y un cactus de papel maché en el escaparate de una agencia de viajes. Detrás, un avión de plástico volaba hacia el futuro. Janet salió corriendo calle abajo.

—A ver si me pillas, Helena.

—¡Troo, para! —A Helena le sobraban unos cuantos kilos—. ¡Ni que esto fuera el Derby de Kentucky!

Llegó sofocada a la esquina donde Janet se había parado a esperar que el semáforo se pusiera rojo.

—Vamos, Troo.

—Pero si el hombrecito está en rojo.

—¡Eres una mojigata! Arriésgate y cruza ahora, ¿quieres? ¡Venga!

Helena ya estaba al otro lado de la calle.

—¡Eo! —gritó—. Ni te imaginas lo bien que se está aquí.

Justo en el momento en que Janet decidió cruzar, un policía dobló la esquina, tocó el silbato, la llamó y la multó por cruzar la calle en rojo. Helena se estaba desternillando de risa. Janet se moría de vergüenza. *¡Ahora tengo antecedentes penales!*

El señor Truro llegó demasiado tarde para comer en la cafetería del trabajo —pastel de carne, zanahorias hervidas, arroz con leche y Coca-Cola—, pero se ofreció a acompañar a las chicas a casa. Con el paso de los años, William se había vuelto más robusto y de alguna manera, más atractivo. Helena estaba en el asiento delantero intentando escandalizarlo:

—Las mujeres saben mucho más que los hombres a la hora de sacar información a los demás. Me juego lo que quiera a que en mil novecientos setenta y cinco todos los abogados serán mujeres.

—Janet, ¿de dónde has sacado a esta pequeña sufragista? Ya verás cómo intenta convencerte de que te hagas con mi puesto en Eaton's.

—¿Y qué tendría de malo? —retó Helena.

—¿Mi pequeña Janet con un empleo de verdad? Pobrecita. Se... ahogaría. Helena no pudo resistirse.

—¿Que se ahogaría? ¿Por qué?

—El mundo es muy duro, Helena —respondió William.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Ahora eres joven. Eso es lo qué.

—Estáis hablando de mí como si no estuviera —interrumpió Janet, pero su padre apenas la oyó. Estaba mucho más interesado en Helena.

—No tienes ni idea —dijo William—. La vida es aburrida. La gente busca venganza. Lo bueno siempre se acaba. Hacemos muchas cosas y no sabemos por qué las hacemos, y si logramos adivinarlo, suele pasar al cabo de muchos años, cuando ya ha dejado de importarnos.

—¿Así que quiere encerrar a Janet en una torre de marfil?

—Exactamente —dijo William, justo después de parar en un semáforo. El silencio del motor hizo que la palabra sonara a grito de ogro. Había demasiados nervios.

—Helena, ¿por qué no pones la radio? —saltó Janet—. Me apetece escuchar a Dean Martin.

—¿Y ahora tenemos que soportar a ese payaso? —protestó William.

—No es un payaso, papá.

El semáforo pasó a verde y William aceleró. Janet hundió las manos en la espuma del asiento trasero. Helena pidió a William que la dejara en casa, en la esquina de Bloor y St. George, así que tuvieron que dar un rodeo. Cuando llegaron, Helena les señaló el piso que había alquilado.

—Vaya agujero, ¿verdad, señor Troo?

—¿No eras artista? Ya te pega este sitio.

—Ciao —dijo, saliendo del coche.

*¿Ciao? ¿Qué quiere decir ciao?* Janet se sentía como el pájaro que ha quedado atrás cuando los demás ya han emigrado. No acababa de quitarse la sensación de encima y cuando Ted le propuso matrimonio en un restaurante húngaro el siguiente viernes, aceptó. Durante los meses anteriores a la boda, no pasó ni un solo día sin que Janet se arrepintiera de su decisión, como si se hubiera gastado todo el dinero que había ahorrado en un vestido sin tener dónde lucirlo. *¡Ted es tan guapo y tan misterioso! Pero ¿qué he hecho? Si apenas lo conozco. ¿Y si ronca? ¿Y si no nos entendemos? ¿Y si...?*

No se atrevía a pensar en el siguiente «¿y si...?», menos aún decirlo en voz alta, el «¿y si...?» carnal. *Nuestros cuerpos... su cuerpo... Jamás lo he visto... entero. Ay, por Dios. ¿Qué será de mi?*

La respuesta que buscaba era precisamente la que las revistas, las películas de Doris Day y su madre se callaban. *Aquí pasa algo, pero ¿de qué se trata?*

Janet notó una mano sobre el hombro.

—¿Janet? ¿Janet? ¿Estás bien?

Era Nickie. Janet volvió a aterrizar en el Peabody.

—Sí, estoy bien. Gracias. Muy bien.

—¿Seguro?

Janet la miró. Toda la hostilidad que había sentido por Nickie se había desvanecido.

—Sí, seguro.

Las dos oyeron unos pasos que venían hacia ellas, unas camperas sobre el suelo de mármol: las botas de Wade. Al doblar la esquina, casi se topó con la mesa donde estaban sentadas. Por la cara que puso, fue evidente que encontrarse a Janet y a Nickie era lo último que se esperaba.

—Hola. Esto... yo...

—Hola, Wade.

—¿Qué tal, Nickie? Mira, venía...

—Tranquilo, cariño. Siéntate —dijo Janet.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Siéntate, ¿quieres?

—¿Tienes algo que decirme?

—Sí.

—¿Es algo malo?

—Sí, Wade, lo es —respondió Nickie.

Wade se dejó caer en un sillón de ratán.

—Mierda. Lo siento. ¿Qué queréis que...? —empezó Wade, pero de repente miró hacia su madre, con la expresión completamente cambiada.

*Algo va mal.*

Wade le puso una servilleta bajo la barbilla.

—Mamá...

—¿Qué pasa? ¿Qué haces?

—Parece que te haya mordido el Conde Drácula. No te preocupes. No quedará mancha.

—¿Sangre?

Janet cogió otra servilleta e intentó limpiarse la camisa. La otra servilleta ya estaba empapada.

—Ostras.

—Mamá —dijo Wade—, voy a reservarte una habitación aquí y luego iré a buscar tus cosas del motel, ¿vale?

Janet estaba confundida.

—Sí, vale. Claro.

—No te preocupes. Todo saldrá bien. ¿Puedes levantarte? Bien. Te voy a llevar a mi habitación para que te eches un rato. Todo irá bien, mamá. Ya lo verás.

Se dirigieron a los ascensores. Nickie entregó unas servilletas de más a Wade antes de que se metiera en el ascensor con su madre.

—Luego te llamo, Janet —dijo Nickie.

Se cerraron las puertas.

Wade dejó a Janet reposando en la cama de su habitación y cogió las llaves del sedán que Beth había alquilado con su tarjeta de crédito. Bajó a recepción pero ya no quedaba nadie: tanto Sarah como la multitud y todos los niños enfermos se habían desvanecido. Los camiones de la televisión ya estaban en marcha, con todos los cables recogidos y perfectamente bobinados. Los únicos que quedaban eran Bryan y Shw, en plena discusión sobre quién se iba a quedar con un juego de llaves que, por lo visto, Bryan no estaba dispuesto a entregar a su novia. Los otros invitados, incapaces de ignorarlos, estaban completamente sintonizados con la bronca y Wade trató de pasar inadvertido por su lado. Pero antes de llegar a la puerta, oyó la voz estridente de Shw:

—¡Ja! Si no me quieres acompañar tú, se lo pediré a tu hermano.

—Mi hermano no te va a llevar a ninguna parte.

Wade no tenía ningunas ganas de implicarse en la pelea.

—Estoy buscando a Beth.

Tardó demasiado en darse cuenta de que tenía las llaves del coche en la mano.

—Me ha dicho que se iba de compras —dijo Bryan.

—Pues espero que no gaste demasiado. Estamos sin blanca.

—Wade, llévame contigo, por favor —dijo Shw.

—Es que iba a recoger las cosas de mamá en esa mierda de motel donde se aloja.

Quiero que se quede aquí con nosotros.

—Hostia, es verdad. ¿Cómo se encuentra? —preguntó Bryan—. Cada vez que le pregunto, me dice que está «perfectamente bien», pero ya no me creo nada.

—¿Y cómo quieres que esté, Bryan? —interrumpió Shw—. Tiene el sida. No está «perfectamente bien». Vaya par de hijos que le ha tocado. Deberíais estar tirándole rosas a los pies, pero lo único que hacéis es complicarle la existencia. Wade, si quieres te acompaño a buscar sus cosas.

—Gracias, Shw, pero no sé si voy a necesitar...

—Calla un poco, ¿quieres? Sí vas a necesitarme. Ya sabes... ¿qué vas a hacer con toda esa lencería fina? Luego me dejas en el campo de tiro y ya está.

—¿En el campo de tiro? —dijo Wade, mirando a su hermano.

—No sigas —dijo Bryan—. Está empeñada en joder al crío. Tantos tiros lo van a dejar sordo. Y no te digo nada de los niveles de metal que hay en el aire y en el suelo de esos sitios. Acabará igual que los de la guerra del Golfo.

—Ya estoy harta de Florida. Necesito armas de fuego para fortificarme por dentro.

Los dos hombres se quedaron atónitos: ¿*Fortificarme por dentro*? La curiosidad que Wade sentía por la madre de su futuro sobrino o sobrina sobrepasó su reticencia.

—Mira, tengo el coche aquí fuera. Yo me voy ya. Si quieres venir, tendrá que ser ahora.

Salió al aparcamiento. El calor era insoportable. Estaba a punto de meter marcha atrás para salir cuando Shw abrió la puerta del coche y se subió.

—Tu hermano es un cagado.

El motel no quedaba lejos, pero estaba situado en una especie de purgatorio inmobiliario. No era ni una zona residencial, ni comercial, ni nada. Se parecía más a un centro penitenciario que después de una bancarrota se había convertido en una hospedería tan utilitaria como deprimente.

—Joder, mamá —susurró Wade—. Vaya cuchitril.

Wade y Shw se bajaron del coche y fueron a la habitación de Janet. Abrieron la puerta.

—Es como si se hubiera parado el tiempo aquí dentro —dijo Shw—. ¿Cuántos polvos habrá resistido este colchón? Tiene forma de antena parabólica.

—Yo me encargo de la ropa grande —dijo Wade—. Tú recoge las prendas... pequeñas, ¿vale?

—¿Los pormenores? Vaya, no me esperaba que el señorito fuera tan remilgado.

—Oye, haz la maleta y espabila, ¿vale?

En pocos minutos, las maletas estaban llenas. Shw estaba acabando de doblar la ropa interior cuando Wade le preguntó:

—¿Es verdad que os conocisteis prendiendo fuego a una tienda de ropa?

—Sí. Por esa época, lo único que me interesaba era quemar y destrozarse esa mierda. Bryan apareció por allí porque habían ido sus amigos músicos y él decidió seguirlos. De hecho, tiene tan poca iniciativa que seguro que los seguiría hasta Dachau si hiciera falta. Bueno, a mí no me van las empresas estas enormes. Son una mierda. Me encantaría verlas saltar por los aires a todas, y hay que decir que Bryan piensa lo mismo.

—Ya —dijo Wade, evasivo.

Entraron al baño. Shw no daba crédito al despliegue de pastillas que encontraron.

—Madre mía. Esto parece una fábrica de chucherías —dijo Shw, cogiendo un frasco—. Este no está ni en inglés.

—Es que toda esa terminología técnica proviene del latín. Por eso no parece que sea inglés.

—Mira, tío, no te pases de listillo, ¿vale? Si vamos a jugar a quién sabe más vocabulario, seguro que te doy mil vueltas. Te estoy diciendo que la etiqueta no está en inglés. Parece español.

Wade miró el frasco.

—No. Es portugués. Estas pastillas vienen de Brasil.

—¿Y qué hace tu madre con drogas brasileñas?

Wade las miró más de cerca.

—¡Pues ya está!

—¿Que ya está qué?

—Pues las pastillas que tienes en la mano.

—Pero ¿qué les pasa?

—Es talidomida. Mamá las debe tomar para las úlceras de la boca.

—¿Y qué tiene tan de «pues ya está»?

—¿No sabes qué es la talidomida?

—Pues no.

—Es una droga que recetaban en los años sesenta para las náuseas del embarazo. Lo que pasa es que los niños nacían con deformaciones, y también hubo casos de abortos naturales y de bebés que nacían muertos. Por eso a Sarah le falta una mano. ¿Nunca te lo ha contado Bryan? Déjame ver el frasco un momento. —Wade fue a coger las pastillas, pero vio que Shw estaba lívida—. ¿Estás bien?

Shw cogió una botella llena de agua mineral y empezó a pegar a Wade en la cabeza y la cara.

—¿Eres gilipollas o qué te pasa? ¿Por qué me has dejado tocar esa mierda? ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo has podido hacerme esto?

Wade se defendió como pudo. Le sorprendió que una persona tan pequeña tuviera tanta fuerza.

—Pero si no sabía lo que era hasta que me lo has enseñado tú. Mierda. Estate quieta, ¿vale?

Wade cogió la botella. Shw no paraba de temblar. Se metió completamente vestida bajo la ducha y abrió el grifo a todo chorro.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Me estoy quitando esa mierda del cuerpo.

—Pero si está en un envase burbuja. Ni siquiera te ha tocado. —De repente, se le ocurrió algo—: Oye, ¿no habías dicho que querías abortar?

—Bueno, igual no.

—Pues vale.

Wade metió todos los frascos en una maleta pequeña y dijo:

—Yo ya estoy. Te espero en el coche.

Shw estuvo cinco minutos más en la ducha y solo salió porque se había quedado sin agua caliente. El campo de tiro estaba a un kilómetro y Shw, empapada, no abrió la boca en todo el camino. Cuando Wade la dejó en la entrada, se limitó a decir:

—Hoy estoy muy borde. Gracias por acompañarme.

Era una tarde calurosa de agosto de 1973.

—Bryan, no toques el plástico. Lo joderás todo —le dijo Wade.

—No le hables así, Wade. Solo quiere ayudarnos —dijo Sarah, y dirigiéndose a Bryan, añadió—: Vale, pero no toques nada, Bryan, porque igual sí lo estropeas todo.

—Pues me voy y ya está.

—No te estoy diciendo que te vayas —dijo Sarah—. Lo que no quiero es que me toques las cosas, ¿vale?

Los tres estaban en la entrada de casa rodeados de bolsas de plástico de la tintorería y perchas torcidas. La misión era fabricar un globo de aire caliente y estaban pegando las bolsas a un aro metálico con celo, de forma que parecía un preservativo ultraligero. En medio del aro había unos alambres en forma de cruz que sujetaban una tapa de aluminio de un bote de cacao en polvo. Encima de la tapa, habían puesto cinco pastillas blancas para encender el fuego de la barbacoa. Sarah parecía una enana al lado de sus dos hermanos secuoys; incluso de Bryan, que era menor que ella. Sin embargo, estaba claro que ella llevaba la batuta.

—Tengo sed —dijo Bryan.

Wade lo miró.

—Mira, tengo un meimportaunmierdómetro en la mano y la aguja no se ha movido. Así que cállate.

—Luego iremos a buscar un refresco —dijo Sarah—. Casi está a punto para despegar.

Wade aguantó las bolsas de plástico mientras su hermana encendía las pastillas con un mechero.

—Tardará un poco en llenarse de aire caliente —anunció Sarah, dando un paso atrás y mirando fijamente el globo.

—Parece un consolador enorme —dijo Wade.

Poco a poco, el globo se llenó de aire aún más caliente que el de aquella tarde de agosto.

—¿Qué es un consolador? —preguntó Bryan.

Sarah miró a Wade.

—Oye, que es muy pequeño para eso, Wade.

—¿Ah y tú sabes lo que quiere decir?

—Pues claro.

—¿Qué es, entonces?

—Es una réplica de plástico de la picha de un hombre que usan las mujeres cuando están solas.

—¿Y cómo lo «usan» exactamente? —preguntó Wade.

—Mira, ya sabes a qué me refiero. Y ahora a Bryan seguro que le da por decirlo delante de mamá o papá, y mal además, y se te caerá el pelo, ya verás.

—No, aquí el que siempre recibe es Bryan.

—No es verdad, Wade. Papá te pega el doble que a mí. Además, no soy un niño. Solo tengo dos años menos que Sarah.

Sarah cambió de tema:

—Wade, ¿te duele cuando papá te pega? Es que a mí nunca me ha pegado.

A Wade le costaba imaginarse cómo debía ser la vida sin palizas.

—¿Que si duele? Y yo que sé. Nunca me lo he planteado así. Sí, supongo. Pero cuando papá me pega, no es como si quisiera hacerme daño por fuera. Me quiere hacer daño por dentro. Se cree una especie de puto rey y me lo quiere demostrar como sea.

La bolsa ya estaba llena de gas caliente.

—Creo que ya está, ¿eh? —dijo Wade.

Los tres miraron la bolsa suspendida a unos centímetros del suelo.

—Vale. Suéltalo ya.

Wade soltó la bolsa y el globo subió de forma silenciosa, limpia e inestable. Había justo el viento suficiente del oeste como para llevarlo hacia el río Capulano y el norte de Vancouver. Los tres corrieron hasta el final de la calle. Sarah llevaba unos prismáticos para controlar la trayectoria.

—Ya veréis cómo llega al norte de la ciudad —dijo Bryan.

—Lo dudo —dijo Sarah, la especialista de explosivos—. Las pastillas solo durarán unos quince minutos como mucho.

—¿Y si aterriza en el bosque? —preguntó Bryan.

—Pues que aterrice en el bosque —respondió Wade.

—Pero está todo seco. Podría haber un incendio.

—Bryan, no seas pesado.

Se acercó un coche por detrás. Era Janet. Se paró a su lado.

—Hola, guapos. ¿Qué hacéis?

—Hemos hecho un globo —dijo Sarah—. Estamos mirando hasta dónde llega.

—¡Pero qué listos sois!

—Mamá, ¿has comprado algo para beber? —preguntó Sarah.

—Sí, creo que sí.

Cogió tres latas de refresco de una bolsa en el asiento de atrás.

—Bryan, cógelas —dijo Sarah.

Antes de marchar, Janet les dijo:

—Esta noche vamos a cenar hamburguesas a la barbacoa. Portaos bien.

Cuando ya había desaparecido el coche, Sarah dijo:

—Oh, no. Creo que he cogido las últimas pastillas que quedaban para hacer el

globo.

—Tranquila —dijo Wade—. Diré que las he cogido yo.

Bryan abrió las latas de refresco y las repartió. Los tres se sentaron y miraron cómo se alejaba el globo, turnándose con los prismáticos.

—Está bajando —dijo Sarah.

—Qué va —dijo Wade, cogiendo los prismáticos—. Déjame mirar. Hostia. Es verdad.

—¿Dónde aterrizará?

—Por Glenmore, cerca de la escuela.

—Wade, déjame mirar —dijo Sarah, arrancándole los prismáticos de las manos—. Pues tienes razón.

De repente, el globo aceleró su caída sobre una casa adosada.

—¡Oh, no! —exclamó Sarah.

—¿Qué pasa?

—Va hacia la casa de los Beatty.

Wade cogió los prismáticos.

—¡Mierda!

El globo aterrizó en el tejado de madera de un chalet que se incendió rápidamente. Sarah propuso llamar a los bomberos, pero Wade le dijo que se esperara, que el vecino de los Beatty ya había sacado la manguera y le estaba echando agua y que en la calle la gente se había parado a mirar. Entonces oyeron las sirenas. El fuego había pasado por debajo de las tablas del tejado y había salido por el lado derecho como la lengua de un gato. De repente, el tejado quedó envuelto en llamas, llegaron los bomberos y empezó el caos.

—Se nos va a caer el pelo —dijo Wade.

—Ya te decía yo que podíamos provocar un incendio —dijo Bryan.

—Bueno, ¿y qué? —saltó Sarah—. Ha sido un accidente.

Dejó los prismáticos y miraron la columna de humo que salía de la casa al pie de la colina.

—¿Creéis que sabrán que hemos sido nosotros?

No hizo falta contestar esta pregunta porque apareció de pronto la señora Breznek desde el otro lado de la calle con el delantal puesto. Al ver el incendio, se puso a dar gritos.

—¡Gamberros! ¿Qué habéis hecho? ¡Voy a llamar a la policía ahora mismo! ¡Os vais a enterar! ¡Os meterán a los tres en la cárcel!

—¡Calla ya, bruja! —dijo Wade.

La señora Breznek soltó un bufido de rabia.

—Wade... —dijo Sarah, riéndose.

—No sé qué tiene de gracioso —dijo Bryan.

—Calla de una vez, cobarde. Diré que he sido yo —dijo Wade.

—No, no digas nada, Wade. Diré que ha sido por mi culpa. Que estaba haciendo un proyecto científico y salió mal. Que se ha soltado la cuerda que lo sujetaba. Si dices que has sido tú, te enviarán a una escuela militar mañana mismo.

—Creo que ya han apagado el fuego —dijo Bryan—. Ahora solo veo humo.

Efectivamente, el fuego estaba casi apagado. Unos minutos después, un coche de policía aparcó delante de la casa. Janet salió, perpleja y preocupada.

—¿En qué puedo servirles, agentes?

—Queremos hablar con sus hijos, señora Drummond.

—¿Con los niños? Pero si...

Sarah la interrumpió:

—Ha sido un accidente, mamá. Se me ha escapado mi experimento científico.

—¿Qué dices? ¿Qué experimento científico?

A continuación hubo una hora de confusión y detalles técnicos.

—La culpa es mía —decía Wade una y otra vez—. Debería haber estado más atento.

—¡Wade! —gritó Sarah—. Deja ya de intentar encubrirme. El incendio ha sido culpa mía, ¿vale?

Cuando llegó Ted a casa, procuró oír la versión de Sarah primero.

—Es que estaba mirando esas publicaciones técnicas viejas que tienes de cuando estudiabas propulsión en la universidad. Quería hacer algo así. Era como un reto.

—A ver. ¿Me estás diciendo que has soltado una carga útil con fuego dentro en plena temporada de incendios forestales porque yo estudié propulsión en la universidad?

—Sí.

Ted la agarró.

—¡Eres la princesa más guapa del mundo!

La achuchó y Sarah se rio.

—Jan, ¿qué hay para cenar esta noche?

—Pues iba a hacer hamburguesas...

—Cambio de plan. Hoy vamos a pedir pizzas por una vez. Wade, escoge la que quieras. —Ted le hizo cosquillas a Sarah en los pies—. ¡Qué suerte tienes de tener un hermano mayor que te ayude con tus proyectos, señorita!

Wade volvió al hotel para reservar una habitación para Janet, pero no quedaba ninguna libre.

—Mamá, ¿por qué no compartes la nuestra?

—No sé, cariño. No quiero ser pesada.

Janet estaba estirada en la cama con las cortinas cerradas.

—Nunca has sido pesada, mamá. Además, así tú y Beth podréis conoceros un poco más.

—Bueno, supongo que sí.

Wade inspiró a fondo:

—Mamá, he visto la talidomida en el baño.

Janet lo miró fijamente.

—Ah, eso...

—No pasa nada. Sé que es para las úlceras que tienes en la boca.

—Sí.

Janet se incorporó e intentó acercarse a Wade.

Wade se sentó en una silla al lado del minibar.

—Lo que me pregunto es cómo se consigue la talidomida hoy en día. ¿La trafican los científicos o qué? Es tan... raro que la sigan fabricando. Me entran escalofríos solo de pensarlo.

—La consigo de Brasil, a través de una red clandestina. Me la envían por mensajero. A veces me llega de México, pero México es un desastre. Mejor Brasil. La emplean para la lepra.

—¿Para la lepra? ¿En serio?

—Sí, ya lo sé. La ironía es demasiado cruel. Ahora usan la talidomida para evitar que la gente pierda sus extremidades y sus dedos.

—Ya ves.

Se quedaron callados.

—¿Y Nickie qué? —preguntó Wade finalmente.

—¿Te refieres a que está infectada?

—Suena fatal cuando lo dices así, pero sí: a eso me refiero.

—No sé qué decir, Wade.

Wade tenía un sobre de café descafeinado que iba pasando de una mano a la otra.

—Entonces, ¿os habéis hecho amigas?

—Hombre, tanto como amigas, no. Pero he dejado de odiarla. De hecho, me cae muy simpática.

Janet se dejó caer sobre la cama.

—¿Estás bien?

—Sí, pero necesito dormir. El sol de aquí me mata. ¿A qué hora volverá Beth?

—No tengo ni idea. Descansa un poco. Voy a mirar la vista desde el balcón.

Wade salió al balcón con el teléfono. Tomó aire e hizo una llamada que hubiera preferido no tener que hacer. Marcó el número de un hombre con quien había hecho negocios años atrás.

—Norm al habla.

—Norm, soy Wade.

—¿Wade Drummond? ¡Qué sorpresa! ¿Qué es de tu vida, compadre?

—Pues, mira. Así así. Me he casado, voy a ser padre, tendré una furgoneta y toda la historia. Ya sabes.

—¿Tú, un padre de familia?

—Parece increíble, ¿verdad? Pero sí: por fin he sentado la cabeza.

—Tener familia está bien, Wade.

—Deberías conocer a la mía. Somos una pandilla de psicópatas.

—Todas las familias son psicóticas, Wade. De hecho, creo que todos tenemos más o menos la misma familia. Lo que ocurre es que la configuración varía un poco. Si quieres te presento a mis suegros. Por cierto, ¿desde dónde llamas?

—Estoy en Orlando.

—¿Y qué se te ha perdido en Orlando? Ah, claro, tu hermana es la astronauta. Es alucinante esa tía.

Siguieron hablando de sus noticias durante unos minutos hasta llegar a un silencio cargado típicamente varonil.

—Escucha, Norm. Necesito pasta.

Una pausa.

—Bueno, eso nos pasa a todos.

—Es que tuve que pedirle un préstamo a Tony el Tigre en Carson City para una clínica de esas de infertilidad que cuestan un ojo de la cara. Luego tuvimos que ir a Europa para un tratamiento que nos salió por cincuenta de los grandes.

—¿Qué dices? ¿Qué tratamiento puede costar tan caro?

*Ha llegado la hora de tirarse de cabeza, Wade.*

—Norm, soy seropositivo, ¿vale? Hay una clínica en Milán donde te meten la leche en un centrifugador y entonces las partículas víricas suben a la superficie y todo lo limpio se queda abajo.

Norm tardó en contestar:

—Ya. Mira que me han contado historias, pero tengo que reconocer que esta es buena.

—No es ningún cuento. Es la verdad.

—Vale, lo que tú digas. Pero sigues necesitando pasta.

—Sí.

—Pues ya sabes cómo funciona, Wade: cuanto más riesgo haya, mayor será la recompensa.

—Ya me conozco el sistema.

—¿Cuánto vas a necesitar?

—Pues ¿qué tal cincuenta mil más otros cincuenta para los intereses de Tony?

—El riesgo es considerable.

—Sí, pero me hace falta la pasta.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea hasta que por fin Norm le dijo:

—Mira, Wade. Estás de suerte. Has llamado en un momento muy oportuno, compadre. Voy a necesitar un mensajero ya mismo.

—¿Un mensajero? —Wade sabía que la mensajería era el trabajo más bajo y más peligroso de toda la economía laboral clandestina—. De acuerdo, ¿por qué no?

—A ver, hagamos lo siguiente: estoy liado con Cheryl. Es la que hace el baile de Pocahontas en Main Street USA en Disneylandia.

—¿Cheryl, dices?

—Sí, la pequeña Cheryl. Es tan joven que aún le gustan los puretas. Quedamos mañana a la salida del monorraíl de Main Street USA. A las diez en punto, ¿vale?

—Tío, no lo dirás en serio esto de quedar en Disneylandia.

—Wade, Wade, Wade. Nunca pasa nada en Disneylandia. Es el lugar más seguro de todo este jodido estado. De hecho, es mi sala de reuniones favorita.

Se despidieron y colgaron. Wade volvió a entrar en la habitación justo cuando Beth volvía de comprar. Después de echar la siesta, Janet los invitó a una cena tranquila en el restaurante del hotel. Luego fueron a pasear por el Boulevard Internacional, una experiencia frustrante para Wade dado que incluso la chatarra más barata era carísima. Luego subieron a la habitación para mirar la tele y Wade volvió a salir al balcón con el teléfono en la mano. Esta vez tuvo que armarse de valor y contener sus sentimientos de culpabilidad por haber sido un hijo tan escurridizo e inútil antes de marcar el número de su padre en Kissimmee.

—¿Diga?

—Hola, papá. Soy yo, Wade.

La voz de Ted no delató nada.

—Hola, Wade.

—¿Cómo va, papá? Hoy casi no he podido hablar contigo en el hotel.

—Bueno, ya se sabe. Los periodistas son todos unos payasos.

—Sí, y había un montón de gente.

—Al menos no estás en la cárcel —dijo Ted—. Me alegro. Ya no tienes edad para eso, Wade. Un tío que acaba encerrado después de los cuarenta tiene algo de patético, como si fuera incapaz de afrontar el futuro, ¿sabes?

—Sí, papá. Al menos tú tienes buen aspecto.

—Supongo, aunque no me lo merezco. Nickie dice que tengo una buena estructura de huesos. Además, voy de vientre cada día y me dejan el solarium gratis en el gimnasio.

—Mira, te llamaba porque me ha dicho un pajarito que andas mal de pasta.

—¿Qué pajarito? Mis pajaritos son asunto mío, ¿está claro?

—Pues entonces, nada. Pensé que podría interesarte un plan que tengo. Solo eso. Ted no respondió.

*De momento no me ha colgado. Es buena señal.*

—No sé. El dinero así como viene, se va. La verdad es que haber perdido la casa me la trae floja: teníamos goteras. Además, tengo a Nickie que seguirá trayendo el pan a casa hasta que encuentre trabajo, ¿verdad, cariño?

Nickie, sin duda alguna, debía de estar mirándolo con resignación.

—Oye, papá. ¿Por qué no te vienes con nosotros a Disneylandia mañana? Podría ser divertido. Te invito yo.

*Ya no hay vuelta atrás.*

—¿A Disneylandia? ¿Te has vuelto loco?

—Es que hay un tío que se llama Norm... —Wade se dio cuenta de lo mal que sonaba lo que acababa de decir: *Hay un tío que se llama Norm...*

—¿Y?

—Y necesita una mano con un proyecto que tiene.

—¿Y?

—Pues que iba a ayudarle y había pensado que a ti también, bueno, que igual te interesaría.

—Dime qué tengo que hacer y cuánto cobraré.

*¡Qué implacable se ha puesto, el tío!*

—¿Para ti? Unos diez mil. No creo que tengas que hacer gran cosa: una excursión de un día a algún sitio cercano.

Una pausa.

—De acuerdo.

—¿Cómo? ¿No quieres saber los detalles?

—No, lo que quiero es el dinero. Encárgate tú del resto. —Hubo una pausa—. Gracias por pensar en mí, hijo.

Quedaron para la mañana siguiente y se despidieron. Wade entró en la habitación sintiéndose Papá Noel y los tres se quedaron dormidos mirando el canal histórico. Wade se despertó sobre las tres de la madrugada completamente desvelado. Salió al balcón donde soplaban los últimos restos de un viento del Golfo ya sin aliento. Miró la luna. Si no estaba llena, poco le faltaba. *Si los seres humanos nunca hubieran poblado la tierra, esa misma luna estaría en esa misma posición. Estaría exactamente donde está ahora mismo.* Wade trató de imaginarse cómo habría sido

Florida antes de la llegada del hombre, pero no pudo. La colonización había sido absoluta, solo veía caravanas, fábricas y chiringuitos a sus pies. Llegó a la conclusión de que si el hombre poblara la luna algún día, la convertiría en una enorme Florida. Menos mal que estaba tan lejos, tan inalcanzable.

Entonces Wade pensó en su madre, consumiéndose poco a poco ante sus propias narices. Sin embargo, por alguna extraña razón, parecía más joven que nunca. *Ahora sabe cosas que yo ni siquiera conocía hasta hace poco, como toda esa mierda porno. Ha abierto un montón de puertas.* Le entró un ataque de vergüenza, de los que sentía cada vez que pensaba en cómo se había portado su padre, en cómo se había portado él mismo y en cómo había afectado a su madre, tantos líos de faldas y tanta estupidez.

Bueno, mañana cobraría un dinerito y tal vez conseguiría alejar a esos gorilas de Carson City de la puerta de su apartamento, donde tenían la costumbre de encender y apagar las largas a todas horas de la noche. Si le sobraba algo, podría probar una nueva combinación de drogas anti-VIH. *¿Y los diez mil para papá? Una miseria. Por fin puedo hacerle un favor como Dios manda.*

En el fondo, la vida no era tan complicada. Tenía una mujer, y un hijo en camino, un nido que proteger y un mundo gigantesco que esperaba el momento de atacar y hacerle trizas. Wade pensó en la sangre que le corría por las venas, por las piernas, los pies, las puntas de los dedos y el cuero cabelludo. Intentó permanecer inmóvil para sentir cómo la sangre le recorría el cuerpo, pero no notó nada. *Es como lo de las vueltas que da la Tierra: no nos dejan sentir nada.* Pensó en su propio sida. Cuando se lo contó a Sarah, le dijo:

—Hermanita, esto es como una máquina del tiempo.

—No sé cómo puedes tomártelo tan a la ligera, Wade.

—No me lo tomo a la ligera, Sarah. Es así y ya está.

—¿Cómo que es así? No te entiendo.

—Pues mira: si ahora fuera hace cien años, los dos estaríamos muertos. Tú te hubieras muerto de la apendicitis que te cogió en el colé o yo qué sé, de una herida infectada.

—No creo. Solo nacer ya me hubieran matado.

—Un día estás vivo y al siguiente, estás muerto. Todo en un abrir y cerrar de ojos. ¿Sabes qué te digo? Que a estas alturas, ya me hubiera muerto cien veces. Así que tal y como lo veo yo, esto es una forma de poner el reloj a la hora correcta. No es natural que la gente viva tantos años.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Sí que me lo creo, hermanita.

—Pues lamento decirte que no estoy de acuerdo.

Wade se percató de la dureza en el tono de Sarah.

—¿Y ahora qué, Wade? ¿Podrás trabajar?

—Más o menos. Tengo un empleo de media jornada de crupier en un club de la calle Fremont. Y he dejado de beber. Se ve que el hígado es de lo más quisquilloso que hay.

—¿Te han recetado algo?

—Sí, pero no quiero entrar en detalles. Me paso la vida metiéndome pastillas en la boca. Me desquicia tener que tomar tantas.

En el balcón del hotel, las hormigas voladoras habían detectado la presencia de Wade. Se metió dentro de la habitación. Beth roncaba. Eran las cuatro, la hora de tomarse una cápsula 3TC con un trago de zumo de piña. *¿Qué ha sido de los últimos minutos? ¿A dónde va a parar todo el tiempo gastado? ¿Acaba en un vertedero? ¿O se va por un río como el agua de las cataratas del Niágara? Igual se evapora y se convierte en lluvia para poder empezar de nuevo.*

Wade se tomó la pastilla, bebió un poco de zumo y miró por la ventana a los hoteles, las calles y los coches de Florida. De todos los estados que conocía — Nevada incluido—, Wade tenía la sensación de que Florida era el que más atrapado estaba en un pasado primitivo. Aquí las plantas parecían más burdas; los animales, más crueles; y el aire, más lleno de humedad y bacterias. Era como si el paisaje entero estuviera resignado a acabar transformándose en una masa petrolífera dentro de mil millones de años.

Janet dormía sobre un sofá cama. Respiraba suavemente, como el roce de un dedo sobre el papel.

Wade abrió la puerta corredera del balcón. Seguía haciendo calor, aun a estas horas de la madrugada. Encendió un cigarrillo. Si no le dejaban beber, lo mínimo que podía hacer era fumar. *Que les den a las hormigas voladoras.* El doctor le había dicho: «Wade, tienes el hígado con la misma capacidad metabólica que el de una niña de dos años. No sé cuándo fue la última vez que te tomaste una copa, pero fue la última».

Se volvió y miró dentro de la habitación. Sin motivo aparente, la luz roja de los mensajes empezó a parpadear sin parar. *¿Qué?* Entró, cogió el teléfono inalámbrico y apretó el botón de los mensajes. Era Sarah:

«Hola, hermano. Soy tu hermanita. Supongo que debes de estar dormido. Llevamos un horario muy raro que tiene algo que ver con el programa orbital. Ahora tengo un descanso. Ay, qué tonto suena eso: hola, soy astronauta y he parado para tomarme un café. Bueno, es la verdad y hoy ha sido un día muy largo así que ya me viene bien este momento para descansar un poco. Los rusos han colado unos experimentos en el vuelo que tienen que ver con la regeneración de los tejidos y te juro que el director de todo el programa de investigación en gravedad cero debe de ser el encargado de un McDonald's.

¿Te acuerdas de cuando los rusos se organizaban bien? A ver si se vuelven a poner las pilas. Por cierto, ¿cómo está mamá? ¿Y tú? Solo he pasado unos diecisiete segundos con Beth. La novia de Bryan es... ¡buf!... Bueno, al menos tiene dos cromosomas X. Si te despiertas temprano, llámame. Me iré a dormir a las ocho, hora civil».

Había dejado un número de contacto. Wade salió al balcón y la llamó.

—¿Hermanita?

—¡Wade! ¡Qué alegría! ¿Cómo estás? ¿Y qué haces despierto a las... cuatro y cuarto de la mañana?

—Nada, que todo este yuyu familiar no me deja dormir. A veces me gustaría ser como esas familias que aparecen en los anuncios de las inmobiliarias, con la raya en medio, optimismo y una vida perfecta. De paso nos podrían quitar nuestras cortezas de reptil con un poco de cirugía.

—¿Cómo está mamá?

—Bien. Cansada.

Wade le contó su episodio con Shw. Y con Bryan. Y con Nickie. Sarah lo escuchó embelesada y preguntó:

—¿Qué vais a hacer con este asunto de papá y Nickie?

—No tengo ni idea. Oye, Sarah...

—Dime.

—Hay una cosa que necesito saber: ¿cómo te lo montas con tantas responsabilidades? Te lo digo en serio. ¿Cómo lo haces? Sé que ya hemos hablado de esto alguna vez, cuando nos vimos en Kansas. Pero es que soy incapaz incluso de organizar una cena en un restaurante o de pedir unas entradas de Disneylandia por teléfono. Nunca he tenido que hacer nada. Nunca he tenido motivos. Y ahora que quiero llegar a algún sitio, no sé ni por dónde empezar. Entonces te veo a ti con tus filamentos de ADN en el espacio sideral, pidiendo la paz mundial y aterrizando el artefacto más complejo que ha inventado el hombre hasta ahora y no sé cómo lo haces.

Sarah tardó unos segundos en responder.

—Es que nunca me lo he planteado así, Wade. Son cosas que hay que hacer y me resulta más fácil hacerlas que no hacerlas.

—Eres una pasada.

—No tiene mérito, te lo aseguro. Oye, Wade —le cortó Sarah antes de que pudiera responder—. Mira, es que se me acaba el descanso y hay algo que quiero preguntarte.

—Adelante. —Wade se preparó para lo peor.

—En términos mensurables y científicos, ¿cuál es tu estado de salud?

—Joder, Sarah.

—Contéstame, Wade.

Wade respiró hondo.

—Pues, la verdad es que no es muy bueno.

—Ya. Es lo que me ha parecido cuando te he visto hoy.

Tenías mala cara.

—Se ve que la cuenta de células me está bajando poco a poco. No hay forma de que se me estabilicen.

—¿Y cómo te encuentras últimamente?

—Un poco cansado. Aparte de eso, estoy bien. Hace unos días me salió un sarpullido y algunos días estoy como griposo. El resto es hipocondría pura y se acabó el resumen.

El ácido en el estómago de Wade gorgoteó. Se acordó de cuando tenía ocho años y Sarah tenía seis. Estaban sentados bajo los árboles en el jardín, haciéndose agujeros en el antebrazo con un imperdible. Entonces juntaron los brazos e intercambiaron la sangre en medio del zumbido de las moscas y el susurro de los árboles. Ese año había habido muchos pulgones, que dejaron unos agujeros en las hojas por donde silbaba el viento a su paso.

—Wade, tengo que colgar. Los ruskis me llaman. Quiero un batido de vainilla, un Big Mac con queso y un juguete de plástico. Que tenga un buen día. Oye, llámame mañana a la misma hora, ¿vale? Si estás despierto, claro. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Me voy a Disneylandia.

—¿Tienes ganas?

Wade se lo pensó.

—Pues la verdad es que sí.

—Diviértete, hermano.

—Buenas noches, hermanita.

—¡Wade! ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Ted venía de trabajar. Entró por la puerta trasera y se encontró a Janet y Wade mirando la televisión.

—Mamá y yo estamos viendo el *Show de Sonny y Cher*.

—Es divertido, Ted.

—Sé que no estabas viendo el programa —dijo Ted—. Te he visto. Estabas bailando.

Ted dijo la última palabra como si quisiera escupir un pelo púbico de la boca.

—Ay, déjalo en paz, Ted. Solo estamos viendo la tele. ¿Cómo te ha ido el día? Has acabado tarde, ¿no?

—Jan, a este paso vas a convertir a este niño en marica —repuso Ted.

Wade no sabía a qué se refería, pero no le hizo ninguna gracia que su padre le echara las culpas a su madre.

—Oye, papá, ¿cómo te ha ido en el trabajo?

—¿Desde cuándo te importa mi trabajo?

El gato, Haiku, intuyó que venía una borrasca y saltó de su puesto encima del televisor.

—Oye, papá, ¿cuándo fue la última vez que bailaste?

—¡Wade, por favor! Deja ya de agobiar a tu padre. Quiero ver la tele.

Bryan ya tenía una antena que detectaba rápidamente la diversión gratuita y asomó la cabeza por la puerta del salón. No se veía a Sarah por ningún lado.

—Oye, papá, que te he hecho una pregunta. ¿Cuándo fue la última vez que bailaste?

Ted se dirigió a Janet:

—Querida, creo que ha llegado la hora de comprarle un tutú a nuestro hijo.

—Seguro que la última vez fue cuando ibas a la universidad con todos esos tíos —dijo Wade, toreando como loco a su padre—. Seguro que bailabais desnudos y os frotabais con crema de afeitar.

—Wade... —dijo Janet.

De repente, pusieron una canción muy marchosa en la televisión.

—Mira, mi canción favorita. Venga, *papá*. Diviértete un poco.

Wade se puso a bailar de la forma patosa característica de la mayoría de quinceañeros e improvisó una nueva letra: «Ted Drummond es un marica. Pero no sé qué le pica. Le gusta estar desnudo y le gusta bailar con hombres todos cogidos de la mano».

Wade vio cómo los ojos de Bryan se abrían y se dilataban. Bingo. Esto quería decir que Ted estaba listo para el ataque. No se hizo esperar. Intentó agarrar a Wade,

que ya era un experto en esquivar las bofetadas de su padre. Wade saltó encima del sofá gritando: «Marica, marica» y Ted arremetió contra él. El sofá se dio la vuelta y Janet emitió un chillido previsible.

—Eres un marica y no puedes ni pillarme.

De repente, se cortó la luz y a Wade le pareció como si toda la casa hubiera recibido un buen golpe en la cabeza. La noche era oscura y lluviosa y no se veía nada. Ted se torció el tobillo y gritó: «¡Mierda!». Wade salió por patas, dando un grito de victoria. Pero con victoria o sin ella, sabía que tendría que desaparecer durante al menos una hora hasta que Ted se hubiera calmado. Se dirigió a tientas hasta la puerta que daba al sótano y bajó las escaleras. Allí se encontró a Sarah, con una vela en la mano, al lado de la caja de plomos. Cuando vio a Wade, volvió a encender la luz.

Horas más tarde, cuando Ted ya se había tranquilizado y se había ido a dormir, Wade subió a mirar las noticias con Janet y Sarah. De repente, saltó:

—Mamá, deberías divorciarte de papá.

—¡Wade! No digas esas cosas. Y no provoques tanto a tu padre. Mañana tiene que hacer una presentación y ahora tiene la pierna bien fastidiada.

—Vaya. ¡Qué tragedia! —dijo Wade.

Las noticias hablaban de la inflación y de Gerald Ford. Wade quería indagar un poco más:

—Mamá, ¿por qué te casaste con él?

—Ya basta, Wade.

—No. Te lo pregunto en serio. He hecho mis cálculos y yo nací trece meses después de que os casarais, o sea que nadie te obligó a hacerlo.

—No tengo ni idea. No sé cómo explicarlo. Era americano. Estudiaba sistemas de propulsión y entonces me pareció muy atractivo. Iba a llevarnos a la luna.

—¿Y?

—Pues entonces empezó a diseñar oleoductos y nos mudamos aquí y la luna se perdió por el camino, y no me puedo creer que le esté contando todo esto a mi propio hijo.

—Siempre te callas cuando llegas a lo bueno.

—Ya lo sé.

—Tienes un mundo secreto y no dejas que entre nadie.

—¡Wade! ¡Por el amor de Dios! Ni siquiera Helena me la clava tan hondo como tú.

—Deberías pedirle el divorcio. No te merece.

Wade omitió mencionar que la semana anterior, cuando había hecho campana para ir a buscar unos petardos ilegales en el Boulevard Lonsdale, había visto a su padre con su secretaria en un restaurante.

—Wade, estás hablando de tu padre. Ten un poco de respeto.

Wade advirtió que su madre no había rechazado la idea de divorciarse.

—¿Sabes qué me dijo papá cuando le pregunté por qué se había casado contigo?

Janet no se pudo resistir, aunque intentó mostrar indiferencia.

—Bueno, vale. ¿Qué te dijo?

—Pues ahora no te lo digo.

—¡Wade!

—Vale. Vale. Me dijo que tú le gustabas porque nunca sabía leerte el pensamiento.

—¿Ah, sí?

—Sí. Eso dijo.

A su madre le encantaba resultar misteriosa.

La mañana siguiente, Nickie llamó a Janet, que se encontraba sola en la habitación. Estaba estirada sobre la cama, moviendo los dedos de los pies y disfrutando de la suavidad de la manta.

—¿Cómo tienes la boca?

—Mejor que ayer.

—Me alegro. ¿Sabes qué? Me estoy volviendo un poco loca aquí. Kissimmee es como una especie de depósito de cadáveres. Ted se ha ido a Disneylandia con los demás. Solo de pensar en Disneylandia me pongo enferma.

—Así que... —dijo Janet—, ¿quieres que vayamos a almorzar juntas, quizá?

—Sí. Me gustaría mucho. Si quieres, te paso a buscar en el coche de Ted. ¿Y qué hacemos con su Santidad? ¿La invitamos?

Beth estaba vomitando en el cuarto de baño.

—Tiene náuseas del embarazo. No creo que sea muy buena idea. —Janet hizo una pausa—. Pero debería llamar a Shw.

—¿Estás segura? ¿Y por qué?

—Por protocolo, más que nada. Podría ser la madre de mi nieto. O no.

—Oye, no sé..., me parece que está un poco zumbada. Y con ese nombre...

Janet llamó a la habitación de Shw.

—Hola, Shw. Soy Janet. ¿Has comido algo hoy?

La respuesta de Shw fue casi inaudible:

—No.

—Es que Nickie y yo habíamos pensado en ir a comer algo. Si te apetece, maquíllate un poco, ponte ropa limpia y te espero abajo de aquí a media hora. ¿Cómo lo ves?

—Yo nunca me maquillo.

—Bueno, da igual. ¿Vienes o no?

Una pausa.

—Vale.

*Clic.*

Media hora después, Nickie recogió a Janet en la entrada del hotel, que tenía más tránsito que la estación central de Pennsylvania. Janet llevaba unas gafas de sol con una goma para sujetarlas a la cabeza, como las que llevan las estrellas de rock y los agentes septuagenarios de Hollywood, y ropa deportiva juvenil. *A juzgar por mi atuendo, podría pasar por un camarero de veinticinco años en St Paul, Minnesota.*

—¿Viene Gwendolyn? —preguntó Nickie.

—¿Quién es Gwendolyn?

—Es que Shw es un nombre ridículo.

—Mírala. Ahí viene.

Shw se subió al coche y las saludó con un gruñido.

—No os lo toméis a mal. De hecho, hoy estoy de bastante buen humor —dijo Shw—. No os ofendáis por el gruñido.

—Bueno, ¿qué te cuentas? —le preguntó Nickie.

—Pues, nada, que hoy Bryan me ha pedido que lo acompañe a ese campo de concentración para ratones. Me lo ha suplicado y todo. ¡Qué asco!

Janet decidió cambiar de tema:

—¿Habéis visto ese chaval que aparca los coches? Es guapísimo.

—¿Qué dices? Lo que pasa es que estás cachonda —dijo Nickie.

—¡Por fin! Alguien que me trata como un ser sexual.

Las tres permanecieron en silencio. Janet miró el paisaje que se desvanecía a sus espaldas.

—¿Hoy no tenéis ninguna cita con la NASA? —preguntó Nickie.

—No. Hoy tengo el día libre.

—Menos mal.

El coche se detuvo en un semáforo, en medio de una multitud de caravanas y coches de alquiler de color rojo o blanco.

—¿Sarah es muy inteligente, no? —preguntó Shw.

—Bueno, supongo que no le queda más remedio.

—Ya, pero ¿es espabilada?

Janet se lo pensó.

—Hombre, imagino que incluso los astronautas tienen que defenderse de la traición y la hipocresía. Piensa en toda la gente que no fue elegida para este vuelo —dijo Janet en tono pedagógico—. Igualmente, os diré una cosa: a los astronautas los escogen por su serenidad, igual que los criadores cuando escogen a los perros. Los astronautas son como los labradores negros del mundo aeroespacial.

—¿Crees que escogieron a Sarah porque es minusválida? —preguntó Shw.

—¿Sabes qué? Eres la única persona que se ha atrevido a decirme esas palabras en voz alta.

—Pues a mí me parece una pregunta de lo más natural —dijo Shw.

—Sí. Tienes razón. Estoy harta de la gente que se calla las cosas. El silencio me recuerda a cuando era joven. Me ahogaba.

—¿Cómo fue? —preguntó Nickie.

—¿Cómo fue el qué?

—Lo de Sarah. Lo de la mano y todo eso.

Janet quería dar una respuesta exacta.

—A ver, cuando era pequeña, siempre me decían que tenía que ser una buena niña y ponerme guapa. Todo lo que sabía sobre la autoestima estaba basado en mi aspecto

y en mi comportamiento. Tengo la sensación de no haber llegado a conocer bien a nadie en mi juventud. Entonces, cuando tuve a Sarah y salía a comprar con ella o me la llevaba al parque, me di cuenta de que la gente se fijaba en que le faltaba una mano y era capaz de detectar enseguida, según sus reacciones, cómo era alguien por dentro: si era malo o bueno o estúpido o lo que fuera. Lo que pasa es que durante mucho tiempo, ni siquiera sabía qué estaba viendo exactamente. Me sentía bombardeada de información desconocida y no la quería. ¡Yo no la había pedido! Pero la información nueva me llegaba igualmente. Intenté ignorarla y me negué a hablar con nadie del tema. A mí ya me pueden decir misa: los sesenta fueron unos años muy, pero que muy retrógrados.

—¿En qué año naciste, Shw? —preguntó Nickie.

—En 1982. —El silencio que siguió a la respuesta no dejaba lugar para más preguntas.

Así que Nickie preguntó:

—Bueno, Janet. ¿Qué le pasa a Bryan? No consigo entender por qué no se dedica a... yo qué sé, a la Bolsa o algo así. Tiene planta. Lo único que tiene que cambiar es el peinado.

Shw la fulminó con la mirada a través del retrovisor y Janet le repuso que Bryan siempre había seguido su propio ritmo. Se volvió hacia Shw y le preguntó:

—Cuéntanos algo de ti, Shw.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Pues, no sé. De dónde vienes. Tu familia. Ya sabes.

—Nací en Lethbridge.

—Ah, Lethbridge, Alberta. Es precioso. ¿Tu familia sigue allí?

—Solo mi padre. Mi madre vive en Nueva Escocia con un tío que hace barcos en miniatura. No la veo nunca.

—¿Y tu padre a qué se dedica?

—Es teórico del marxismo en la universidad.

—Marxista.

—Sí. Solo dice gilipolleces.

—Ah. Pero ¿tú no vas un poco de radical por la vida?

—Hombre, tal vez sí. Pero lo suyo es muy fuerte. Todavía cree en toda esa mierda comunista. Hoy en día, eso es como creer en la caza de brujas. Nuestro enemigo de verdad es la globalización. Bueno, la globalización combinada con la ciencia. Papá tiene la cabeza tan metida por el culo que no ve más allá del odio que siente hacia la clase media, —¡uy, qué fallo!..., hacia la burguesía.

Janet cambió de tema:

—¿Y tú qué, Nickie? ¿De dónde has salido?

—Pues no hay gran cosa que contar. Soy una chica de clase media que tardó

demasiado en tomar algunas de las decisiones más importantes de la vida y que cuando las tomó, no le salieron del todo bien.

—¿Como cuáles?

—Como que ahora mismo tengo mucha hambre —dijo señalando un restaurante de una cadena conocida—. Vamos a comer, ¿vale? Allá pone que el beicon está de oferta.

—Soy vegetariana —dijo Shw—. Y encima, tengo náuseas.

Nickie dejó el coche en el parking. Entraron en el restaurante y se sentaron en uno de los reservados. Todo lo que veían en el restaurante era de color naranja, púrpura o marrón.

—Mmm. ¡Qué polvo tiene ese tío! —dijo Nickie en cuanto desapareció el camarero.

—No hay nada en este sitio que no lleve carne —dijo Shw, refregándose la nariz. Estaba en la primera fase de un resfriado.

—¡Mira que ser vegetariana! Lo único que os interesa es controlarlo todo —dijo Nickie—. Pide un plato de fruta y deja ya de quejarte.

—¡Sí, hombre! Seguro que cortan la fruta encima de la misma tabla donde cortan las vacas.

—Mira, guapa. Yo no me comería tanto el tarro. Me juego lo que quieras a que los platos de fruta en este sitio se hicieron hace un año en un laboratorio de platos de fruta en Tennessee.

—Ay, mirad —dijo Janet en su voz alegre de 1956—. Tienen huevos revueltos. ¡Qué bien!

El tono maternal de Janet convenció a las otras dos de que miraran la carta. Janet sacó el pastillero del bolso y lo dejó encima de la mesa.

Nickie se quedó pasmada:

—¡Hostia! Pero ¿eso qué es? Es enorme. No me digas que voy a necesitar algo tan grande.

Justo entonces, apareció el camarero; Kevin, según decía la etiqueta de identificación.

—Bah. Eso no es nada —dijo—. Algunos de los que vienen aquí tienen pastilleros como acordeones.

Janet señaló a Nickie y le dijo:

—Es que ella y yo tenemos el sida.

—¿Ah, sí? Yo también —dijo el camarero.

—Pero ¿esto qué es? ¿Una fiesta sorpresa? Sonrían, por favor.

—Me parece que ahora toca el abrazo en grupo —dijo Kevin—, pero mi jefe me matará si no muevo un poco el culo. Es que acaba de llegar un autocar lleno de franceses, franceses de Francia, ¿sabéis? Es lo peor que te puede pasar, así que tengo

que anotar los pedidos a toda leche. No hace falta que me dejéis propina.

Las mujeres pidieron rápidamente. Desde otro lado del restaurante se oían muchos graznidos parisinos.

—Oye, Janet. ¿Qué le pasa a tu familia? —preguntó Shw—. Parecéis la familia virus. ¿Hay alguien que no esté enfermo?

Nickie miró a Shw y cambió de tema:

—Me han dicho que no te hace mucha gracia esto de ser madre, ¿no?

—Mira quién habla: la Mujer Trofeo.

—¡Qué modales tan divinos! —dijo Nickie—. Ya he vuelto a meter la pata. Pero te diré una cosa, guapa, por si te anima un poco: ya he pasado por ahí... unas seis veces.

—¿Por dónde?

—Por la sala de los abortos.

—Ahora vuelvo. Voy al baño.

Shw desapareció.

—Mierda. Creía que si se daba cuenta de cómo me he jodido la vida, se lo pensaría dos veces antes de actuar.

—¿No quieres tener hijos?

—Supongo que sí. Pero sería una pésima madre.

—No te creas.

—Gracias, hijita. De todos modos, no tenemos dinero para sacar adelante un crío.

—Ah, es verdad. No me acordaba. ¿Tan mal están las cosas?

—Ni te lo imaginas. No tenemos nada.

—Pero ¿no fuisteis a pescar agujas?

—Sí, pero nos invitó uno de los supuestos colegas de Ted. ¿Sabes qué hemos comido desde que llegamos aquí? Nachos y salsa. Y frankfurts. Y ya está. Fuimos a comprar comida en un supermercado gigante cuando veníamos del aeropuerto, si no... —Nickie se miró las manos. El pintauñas seguía intacto—. No soporto ser tan pobre. No puedo, de verdad. Y lo que más me molesta es que soy incapaz de dejar a Ted.

—Hacía meses que no oía algo tan romántico.

Nickie siguió:

—¿Ves? Una de las cosas que más me fastidia de todo este asunto del sida es que Ted igual me acaba dejando a mí. Ya ves: estoy con un tío que me dejaría así de fácil. Bueno, me estoy pasando. Me importa un pepino si me muero. Lo que me preocupa son esos cócteles de drogas que te hacen engordar en los sitios más insólitos. ¿Y si me salen seis tetas?

—¿Sueles hablar así cuando está Ted delante? —preguntó Janet.

—Sí, más o menos.

Janet miró por la ventana al resplandor del parking.

—Quizás, si hubiera sido más... más directa como vosotras, las cosas entre Ted y yo habrían sido diferentes.

—¿Tú? Tal vez sí, pero no creo. Ted me dijo que nunca os peleabais. Dijo que tú «hervías a fuego lento». Palabras textuales.

—Pues no se equivocó. Es una característica poco atractiva. He dejado de hervir a fuego lento.

—Oye, voy a rescatar a Gwendolyn —dijo Nickie, levantándose—. Lo que hay que hacer por la familia, por muy extraña que sea la conexión.

Antes de abandonar la mesa, se volvió y dijo:

—¡Mira esos dos pilotos que vienen hacia aquí! ¡Están buenísimos!

—¿Hay alguna forma de apagarle la libido, Nickie?

—Me temo que no.

Nickie se dirigió al lavabo de señoras, que estaba justo al lado de la caja. Los pilotos entraron por la puerta, gallardos y bronceados. Antes de entrar, Nickie intercambió una sonrisa con el menos bronceado de los dos, que la cogió por la cintura y le pegó un trozo de cinta adhesiva a la boca. Gritó:

—¡A ver todo el mundo! Escuchad. ¡Escuchadme ahora mismo! Ya tenemos un rehén. Si hay alguien que decide hacerse el héroe, le voy a volar la cabeza a esta Barbie de Malibú. Ni se os ocurra coger el móvil, el busca, o llamar a la policía, ¿entendido? Que no se mueva nadie.

El segundo piloto levantó un rifle, apuntó y disparó a una nevera llena de tartas. La bala rozó el brazo de Kevin y en un segundo, se produjo una lluvia de restos de desayunos y de sangre sobre el mostrador y el suelo. Los clientes gritaron; el piloto disparó a una de las ventanas; dos personas en el parking se tiraron al suelo detrás de un arbusto. El piloto menos bronceado gritó:

—¡Callaos todos de una puta vez! Queremos la pasta y las joyas o sea que mejor que os portéis bien. Mi amigo Todd pasará mesa por mesa y le vais a dar las joyas. A los gabachos os encantan las joyas, ¿verdad? Pero nada de esa mierda Disney. Repito: nada de chatarra Disney, *nepas de la merde a la Disney*. Como vea algún broche del Rey León o alguna pulsera de la Sirenita, mi amigo Todd se llevará uno de vuestros dedos como castigo.

Los franceses murmuraron entre ellos. El piloto disparó a uno de ellos —un hombre de mediana edad— en el pecho. Todos callaron de golpe. Janet vio el cañón de la pistola al lado de la oreja derecha de Nickie. Se acordó de cuando era pequeña y su padre hacía ver que le sacaba monedas de la oreja. Tenía la cabeza como una enorme picadura de abeja.

*Nuestras vidas están dirigidas básicamente a desviar los dardos que nos lanzan las leyes de la probabilidad. En cuanto podemos, nos protegemos de los actos*

*aleatorios de odio y destrucción. Siempre han estado presentes, en los barrios que construimos, entre las paredes de nuestras casas, el recelo que mostramos hacia los desconocidos. De cada seis millones de personas, una caerá fulminada por un rayo. Quince de entre cien sufrirán una depresión. De cada quince mujeres, una tendrá cáncer de mama. Un niño de cada treinta mil sufrirá una deformación grave de alguna extremidad. El veinte por ciento de los americanos será víctima de un crimen violento. Un día en el que no pasa nada malo es un milagro, un día lleno de cosas que podrían haber ido mal, pero no salió así. Un día soso es un triunfo del espíritu humano, y el aburrimiento es un lujo sin precedentes en la historia de nuestra raza.*

Janet salió del reservado y se acercó a Kevin.

El piloto que estaba al lado de la caja le dijo:

—¡Apártese, señora!

Nickie intentó gritar a través de la cinta.

—Mira, niñato. Tengo sesenta y cinco años. Si quieres, dispárame, pero yo voy a ayudar a Kevin. Estoy convencida de que tus amiguetes se quedarán muy impresionados cuando les digas que le has metido un tiro a una anciana desarmada de sesenta y cinco años.

Janet se sentó al lado de Kevin y le cogió de la mano.

El piloto número dos, «Todd», siguió haciendo la ronda de las mesas, obligando a los turistas a depositar las joyas en un saco de algodón. Cuando una de las mujeres se negó, dijo:

—¿Así que no quieres jugar? Pues, toma.

*Bum.* El hombre sentado a su lado se quedó sin un dedo en el pie. Janet oyó unos gritos y el ruido metálico de las joyas y las monedas que caían en el saco.

—Vale —gritó el captor de Nickie—. Vámonos.

Todd estaba a punto de salir por la puerta cuando Shw salió del lavabo de señoras, totalmente ajena al drama que se había armado. El piloto le cogió el bolso, pero en el intento de arrancárselo de las manos, se abrió y centenares de billetes de cincuenta dólares flotaron al suelo.

—Joder —dijo el número dos, agachándose para coger un puñado de los billetes.

—No tenemos tiempo. Vámonos. ¡Ya!

En un instante, los pilotos salieron por la puerta y se desvanecieron.

Nickie se arrancó la cinta de la boca. Respiró hondo, como si hubiera estado bajo el agua, luchando durante la eternidad de una pesadilla para llegar a la superficie.

Janet miró el suelo y vio un charco de sangre de color liláceo, como un jarabe para la tos. Nickie se acercó a ella y le habló, pero Janet no oía nada. *Han cortado el sonido.*

Nadie se movió. El olor a desayuno quemado salía de la cocina, donde los empleados se habían encerrado en la nevera, según le dijeron a Janet más tarde.

Apareció media docena de agentes, gritando: «¡Que nadie se mueva!». Los médicos saltaron por encima de los reservados y los tabiques para atender a los franceses, que estaban en estado de shock. Los fotógrafos pusieron manos a la obra rápidamente y tras quedarse cegada por los flashes, a Janet le pareció que la sangre de Kevin se había vuelta negra.

Janet volvió la cabeza y vio a Shw recogiendo un fajo de billetes *con... ¿unas pinzas para los bollos?* Un policía berreó.

—¡No toque ese dinero!

—Pero si es mío, imbécil. Esos hijos de puta intentaron robármelo.

El encargado confirmó que el dinero era de Shw, pero los policías no querían que tocara las pruebas.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que le quite las costras con las uñas cuando se seque?

—Déjelo donde está, señora. Si no, me veré obligado a detenerla por alterar la escena de un crimen.

Shw tiró el bolso al suelo. Los médicos, vestidos con monos plateados, se abalanzaron sobre Kevin mientras los agentes trataban de sonsacarle una descripción de los delincuentes a Nickie:

—Bueno, el primero era guapo, estilo Kevin Costner, pero tenía unos ojos crueles, como si de pequeño se hubiera dedicado a torturar insectos y animalitos. Y tenía el cutis fatal. Seguro que toma muchas drogas o que solo come chocolate. Llevaba un tatuaje de una cruz celta en la parte superior de la mano derecha. Ah, sí. Estaba muy bien dotado.

—No podemos incluir eso en el informe, señora.

Colocaron a Kevin en una camilla, sin que Janet se soltara de la mano buena. Luego lo taparon con una manta de plástico plateado, una manta espacial. Cuando se lo llevaron a la ambulancia, parecía que lo hubieran envuelto en papel de aluminio arrugado.

Janet habló con la policía de Orange County y luego le volvió a tocar a Nickie. Mientras unos agentes interrogaban a Nickie, fue a hablar con Shw. Janet solo oía fragmentos de lo que decía, cosa que la sacaba de quicio.

—... he venido con ellas —dijo Shw, señalando a Janet y Nickie—, pero tampoco es que seamos colegas. Es que antes salía con el hijo de la señora mayor.

*¿Antes salía?*

Shw no era precisamente la personificación del cariño intergeneracional. Quería salir de allí como fuera. Finalmente, le dejaron recoger los billetes y el encargado la llevó a una manguera que había detrás del restaurante donde podía lavar los billetes ensangrentados. Unos minutos después, Janet y Nickie salieron a hablar con ella. Había puesto los billetes a secar en una cornisa impecablemente blanca, que se había

llenado de hormigas hambrientas que habían percibido rastros de enzimas de la sangre en los billetes.

—Nos vamos, Shw —dijo Janet—. No hace falta que vengas, si no quieres. Igual me equivoco, pero me da la sensación de que no nos volveremos a ver.

Shw se limitó a frotar los billetes con más fuerza.

—Bueno, como quieras —dijo Nickie—. Piensa que de aquí a dos minutos estaremos legalmente divorciadas, o sea que ¿por qué no nos cuentas de dónde ha salido toda esta pasta? Es solo por curiosidad, pura y dura, pero es que si no me lo dices, la duda me va a acosar durante el resto de mi vida hasta que me atropelle un autobús.

—Es mi cuerpo y haré lo que me dé la gana con él —dijo Shw.

La manguera se había enroscado y Shw se agachó para enderezarla.

—No te sigo —dijo Janet—. ¿Podemos rebobinar un poco?

Shw dejó la manguera en el suelo y miró a Nickie.

—Mira, Bryan os ha dicho que quiero abortar, ¿no? Seguro que sí. Está tarado y le obsesiona la muerte. —Cogió la manguera y reanudó la tarea de lavar los billetes—. Conocí a una tía en Dakota. El marido es mecánico. Es buen tío, pero el cartucho que tiene es de fogeo y quieren tener un hijo. Se acabó la historia. Gracias, Internet. El dinero es la entrada. Bryan es un inútil, pero es guapo y tiene una hermana astronauta. Gracias a eso, logré colarme en la categoría de seis cifras. Le dije que quería abortar porque creí que estaría de acuerdo.

—¿Espera un momento! —dijo Janet—. ¿Estás diciendo que vas a vender el niño?

—Pues, claro. ¿Cómo iba a saber que se volvería loco?

Siguió limpiando los billetes.

—Supongo que sabrás que hay leyes que prohíben estos tratos.

—Por favor, Janet. No te metas en esto porque la verdad es que me caes muy bien y no quiero que lo estropees todo. Además, si me encuentras, diré que lo perdí en un lavabo de la autopista. —Miró fijamente a Janet—. Ahora no me vengas con rollos. De momento, el crío es mío y haré lo que me dé la gana con él.

—¿Bryan sabe algo de este negocio?

—No, pero supongo que pronto se enterará.

Shw se acercó peligrosamente a ellas con la manguera y Janet notó que el agua le salpicaba las piernas.

—Mejor que nos vayamos, Nickie.

Janet y Nickie se dirigieron al coche, pero se dieron cuenta de que no sabían adonde ir.

—En mi opinión, deberíamos ir a emborracharnos —sugirió Nickie—. Te lo digo en serio. ¿Crees que... podemos, con lo del virus y todo?

—Seguro que sí.

Recorrieron las calles en silencio en busca de un buen cóctel matinal.

Wade, Ted y Bryan volaron por encima de uno de los lagos de Disneylandia en el monorraíl, que parecía un horno. Sonaba una música estridente e impersonal que llenaba el aire como el olor del champú de otra persona. Ted ya estaba harto y Wade estaba griposo. *Antes soportaba muy bien el calor, incluso en esos veranos que pasé en Kansas City.* Solo Bryan estaba alegre, y no paraba de hablar:

—Oye, papá. Está bien esto, ¿no? Los tres aquí en Disneylandia. ¡Qué guay!

—Sí, claro.

—¿No te sientes orgulloso, papá?

Estaba claro que Bryan no tenía intención de callar y Ted le echó una mirada a Wade como diciendo: «Haz que se calle de una puta vez».

—Es de puta madre que estemos los tres aquí y que Sarah esté a punto de lanzarse al espacio.

Ted estalló:

—Mira, Bryan. Me he pasado toda la puta vida trabajando de ingeniero para que Sarah y gente como ella pudiera lanzarse al espacio y ayudar a sacar al resto de la especie humana de la mierda. Así que tienes razón: es de «puta madre» que estemos todos aquí.

El monorraíl iba lleno y los otros pasajeros lo miraron atónitos. Los niños dejaron de lloriquear. Bryan se quedó pasmado.

*¡Qué tío más penoso! ¿Por qué siempre tiene que buscar la aprobación de papá? ¿Y por qué tiene que hacerlo de forma tan patética?*, pensó Wade.

Por un bafle, una voz neutra de hombre les informó a todo volumen que a la izquierda tenían el paraíso de la Polinesia y a la derecha, una cabaña de leñador estilo Montañas Rocosas. Wade pensó en su padre. ¿Qué podía ofrecerle el mundo a Ted Drummond, y a otros hombres como él, que habían dejado de ser útiles por la época en que salió Windows 95? ¿Jugar a golf? ¿Oro? ¿Información bursátil veinticuatro horas al día? ¿Yates? ¿Unos años más de vida? Cuando un tío machote llega a cierta edad, ¿qué le queda en esta sociedad? Por ejemplo, aquí mismo en Florida, una tierra de enormes proyectos científicos creados por gente como Ted Drummond y sus colegas, un lugar tan obviamente en decadencia y a la vez, tan descaradamente en auge. Wade repasó su álbum mental de instantáneas de la región, las imágenes que recordaba de los parques de atracciones para imbéciles, los antros de crack, la lanzadera espacial, las galerías llenas de chismes, las autopistas enmarañadas que parecían cables eléctricos y las noticias que contaban las mismas atrocidades noche tras noche. Pensó en la intensidad del sol y en los animales preciosos que se escondían en las aguas sucias esperando su momento para salir.

Sonó el pastillero de Wade y se tomó una pastilla 3TC con lo que quedaba de un

bote de naranjada. Se sentía mareado, pero pensó que se debía al monorraíl, que estaba a punto de entrar en una construcción en forma de A que había visto en la televisión hacía treinta años. Unos años atrás, el hotel había sido un símbolo del futuro y ahora era... otro edificio más. Nunca se hubiera imaginado que un día vería esta construcción con sus propios ojos, pero allí estaba, ante sus propias narices.

El monorraíl hizo una parada en el Reino Mágico y se bajaron. Wade repasó la conversación que había tenido con Beth antes de salir para Disneylandia: «No te metas en líos, ¿vale? Me da igual el chanchullo que hayas montado para tu padre, pero no quiero que te compliques la vida. ¿Me sigues? Me da igual el dinero que debamos a la clínica o a quien sea, no quiero tener un marido preso o fugitivo. ¿Está claro?».

—Todo irá bien.

—Y no comas porquerías. Ya sabes lo que te dijeron en la clínica.

—Sí. Ya lo sé.

Ted y Bryan se pusieron a la sombra de un árbol, pero la temperatura no bajó ni medio grado. Estaban en medio de un remolino de familias con una madre y un padre. Wade se puso a pensar: *¿Cuántos padres de los que hay aquí habrán susurrado como cerdos al oído de sus secretarías en el archivo de su despacho? ¿Cuántos habrán pasado la hora de comer en la habitación de algún hotel? ¿Y las madres? ¿Cuántas habrán empezado a beber vino blanco a la hora de comer para olvidarse de su soledad? ¿Cuántas se habrán sentido atrapadas y abandonadas? ¿Cuántas habrán sentido unos celos incontrolables de «esa chica nueva que acaba de revolucionar el departamento de marketing con sus ideas innovadoras»? Esa chica a quien le espera un futuro más brillante que los platos en los anuncios de detergentes y con unas piernas más largas que las de la madre de Bambi.*

La voz de su padre lo hizo bajar de las nubes:

—Dime, ¿dónde conociste a ese tal Norm?

—En Kansas City.

—¿Y a qué se dedica?

*¿A qué se dedica?*

—Norm se dedica a ser Norm. Ahora trabaja desde Tampa.

—Llega tarde.

—No, no llega tarde. Nosotros hemos llegado en punto. No es lo mismo.

¡*Buum!* De repente apareció de la nada un desfile como una fiesta sorpresa en el salón de casa.

—Si se pudiera *apagar* el sonido, este sitio no estaría tan mal —dijo Ted. De pronto, se le animó la voz—. ¡Joder! Vaya par de melones que tiene la Sirenita, ¿vale?

—Lo de las sirenas es algo que nunca he comprendido —dijo Bryan—. ¿Por

dónde se supone que hay que metérsela? Vale que está buenísima, pero es mitad pez.

—Bryan, chato. Que solo es un dibujo animado, ¿eh?

Ted no estaba de humor para Bryan. Poco después pasó la Bella, sentada en una especie de balcón móvil junto a la Bestia, y la Sirenita cayó en el olvido.

*¿Dónde se ha metido Norm?*

Wade estaba muy mareado. La luz y la multitud le abrumaban. *Estoy en Disneylandia. Quién iba a decirme que vendría a este sitio, pero aquí estoy. Un país sin periódicos, sin basura. No hay rastro del mundo exterior. Es como un casino. Entretenimiento infinito. Podría ser el año 2001 o el 1986 o el 2008. Y todos estos padres jóvenes, mucho más que yo. No hay gente mayor, excepto papá. Unos cuantos adolescentes agobiados. ¿Y se supone que esto es una experiencia positiva? No. Es un destructor de sueños cósmico. Lo único que te llevas es un escalofrío que te hace saber que tu hijo no pasará de ser un cliente más y que el mundo entero se está con virtiendo en un casino.*

—Wade.

Era Norm, un espárrago con coleta, sin niños y con una tez amarillenta típica de los que tienen el hígado muy castigado. Llevaba un maletín, que en Disneylandia llamaba tanto la atención como una ametralladora. Norm le indicó con un gesto que lo siguiera a un restaurante de época lejos de la muchedumbre. Wade cogió a Ted y Bryan y los llevó al restaurante, donde Norm ya se había sentado en una mesa al fondo de la sala.

—Norm, te presento a mi padre, Ted, y a mi hermano, Bryan.

—Encantado —dijo Norm, sin ofrecerles la mano.

Durante unos instantes, hubo un silencio de lo más incómodo hasta que Ted preguntó:

—Dime, Norm. ¿A qué te dedicas?

—A lo mismo que mi padre.

—¿Y qué hacía tu padre?

Wade lo cortó:

—Papá, no creo que Norm esté para interrogatorios ahora mismo.

—Tranquilo, Wade. No pasa nada —dijo Norm—. Después de la Segunda Guerra Mundial, mi padre se ganó la vida devolviendo obras de arte robadas a sus dueños legítimos.

—Un trabajo honrado.

—Sí, muy honrado y muy noble. Ya se puede imaginar las gangas y las tentaciones y los sobornos que se le cruzaron por el camino. Pero ¿sabe qué? No sucumbió ni una sola vez.

—Todo un señor.

—Sí, Ted. Todo un señor. Y tan honrado que me pasé media vida en una casa de

dos habitaciones y media en las afueras de Kansas, igual que las que te dan cuando juegas al Monopoly.

—Ya. Entiendo.

Apareció una camarera vestida de época para tomarles el pedido. Todos querían té frío.

Norm siguió:

—Por suerte, mi querido papá dejaba que lo acompañara a hacer negocios. Nunca olvidaré el día en que devolvimos un Rubens a un superviviente de un campo de concentración que había tenido una cadena de grandes almacenes en Baden-Württemberg. Cada vez que me acuerdo, me siento como reconfortado y *verklempt*, pero la verdad es que tampoco pienso mucho en ese día.

La camarera volvió con los cuatro vasos de té frío y los dejó sobre la mesa. Norm sacó una botella de licor de menta del maletín.

—Es lo que beben los adolescentes de medio mundo. Me deja la tripa podrida, pero al menos me evita la halitosis. La vida está llena de pequeños sacrificios.

—Continúa —dijo Ted—. ¿Qué decías de tu padre?

Norm acabó de alcoholizar el té.

—Bueno, como os decía. Yo acompañaba a mi padre en sus viajes de negocios y la verdad es que el mejor regalo que me hizo en la vida fue prevenirme contra todos los chantajistas y los contactos más sórdidos que estaban involucrados en el negocio. Lo hizo por motivos éticos, claro.

Sorbió el té.

—Un brindis...

Los cuatro alzaron los vasos.

—A mi querido papá.

La cara de Norm se llenó de nostalgia.

—En mil novecientos ochenta y uno, estrelló su Piper Cherokee contra una torre de alta tensión en El Paso, y yo me hice cargo del negocio familiar. Huelga decir que ya no vivo en una casa Monopoly de dos habitaciones y media.

—La guerra acabó hace más de cincuenta años, Norm. ¿Todavía quedan cosas por devolver después de tantos años? —preguntó Ted.

—¿La guerra? Pfff. Ahora lo que hago es... —vaciló—. Encontrar objetos, encontrar personas y juntarlos.

—¿O sea que no eres camello? —preguntó Bryan.

Norm estalló de risa. Ted le dio una palmada en el pecho y le dijo:

—¡Joder, Bryan! Eres un fracasado, chaval. A ver si aprendes a cerrar el pico.

Norm dejó de reírse durante unos segundos.

—No, Bryan. No soy camello.

El otro lado del restaurante era un verdadero pandemonio.

«Señores y señoras, tenemos algo importante que anunciar: la pequeña Cicely, esta preciosidad que tengo delante, hoy cumple ocho años. Ayúdenos a cantarle “Cumpleaños feliz”, por favor». La pequeña Cicely, flanqueada por sus padres, cada uno armado con una cámara, hizo lo que pudo por parecer digna de tanta atención. El restaurante no iba a ser menos que el resto del parque y todos se pusieron a cantar a voz en grito. Cuando se acabó la canción, los comensales aplaudieron. Ted ya no podía más y le dijo a Norm:

—Oye, Norm. Este sitio me está tocando los cojones. Por favor, ve al grano. Wade me ha contado algo de un trabajito y me ha dicho que os puedo echar una mano.

Norm arqueó una ceja, le echó una mirada a Wade y dijo:

—¿Ha dicho «un trabajito»? La última vez que oí esa palabra fue cuando vi a Faye Dunaway vestida con una estola de visón cruzando la frontera de México en un Corvette de color rosa.

Miró directamente a la cara de Wade.

—Cuéntame lo del trabajito, Wade.

¡*Qué cabrón!*

—Ya vale, Norm. ¿Por qué no le cuentas a mi padre lo de tu servicio de mensajería? Así tardaremos menos en salir de aquí.

—Muy bien —dijo Norm—. Señor Drummond, permítame que les enseñe a usted y a sus hijos el asunto en cuestión.

Del maletín sacó una bolsita transparente con cierre hermético que contenía un sobre blanco, que a su vez, estaba envuelto en dos trozos de plástico sellados. Suspiró y pasó la bolsita a Ted, que se lo quedó mirando con los ojos desorbitados.

—¡Hostia puta! ¿Este sobre contiene lo que creo que contiene?

—Sí, señor Drummond. No se lo está imaginando.

—¿A ver? —dijo Bryan, e intentó quitarle la bolsita de las manos, pero Ted le golpeó la mano con una cucharilla.

—¡Ay! Me has hecho daño. Déjame verlo.

—Un poco de respeto, niño.

Bryan miró la parte de delante del sobre. Decía *Mamá*.

—Ya ves. No sé por qué tanto rollo.

—Joder —dijo Ted, que seguía sobrecogido. Wade también se había quedado pasmado.

—Oye, ¿qué pasa aquí? —dijo Bryan—. Solo es un sobre que contiene una tarjeta, ¿no? Solo... —Se le helaron las palabras en la boca—. Es del funeral, ¿verdad? Es del ataúd... de su ataúd.

Norm cogió la carta y la volvió a poner en el maletín.

—Efectivamente, Bryan.

—Déjamela un momento.

—No.

—Pero ¿estás seguro de que es la carta auténtica?

—Ya te lo he dicho, Bryan. La gente no suele gastarse diez millones de dólares en cartas falsas.

Los Drummond no supieron cómo responder. La pequeña Cicely cortó el pastel al son de otra canción. Wade entró en trance. *No debería estar tan cansado, pero lo estoy y tendré que aguantar lo que queda del día. ¿Y de dónde coño ha sacado Norm la carta que dejó el príncipe Guillermo en el ataúd de su madre? Y Bryan, ¿por qué tiene que ser tan gilipollas? Te ruego, Señor, que permitas que papá se quede con la pasta y entonces envíalo lejos, muy lejos de aquí. ¿No podrían bajar un poco esta música? Es tan sosa. Y tengo los ganglios en carne viva...*

—¿Wade? —Bryan lo tenía cogido por el hombro—. ¿Estás bien?

—Es que casi no he dormido esta noche.

Ted se dirigió a Norm:

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que la carta no es falsa?

—¡Vamos, hombre!

—¿La has abierto?

—Claro que no.

—Pues, ¿por qué no le haces una radiografía?

—Es muy sencillo. No le hemos hecho una radiografía porque el sobre formaba parte de la colección de la familia real británica. Está hecho de celulosa de abedul blanqueado, y en el interior, tiene una capa muy fina de titanio. De este modo, no hay forma de asegurarse: ni con una radiografía ni con la percepción extrasensorial. Es como si estuviera envuelto en plomo.

—¿Y qué clase de persona querría comprar una carta así? —preguntó Wade.

—Wade, a estas alturas tú ya deberías saber que la gente está dispuesta a pagar lo que sea por la mierda que sea.

—¿Por qué debería saberlo? ¿A qué te refieres exactamente?

—No hace falta que te pongas así. Mira, el comprador podría ser un árabe millonario que quiere ascender de clase social y no sabe cómo; o podría ser un representante de una facción antibritánica que quiere chantajear a Gran Bretaña a cambio de un favor político; o podría ser el dueño de una cadena de supermercados que se enamoró una vez de una inglesa. ¿Quién sabe? Igual se trata del Franklin Mint, que la quiere para poder hacer copias autorizadas.

—Seguro que la quiere comprar ese alemán de Lyford Kay —dijo Wade—. ¿O no? ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Florian.

—Hoy sí que tienes la percepción extrasensorial muy fina, Wade. Tal vez puedas penetrar el sobre con tus poderes.

—¿Qué es Lyford Kay? —preguntó Bryan.

—Es la zona millonaria de las Bahamas —respondió Wade.

A Bryan no le interesaban estos detalles.

—¿No podríamos abrirlo con vapor?

—No —dijo Norm—. Si cuesta diez millones, es porque el comprador tiene la total confianza de que será el único en leer el mensaje que hay dentro.

—¿Qué hay que hacer para conseguir una carta así? —preguntó Ted.

—Su madre fue incinerada —dijo Norm—. Alquilaron el crematorio para una noche. Fue un caos y las cosas se pierden. Ya sabes.

—¿Por qué la iban a incinerar? Creí que la habían enterrado en una isla en medio de un lago.

—Bryan, ¿de verdad crees que la familia real quiere que algún día se encuentren restos de su ADN? Seguro que el servicio secreto le rastreó hasta el dormitorio para eliminar todos los pelos y las uñas que quedaban por ahí. Al príncipe Carlos ya le habrán hecho más clones que a las ovejas. Una de dos, o la monarquía sobrevive eternamente gracias a la clonación, o desaparece por completo. Nosotros, que somos americanos, ya nacemos con un sentimiento profundo de asco hacia la monarquía.

—Dios. Qué triste.

—No llores, Wade. Lo único que tienes que hacer es procurar que llegue a las Bahamas mañana. Ya sabes dónde vive.

—¿Qué porcentaje nos llevamos?

—El uno por ciento de lo que pague.

—Muy bien —dijo Ted—. Estamos contigo.

—¿Estamos? ¿Quiénes estamos? —preguntó Wade, molesto porque su padre se había entrometido en las negociaciones—. ¿Quién ha organizado todo esto?

—Todos estamos metidos en esto ahora, Wade —repuso Ted.

—Esto sí es cariño, chicos —dijo Norm, con una sonrisa paternal.

—Oye, Norm. ¿Por qué no lo llevas tú mismo? —preguntó Wade.

—Pues, porque los gendarmes bahamianos ya me conocen demasiado bien. Y sabes cómo se ponen esos tíos si no... ¿cómo decirlo?... si no pagas las «multas de estacionamiento». Vosotros seréis mis intermediarios.

A Wade le resultó muy poco convincente esta explicación.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Bueno, podría ser. Sí —dijo Norm.

—¡Lo sabía!

—Es que... —dijo Norm, casi susurrando—. Verás, esta carta... en realidad no debería estar en mis manos.

—No me digas. Los dueños de la carta, si es que la palabra dueño es aplicable en este caso, quieren que se la devuelvas.

—Es una forma de verlo.

Wade miró la cara de su padre y vio en sus ojos que ya se sentía rico.

—¡Qué bien lo vais a pasar los tres! —dijo Norm—. Por lo que veo, no lleváis una gran vida social.

—Es verdad, ¿cuándo fue la última vez que nos fuimos juntos por ahí, los tres solos? —preguntó Bryan.

—Bryan, por Dios —respondió Ted. Estas preguntas lo mataban.

—Fuimos al Odeon a ver *Diamantes para la eternidad* —dijo Wade.

—Me estáis tomando el pelo —dijo Norm—. Esa película es de mil novecientos setenta y tres, como mínimo.

—Vamos a ser un poco prácticos —dijo Wade—. ¿Cómo vamos a llegar a las Bahamas? Si decidimos hacerlo, mejor que nos vayamos poniendo las pilas, porque los aviones solo salen de día. Tendremos que salir para la costa este ahora mismo.

—Oye, estás muy enterado de todo esto, ¿no?

Wade no dijo nada.

—¿Por qué no alquilamos un avión en Florida? —sugirió Bryan.

—¡Qué gran idea! Será por la solvencia de cinco estrellas que tenemos, ¿no? —dijo Ted.

—Peter Pan me está pidiendo que le lleve al lavabo y que lo sacuda un poco —dijo Norm—. Wade, vigíleme el maletín.

Norm se levantó.

—Vaya. Sí que confía en ti —dijo Ted.

Norm se volvió.

—Wade es completamente digno de confianza, señor Drummond. Debería brindarle la oportunidad de demostrárselo.

Wade sonrió disimuladamente y de repente, se apagaron las luces. No se movió nadie.

—¿Desde cuándo hay apagones en Disneylandia? —preguntó Norm.

Dentro del restaurante se oía un murmullo de voces. Afuera, se paralizaron todas las atracciones.

—Nunca se me había ocurrido que la electricidad fuera tan importante en un sitio como este —dijo Ted.

—Sí, es verdad —dijo Wade—. Siempre creí que este lugar debía funcionar gracias a los polvos mágicos de Campanita.

—Lo dicho: que Peter Pan me está pidiendo a gritos un meneo.

Norm se dirigió al lavabo de caballeros pero volvió al cabo de un momento.

—Demasiado oscuro.

—No me digas que le tienes miedo a la oscuridad —preguntó Ted.

—Pues sí. Voy a ver si encuentro otro lavabo.

Cuando ya hubo salido por la puerta, Ted dijo:

—Es un bicho raro, ese tío.

—Un bicho raro que te va a sacar de la miseria —respondió Wade—. Tampoco hace falta que seas maleducado, ¿vale?

—Oye, ¿dónde quedan las Bahamas? —preguntó Bryan—. ¿Cerca de México?

—Están a unos doscientos kilómetros al este de Miami.

—Ah. Eso no es nada —dijo Bryan.

Los tres permanecieron sentados, esperando a que volviera Norm. Wade especuló sobre el contenido de la carta. ¿Qué habría escrito? *Te echo de menos. Me quedaban muchas cosas por decirte. Vuelve. No me dejes así.*

La camarera les informó que si deseaban comer, tendrían que esperar a que volviera la luz. Pasaron los minutos. Wade era cada vez más consciente del poco interés que sentían el uno por el otro. Una vez, Beth le había dicho que en las familias, los hombres no solían tener una relación estrecha; las relaciones intensas se daban entre mujeres. Ahora Wade comprendía a qué se refería.

Volvió la luz y los comensales en el restaurante aplaudieron.

—Voy a ver si lo encuentro —dijo Wade.

Entró en el lavabo de caballeros que había más cerca, pero solo encontró a un papá cambiando los pañales de su hijo y a un adolescente lavándose las manos. Preguntó al papá si había visto un tío con coleta, pero la respuesta fue negativa. Se dirigió a otro lavabo, pero no había ni rastro de Norm. Bajó por Main Street USA y vio un montón de gente agrupada en torno a algo en el suelo. Wade supo de inmediato que ese algo iba a ser Norm. Consiguió abrirse paso entre la gente y vio a Norm tendido en el suelo. A su lado, había una médico que había ido de vacaciones a Disneylandia con su familia.

—Está muerto —pronunció.

—¿Muerto?

La mujer miró a Wade.

—¿Es un familiar suyo?

Lo último que quería Wade era que lo asociaran con Norm.

—No. Es que la gente no suele palmarla en sitios como este, ¿no?

—Pues este señor, sí. Yo diría que ha sido un infarto.

Wade volvió rápidamente al restaurante. Se sentó con la gravedad de una persona que trae noticias malas, pero interesantes.

—Chicos, parece ser que tendremos que espabilarnos solitos.

Cogió la maleta y la abrió.

—¿De qué hablas, Wade? ¿Qué ha pasado?

Dentro del maletín, bien encajonado entre la espuma de las tapas, encontró una botella vacía de licor y la carta.

La última vez que los Drummond había estado todos juntos en familia fue una noche cálida de junio en los años setenta. Ted y Janet Drummond habían decidido hacer una fiesta solo porque se la debían a muchos de sus amigos. Por esa época, todavía tenían amigos y aún les importaba mucho lo que opinaban de ellos. Sus tres hijos ya iban a la escuela secundaria y Janet y Ted se consideraban más bien jóvenes.

Más adelante Sarah le dijo a Wade que había estado con Bryan hablando con algunos de los invitados durante horas. Todos estaban borrachos y al final decidieron sentarse en lo alto de las escaleras para reírse de todos ellos. El señor Laine, el gestor de Ted —y macarra autodidacta—, estaba intentando ligar como un loco con Janet. Ted contaba chistes marranos a un grupo de gente al lado del equipo de música que había comprado esa misma tarde. Wade le había ayudado a instalarlo.

Kitty Henry quemó el sofá de Janet con un cigarrillo y Helena, la mejor amiga de Janet, pretendía ligarse descaradamente a Russ Hallaway, un Romeo soltero que llevaba un negocio de tala de árboles y que según los rumores, tenía una cama ovalada.

En medio del follón apareció un coche de patrulla con las luces de emergencia encendidas. En el asiento trasero traían a Wade. Habían dejado la puerta abierta toda la noche para que entrasen tanto el aire fresco como las polillas aturdidas. Cuando los invitados vieron las luces, se separaron de sus respectivos grupos y se acercaron lentamente a la puerta. Justo entonces, terminó el disco de Herb Alpert y el ruido frenético se quedó en un murmullo apagado.

Ted salió por la puerta con algunos de los invitados. Uno de los agentes había salido del coche para abrirle la puerta trasera a Wade. Este se medio cayó del coche, con el pelo largo por toda la cara. Los agentes hablaron con Ted. Seguidamente, con toda la fuerza que tenía en el pecho y en los hombros, le proporcionó una colleja a Wade que lo envió al otro lado del jardín. Los invitados callaron de golpe. Wade se levantó, sacudió la cabeza y se abalanzó sobre Ted, tirándolo al suelo. Así se inició una pelea, de la que salió lo que había sucedido a trompicones:

—No te metas en mi vida, nazi de mierda.

—¡A ver si aprendes a dejar la polla en su sitio, desgraciado!

—¡A la mierda todo! Fue su padre quien la obligó a abortar. ¿Y a ti qué más te da haber perdido un nieto?

—Ah, ¿y por eso decidiste atacarlo?

Janet salió chillando y con la ayuda de algunos de los invitados, lograron separarlos. Se levantaron manchados de hierba y sangre.

La policía se fue y los invitados empezaron a marcharse a casa.

Wade subió a la habitación de Sarah y subió al tejado por la ventana. Oyó cómo

Ted ponía música en el tocadiscos, pero la única compañía que quedaba era una habitación llena de humo. Janet se había metido en la salita con Helena, y Wade oía cómo lloraba. Menos mal que tenía a Helena para proveerle de comprensión y Kleenex.

A eso de las dos, Sarah se deslizó por el tejado y se sentó al lado de Wade. Se fumó su primer y último cigarrillo con él.

—Oye, Wade, ¿qué te ha parecido esto de casi ser papá?

—No lo sé. El crío estaba vivo y ahora está muerto.

Más tarde, Sarah le dejó unas galletas saladas y una botella de limonada en el alféizar de la ventana.

—Buenas noches, Wade. Me siento como si estuviera dejando leche y galletas para Papá Noel.

—Que duermas bien, hermanita.

—Sabes que nunca volveremos a ser una familia, ¿no? —dijo Sarah.

—No te entiendo. ¿A qué te refieres?

—Nunca volveremos a estar todos juntos bajo el mismo techo. Se acabó, Wade.

Wade meditó sobre lo que acababa de decir.

—Sí. Supongo que tienes razón.

A la mañana siguiente, Wade se fue de casa.

Los tres hombres iban por una autopista de peaje nueva e inmaculada en el coche alquilado de Wade. Conducía Ted. La autopista tenía el aspecto de haberse estrenado hacía diez minutos, y sus curvas se regían según los innumerables lagos y pantanos que aparecían como picadas de viruela sobre el paisaje. Las señales aseguraban que había una salida a pocos kilómetros que empalmaría con otra carretera casi idéntica.

Iban con rumbo a Cocoa Beach, justo al sur del Cabo Cañaveral. Wade tenía intención de dejar a Ted y Bryan en manos de Connor, un viejo amigo de apuestas cuya vida se había visto reducida a una embarcación de diez metros y lo que pudiera sacar de los turistas lo bastante tontos como para alquilar el barco y a su capitán durante una tarde entera para ir a pescar. Wade hizo una última llamada a Connor antes de que se le muriera la batería del móvil, y este le confirmó que le iría de coña una paga extra por llevar a Ted y Bryan a las Bahamas. Bien. Después, Wade pensaba lavarse las manos de los desatinos del día y volver al hotel para tomarse las pastillas y algo para las náuseas. Luego llamaría a los usureros y les pediría que le prorrogaran el plazo. Tratar con ellos le pareció más sencillo que tratar con su padre y su hermano.

Por lo visto, eran los únicos en toda la autopista, que no tenía ni una sola marca de patinazos. El único inconveniente era Ted, que estaba de un humor de perros porque no había comido y porque ya había pasado demasiadas horas con gente más joven que él.

—A ver si me aclaro, Wade —dijo en tono agresivo—. Vas a tener un hijo aunque podrías palmarla cualquier día, ¿no?

Si se lo hubiera dicho cualquier otro, Wade lo hubiera estrangulado tranquilamente. Pero teniendo en cuenta que era su padre, Wade se limitó a arrepentirse de haberle dado la noticia.

—Papá, no estoy a punto de morirme y tanto Beth como el crío han dado negativo. Todo saldrá bien.

—Ya.

—De acuerdo. Si quieres ser así de gilipollas, es tu problema. Me la suda, ¿sabes? Pero quiero que me dejes en el próximo peaje y que te despidas del boleto que te iba a sacar de la mierda.

—Tranquilo, tranquilo. Joder. Dame cincuenta centavos.

Wade buscó en los bolsillos. Percibió la envidia que le daba a Bryan que fuera a ser padre de un hijo no abortado.

—Oye, Bryan. Tú también podrías mirar si tienes suelto, ¿no?

Se volvió hacia su hermano y vio que había sacado el sobre del príncipe Guillermo de la segunda capa protectora de plástico y que lo estaba manoseando.

—¡Joder, tío! Ya vale. Haz el favor de dejar el sobre en la bolsa. No sé ni cómo se te ha ocurrido sacarlo de la funda.

—Solo quería tocar el papel, ¿vale? Ni que hubiera cometido un crimen.

Bryan devolvió la carta a la bolsita e hizo ver que buscaba cambio en los bolsillos. El coche se detuvo en un peaje, pagaron y siguieron el camino.

Wade miró la cara de su padre. La luz dentro del coche era violenta y le daba un aspecto curtido que Wade no había visto antes. Sabía que la misma luz no le iba a favorecer y que debía de tener el rostro encogido y castigado.

—Una cosa, papá. Estás bastante convencido de que la semana que viene me vas tener que enterrar, ¿verdad?

—No, hombre, no. ¡Hostia! Ojalá no hubiera dicho nada. Pero es que creo que podrías haber pensado en quién se iba a hacer cargo del crío de aquí a unos años.

—De aquí a unos años.

—Sí.

—¿Y cuántos años me das, exactamente? ¿Cinco? ¿Veinte?

—Yo qué sé. ¿Dos?

—Ah. O sea que ahora ya tenemos un plazo. Tú has calculado que dentro de dos años estaré muerto.

—Bueno, más o menos. ¿Pasa algo?

—Para el coche.

—No seas tan exagerado, Wade. Igual dentro de dos años estás bien de salud y me habré equivocado. ¿Qué más da, coño?

—Te he dicho que pares el puto coche ahora mismo, ¡joder!

Bryan dio un resoplido.

Wade se metió el dedo índice en la boca y lo volvió a sacar lleno de saliva. Lo acercó a la cara de su padre.

—Para el puto coche.

—No seas imbécil, Wade.

—Frena, o te juro que te tocaré, y de paso te infectaré.

Wade vio aparecer una vena en la frente de su padre. Le blandió el dedo aún más cerca de la cara.

—Para el coche... ¡Papá!

Wade le tocó la mejilla. Ted gritó y pegó un frenazo. El coche patinó y giró noventa grados. Se oyó un chirrido y el crujido de la gravilla antes de que el coche diera dos vueltas perfectas, igual que en las series policíacas de los setenta. Saltó por encima de un cercado y cayó de pie justo debajo de un terraplén, entre unos matorrales espinosas. El motor susurraba confiadamente. Un mapa de carreteras cayó del techo encima de la consola. No se oía nada; la autopista había desaparecido por completo. Todo seguía igual que hacía unos minutos, y a la vez, todo era diferente.

Los tres permanecieron inmóviles, por miedo a reactivar la violencia si se movían. Soltaron unos tacos y miraron lentamente a su alrededor. Bryan perdió los estribos.

—No, papá, joder, esto no. Esta es la putada más grande que me has hecho en toda la vida. ¡Qué grande eres!

¡Eres un campeón!

No había forma de subir el coche hasta la autopista. La rueda de delante había empezado a hundirse en la orilla de un pantano inhóspito. Sin comerlo ni beberlo, habían vuelto a una época primitiva en el que el hombre ni siquiera existía. Ted apagó el motor y se quedó paralizado del shock. Wade abrió la puerta y sonó una alarma, *ding, ding, ding*. Miró el coche por fuera.

—¡Cómo puedes ser tan cabrón! Este coche lo alquiló Beth a su nombre. ¿Tienes idea de cuántos años le ha costado recuperar la tarjeta de crédito? El techo parece un rallador de queso.

Ted reaccionó y se bajó del coche para echarle un vistazo.

—Tranquilo, hijo. Nosotros estamos bien.

—Nada está bien. ¡Estamos jodidos! Y encima fui yo quien le dijo que no hacía falta sacar el seguro máximo. Me va a matar.

Las hormonas y las enzimas alteradas de Bryan le seguían rebotando por todo el sistema.

—Papá, sí que eres un campeón. No se ha roto ni un cristal, ni siquiera los retrovisores. ¡Qué guay, tío...! ¡Ay! ¡Mierda! ¡Hostia!

—Bryan —dijo Wade—. ¿Y ahora qué coño te pasa?

—Me acaba de picar una hormiga.

—¿Una qué?

—Una hormiga voladora. Mierda. Acabo de pisar un nido.

Bryan había metido el pie en medio de un agujero lleno de hormigas voladoras.

—¡Coño, Bryan! Las tienes por todo el cuerpo. Mira, tienes algunas en el cuello.

Bryan chilló como los frenos de un tren y trató de quitárselas con unos movimientos enérgicos pero torpes, más característicos de un molino de viento. Los chillidos eran tan agudos que se volvieron casi inaudibles.

Ted estaba como aturdido.

—Papá —dijo Wade—. No es por nada, pero nos podrías echar una mano aquí. A Bryan se lo están comiendo vivo.

Se volvió hacia Bryan.

—Bryan, quítate la camisa. Se te han metido por debajo y el olor las va a espantar y te picarán aún más.

Bryan se puso histérico. Wade le arrancó la camisa y le ordenó que se quitara los vaqueros. Bryan tenía picaduras por todo el cuerpo; algunas hormigas voladoras

aplastadas le colgaban de la piel del pecho como pendientes de color sangre. Wade se las quitó.

—Ya está, Bry. Ya no quedan.

Bryan corrió hasta una roca, se puso de cuclillas encima de ella y gimió. Se sujetó la cabeza entre las manos y empezó a balancearse hacia adelante y hacia atrás.

Ted gritó:

—No seas tan niña, Bryan. Ven aquí y ayúdanos a sacar el coche del fango.

—¿Qué pretendes? ¿Empujarlo por la cuesta hasta la autopista?

Wade y Ted ya estaban listos para entrar en combate.

—Oye, ya basta, ¿vale? Si no hubieras empezado con ese juegucito, ya estaríamos.

—Sí, ya ves. Eres el peor conductor de todo el puto país. Todo este follón ha sido porque tú no querías que te tocara.

—No seas tan culebrónico.

—Esto no es un culebrón, por si no te habías dado cuenta. Es la vida real. Eres *capaz* de matarnos a todos antes de dejar que yo te toque.

Ted calló. Wade caminó hacia él. Ted intentó mostrar indiferencia, pero retrocedió unos pasos. De repente, Bryan gritó:

—¡La carta!

Señaló hacia el pantano. El viento se había llevado la bolsita de la carta del príncipe Guillermo y la había depositado en medio del agua, que parecía empeñada en alejarla cada vez más de la orilla. Ted se quedó inmóvil y Wade lo agarró. Con las últimas fuerzas que le quedaban, empujó a su padre al agua.

—Coge esa carta ahora mismo, cabrón. Es la única posibilidad que te queda para salir de la bancarrota.

—¡Estoy cubierto de fango!

—¡Coge la carta!

—Podría haber caimanes aquí dentro.

Wade volvió a la orilla, acumuló flemas y las escupió a escasos centímetros de su padre.

—La carta o yo. Escoge lo que quieras.

Ted se giró y fue a buscar la carta. Dio tres pasos y se encontró hasta el pecho en el agua turbia. Nadó un par de metros, cogió la carta, respiró hondo y dio la vuelta para volver a la orilla. Wade seguía fabricando esputos y escupiéndolos al suelo.

—Ahora, pídemme perdón.

—¿Por qué? —preguntó Ted. Tenía la carta en la mano.

Wade le disparó un escupitajo que le cayó encima de la cabeza como un huevo en un parabrisas. Ted gritó y se sumergió. Con la otra mano se limpió como pudo la flema de la cabeza.

—Por todo.

La cabeza de Ted volvió a aparecer en la superficie del agua.

—Lo siento. Mierda. Lo siento.

Wade le disparó otro escupitajo.

—No me convences. Yo diría que no sientes nada.

Ted gritó y se sumergió de nuevo para esquivar el bombardeo de esputos.

—¿Cómo coño quieres que te lo demuestre? Estoy a punto de morir ahogado en este pantano.

—A no ser que las sanguijuelas te chupen toda la sangre antes. Uy... sanguijuelas... No se me había ocurrido. Te dejarán lleno de agujeros por donde mi saliva se multiplicará y te infectará.

—¡Bryan! ¡Haz algo! Tu hermano se ha convertido en un monstruo psicópata. Aléjalo de mí, joder.

Bryan seguía posado sobre su roca.

—¡Sí, hombre! No pienso ni acercarme a ese nido de hormigas. Estás solo.

—Vale. Tú ganas —dijo Ted.

—¿Entonces?

—Si dejas de escupirme, te prometo que cuando salga de aquí, dejaré que me toques la herida de sanguijuela o de lo que sea que me ha hecho un corte en la pierna.

—¿Y cómo sé que me estás diciendo la verdad?

—Te lo juro, Wade.

—Prométeme que tu madre se irá al infierno si me estás mintiendo.

—Estás muy mal de la cabeza, Wade.

—¡Prométemelo!

Wade sabía que la única criptonita que tenía Ted era el recuerdo de su madre, que había muerto unos quince años atrás.

—¡Cállate de una puta vez! —gritó Ted.

Wade preparó más esputos. Hoy le salían con una facilidad y una rapidez asombrosas, lo cual no era muy buena señal. Colocó uno en posición para lanzarlo a su padre, pero lo escupió al suelo.

—Sí, papá. Tu madre, la abuela Drummond, allá arriba entre los angelitos, comiéndose tartas de nubes y jugando al bridge con sus amiguitas hasta que ¡flas! Cae a las llamas del infierno para la eternidad, donde se pudrirá para siempre porque tú habrás roto la promesa que me acabas de hacer.

Ted se estaba cansando y apenas se mantenía a flote.

Wade supo que la amenaza había funcionado.

—Estoy esperando.

—Vale. Tú ganas.

Nadó hasta la orilla. Wade le ofreció una mano para ayudarlo a salir del fango,

que hizo un ruido de pedo cuando Ted finalmente logró subirse a la orilla con un zapato menos.

—¡Gracias a Dios! —dijo, depositando la carta encima del capó.

Wade no se había olvidado del trato.

—Arremángate el pantalón.

—¡Cállate ya, joder!

Wade arremetió contra su padre y los dos cayeron al suelo. Wade agarró la pierna de Ted y la intentó aguantar quieta. Puso todo el peso encima del pecho de su padre y lo inmovilizó. Entonces le arremangó el pantalón. Tenía la pierna cubierta de pequeños cortes.

—Tú ganas. Venga, tócame. ¡Hostia puta! Eres un monstruo. Inféctame ya de una vez.

—Vale. Allá voy. Uno, dos tres.

Wade le tocó una herida ensangrentada con un dedo seco, le dijo que era un ignorante de mierda y se dejó caer sobre la hierba con los ojos cerrados.

Una hora después, los tres hombres cojeaban por la autopista. A Ted le faltaba un zapato, a Bryan, la camisa y el estado de Wade empeoraba por momentos. De repente, Wade se dio cuenta de que algo fallaba: el sol estaba mal colocado. En lugar de estar a su derecha, estaba a su izquierda y eso quería decir que Bryan se había equivocado de dirección y que todos los kilómetros que habían recorrido a pie habían sido en vano. Ted le dio una colleja y le dijo que era un cretino, pero Wade se metió en medio de los dos y dijo:

—Papá, que sea la última vez que nos pones la mano encima.

A Ted no le hizo ninguna gracia que su hijo le plantara cara.

—Mira, Wade. Sigue siendo Bryan y sigue siendo un desgraciado.

Wade sopló una especie de pffft por la nariz.

—Y tú eres la hostia en bicicleta, ¿no?

—Al menos sé dónde...

—Cierra el pico, ¿vale? Hemos dejado de escucharte.

Pasaron algunos vehículos, pero casi todos eran camiones que iban a toda velocidad y los ignoraron por completo. Todos los coches de policía que solían plagar la autopista habían quedado en pasar ese tramo solitario por alto.

—Deberíamos intentar llegar al peaje —sugirió Wade.

—Pero si está a más de quince kilómetros para allá —dijo Bryan.

—Hombre, al menos llegaríamos a alguna parte —dijo Ted.

Wade empezó a sentirse muy mal y sabía que no podría continuar.

—Mirad, yo me quedo aquí.

Ted y Bryan se miraron.

—Sí, estoy enfermo. ¿Contentos? Seguid sin mí. Ya tenéis las direcciones y los

números y todo. Dejadme, por favor. La pasma no tardará en pasar por aquí.

De repente, apareció un sedán blanco. Pegó un frenazo y se detuvo a unos cien metros de donde estaban.

—Un buen samaritano —dijo Bryan.

Una mujer pequeña bajó del coche. Era Shw.

—Mierda —dijo Bryan.

—¿Qué coño hacéis los tres tirados en medio de la autopista? ¡Joder, Bryan! ¿Qué te ha pasado en la cara? La tienes hinchada como un cerdo. Bueno, no me lo cuentes. Seguro que no me conviene saberlo.

—Por favor, Shw. Llévanos hasta el peaje.

—Ni en broma. Paso de ti y de tu familia. Estáis todos chiflados. No sé ni por qué me he parado a preguntaros qué hacíais aquí. ¿Qué hacéis aquí?

—Papá tuvo un accidente unos kilómetros atrás, íbamos a...

Shw levantó una mano.

—No sigas, Bryan.

—Por cierto, ¿de dónde has sacado este coche? —dijo Bryan, cambiando dramáticamente de tono de voz.

—Pues lo alquilé, imbécil.

—¿Con qué dinero?

—Con el mío.

—Pero si no tienes ni un centavo.

—¿Cómo puedes ser tan gilipollas, Bryan?

—¿Me estás diciendo que ahora pagan a la gente por matar a sus hijos?

—Yo me abro.

—¡Espera! —gritó Wade—. Me encuentro muy mal. Llévanos hasta la gasolinera y abandonanos allí, si quieres, pero no nos dejes aquí.

—No quiero que os metáis los tres en el coche.

—¿Y si nos sentamos atrás en el maletero?

Shw le vio alguna lógica a la propuesta y se lo pensó.

—¿Y por qué debería hacerlo?

Ted abrió la boca por primera vez.

—Pues para demostrar que no eres tan hache-i-jota-a de-e pe-u-te-a como creía.

—Tus dulces palabras me han conmocionado el alma.

Shw volvió al coche, se subió y cerró violentamente la puerta.

—Gracias, papá. Se nos acaba de ir la última esperanza que nos quedaba.

Pero en lugar de seguir adelante, Shw dio marcha atrás y fue hacia ellos a todo gas, obligándoles a apartarse del camino. Apretó un botón y se abrió el maletero. Bajó la ventanilla un centímetro y les dijo:

—Tenéis diez segundos para meteros dentro: diez, nueve, ocho, siete, seis...

Los tres se subieron rápidamente. Por alguna extraña razón, el maletero olía a pescado y sustancias químicas. Shw arrancó y los tres hombres acabaron aplastados el uno contra el otro como cachorros en una cesta. Wade, a la derecha, levantó la cabeza y vomitó encima de la luz trasera. Ted, a su lado, intentó alejarse de él. Bryan se puso a hablar con Shw a través de las placas de madera detrás de los asientos.

—Te quiero, Shw. Me da igual lo que hagas con nuestro hijo. Te quiero a ti.

La respuesta de Shw fue subir el volumen de una canción de Gloria Estefan al máximo. Minutos después, se paró en una gasolinera y les gritó que salieran inmediatamente del coche. Ted y Wade obedecieron, pero Bryan se negó.

—Bryan, tú y yo somos historia, ¿vale? Ahora, sal del coche.

—No me da la gana.

—Pues tú mismo.

Dio marcha atrás e hizo un derrape espectacular. Seguidamente, estrelló el maletero del coche contra una valla publicitaria de hormigón que anunciaba Universal Studios. Bryan salió como una bala humana de un cañón. Shw apretó el acelerador y en unos segundos, había desaparecido.

Bryan cojeó hasta donde estaban su padre y Wade, que había encontrado una manguera para ducharse.

—Vale, ya sé que sobre gustos no hay nada escrito, pero el tuyo es impecable, Bryan —dijo Ted.

Wade lo salpicó con la manguera y Ted dijo:

—Vaya par de cascarrabias.

De pronto, Bryan hizo una mueca.

—No, Bryan. No puede ser —dijo Wade.

—No me lo creo —dijo Ted.

Bryan se había dejado el sobre en el maletero.

—Soy un desgraciado.

Janet y Nickie entraron en un bar de motoristas riéndose como dos colegialas. Necesitaban un cóctel urgentemente para contrarrestar el estrés postraumático del atraco. Tras los acontecimientos de la mañana, tener que afrontar un bar lleno de motoristas era pan comido. Media hora después, cuando ya habían pedido la cuarta ronda, tenían los nervios mucho más calmados. Estaban observando a unos tipos en la mesa de billar que tenían toda la pinta de ser los amos de unos perros muy agresivos.

—Me pregunto si Shw sería capaz de dominar a esta pandilla de gárrulos —dijo Nickie—. ¡Ecs! Olvidémonos de esa chavala. —Se volvió hacia Janet—. Janet, cuéntame más sobre Helena. La verdad es que no sé qué pasó entre vosotras.

—¡Helena! ¡Madre mía! —Janet suspiró—. ¿Por dónde empezar? Era mi mejor amiga. Estudiamos juntas en la Universidad de Toronto en los años cincuenta. Yo iba de mojigata y ella de bohemia. Nos entendíamos bien, ¿sabes? Cuando tuve a Wade nos distanciamos un poco. Es que a ella le iba el feminismo de los sesenta y luego se lio con esa porquería hippy. Ya sabes: la artesanía, los chales, las velas de arena y toda esas marcianadas de la época. Pero me hacía ver que hay muchas cosas que una puede hacer en la vida aparte de ser ama de casa. Me convenció de que mi pequeña existencia era algo más que un callejón sin salida.

Un camarero les plantó dos destornilladores encima de la mesa. Janet propuso un brindis:

—Por las amistades inesperadas.

Las mujeres tomaron un sorbo y Janet continuó:

—Cuando nos mudamos a Vancouver, ella hizo lo mismo. Vancouver era la capital hippy por aquel entonces, y a los chicos les encantaba que Helena apareciera por casa, porque era como si viniera de otro planeta. Me enseñó a cocinar. Sabía cocinar como un diablo.

—¿Y entonces qué? —preguntó Nickie.

—Pasó algo raro. Muy, muy raro.

—Sigue.

Janet se lo contó como pudo, aunque apenas lograba entenderlo. Unos años antes, en la tarde de un miércoles más bien sombrío, había mirado por la ventana y visto el coche de Helena que llegaba. *¡Qué bien, ha venido Helena!* Llevaban un tiempo alejadas. Helena se había opuesto de forma agria a la postura política de Janet, que como ella misma reconocía, era bastante insulsa. Cuando vio el coche, Janet pensó que por fin se había levantado la bandera blanca y se alegró de corazón. Abrió la puerta y Helena bajó del coche, vestida con unos vaqueros ceñidos, botas camperas y... ya está.

—Con las tetas a la intemperie. Y ahora que lo pienso, hacía frío ese día.

—¡No me jodas!

—Así fue. A los vecinos de al lado, Clem y Judy Payne, casi les da un telele. Es que es muy difícil imaginarse ver a una mujer, y además, una mujer de sesenta años con un buen par de tetas, en pelotas en medio del jardín.

—Reconozco que me está costando...

—Pues, por eso mismo. Es la cosa más absurda que he visto en toda mi vida. Igual de aquí a quinientos años, todas iremos en pelotas, pero en el año noventa y seis en Vancouver... era impensable. Un escándalo. ¡Espantoso!

Janet había abierto la puerta como si todo estuviera en regla.

—Hola, Jan.

—¡Helena! Por el amor de Dios. Pasa. Pasa.

—No. Creo que voy a tomar un poco el sol. Hace un día precioso.

—Helena, no hace sol. El cielo está nublado y hace mucho frío y estás desnuda. Entra, por favor.

—¿Cómo puedes ser tan neurótica?

—No soy neurótica.

—¿Que no? ¿No te das cuenta de las cosas que dices?

Nickie la escuchaba absorta. Era la primera vez que Janet narraba los hechos en voz alta.

—No pasaron ni diez segundos cuando un coche patrulla se detuvo detrás del coche de Helena. Un tema recurrente en mi vida: coches de policía en la entrada de casa, abriendo y cerrando períodos de mi vida.

—¿Y qué pasó?

Janet proyectó la película en la mente: los dos agentes, un hombre y una mujer, se acercaron a la puerta con el típico aire anodino y oficial. Janet les hizo un gesto de «¿qué quieren que haga?». Sugirieron que pasaran todos a la casa pero Helena no veía la necesidad.

Los agentes se pusieron más firmes:

—Por favor, señora. Entremos a la casa.

Helena no contestó.

—Señora. ¡Se lo ruego!

—No. Estoy bien aquí. Creo que me voy a quedar aquí en la escalera tomando el sol.

Los hijos adolescentes de la familia Kim salieron a la galería a observar el espectáculo. No tardaron en aparecer unos prismáticos. Los Payne tampoco tenían intención de moverse.

—Si tomar el sol y disfrutar de la naturaleza es un delito, soy culpable. Deténganme. Si no, déjenme en paz. Janet, por favor. Diles que se vayan.

Janet y Nickie sorbieron los cócteles.

—Los policías trataron de ser racionales, pero claro, la situación era completamente irracional y no llegaron a ninguna parte con ella. Mientras tanto, los chicos de enfrente habían llamado a todos sus colegas por el móvil y en un tiempo récord, había una docena de jóvenes en la galería de los Kim, todos atentos a lo que estaba pasando en la puerta de mi casa. Uno había traído una videocámara y lo estaba grabando. Fue muy surrealista. La agente le dijo a Helena que se veía obligada a detenerla y Helena le dijo: «Pues, hazlo». Los agentes le habían dado un montón de oportunidades, pero ella no quiso saber nada.

—¡Vaya apuro!

—Sí. Lo fue. Entonces la agente intentó ponerle las esposas, y Helena se volvió histérica. Intentó morderla y todo. El otro poli vino a ayudar a su compañera. Las tetas de Helena botaban como locas por todos sitios y empezó a gritar: «¡Me quieren violar!». Yo me quedé paralizada sin saber qué hacer. De repente, Helena se dio cuenta de que yo no hacía nada y me puso verde. Si tienes hijos adolescentes, te aseguro que te acostumbras a todo, pero entonces empezó a hablar de...

—¿De qué?

—Empezó a hablarme de la relación que había tenido con mi padre, durante años, se ve. No entendí nada, pero es increíble la cantidad de nombres, fechas y lugares que puede regurgitar una loca que está a punto de ser detenida. Me hizo una lista entera de dónde y cuándo, de dónde estaba mi madre cuando ellos quedaban para fornicar. Lo peor de todo fue las cosas que había dicho mi padre sobre mí.

—Joder.

—No tengo palabras para describir lo que sentí. No las hay. Los chicos se unieron al encierro, como en Pamplona. Era octubre y el césped estaba húmedo. ¡Qué horror!

*Tú tienes la culpa de todo esto, Janet Drummond. Eres una traidora a tu propio sexo. Has traicionado a tu familia y a mí también, la única amiga de verdad que tienes en el mundo. Eres un cero. Estás acabada. Eso es lo que me dijo tu padre: que eres un cero, una insípida que va de santita.*

—Los agentes tardaron un poco en meter a Helena en el coche y cuando por fin subieron las ventanillas, me sentí muy aliviada. Ya no oía todas esas barbaridades. La policía se la llevó, los vecinos se desvanecieron y yo seguía en la puerta de mi casa sabiendo que la vida nunca volvería a ser igual que antes. Me entraron unos retortijones espantosos.

Janet acabó el cóctel.

—Creo que no tardaré mucho en estar borracha del todo. ¿Qué te parece si volvemos al hotel?

Sacó una tarjeta para pagar.

—¿Sabes una cosa? Después de lo que pasó con Helena, el divorcio me resultó decepcionante. El divorcio nunca me afectó tanto como pudo parecer. No deberíamos

habernos casado para empezar. De todo se aprende.

Pagó la cuenta.

—¿Vamos?

Volvieron al hotel y se quedaron dormidas sobre la cama extragrande. Ya anocheía cuando se despertaron sobresaltadas de un sueño alcoholizado. El cielo se había llenado de fuegos artificiales como crisantemos de color rosa y blanco intensos que florecían y se morían delante de sus ojos.

—Así se deben de despertar los ricos, con fuegos artificiales —dijo Nickie—. Seguro que tienen fuegos artificiales exclusivos para los ricos que nunca veremos la gente normal, fuegos artificiales que solo funcionan de día.

Durante unos segundos Janet no se acordaba de dónde estaba, ni por qué, pero entonces se acordó del episodio de la mañana. *¿Y mis hijos? ¿Dónde están?* Como cada día, los situó geográficamente: los chicos todavía no habían vuelto de Disneylandia y Sarah estaba en Cabo Cañaveral.

Las dos mujeres todavía no estaban del todo recuperadas del atraco. Miraron cómo las hormigas voladoras, gordas y estúpidas, se lanzaban contra las ventanas del piso veintiséis. *¿Qué quieren?*

—¿Cómo crees que te ha cambiado? —saltó Nickie de repente.

—¿El qué? ¿El atraco?

—No, hombre, no. Cuando te enteraste de que estabas... infectada.

—¿Cómo que infectada? Ahora no me vengas con rodeos, Nickie. Dilo. Seropositiva.

Janet se tocó la cicatriz que había dejado la bala debajo de las costillas.

—¿Que cómo fue? Pues pensé lo que deben de pensar todos. No puede ser. Se han equivocado. Me han confundido con otra. Y entonces pensé: «¡Espera! ¡La ciencia me salvará!». Y de hecho, sí me salvó. Ahora pienso que la ciencia fue precisamente lo que creó esta enfermedad. Unos cuantos científicos de la UNESCO que fueron a África para fabricar unas vacunas con cerebros de monos machacados. Nunca nos lo dirán. Pero es que el sida no es una enfermedad apta para una mujer canadiense de sesenta años. Soy incapaz de llamarlo por su nombre. Para mí, son Partículas de Cerebros de Simios Congoleños.

Las hormigas voladoras seguían arrojándose contra los cristales y el ruido era parecido a las patas de un gato.

—Cuando me recuperé del susto inicial, me puse a pensar: «Igual estoy entre el uno por ciento de los enfermos que tienen un antígeno natural en el ADN que me negativizará», si es que existen esas personas.

—¿Y qué más?

—¡Cielos! No sé... Intenté tomármelo a la científica. Aprendí todo lo que pude sobre posibles vacunas y terapias, casi todo en Internet.

—Mi madre decía «Cielos».

—Bueno, me imagino que debe de ser de la misma cosecha que yo, más o menos.

—Sí.

Janet sonrió.

—Una vez fui a México con una amiga, Betty, del club de libros. Ella tenía la enfermedad de Hashimoto y un cáncer en la garganta. Queríamos conseguir Laetrile, una droga de los años setenta que hacían con los huesos de los melocotones.

—Ah, sí. Me suena.

—¡Vaya farsa! Acabó con Steve McQueen. Betty está muerta. Lo único que no he probado son los cristales. Pero el día que me meta cristales por el esternón, sabré que se me ha acabado la partida.

—Pero todavía no me has contestado la pregunta. ¿Cómo has cambiado por dentro?

Janet suspiró.

—A ver. Déjame pensar. Es que es la primera vez que me lo preguntan. —*¿Cómo he cambiado?*—. Supongo que el cambio más grande es que he dejado de creer en el futuro, es decir, he dejado de creer en un futuro geográfico, como París o Australia, un lugar adonde pueda ir. Creo que vamos haciendo y vamos haciendo y vamos haciendo sin detenernos, pero que no llegamos a un lugar específico. Que vamos haciendo. Y ya está.

—¿Nunca has culpado a Wade? ¿Ni a mí?

—¿Cómo quieres que culpe a Wade? Él se colocó delante de mí para protegerme de Ted. ¿Y si te culpo a ti? Para nada. Ted es el único idiota entre nosotros. Últimamente pienso que echar las culpas es la forma que tienen los vagos de ponerle orden al caos.

—¿Cómo?

—Pues imagínate que te sucede algo así al azar. Por ejemplo, que la rama de un cedro cae encima de tu gato y lo mata, o que te toman de rehén en un restaurante de mala muerte, o que la señora Drummond se infecta del sida de una bala que pasó por el hígado de su hijo. Podría echarle las culpas a mi jardinero por no decirme que tenía que podar el cedro o me podría enfadar con la legislación de Florida por, yo qué sé, por cualquier motivo. Incluso podría llegar a la conclusión de que la bala había sido un castigo de Dios por no haberme esforzado más durante mi matrimonio. O mil cosas más. ¿Me sigues? Nadie tiene la culpa. Es el caos. Solo eso. Números aleatorios que salen en la lotería cósmica.

—¿Eso crees?

—Sí, cada vez más. ¿Y tú qué? Solo hace cuatro días que te dieron la noticia. ¿Qué sientes?

—¿Yo? Pues, siempre he sabido que acabaría así, que me lo merecía. Si no el

sida, la sífilis o un superherpes que me convertiría en una enorme úlcera ambulante. Para mí, ha sido un alivio. La espera ha terminado. El jurado ya está aquí.

—¿Estás segura de que fue Wade?

—Sí. Sé que tengo muy mala fama y que la gente se piensa que soy una mema calentapollas, pero Wade fue mi primer desliz en muchos años. Tenía algo en los ojos, una mirada que heredó de su padre y supongo que lo que me sedujo fue precisamente el Ted que hay en Wade. Podría pasarme la noche especulando, pero vamos a dejarlo ahí.

Las dos dormitaron sin llegar a relajarse del todo. Janet visualizó billones de partículas del virus sacado del cerebro de un simio africano corriendo por sus venas como si fueran burbujas tóxicas. *Cuando era joven, creía que la gente no cambiaba, sino que se volvía, cada vez más, como era de verdad. Ahora pienso que cambiar es lo único que hacemos.* Janet pensó en su padre mujeriego y en su madre, que debió de saberlo durante todos esos años. *El tiempo elimina lo mejor y lo peor que hay en nosotros.* Le extrañaba que la memoria se eliminara por fragmentos sin respetarse como un todo.

—¿En qué piensas? —preguntó Nickie.

—En una vez que estuve en Londres. En Piccadilly. No llevaba reloj y necesitaba saber qué hora era. Entonces vi una tienda Rolex con centenares de relojes en el escaparate. Supuse que todos los relojes marcarían la hora exacta. Pero cuando me fijé, cada reloj marcaba una hora completamente distinta y durante unos instantes, me sentí como si hubiera atravesado un espejo donde no existía el tiempo.

Llamaron a la puerta y Nickie gritó:

—¿Quién es?

Venían del servicio de lavandería.

—No, gracias.

Se volvió hacia Janet.

—¿Cuál fue la vez que más enfadada estuviste con Ted?

Janet sonrió.

—No te lo creerías.

—Seguro que sí.

—Pues, estábamos en el jardín hablando de comprar un abono para las azaleas. Ted me pidió un pañuelo, pero no tenía, así que arrancó una de mis preciosas peonías de color rosa, tan suaves como la piel de un recién nacido, y se sonó delante de mí. Luego la tiró debajo de la secuoya.

Nickie se puso a reír a carcajadas.

—¡Sí, tú ríete! En lugar de verle el lado gracioso, no le dirigí la palabra en una semana. Lo que decíamos de hervir a fuego lento. Es que... no podía hablar con un hombre capaz de hacer algo así.

Las dos miraron el techo durante un rato.

—¿Qué te parece si vamos a ver a Kevin al hospital? —preguntó Janet.

Nickie reflexionó durante unos segundos.

—Vale. Vamos.

Janet nunca había tenido mucha suerte con los amigos. Siempre había deseado llegar a ser colega de Ted, como dice la canción, pero Ted se comportaba igual que un jefe distante y se aburría fácilmente con cualquier asunto familiar, menos los que implicaran directamente a Sarah. De sus tres hijos, Wade era el más camarada. Sarah era la más serena y aunque jamás le había supuesto problema alguno, tampoco le había dado grandes alegrías. Y Bryan... Bryan era el bebé. Incluso de mayor seguía siendo el bebé para Janet.

Cuando Ted la dejó y se quedó sola, creyó que se iba a volver loca, en el sentido clínico. El aburrimiento y la soledad la mataban. Sabía poner buena cara, no era difícil, pero se pasaba los días buscando desesperadamente a alguien, a cualquier persona, con quien pudiera conectar: los cajeros, los mecánicos, los chicos que le venían a limpiar la moqueta o sus compañeros de los cursos que hizo en el centro cívico (caligrafía celta; esbelta a los sesenta; la esencia eterna del Feng Shui; resucitación cardiopulmonar; punto y encaje). Más recientemente, había conocido a bastante gente a través de Internet. Como no la veían, no se asustaban de la mirada de rendición que tenía en los ojos ni de su certeza de que probablemente jamás nadie volvería a amarla. Los de Internet no iban a sospechar que llevaba una semana alimentándose de galletas saladas y queso para untar con trocitos de pimiento rojo, ni que tenía la manía de tocarse las patas de gallo.

Después del incidente de la bala, al menos había disfrutado de unos días de atención absoluta, por mucho que le avergonzara reconocerlo. Pero no duró mucho. Entonces, cuando le diagnosticaron que tenía el virus, la vida se le llenó de gente con una mentalidad sorprendentemente abierta y enriquecedora. La percepción acelerada de la muerte derribó las barreras tradicionales que había tenido con los demás y descubrió que tenía mucha facilidad para organizar cenas de conversación en grupo. Un año después del diagnóstico, Sarah la llamó y le preguntó qué era de su vida. Janet, por primera vez en mucho tiempo, pudo contarle algo. Le describió una cena que había tenido en casa la noche anterior en la que cada uno de los invitados había traído un plato. Sarah le preguntó quién había ido.

—Pues vino Mahir. Tiene veinte años y es de Persia, pero su familia ha renegado de él. Trajo falafels. Luego estaba Max, que tiene setenta y un años y se contagió con una transfusión cardíaca. Un día oyó cómo sus amigos de la asociación de excombatientes le criticaban y ahora está en plena crisis de «¿qué he hecho con mi vida?». Es un encanto y trajo unos donuts que tenían dos días como mínimo. Sheila

tiene mi edad más o menos y es lesbiana. Cuando su compañera de hacía dieciocho años se enteró de que tenía el virus, la dejó. Ayer se rapó la cabeza y estaba de mal humor. Trajo una bolsa de esas patatas fritas laxantes americanas y nos reímos un buen rato. Y Wally es nuestro «homosexual comprensivo oficial». Quería que nos fuéramos al centro después de cenar para repartir condones en las esquinas, pero me parece que todavía no he llegado a esa fase.

—¿Y tú qué hiciste para la cena?

—Pues lo de siempre: lasaña, ensalada y pan de ajo.

—¿Te lo pasaste bien?

—No sé, nunca me lo planteo así, pero sí, fue muy intenso. Estas reuniones siempre lo son. Hacemos ver que somos fuertes y entonces uno estalla y otro se pone a llorar, y todos sabemos que estamos en la misma situación. Pero hace que me sienta viva. Qué ironía, ¿verdad?

A pesar de todo, se sentía muy sola pero no quería hablar del tema ni con su hija ni con nadie. Temía que si decía la palabra en voz alta, su situación se acabaría, y sabía que tenía que haber algo más en la vida.

Wade conoció a Beth en el hospital de diabetes de Las Vegas cuando acudió a un taller de seropositividad, ¡Pensar Positivo! Lo primero que observó de Beth fue que llevaba un... ¿*muumuu*? No estaba seguro qué quería decir eso exactamente, pero era una especie de vestido floral al estilo de las antiguas institutrices. No obstante, la mujer que llevaba el vestido no tenía ninguna pinta de granjera sanota, ni mucho menos. Era huesuda y tenía un aire de gastada, como si hubiera pasado muchos años enganchada a la metadona. Wade creyó que el vestido anticuado de Beth debía de ser una forma exterior de expresar una conversación interna. Ella ya había pasado por donde estaba Wade y había encontrado una salida.

Cuando vio a Beth por primera vez, le destrozó el corazón en un millón de pedazos y a la vez, se lo soldó. Estaba empeñado en conocer a esa mujer, pero sospechaba que iba a ser demasiado importante como para ponerle la cara de mil vatios de «¿quieres copular conmigo?», o para soltarle su famosa frase para ligar («sé lo que estás pensando pero solo hay una forma de averiguarlo»). Lo que hizo fue colocarse disimuladamente en la silla que había al lado de la suya y esperar como un perro fiel a que se le cayera un bolígrafo o un papel al suelo para que pudiera recogerlo y devolvérselo. Esta mujer lo había reducido a una devoción infantil y sin embargo, no sabía nada de ella.

Se le cayó un bolígrafo y en un ¡*fias!* Wade lo recogió y se lo dejó encima de la mesa. Ella lo miró fríamente y le dio las gracias. No jugaba a hacerse la dura; sencillamente, no jugaba.

En cada taller, el grupo tenía que compartir sus experiencias. Debbie, la organizadora, dijo:

—Os presento a Wade. Wade, ¿podrías contar tu historia a la gente de la clase? Hasta donde tú quieras.

—Hombre, la verdad es que no hay gran cosa que contar. Bueno, me refiero a mí y a cómo me contagié de esto.

—Por favor, Wade —dijo Debbie—. Llama a las cosas por su nombre. Lo que tienes es VIH.

—Vale, VIH. Pero soy heterosexual, nunca he estado con ningún tío, ni siquiera un trío.

La mayoría de las veinte personas presentes se rieron.

—¡Hostia! Que os den a todos. ¿Por qué iba venir a una clase de estas para mentir? Lo que pasa es que antes me acostaba con cualquiera. Era mi vida. Si me acostaba con todas, podía conseguir lo que quisiera. Conozco a gente con pasta que nunca ha tenido que trabajar un puto día en su vida porque siempre tenía lo que quería. Y yo, en lugar de tener dinero... ¡mierda! No sé cómo decirlo sin quedar

como un gilipollas. Pues que me las ligaba a todas.

Más risitas. Debbie pidió silencio y le dijo que continuara.

—Bueno, me enteré de que estaba infectado por casualidad. La casualidad más grande del mundo.

Wade les contó una versión adornada de la historia de la famosa bala. Todos lo escucharon fascinados por la singularidad del episodio.

—Y así fue. Ahora tengo un virus en el cuerpo y no se me va a ir. Ahora no puedo trabajar. Iba a jugar a hockey en ese casino cutre que hay al otro lado de la autopista, pero ahora es imposible. Van pasando los meses y no sé..., no tengo ni idea de qué hacer con mi vida.

Silencio.

—¿Y tu madre? —preguntó Beth—. ¿Ella qué dice? ¿Has podido hablar de esto con ella?

—Un poco. Me siento el hijo más repugnante y cabrón del mundo. Ella hace ver que no pasa nada, pero no es verdad.

El grupo pasó a hablar de algunos problemas médicos que se estaban resolviendo. Debbie les entregó unos manuales, unas pastillas y un plan de dieta y se acabó la clase. Todos fueron a la cocina a comer galletas integrales de pasas y a beber un café muy aguado. Wade se acercó a Beth y le preguntó cuánto hacía que vivía con el VIH.

—Hace tres años. Era yonqui, pero ahora ya no tomo nada.

—¿En serio?

—En serio. Encontré al Señor. Sé que suena a engreído y no me gusta que parezca así. Pero es la verdad. Lo encontré. Me mantiene cuerda y es un efecto secundario que no me había esperado para nada.

Otros miembros del grupo se acercaron a hablar con Wade; Beth desapareció.

La semana pasó muy despacio y Wade esperó con ansiedad a que llegara el martes siguiente. Beth llegó a la clase con el rostro desencajado. Era evidente que algo no iba bien.

—Beth —dijo Debbie—. Tienes mala cara. ¿Ha ido mal el día?

—No sé qué nombre ponerle a mi día.

—¿En qué sentido?

Beth vaciló.

—Hace dos semanas fui a hacerme unos análisis y esta mañana he ido a buscarlos. Resulta que... —Se mordió los labios—. No tengo el sida. Nunca he estado expuesta al VIH. Nadie se molestó en verificar los resultados que me dieron hace tres años. Soy negativa.

Hubo un largo silencio.

—Pues, felicidades —dijo Debbie.

—No. No lo entiendes —dijo Beth—. Esta enfermedad es mi vida. Dejé de

chutarme por ella. Dejé de beber. Encontré al Señor y tengo amigos como vosotros gracias a ella. Pero ahora ya no la tengo. Y no sé qué hacer. No tengo nada más en la vida. Trabajo de crupier en Harrah's, y aparte de eso, no hago nada más. La semana pasada era una superviviente gigantesca y ahora solo soy... un mosquito.

—Tranquila, Beth —dijo Debbie—. Tampoco te vamos a echar del grupo. Además, no se me ocurre nadie mejor para hacer de orientadora.

El grupo intentó animarla, pero Wade solo pudo pensar en la injusticia de tener que despedirse de ella justo cuando había entrado en su vida.

—Para empezar —dijo Debbie—. ¿Por qué no hablas con Wade y le informas de los servicios que hay aquí en Clark County?

¡Bingo! Debbie tenía que ser un ángel. Después de la clase, todos fueron a hablar con Beth y Wade tuvo que esperar su turno. Finalmente, Beth se acercó a él.

—Vamos a comer algo —dijo—. Me muero de hambre.

Cuando llegaron al restaurante, Wade intentó hablarle de cosas triviales, pero Beth quería otra clase de información.

—¿Cuál ha sido la vez que peor te has encontrado?

—¿Cómo?

—Ya sabes. Neumonía, meningitis vírica, estas cosas.

Wade no se podía creer que la cena hubiera dado este giro tan poco romántico.

—Pues la verdad es que he estado asintomático. —Wade se alegró de haber podido responder con un término médico.

—Oye, no me gusta preguntarte así por tus síntomas. Sé que es de mala educación pero es una costumbre que tengo. Así que ¿por qué no me dices cómo está tu recuento de células T? —dijo, mirando la carta—. Las alitas de pollo están muy buenas.

Pidieron y la camarera les trajo un plato de alitas. Wade fue a coger una pero Beth se lo impidió.

—Hay que bendecir la mesa.

Le cogió de la mano. Wade notó todos los huesos que tenía en la mano. Era como cogerle la mano a Casper, el fantasma simpático. La tenía suave y seca y casi imperceptible.

—Padre Nuestro, que nos has dado el día de hoy y que nos darás nuestras mañanas y la eternidad, gracias por ponernos a prueba y por permitirnos demostrar nuestra voluntad. Esta comida es tu obsequio. Seremos tus siervos para siempre. Amén.

Wade se sintió iluminado. Se sentía cómodo con esta chica, como si fuera alguien de la familia. Le pegó un mordisco a una alita de pollo y se quemó la lengua.

Tres semanas después de la cena, Wade se instaló en la casa de Beth, cuya religiosidad tenía una cláusula especial que permitía que compartiera la vida con

alguien. Cuando hizo la mudanza, Wade se dio cuenta de que las pocas pertenencias que tenía estaban en muy mal estado. Le dio vergüenza ponerlas al lado de las de Beth y cuando vio que ella las iba tirando poco a poco, se alegró. Beth tenía un gusto que rozaba lo infantil mezclado con lo kitsch. Tenía girasoles de color rosa y un pedestal en forma de vaca. Wade se dejó absorber por este nuevo mundo más alegre, menos desesperado.

Beth vivía en un piso de los años sesenta que tenía toda la pinta de haber sido construido en dos días. El encargado era un vagabundo alcohólico. Por lo tanto, Wade se vio obligado a hacer bastantes reparaciones domésticas. En todos sus años de golfería y contrabando, nunca había tenido que preocuparse por tareas tan nimias como renovar una instalación eléctrica.

—¿Que renueve la instalación eléctrica de esta lámpara?

—Sí. ¿No ves cómo están los cables?

Cada vez que cogía el destornillador, Wade se encogía de hombros, esperando oír la voz de su padre. Pero cuando se dio cuenta de que nadie lo iba a acusar de inútil ni de desastre, descubrió que era bastante hábil. Beth tenía una lista muy larga de reparaciones y Wade las hizo a gusto. *Los resultados son inmediatos y gratos: una pared pintada, una puerta que cierra bien, un equipo de música con los cables bien colocados.*

Una noche, después de haberse pasado doce horas quitándole la pintura y poniéndole una capa de barniz a un escritorio que Beth había comprado de segunda mano, Wade se sintió revitalizado, como si se hubiera despertado de un sueño largo y profundo. Su energía era contagiosa y cuando se metieron en la cama, Beth se puso juguetona, algo poco habitual en ella. Solía estar seria, si no triste.

—Eres mi Superman, Wade.

—Vuélvemelo a decir.

—Eres mi Superman guapo y delicado.

—¿Y cuáles son mis superpoderes?

—Ah. Eso me lo tendrás que decir tú. Ahora en serio, si pudieras escoger un superpoder, ¿cuál sería?

Wade se lo pensó. *¿La fuerza de mil hombres? ¿Tener vista de rayos X? ¿Una superinmunidad que le permitiera pasar por las cloacas de México a gatas sin que le pasara nada?*

—Bueno, tú no te des prisa, cariño.

—Estoy pensando, Beth. Esto es serio. Quiero darte la respuesta correcta.

Pasó un minuto.

—¿Wade?

—Vale, ya lo tengo. Mi superpoder. A ver, me gustaría poder lanzar rayos de los dedos, rayos enormes y eléctricos como los de los documentales y cuando le diera a

alguien, esa persona se caería de rodillas y estaría sumergida bajo el agua en un sitio que vi una vez en la costa este de las Bahamas, donde un día que me fui a nadar vinieron miles de peces azules hacia mí y me incorporaron en su banco particular. Entonces le haría volar sobre Manhattan, por encima del World Trade Center, con una bandada de palomas, entre los rascacielos y entonces... Y entonces ¿sabes qué pasaría? Esa persona se quedaría ciega y se lo llevarían, y echaría de menos lo que había visto; sentiría una añoranza tan grande que le haría vomitar. Luego la dejaría abandonada en... no sé... en medio de un campo de maíz en Missouri. Y le devolvería la vista y desde cada lado del campo, aparecerían todos sus amigos, con pasteles de chocolate y lamparitas y equipos de música que tocarían la misma canción. El sol se pondría como en los folletos de Disneylandia y la persona a quien le hubiera tirado el rayo nunca volvería a estar sola ni aislada en toda su vida.

Esa noche, Wade y Beth hicieron el amor, separados por las membranas de látex necesarias y con la saliva reducida al mínimo, pero con una nueva intimidad entre ellos. Esa noche, Wade no pudo dormir. Se pasó horas imaginándose la gente que enviaría a su campo de maíz en Missouri. Pensó en su familia, en el caos mental, emocional y físico que padecían todos. Pensó en las otras familias que había conocido y los problemas que habían tenido; autismo, lupus, esquizofrenia, artritis, alcohol, demasiados secretos, palabras sin decir, problemas económicos...; la lista era infinita. Nadie se quedaba exento. De repente, se dio cuenta de que ya había cumplido los cuarenta, que ya no era joven y que le daba igual.

Wade miró las grietas en el asfalto de la gasolinera, blandas y pegajosas como un pastel. Estaban llenas de hormigas que entraban y salían como locas y Wade tuvo la sensación de estar mirando una loca película alternativa. *No estoy en guardia; no presto bastante atención a las cosas. Mierda. Me paso la vida mirando y mirando y mirando el mundo, pero estoy seguro de que en el momento que aparte la vista de estas grietas, se abrirá la tierra y si me hubiera quedado un segundo más, hubiera visto el planeta por dentro, blanco y fundido...*

Ted le dio una patada en el culo.

—¡Eh, Lord Byron! Deja tus poesías para otro día. Tenemos que salir de aquí como sea.

Wade vomitó. Otra vez. *Sí ya no me puede quedar nada. ¿Qué he comido hoy? Ah, sí Cereales, un yogur, un plátano...*

—Joder, Wade... —dijo Ted, cogiendo la manguera.

Wade se volvió hacia su padre y vio que tenía la cara roja como un tomate. Bryan no paraba de frotarse los hombros, que aparte de estar quemados por el sol y llenos de picaduras de las hormigas voladoras, ahora tenían heridas del golpe que se había dado contra la valla de hormigón.

—Wade, ¿te encuentras bien? —preguntó Bryan.

Wade respiró hondo.

—No, no me encuentro bien. De hecho, creo que me voy a morir.

—No seas tan exagerado —dijo Ted.

—No estoy exagerando, papá. La verdad es esa: me estoy muriendo poco a poco de una enfermedad larga, dolorosa y francamente aburrida.

Wade se arremangó los pantalones. Debajo tenía la piel llena de heridas que parecían manchas de vino tinto en un mantel. Ted lo vio e hizo una mueca.

—Ya vale, Wade. Ponte bien los pantalones. Joder. Que la gente te verá.

A Wade ya no le quedaban energías para seguir con la batalla.

—Bryan, ¿tienes idea de adónde iba Shw?

—A ver, ¿ahora mismo dónde estamos? —preguntó Bryan.

—No te preocupes —respondió Ted—. Las mujeres siempre dejan pistas. Bueno, pistas no es exactamente la palabra que buscaba. ¿Algo que es más que una pista?

—Una insinuación —sugirió Bryan.

Ted lo salpicó con la manguera.

—No, hombre, no. Una insinuación es menos que una pista, idiota.

—Llama un taxi —dijo Wade.

—¿Para que nos lleve adónde? —preguntó Ted.

—Es que ya sé quién nos puede dejar un coche.

Bryan llamó a una compañía de taxis mientras Wade fue al lavabo para limpiarse un poco. Estaba muy pálido y no podía parar de temblar. Llegó el taxi y se subieron los tres: Ted delante y Wade y Bryan, detrás. Cuando el taxista les preguntó adónde iban, Wade le dio la dirección de los Brunswick.

—¿Por qué vamos allí?

—Porque allí vamos a encontrar a Howie —dijo Wade—. Está en casa de la familia Star Trek.

Ted se crispó.

—Antes que ver a Howie, preferiría que me pegaran un tiro en la cabeza. ¡Mira que es gilipollas!

—Siempre va de guays —añadió Bryan—. Cuando íbamos al instituto, era de esos tíos que siempre te sonreía porque no se imaginaba que pudiera caer mal a nadie. Pero todos lo odiaban.

—¡Bryan, joder! —dijo Ted—. Deja ya de pensar en cuando ibas al colegio. Te fuiste de allí hace dos décadas.

Bryan contraatacó:

—Sí, claro. Tú siempre te ponías de parte del director cuando me castigaban. Déjame en paz, ¿vale? Me siento como si hubiera pasado por una barbacoa y no sé por qué no podemos ser amables como las familias normales.

Ted y Wade intercambiaron una mirada y Ted se mordió los labios.

—Es que nosotros no funcionamos así, Bryan —dijo Wade.

—¿Y por qué nosotros no?

Ted estalló:

—Pues porque tu novia embarazada tiene mi futuro en una bolsita de plástico en el maletero de su coche.

—Bryan, no creo que aborte.

Bryan se volvió hacia él.

—¿Y tú qué coño sabes?

Wade le contó el episodio del día anterior con la talidomida. Le dijo que Shw se había metido vestida bajo la ducha para sacarse todas las partículas del cuerpo. Bryan se quedó de piedra. Wade vio que el taxista estaba cautivado.

—Oye, ¿y tú de qué conoces al tal Florian de las Bahamas? —preguntó Ted.

—Pues nada. Trabajé con él hace unos años. Heredó una compañía farmacéutica suiza y está forrado. Fabrica la mitad de los analgésicos y pesticidas del planeta, pero está obsesionado con Inglaterra. Una vez, su jardinero me contó que tenía una niñera inglesa que le metía mano cada domingo al volver de la iglesia. Bueno, el caso es que ahora vive en las Bahamas, que aparte de ser muy inglés, es el sitio más siniestro de la tierra, una especie de parque de atracciones para mangantes. La gente que llega acaba metida en ese mundo, pero cuando intenta volver a su vida normal, le parece tan aburrida que se queda a vivir en las islas. Es como una droga. Además, de allí puede volar a cualquier parte de los Estados Unidos cuando quiere. Ah, y es un paraíso fiscal.

—Ya, eso siempre ayuda —dijo Ted.

—Anda ya. Ni que tú fueras un triunfador —dijo Wade.

—Déjame en paz.

—¿Quieres que te hable de Florian, o no?

Ted no le respondió.

—Bueno, el caso es que el tío es todo un científico y como le entusiasma todo lo que produce la compañía, no hay riesgo de que quiebre. Es una pasada haciendo negocios. Si tuviera pasta, invertiría en él.

—Pero ¿cómo lo conociste?

—Le hacía de mensajero.

—¿De mensajero? ¿Y qué le llevabas? ¿Drogas y esa mierda?

El taxista frenó y paró el coche en la calzada, justo delante de un grupo de prisioneros cuya tarea del día era limpiar la autopista de latas estrujadas, calcetines muertos y bolsas de patatas fritas vacías. El frenazo hizo que el brazo derecho de Bryan chocara contra la puerta, y gritó de dolor. El taxista se puso hecho una fiera.

—Si piensan seguir hablando de drogas, ya pueden bajar ahora mismo de este

coche. ¿Entendido?

—Joder. Vale, tío. Está claro. ¡Vaya Cristo!

—Y no tome el nombre del Señor en vano.

—Papá, me duele mucho la espalda —dijo Bryan.

—Cuando lleguemos a casa de Howie, te pondré crema —dijo Wade.

El taxista se puso en marcha y Wade siguió con la historia:

—Bueno, papá. Como te decía, no le llevaba drogas, sino muestras de plantas. Plantas en peligro de extinción de todo el país. Creo que las quería para hacer estudios moleculares. O al menos eso me dijo.

—Ahora entiendo —dijo Ted.

—¿El qué entiendes?

—Es que tu madre y yo nos pasamos años intentando averiguar qué hacías cada vez que desaparecías de esa manera. Y ahora sé qué hacías: contrabando.

—Bueno, eso no fue nada.

—¿Qué más hacías?

—Mejor que lo dejemos por hoy.

Estuvieron unos minutos en silencio. Wade calculó que en tres minutos aproximadamente, llegarían a casa de los Brunswick.

—Ah, por cierto, Howie se ha liado con Alanna Brunswick, o sea que igual se comporta de una forma rara conmigo. Bueno, y con vosotros también, seguramente. Es para que lo sepáis.

—¡Hala! ¿Qué dices?

—En serio. Ayer por la mañana los enganché practicando una posición de sumo.

—¡Qué hijo de puta! ¿Le está poniendo los cuernos a Sarah?

—Papá, no puedes matarlo. Al menos espérate a que aterrice la lanzadera.

El taxista los dejó delante de la casa de los Brunswick. El jardín de delante parecía un carnaval espacial. Era el cumpleaños de uno de los numerosos niños Brunswick y el jardín estaba lleno de padres con su prole comiendo ruidosamente. Howie estaba controlando la barbacoa y cuando vio a Wade salir del taxi, se quedó lívido.

Ted se acercó a Howie, con su único zapato.

—Howie, ve a pagar al taxista.

—Ted... es que no tengo la cartera aquí. Es que...

Ted cogió una jarra de limonada y la echó encima de la barbacoa, creando una nube de vapor.

—Te he dicho que pagues al taxista.

Howie se quedó paralizado durante unos segundos.

—De acuerdo —dijo, y fue a pagarle.

Todo el mundo tenía los ojos clavados en Ted, que los ignoró por completo. Se

había quedado mirando a Howie con cara de querer asesinarlo.

Wade fue hasta la barbacoa. Alanna, en plena actitud de animadora, se acercó a Ted como si fuera un perro rabioso.

—Tú eres Ted. Yo soy Alanna.

Ted gruñó.

—Bueno, veo que no te ha gustado nuestra pequeña barbacoa...

—No me tiente, señora —dijo Ted en voz baja.

Se giró. Bryan se había metido en la piscinita y se había cubierto de toallas para evitar más quemaduras de sol. Uno de los niños se puso a llorar. Howie volvió de pagar al taxista.

—Me parece que nos va a hacer falta más limonada, Alanna.

—Dame las llaves de tu coche, Howie —dijo Ted.

—Eh, suegro. ¿Por qué no os quedáis a disfrutar de la fiesta? —dijo Howie con una risita nerviosa.

—Me encantaría disfrutar de tu fiesta, pero creo que si me pusiera a beber, me sentiría obligado a describirle de forma muy gráfica a toda esta gente cómo tú y esta señora de aquí os pasáis la vida follando como conejos cuando no están vuestros consortes.

—No te atreverías, Ted —dijo Howie.

—¿Que no?

—No, porque si lo hicieras, Sarah se enteraría y se iría al espacio sintiéndose como si le hubieras clavado cien puñaladas en el corazón. Y por lo que veo, Sarah es la única cosa sagrada en tu vida. La única. Qué triste, ¿no? —Howie sonrió—. Bueno. ¿Te apetece una hamburguesa de pavo?

Era evidente que Ted no se había esperado que Howie los tuviera tan bien puestos y se calló durante un rato. Alanna se lo quedó mirando y luego miró a Howie.

—Bien. Todo está en orden, ¿no?

—Me parece que sí —dijo Howie—. Ted me va a ayudar a encender la barbacoa.

—Necesito Tylenol —dijo Wade.

—Hay un tubo en el lavabo. Ya sabes dónde está.

Wade subió arriba y se metió bajo la ducha. Mientras se secaba, se llenó de vitalidad, como si algún gamberro de otra dimensión le encendiera y le apagara un interruptor. Se sentía estupendamente bien, como un adolescente preparado para salir un viernes por la noche a destrozar cosas. *¡Dios! Me encanta cuando pasa esto. Antes siempre me sentía así, como un Bruce Lee listo para el ataque. ¡Voy a ver crecer a mi hijo!*

La energía de Wade le venía en oleadas que duraban a veces horas, a veces semanas enteras. No había una explicación lógica. Venían y ya está.

Miró la ropa sucia, empapada y maloliente que había dejado en el suelo y decidió

que no tenía ganas de recogerla. *Un momento. No pienso recoger la ropa sucia del suelo. ¡Ahora sí sé que estoy recuperado del todo!*

Wade tendría que enfrentarse a otro cambio de ropa en casa de los Brunswick. Salió del baño y vio lo que parecía una habitación para los invitados. *Está cerrada.* Encontró una percha rota y la abrió en un momento. Entró en la habitación donde, en teoría, iba a dormir su cuñado durante las semanas anteriores al lanzamiento. Le revolvió todos los efectos personales hasta dar con unas llaves escondidas en un pato de mimbre. *Vaya, vaya... ¿Qué tenemos aquí? ¡Las llaves del Volkswagen!* Abrió el armario y escogió unos pantalones y una camisa muy anodinos. *Si tengo que salir en una rueda de sospechosos, mejor que no lleve nada demasiado llamativo.*

Al lado de la cama había un teléfono. Llamó a la operadora en las Bahamas y pidió el número de la compañía Pesticidas Buckingham, la fachada de Florian en Nassau. La operadora lo conectó con una voz femenina profundamente agobiada:

—Pesticidas Buckingham.

—Sí, buenas tardes. Quisiera dejar un mensaje para Florian.

—Muy bien.

—Me llamo Wade Drummond. Hace años le cortaba el césped del campo de criquet.

—Mmm.

—Hace años.

—Mmm.

La voz al otro lado del teléfono parecía la de un paciente conectado a un respirador artificial.

—Dígale, por favor, que tengo una carta de su madre. Una carta, ¿entiende?

—Mmm.

—Le hará mucha ilusión saberlo.

—Mmm.

—Dele el mensaje, por favor.

—Muy bien.

—Volveré a llamar de aquí a un par de horas con más instrucciones.

Colgó el teléfono. Se peinó y bajó las escaleras hasta el jardín. Howie estaba en su elemento; Ted observaba a los invitados con cara de bulldog.

—Papá. Vámonos de aquí.

—Voy a matar a ese Howie.

—Espérate a que Sarah haya despegado. Además —sacó las llaves—, tengo las llaves de su furgoneta.

Se acercó a Bryan, que seguía sumergido boca arriba en la piscinita.

—Bryan, sal de ahí. Y coge una toalla grande para taparte.

Bryan escogió una toalla con un dibujo de Piolín en el espacio y los tres se

dirigieron a la furgoneta de Howie. Wade se subió al asiento del conductor. Howie no supo cómo reaccionar cuando Wade asomó la cabeza por la ventana.

—¡Howie! Te lo agradezco, tío. Le he dicho a Sarah que te la devolveríamos en menos de una hora. Tiene razón, cuñado: eres el tío más enrollado que hay en Florida.

Corrían los años setenta y Janet y Wade salieron a comprar ratones blancos para dar de comer a la serpiente de Sarah, Omar.

—Mamá, ¿papá siempre ha sido así de cabrón?

—Bueno, contesta.

—Tú ocúpate de los ratones, ¿vale?

Sarah había ido a los Juegos Olímpicos Científicos de Portland; los ratones iban a ser una sorpresa.

—Mira esos de allí —dijo Janet—. Tienen pinta de ser muy...

—¿Jugosos?

—Sí, supongo.

—Mamá, creo que las serpientes prefieren que los ratones sean crujientes más que jugosos.

—¡Hala!

Wade observó la sonrisa de su madre. Le dijo:

—Es que les cuesta mucho digerir los ratones jugosos. Y el jugo les da estreñimiento.

—¡Wade!

—Oye, no me has contestado la pregunta sobre papá. ¿Cuándo empezó a ser un imbécil?

—Pues, antes era muy simpático. Divertido. Era divertido.

—Ja, ja.

Apareció un dependiente.

—¿Buscaban ratones?

—Sí —dijo Wade—. Una docena de estos de aquí.

—¿Estos son más caros que los más pequeños? —preguntó Janet señalando algunos de los gordos.

—Sí. Es que están embarazadas y cuestan un dólar más.

Janet y Wade se miraron horrorizados.

—Si no, puede comprar unos hámsters por solo un dólar veinticinco.

—No, gracias. Una docena de ratones. Que no estén preñados —dijo Wade.

—Ay. ¿A quién se le ocurre alimentar a una serpiente con ratones preñados? —se preguntó Janet. Tampoco quería una respuesta.

—Lo que no entiendo es por qué no comen carne de hamburguesa —dijo Wade.

—Es que les gusta matar lo que comen —dijo el dependiente—. Cuando matan,

la presa desprende unas enzimas que les ayudan a digerir. No se puede matar una hamburguesa.

Mientras el dependiente fue a coger una caja para los ratones, Janet y Wade observaron los pájaros, acalorados y chillones. Las jaulas apestaban a estiércol. Wade miró los periquitos y se preguntó cómo lograron sobrevivir antes de la civilización. *Son como los caniches del mundo avícola*. Wade intentó imaginarse un caniche yendo a cazar con un hombre primitivo. De repente se acordó de lo que le había dicho su madre.

—Dices que papá era divertido antes. ¿Cuándo? Demuéstramelo.

—Cuando era más joven. Cuando lo conocí en la universidad. Era tan liberal. Decía cualquier cosa y eso es algo que siempre me ha gustado de la gente, igual porque soy tan pava.

—¿Por qué eres tan pava?

—Era de esas chicas que se ponen al lado de la pared en los bailes del instituto y nunca las sacan a bailar.

—¿Qué dices?

—Ni siquiera sabía depilarme las cejas. Hasta que fui a la universidad, parecía una de esas culturistas de Alemania del Este de los años sesenta.

—¡Cómo te pasas! He visto fotos tuyas y no eras así.

—Era muy pasiva. Ni se me hubiera ocurrido sacar a un hombre a bailar.

Una jaula de periquitos se revolucionó. Estaban luchando por sus derechos territoriales y todos querían ponerse en la percha al lado del espejito.

—Tu padre era como Helena. Igual de escandalosa. Mis padres no podían con ella. Ni con Ted, pero Helena era peor.

—Ya.

A Wade le desconcertaba la mejor amiga de su madre. Unas semanas antes, Helena lo había estado escrutando en la cocina. Wade ya percibía a su tierna edad presexual que era una mujer peligrosa. Se lo había quedado mirando y luego entrecerró los ojos y le dijo:

—Eres igual que tu padre. Haces ver que no, pero eres clavado a él, por mucho que intentes disimularlo.

Wade volvió en sí.

—Bueno, estábamos hablando de papá. ¿Puedes demostrarme que no es un gilipollas?

—No entiendo por qué no os lleváis bien. Sois muy parecidos.

Wade se quedó helado.

—¿Qué dices? ¡No nos parecemos en nada!

¡Qué horror!

—Creo que acabo de meter el dedo en la llaga.

¡De lleno!

—Es un alcohólico —dijo Wade.

—¿Cómo que es un alcohólico? —dijo Janet, perpleja—. Bebe igual que todos los hombres de su edad.

—¿Y qué me quieres demostrar con eso?

—Es que no sé dónde quieres ir a parar, Wade. Todo el mundo bebe.

Los ratones ya estaban listos en el mostrador. Janet pagó y salieron de la tienda. Mientras iba hacia casa, Wade miró dentro de la caja y observó los ratones.

—¡Oh, no!

—¿Qué pasa?

—Que hay uno muerto —dijo Wade, cogiéndolo por la cola.

—¡Tíralo del coche ahora mismo!

Wade puso el ratón en el bolsillo interior de su abrigo.

—¿Cómo quieres que lo tire? Ni que fuera un trozo de basura. Hace cinco minutos era un animal vivo.

—Pues cuando volvamos a casa, quiero que lo pongas en la pila de abono en el jardín.

Cuando llegaron a casa, Wade subió a la habitación de Sarah.

—Hola, Omar. Es la hora de tu ratoncito.

—No —le dijo Janet desde la puerta—. Vamos a dejar que pase un poco de hambre. Así, cuando llegue Sarah, lo devorará.

—Mamá, tienes un lado muy retorcido.

—Wade, cualquier madre te diría lo mismo. ¿Nunca te has preguntado por qué siempre comemos tan tarde en esta casa? Porque quiero que os comáis lo que os pongo en el plato.

Una hora más tarde, Ted llegó de trabajar. La profesora de ciencia de Sarah la dejó en casa segundos después. Ted la subió a los hombros y entraron en casa. Sarah estaba radiante.

—¡Oh, papá!

—¡Has ganado, princesa! Eres mi campeona. Mira, Jan. Ha ganado tres trofeos.

La casa se llenó de una actividad frenética mientras Sarah les contaba historias de cómo habían hecho puentes de macarrones que aguantaban siete kilos de peso, una lente que incendió un papel al otro lado de la habitación y cómo habían congelado a unas ranas en nitrógeno que luego habían resucitado. Wade le enseñó la caja con los ratones.

—¡Wade! Eres mi héroe. Omar se va a poner supercontento. ¿Le has dado de comer bien?

—Sí, claro.

Ted abrió el mueble-bar y sacó una botella de whisky de centeno y se sirvió una

copa. De golpe, empezó a hacer unos ruidos extraños.

—¿Qué coño...?

Dejó la botella encima de la mesa de un golpe.

—¡Ven aquí, cretino!

—¿Ted? ¿Qué ocurre?

—Hay un puto ratón muerto en mi botella de whisky.

Wade le echó una mirada de complicidad a su hermana y Sarah dijo:

—Papá, el alcohol del whisky ya lo habrá esterilizado. Puedes beberlo tranquilamente.

Ted ignoró este comentario y cogió a Wade por el pescuezo, rompiéndole el collar de conchas, que llovieron sobre el suelo de la cocina.

—¡Suéltame, borracho!

Ted lo lanzó por la puerta al pasillo.

—Claro —dijo Wade—. ¿Se supone que eso me demuestra que no eres un alcohólico? Si lo sabe todo Vancouver, hombre.

Sarah se levantó y bloqueó la puerta con los brazos. Ted jamás hubiera pegado a su hija.

—Papá, solo es una broma de las de Wade. Ríete, ¿vale?

—Te voy a...

—Ya basta —dijo Sarah. Miró a Wade—. Wade, el ratón está muerto y Omar no se lo va a comer. Me debes un ratón.

—Pero si se murió cuando veníamos de la tienda —dijo Janet.

—Bueno, pues entonces es igual —dijo Sarah—. Venga, vamos a darle de comer a Omar.

Los tres hombres iban rumbo a Kissimmee en la furgoneta de color naranja. Había mucho tráfico y pasaron media hora en un peaje intentando reunir un dólar y veinticinco centavos. El rostro de Bryan parecía una bombilla de color chicle de fresa. Ted se dio con el dedo gordo sin zapato en el estribo buscando la última moneda. Cuando llegaron a Kissimmee, las sombras de los árboles ya eran muy largas y los tres estaban malhumorados y agobiados. Tampoco tenían ningún plan para localizar a Shw. Wade miró la casa lujosa que le habían prestado a Ted y gritó:

—¡Viva Las Vegas!

—Calla, hombre, que es gratis.

En la entrada de la casa había una fuente con florituras de bronce y un cupido meando dentro del agua para darle más efectos de sonido.

—¿A qué hora llegará Nickie? —preguntó Bryan.

—No tengo ni idea. Habrá salido. Espero que no se haya ido de compras.

Bryan fue directamente al baño y llenó la bañera de agua fría. Ted fue a

cambiarse la ropa. Wade abrió el frigorífico: un paquete familiar de cuarenta y ocho frankfurts y un cubo de dieciocho litros de salsa. *Ni siquiera sabía que vendieran cubos tan grandes.* En un segundo, le entró un hambre feroz. Metió seis frankfurts en el microondas, abrió una bolsa de nachos y se los comió con salsa. Sonó el microondas y Wade fue a sacar los frankfurts. Se los tragó casi enteros. Echaba de menos sentir hambre y le encantaba que pudiera quitarse la sensación de encima de forma tan sencilla, igual que el sexo.

Wade oyó el sonido de agua y grifos procedente de arriba. Habiendo saciado el hambre, se sentó en una silla en la cocina. Ted entró y abrió un armario.

—Necesito una copa. ¿Te sirvo una?

Sacó una botella de whisky de centeno.

—Todavía busco ratones muertos en las botellas, cabrón.

—Tenemos que volver al hotel. Tengo que tomarme las pastillas.

—Tranquilo. Ahora iremos a buscarlas. Espero que la loca de Shwoo, o como se llame, nos haya dejado una pista en el hotel.

—Papá, si no me tomo las pastillas me voy a poner el doble de peor que esta mañana.

Ted miró fijamente a su hijo. Wade tuvo la sensación de que, por primera vez, su padre había reconocido la enfermedad a un nivel adulto.

—Vale. Voy a llamar a Bryan. Pasaremos por el hotel a por tus pastillas y luego llevaremos a Bryan al hospital para que lo vea un médico. Parece un cochinito asado.

Antes de salir de la cocina, Ted se volvió.

—¿No deberías volver a llamar al Florian ese?

Wade miró el reloj.

—Sí. Buena idea. Ya debe de tener ganas de saber qué pasa.

Wade marcó el número y se volvió a poner la mujer agobiada. Apenas pudo hablar con ella porque se cortó la línea. Volvió a llamar, pero no logró conectar.

—No pasa nada —le dijo a Ted—. La conexión telefónica entre aquí y las Bahamas consiste en un hilo de pescar y mucha buena voluntad.

Bryan bajó las escaleras tan rojo que Wade se preguntó quién había decidido que los blancos eran blancos. Fueron al Peabody y subieron a la habitación. Ted olió el perfume de Nickie.

—¿Qué coño...?

Bryan abrió al neceser de Wade en busca de Tylenol; Wade probó a llamar a las Bahamas, pero volvió a cortarse al cabo de cinco segundos. Entonces fueron al hospital, donde unos médicos le echaron un vistazo a Bryan. Le dijeron que se trataba de una insolación y le metieron en una camilla. Pero antes de proporcionarle el tratamiento necesario, se pasaron media hora investigando su historial de seguros. Finalmente, le pusieron un par de inyecciones y le dieron una receta para analgésicos

y una pomada, que pagó con los cien dólares que le quedaban en la tarjeta de crédito.

Bryan estaba en la camilla, atontado tras tomarse tantos analgésicos cuando Wade y Ted miraron al otro lado de la sala y vieron a Janet y Nickie.

¿Mamá?

—¿Mamá?

—¡Wade! ¡Ted! ¿Qué hacéis aquí? —Vio a Bryan—. ¡Dios mío!

Corrió a su lado.

—Tranquila, Janet —dijo Ted—. Solo es una insolación. Está en Babia. Por cierto, ¿qué hacéis vosotras aquí? Me ha parecido oler tu perfume en el hotel. ¿Nickie?

—Sí, Ted. Era mío. Es que Janet y yo nos hemos vuelto lesbianas. No nos puedes negar nuestro amor prohibido.

—Muy graciosa.

—Ted, esta mañana hemos estado en medio de un atraco en un restaurante —dijo Janet—. Hemos venido a visitar al camarero. Le han disparado en un brazo. Acabamos de llegar.

—¿Un atraco? —dijo Wade.

—Estamos bien. Shw estaba con nosotras.

El nombre de Shw fue como una descarga eléctrica.

—No me digas.

—Sí. A veces creo que esa chica es una auténtica malvada —dijo Janet—. Nos ha dicho que va a vender al niño a un mecánico magnate de Daytona Beach. ¡Cómo se atreve!

Ted, ha llegado la hora de hacer las paces y de ir buscar unos abogados para evitar que venda el niño.

—¿Has dicho Daytona Beach? —preguntó Wade.

—¿Sabes cómo se llama el mecánico?

—No. ¿Por qué?

—¿Ted? ¿Wade? ¿Qué pasa aquí?

—¿Creéis que ha ido para allá? —preguntó Wade.

—No lo sé. Tal vez sí.

Ted y Wade se miraron.

—Mamá —dijo Wade—. Nos tenemos que ir.

—¿Cómo? ¿Dónde vais?

—Es una historia muy larga.

Wade ya estaba saliendo por las puertas mecánicas. Ted agarró a Bryan y lo arrastró de la camilla.

—Ted... —llamó Nickie.

—Ahora no puedo hablar, Nickie. Nos tenemos que ir.

En un segundo, habían desaparecido.

Janet y Nickie salieron de la sala de urgencias al aparcamiento y chocaron contra el bochorno nocturno. Al otro lado del terreno, los tres hombres se habían subido a la furgoneta naranja de Howie y se dirigían a todo gas hacia la salida. A Howie no se lo veía por ninguna parte. Wade paró en la caseta y volvió a arrancar, dejando medio neumático sobre el asfalto. Janet miró a Nickie y dijo:

—No entiendo cómo hacen eso los tíos. En los cuarenta años que llevo conduciendo, nunca he hecho un patinazo.

Cuando volvieron a entrar en la sala de espera, una enfermera les comunicó que el estado de Kevin era estacionario y que estaba dormido. Janet y Nickie le dejaron una tarjeta y unos globos de color rosa plateado junto a la cama.

Entró la enfermera y les preguntó si eran parientes del enfermo.

—No —dijo Janet—. Pero...

La enfermera puso el dedo índice sobre los labios.

—¡Shhhhh! No siga. No quiero saber qué relación tiene con él. Lo que pasa es que este chico se está tomando unos medicamentos bastante potentes y los va a necesitar, pero no hemos encontrado ningún teléfono de contacto. ¿A usted le importaría ir a su casa a buscarlos?

—No, no. En absoluto.

La enfermera le entregó un papelito donde había apuntado la dirección que aparecía en el carné de conducir de Kevin.

—Aquí tiene unas llaves que encontramos en su bolsillo. Supongo que alguna irá bien.

Janet y Nickie bajaron en el ascensor.

—Sabes, Nickie, cuando vine aquí, pensé que podríamos aprovechar esta semana para estar juntos como una familia y que nos apuntaríamos a esas pijadas que hace la NASA: los desayunos con oraciones, las excursiones en zodiac por los pantanos, un encuentro casual con alguno de los Kennedy..., todas esas cosas. Tú no has conocido a las familias de los otros astronautas, pero son algo tremendo. Parece que los astronautas sean ellos. No sé qué betún deben de usar, pero llevan los zapatos como espejos y les sobran dientes. Además, la mitad de ellos son mandos militares y solo saben bramar como los capitanes de la marina. Tanto entusiasmo me pone de los nervios. Nuestra familia es un desastre.

—No creo que sea para tanto. La gente suele ser más comprensiva con las familias de los demás. Lo que les horroriza es la propia. Por cierto, ¿te llevas bien con Sarah?

—¿Con Sarah? Supongo. Bueno, sí.

—¿Cómo que «supones»?

—Es que nunca nos hemos peleado.

—¡Anda ya!

—Bueno, pues no te lo creas. Pero es la verdad. En cuarenta años, no hemos discutido ni una vez.

—Entonces, ¿qué te hacer «suponer» que os lleváis bien?

—Es que Sarah siempre ha sido la niña de los ojos de Ted. Cuando nació, me daba pánico. Pero a Ted, no. Él se tiró de cabeza. Creo que en algunas cosas, es más fuerte que yo. Fue él quien vio una luz en Sarah. Yo no. Me da vergüenza reconocerlo, pero es así. —Janet bajó la mirada al suelo—. Y lo peor de todo es que Sarah lo sabe. Nunca me lo ha dicho, pero tampoco me lo cuenta todo. No es que no me trate con cariño, es que nunca me ha abierto el corazón. Nunca.

Nickie no respondió.

Después de consultar un plano, se pusieron en camino a casa de Kevin. El aire de la noche olía a flores, era espeso y bochornoso. Janet vio una bandada de pájaros y se dio cuenta de que rara vez se ve volar los pájaros después del anochecer. Pasaron a un Mercedes de color negro con el motor en llamas y una pila de limones que alguien había dejado al lado de la carretera sin motivo aparente.

*Esto solo pasa en Florida.*

Minutos después, llegaron a un camping de caravanas situado al noroeste de Orlando.

—Bienvenidos a la casa de Kevin —dijo Nickie abriendo la puerta de una caravana ligeramente inclinada.

Janet se sentó en una mesa. Kevin había equilibrado las patas con un fajo de recibos manchados de café y quemaduras de cigarrillos. Había unas fotos enmarcadas distribuidas por la caravana. En casi todas se veía a Kevin y a sus amigos haciendo poses obscenas con algunos personajes de Disneylandia. ¿Una fiesta de actores, quizá? La puerta de la nevera estaba cubierta de palabras imantadas.

—Esos imanes con palabras son una parida —dijo Nickie.

—¿Por qué?

Nickie se sirvió un zumo de pomelo. Janet miró el vaso con envidia: el zumo de pomelo le estaba prohibido porque el ácido le quemaba las encías.

—Porque a nadie se le ocurre hacer algo creativo con ellas. Pero tampoco las tiran a la basura.

Las dos se fijaron en un calendario lleno de hombres fornidos que Kevin había colgado al lado del teléfono.

—Pero ¡cuántas mariconadas tiene este chico, por favor! —dijo Nickie—. ¡Qué gracia!

—Mira, vamos a coger las pastillas. Me estoy muriendo de sueño y tengo ganas de meterme en la cama.

Encontraron dos docenas de frascos de pastillas y los metieron en una bolsa de plástico. Nickie acompañó a Janet al Peabody y luego fue a llevar el alijo al hospital.

Janet anhelaba tomarse una ducha y meterse en la cama, pero cuando abrió la puerta de la habitación se encontró con Beth, vestida con braguitas y una camiseta sin mangas. Ya llevaba varias rondas de cócteles y tenía el genio atravesado. La habitación olía a churrasquería.

—¿Y Wade? —preguntó Janet—. ¿A qué huele aquí dentro?

Entonces vio dos carritos completamente destripados.

—Tú no tienes ni idea de las putadas que le llego a aguantar a tu hijo. ¡Hostia! Me ha dejado plantada esta mañana para ir a Disneylandia y he perdido todo un día yendo y viniendo de las trampas que tienden a los turistas. Y encima, cuando he vuelto aquí, me ha llamado un tío de Budget para decirme que Wade ha destrozado el coche que les alquilé. Se me acabó el crédito para siempre gracias a él. Y ahora se ha ido no sé dónde con Bryan y ese cabrón de tu exmarido.

*Está borracha. Está nerviosa. Vete con cuidado, Janet.*

—Entiendo.

—Y encima, me ha dejado un mensaje en el contestador diciendo que tenía que hacer no sé qué con Norm.

—¿Quién es Norm?

—Uno de sus viejos amigos macarras. Me parece que tiene un equipo de béisbol o algo así. Irradia la misma luz que el sol, pero en oscuro —dijo Beth, abriendo una minibotella de tequila—. Puedes estar segura de que se te acaba el minibar cuando te bebes el tequila.

Lo mezcló con medio vaso de agua, bebió un poco y miró la moqueta.

—Wade está perdido. Lo pasa fatal —dijo Beth.

—Claro. Lo que tú digas. ¿Quién se ha comido todo esto?

—Yo. Necesitaba animarme, así que he pedido un bistec. Bueno, no. En realidad, he pedido dos.

A Janet le pareció triste y fuera de lugar que Beth hablara del bistec como si fuera un lujo.

—Cuando vea la factura de la habitación se cagará en todo —dijo Beth.

—Sí, seguro que sí.

Janet tenía más bien poca paciencia con los borrachos, pero esta era una oportunidad perfecta para sonsacarle las respuestas a un par de preguntas que le rondaban por la cabeza.

—Beth, debes de tener ganas de ver a tu hijo.

—Claro —dijo Beth con terquedad.

—¿Te apetece alguna bebida sin alcohol? Si quieres, te traigo un zumo de la nevera.

—No. Mi madre se pasó los nueve meses borracha cuando estaba embarazada de mí. Un par de copas esta noche no le va a hacer nada.

Cogió el vaso con más fuerza.

—Te veo preocupada —dijo Janet.

—Cuando nazca este crío, Wade estará muerto y en el infierno y yo me quedaré sola con otra boca que alimentar.

—¿Qué te hace pensar que se va a morir?

—Tú llevas la misma maldición que él. Tenéis la misma marca.

—¿Qué marca ni qué leches? Beth, lo único que nos pasa a Wade y a mí es que tenemos una enfermedad crónica, pero manejable. La misma que tenías tú no hace tanto, que conste.

Beth escupió un poco de aire y bajó la cabeza. El alcohol le había aflojado los músculos.

—Dime una cosa, Beth. ¿Y tu familia? ¿Qué dice del embarazo? Wade nunca me ha contado nada sobre ellos.

—Más valdría que estuvieran todos muertos. Tienen el cerebro como un pan mohoso. Por la priva, ¿sabes?

—Beth, estás borracha y así no vamos a llegar a ninguna parte. Hoy ha sido un día muy largo y ya no me quedan energías para intentar descifrarte. Me voy a dormir.

Janet abrió la maleta y sacó el camisón. Iba hacia el cuarto de baño cuando Beth le dijo:

—Tiene las espinillas llenas de sarcoma. Es horroroso. Y las pantorrillas también. Janet se paró en seco y se volvió.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un par de meses. Tiene las piernas como la cabeza de Gorbachev.

—Madre mía.

—Es el principio del fin.

—No es verdad. Existen medicamentos para tratar el sarcoma de Kaposi.

—Janet —dijo Beth, ahora más lúcida—. Los ha probado todos. No le funciona ninguno.

Janet se dejó caer en una silla al lado de la puerta del baño y dijo:

—Siento haberte hablado así.

—Tranquila. Me lo merecía.

—¿Alguna vez te ha hablado del virus?

—¿Quién, Wade? ¿Tú qué crees?

—No. Supongo que no.

Beth alegó que estaba extenuada y se quedó dormida en pocos minutos mirando las noticias regionales en la televisión. Janet cubrió los carritos con los manteles blancos y los empujó hasta el pasillo antes de preparar el sofá para dormir. Beth

roncaba como una trituradora de basura y a pesar del frenesí del día, Janet no pudo dormir. A las cuatro empezó a parpadear la luz roja del teléfono. Hizo lo mismo que Wade la noche anterior: fue a ver quién había dejado un mensaje.

«¿Wade? ¿Estás allí? ¿Cómo va todo? Es la hora del descanso. Alanna me ha dicho que has ido a su casa hoy con papá y Bryan y que os habéis llevado la furgoneta de Howie. Sois unos bandoleros. Y se ve que unas horas después, han aparecido unos tipos que se han llevado a Howie, pero la NASA dice que no tiene ni idea de quién puede haber sido, así que... no sé.

»Mamá tampoco me ha llamado hoy y no sé si le debe pasar algo, porque suele llamarme cada día. Ay, ¡cuánto drama Drummond! Seguro que los Brunswick se quedan jugando al Scrabble hasta que sale el sol, pero ellos tendrían que hacer algo para complicarlo aún más. Deben de quitar la mitad de las vocales, o algo así.

»Bueno, hermano, te estarás preguntando cómo me ha ido el día. Gracias por el interés. Lo más destacado ha sido verificar las emulsiones de agaragar que usamos para juntar las membranas de las células para la clonación sin gravedad. También hemos probado un nuevo protocolo de despresurización y hemos modificado nuestros dispositivos portátiles para mear. ¡Qué vergüenza he pasado!

»¡Wade! ¡Llámame! ¡Aquí sigo, y aunque no te lo creas, estoy en el descanso del café y me estoy tomando uno!

»Hasta luego».

Sarah había dejado un número de contacto y Janet la llamó al momento.

—¿Sarah?

—¡Mamá! ¿Qué haces despierta a estas horas?

—No puedo dormir.

—Oye, ¿qué pasa por allí?

¿Por dónde empezar?

—¿Tienes un par de minutos? Siéntate, cariño.

Janet le contó los acontecimientos del día: el atraco (sin entrar en los detalles más escabrosos); Shw con sus billetes de cincuenta dólares ensangrentados; el comprador de bebés en Daytona Beach; Ted, Wade y Bryan en el hospital; la excursión a la caravana de Kevin; el alcoholismo y las subidas y bajadas emocionales de Beth.

—Bueno, pues eso es todo, más o menos.

—Creo que voy a necesitar un minuto para digerirlo.

—Sí, cariño, tómate todo el tiempo que quieras.

Janet se arrellanó y bebió un poco de agua.

—Hoy te noto mejor.

—Sí, es que se me han calmado un poco las llagas.

—Qué bien, mamá. Me alegro de verdad.

—Oye, Sarah...

—Dime.

—Bueno, es que quería comentarte algo sobre las úlceras que tengo en la boca...

—¿Qué?

—Es que no han desaparecido solas.

—¿Ah, no? ¿Estás tomando algún medicamento?

—Pues, sí.

—¿Cuál?

Janet oyó sonar una alarma en el fondo del teléfono de Sarah. *Tengo que serle sincera. Se lo debo.*

—Sarah, estoy tomando talidomida.

Silencio.

—¿Sarah?

—Ya te he oído.

—Cariño, ya lo he probado todo. Y tengo que buscarlo por Internet para que me lo traigan de Brasil o Paraguay.

—No pasa nada, mamá.

—Y...

—¡Ya vale, mamá!

—Es que me ha tenido muy preocupada todas estas semanas...

Sarah cambió de tema:

—Oye, ¿sabes si pasó algo entre Wade y Howie ayer? ¿Sabes si se han peleado o algo? O tal vez ha sido hoy.

Janet se lo tuvo que pensar.

—No tengo ni idea. Sé que ayer Howie fue a buscar a Wade a la cárcel, no sé más.

—Es que Alanna tenía la voz muy rara cuando he hablado con ella esta noche. Me está ocultando algo.

—Vete tú a saber. Ya sabes que con Wade puede pasar cualquier cosa.

—Creo que Howie me engaña con Alanna.

—¿Cómo?

—Estoy segura, mamá.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Lo sé.

—No tienes ninguna prueba de lo que estás diciendo, Sarah.

—Deja ya de defenderlo, ¿quieres?

Janet creyó que se estaba volviendo loca. Su hija jamás le había hablado en este tono. *Pero ¿qué le pasa? Tiene que ser por lo que le he dicho de la talidomida.*

—Solo son imaginaciones tuyas, Sarah.

—No son imaginaciones y tú no eres nadie para decirme lo que tengo que sentir

ni lo que tengo que pensar.

—Pero si no te estoy diciendo... —*Ahora, a sus treinta y nueve años, Sarah ha vuelto a la adolescencia.*

—Mira, mamá. Si me casé con Howie, fue porque era inteligente y atractivo.

—¿Y qué tiene de...? —dijo Janet. *¿Qué está pasando aquí?*—. Sarah, ¿quieres hacer el favor de decirme por qué me sales ahora con todo esto?

—¿Qué te crees, que no me he dado cuenta de que es un pesado? Ya sé que es pedante. Si se pasa la mitad de la vida como si fuera su spaniel recién salido de la peluquería. Pero yo pensaba que iba a ser un buen reproductor y supongo que él sabía que si se casaba conmigo, tardaría menos en trepar por la escala social. Y mira, le ha salido bien la partida. Así que los dos hemos conseguido lo que queríamos.

—Has dicho «reproductor». ¿Estás embarazada?

Janet se preguntó si Sarah habría detectado la consternación que le producía el hecho de no tener nietos y si se lo habría tomado como una burla.

Sarah le respondió rápidamente:

—No —dijo, y se quedó callada unos segundos—. ¿Sabes, mamá? Soy yo quien tiene que vivir con él. Imagínatelo. Divertilandia, ¿verdad? «Sarah, ¿sabes que tienes la rueda del Toyota deshinchada? Sarah, creo que el *Journal* ya no usa el mismo papel que antes. Voy a protestar. Les escribiré una carta, ya verás». Siempre es la misma historia.

—Los matrimonios perfectos no existen, Sarah.

—Ya, pero el nuestro está... no sé... liofilizado.

—Pensaba que os...

—Pues te equivocas.

Janet intentó controlar sus emociones. *Tranquila.*

—Sarah, supongo que no te habrá hecho ninguna gracia que te haya contado lo de la talidomida. Si no, no me hubieses hablado así.

—¿Y qué si me molesta? No sé ni cómo pudiste ir a buscarlo... como una desesperada..., la peor molécula del universo. Si...

—Ya basta, Sarah. Déjalo.

Sarah se calmó.

—Mamá, si lo hubieras sabido de antemano... y perdóname el juego de palabras, pero si lo hubieras sabido, ¿me habrías tenido?

—Sarah, ¿cómo puedes...?

—Contesta...

—Era otra época. No...

—Muy bien, mamá. Ya está. Con un «no» ya tenía suficiente.

—Cariño, no me hagas esto, por favor.

—Se me ha acabado el descanso. Tengo que ponerme el traje. Adiós.

—¿Sarah?

Janet sostuvo el auricular vacío contra el oído, que le dolía como si le hubieran dado un guantazo. Tenía la cabeza como un globo de helio y ya no discernía sus propios pensamientos. Jamás había querido hacer daño a nadie y sin embargo, lo había conseguido. Llevaba décadas repasando esta misma conversación en la mente y a la hora de la verdad, había metido la pata hasta arriba.

De pronto, *¡Dios mío! Tengo que encontrara mi familia.* La necesidad de estar junto a sus dos hijos era intensa y estrictamente química, igual que una pastilla de efectos inmediatos.

Beth seguía roncando tranquilamente en la cama. Sin hacer ruido, Janet recogió sus medicamentos, el neceser del maquillaje y unas cuantas prendas de ropa y lo metió todo en una maleta. Entonces bajó al aparcamiento del hotel. *No puedo ir a la NASA pero sí a Daytona Beach. ¡Mis niños! ¡Mis hijos! Estoy sola y no lo soporto. Que alguien me levante, por favor. Que alguien me quite este peso de encima. No me dejéis así.*

Janet partió con rumbo a la costa este, pero se confundió de autopista y se perdió. A las cinco de la mañana, se encontró en el aparcamiento de un centro comercial muy agradable e inofensivo. Estaba a unos pocos kilómetros de Cabo Cañaveral, en el mismo núcleo de la comunidad NASA de Cocoa Beach. El insomnio había dejado de surtir efecto y Janet se tendió en el asiento de atrás. A falta de almohada, colocó la maleta improvisada bajo la cabeza y se tapó la cara con un mapa de los condados de Flager, Orange y Volusia para evitar que la deslumbrara el primer sol del día. Se despertó con los pitidos de un camión que pretendía entrar en el almacén de una floristería dando marcha atrás.

*¿Dónde están mis hijos?*

Wade y Bryan debían de estar camino de Daytona Beach y Sarah estaría dormida en las entrañas de titanio de la torre de lanzamiento del transbordador. *¡Sarah!* Janet se desveló de golpe. *¡Dios mío! ¡Nos peleamos!* Le dolía la cabeza, necesitaba ir al baño y tenía hambre. Salió arrugada y embotada del coche y vio un restaurante de comida rápida de poca categoría al otro lado del aparcamiento. Entró directamente al lavabo y se tomó unas pastillas. Salió y se dirigió al mostrador y se topó con... Wade y Bryan. *¡No puede ser!* Estaban discutiendo sobre qué iban a pedir para comer. Wade tenía la cara demacrada y Bryan parecía un espantapájaros tostado.

—¿Chicos?

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí?

Janet fue a abrazarlos. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —dijo Wade.

Los dos la miraron preocupados.

—Es que Sarah...

Wade y Bryan se quedaron tiesos.

—¿Qué le pasa a Sarah? Mamá, ¿qué ocurre?

—Nos hemos peleado.

—¿Que os habéis peleado? —preguntó Wade.

Janet cogió una servilleta y se sonó.

—Nunca me había peleado con ella, pero ayer por la noche...

—A ver, un momento —dijo Wade—. No le ha pasado nada grave, ¿verdad? ¿No está muerta ni nada de eso? ¿No habrán cancelado la misión?

—No.

Wade y Bryan relajaron los hombros.

—Mamá, ahora nos lo cuentas todo, ¿vale? Pero antes, ¿quieres comer algo?

—Sí. Me muero de hambre.

—Pues vamos a pedirte algo para desayunar.

—¿Qué te apetece, mamá? —preguntó Bryan.

—Crepés —respondió Janet—. Quiero cincuenta crepés.

Llamaron a la camarera y le pidieron tres desayunos. La camarera quería que pagaran al instante.

—Mamá —dijo Wade—. ¿Llevas algo de dinero encima?

—Sí, claro.

Sacó el monedero y entregó unos billetes sueltos a la cajera.

—¿No tenéis nada ninguno de los dos?

—Pues no.

Janet se quedó callada y entonces preguntó:

—¿Y cómo ibais a pagar el desayuno?

—Es que... íbamos a... —dijo Wade, cada vez más nervioso.

—Íbamos a comer y a salir por patas —dijo Bryan.

—¿Cómo?

—Estamos sin blanca, mamá.

—¿Y dónde está vuestro padre?

—Está aquí detrás, esperándonos en el coche.

—Pero ¿cómo habéis podido tramar una cosa así?

Llegó la comida y Janet los miró fijamente.

—Ya sois un poco mayorcitos para estas tonterías, ¿no? ¿A quién se le ocurre?

—Estamos hambrientos, mamá —dijo Bryan—. Hemos tenido que dormir en la playa.

—Sí —añadió Wade—, íbamos a dormir en la furgoneta hasta que este derramó la mitad de la gasolina... dentro de la furgoneta, claro.

—Joder, Wade. ¿Cuántas veces tengo que disculparme? —preguntó Bryan.

—Por cierto, mamá —dijo Wade, cuyo radar ya había descubierto la presencia de

algo raro—, ¿y tú qué? O sea, ¿qué haces aquí en este antro de Cocoa Beach a las ocho de la mañana?

—He venido a buscaros. ¿No ibais hacia Daytona? ¿Sí o no?

Sus dos hijos desviaron la mirada de ella, como avergonzados.

—Veo que tenía razón. Da igual, lo único que quería era encontraros y al menos lo he conseguido.

La comida se estaba enfriando encima del mostrador.

—Venga, vamos a sentarnos —dijo Wade, señalando con el dedo un reservado vacío con la mesa llena de manchas de café y granitos de azúcar que parecían caspa—. Desayunemos de una vez.

Mientras desenvolvían la comida, entró Ted.

—¿Qué demonios...?

—Hola, papá —dijo Bryan—. Siéntate si quieres.

Miró a Janet sorprendido e intrigado.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has...?

Entonces se fijó en la comida.

—Bueno, con el hambre que tengo, ¿qué más da?

Se sentó y preguntó:

—De toda esta comida, ¿cuál tiene menos calorías?

—Ted, estamos en un sitio de comida rápida —dijo Janet—. Hasta los cubitos de hielo engordan.

—Supongo —dijo Ted.

Seguidamente abrió una de las cajas y se metió un bollo inglés entero en la boca. Wade se opuso:

—Joder, papá. Ni que fueras Omar la serpiente. Mastica un poco, ¿vale?

Al cabo de unos minutos de silencio, Janet dijo:

—Bueno, chicos, me alegra saber lo mucho que os preocupa el disparo que estuve a punto de recibir en el atraco de ayer.

Los tres pidieron disculpas efusivamente. *No es que sean incapaces de preocuparse, es que ni se les ocurriría hacerlo. ¡Qué diferentes son de las mujeres!*

Janet les contó lo que había pasado en la cafetería el día anterior. Cuando terminó la historia, Wade y Bryan se recostaron en el asiento y se pusieron a silbar. Ted permaneció en silencio. Hacía años que Janet no recibía tanta compasión de golpe. *Bueno, al menos no parece que les incordie mi presencia.*

Ted se había quedado sin batería en el móvil y fue a llamar a Nickie desde una cabina, pero volvió al cabo de un minuto.

—No contesta. Le he dejado un mensaje para que sepa que todo va bien.

Se sentó y siguió comiendo los restos del desayuno.

Bryan había ido a buscar más cafés. Se sentó en la mesa y dijo:

—Oye, mamá. ¿Cómo es que tú y Sarah os habéis peleado?

Solo oírlo, Ted escupió un trozo de bollo inglés medio masticado encima de la mesa laminada ya sucia.

—¿Que qué? ¿Cómo que os habéis peleado? Pero ¡si ni siquiera sabéis hacerlo!

Janet puso los ojos en blanco. Wade dijo:

—Calla y come, papá.

Entonces miró a su hermano.

—Mira que hay que ser listo para sacar el tema con este aquí delante.

Ted insistió:

—Pero si tú y Sarah no habéis discutido nunca; ni una sola vez.

—Hay una primera vez para todo en esta vida, Ted.

—Y ¿por qué habéis discutido?

Janet se negó a contestarle.

—Ah, claro. Ahora toca callar, ¿no?

—Sí, Ted —dijo Janet—. Ha llegado mi momento de hervir a fuego lento. A fuego muy, muy, muy lento. Bryan, pásame un sobrecito de sal, por favor.

Mordisqueó una croqueta de patata. De repente, dijo:

—Así que habéis dormido en la playa, a la intemperie, ¿verdad?

—Sí, a este idiota se le cayó toda la gasolina dentro de la furgoneta. A mí los bichos casi me comen vivo.

—Pues a mí me ha sentado de maravilla dormir sobre la arena. Ya no me quema tanto la espalda —dijo Bryan.

—Howie estará encantado cuando se entere de las aventuras que ha vivido su furgoneta.

Los cuatro se pusieron a reír con complicidad. Janet dejó la taza de café encima de la mesa.

—Mira —siguió Janet—, os iba a preguntar qué hacíais los tres aquí con la furgoneta de Howie, durmiendo en una playa camino a Daytona Beach, pero ¿sabéis qué? Me parece que no quiero saberlo.

—Papá volcó el coche de Beth ayer —dijo Bryan—. Lo destrozó por completo, ¡ah! No te he dicho que Shw ya no piensa abortar, ¿verdad?

—¡Qué bien! —dijo Janet, echándole una mirada a Wade con las cejas arqueadas. *¿Bryan sabe lo de la venta inminente de su hijo?* Wade sacudió discretamente la cabeza: No.

Bryan continuó con la historia:

—... y justo cuando habíamos decidido caminar hasta la gasolinera más próxima, apareció Shw y nos recogió. Nos obligó a meternos en el maletero.

—No me digas.

—Este idiota se quemó mientras caminábamos por la autopista —añadió Ted—.

Por eso tuvimos que ir al hospital anoche.

—Vaya, vaya.

Y entonces habían salido hacia Daytona Beach, pero se habían equivocado de salida y se les había acabado la gasolina. Como ninguno de los tres tenía ni un céntimo, tuvieron que pasar la noche en la playa.

—¡Tanta inteligencia me abruma! —dijo Janet.

Estaba esperando que dejaran de hablar para hacerles una serie de preguntas que le rondaban por la cabeza: *¿Cómo conseguisteis la furgoneta de Howie? ¿Dónde está Howie? ¿A qué tanta prisa por encontrar a ese bicho grotesco de Shw?* Había cajitas de colorines y servilletas grasientas desparramadas por toda la mesa del reservado.

—Mamá —dijo Wade—, necesito pasta.

Janet ni se inmutó.

—Si pudieras prestarme algo, me iría de coña —dijo Wade—. Tenemos que acabar este viaje y a este paso, vamos a cometer cada vez más barbaridades hasta que uno de nosotros acabe metido en el sistema penitenciario de este país, y ahora mismo, no creo que nos convenga demasiado, ¿verdad?

—Quiero que me expliques por qué has discutido con Sarah —dijo Ted—. ¿Qué ha pasado?

Janet no estaba en guardia.

—Mira, si tanto te interesa, te lo diré: le he dicho que estaba tomando talidomida para quitarme las úlceras que me han salido en la boca. Tenía que decírselo, se lo debía.

Ted la miró estupefacto.

—¿Que te estás tomando talidomida? Dime que no es verdad. No me jodas ahora, Janet.

—Calla, Ted. Ni que fuera a quedarme embarazada.

—No sé ni cómo puedes meterte esa mierda en el cuerpo. Ojalá juntaran todas las moléculas de esa porquería infecta y la aniquilaran de una puta vez.

Janet no se esperaba esta reacción tan violenta.

—Ted, no entiendo por qué te pones así.

—¿Qué coño sabrás tú de lo que siento? ¡Maldita sea!

—Pues ya no pienso seguir.

—¿Hay más?

—Sí, hay más. Me ha preguntado si hubiera... si hubiese abortado de haber sabido lo de la mano. No sabía qué decir; no le he espetado un «no» enseguida. Por supuesto que iba a decirle que no, pero es que quería hablarle de forma normal. Entonces ella se ha ofendido y...

—¿Y qué?

—Me ha colgado el teléfono. Y ya está.

—Mi niña se va al espacio y tú vas y le dices que no querías tenerla.

—No seas estúpido, Ted. Tú sabes que no es verdad.

—¿Ah sí? ¿Lo sé? ¿Desde cuándo sabes leerme el pensamiento?

El volumen de la discusión había subido considerablemente. Wade cogió a Janet del brazo y dijo:

—Vámonos, mamá.

Salieron por la puerta, con Bryan detrás haciendo de escudo anti-Ted, que se había levantado como un rayo para seguir reprochándole.

—¿Cómo has podido hacerle esto?

—No le he hecho nada, Ted. Es producto de su imaginación.

Estaban en el aparcamiento, al lado de la furgoneta naranja.

—Tú nunca la has querido de verdad. Siempre has sido cerrada con ella... y fría.

Janet se paró en seco.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído —dijo Ted—. Siempre te has sentido culpable porque le faltaba una mano. Te daba vergüenza...

—¿Cómo te atreves tú a acusarme a mí de...?

Wade se interpuso.

—Papá, pídele perdón. Ahora mismo.

—No. No me da la gana. Porque es verdad. Mírale a los ojos. Sí, ahí sigue. Yo al menos la vi marcada con la grandeza. Tu madre solo la vio marcada.

—Se acabó —dijo Wade, arremetiendo contra Ted—. Bryan, ¡tráeme la cuerda!

—¿Qué hacéis? —preguntó Janet.

—Suéltame, ¡joder!

Bryan volvió rápidamente con la cuerda que encontró en la caja de herramientas de la furgoneta. Mientras tanto, Wade lo había derribado, se había sentado encima de sus hombros y le estaba sujetando las manos detrás de la espalda como en las películas policíacas. De repente, Bryan se acordó de todo lo que habría aprendido siendo Boy Scout. En un abrir y cerrar de ojos, Ted tenía los pies mejor atados que un toro de rodeo y estaba soltando más tacos que una sección militar entera.

—Ahora los brazos —dijo Wade—. Átase los.

Bryan acabó de atar las manos de su padre con gran finura.

—¡Me estás haciendo daño con la cuerda, gilipollas! ¡Desátame!

—No —dijo Bryan—. Me temo que no.

—Jan, por favor... —dijo Ted—. Diles a estas bestias que me suelten. Te lo suplico.

Janet lo miró y dijo:

—¿Sabes qué, Ted? Creo que me gustas más así.

—Agárralo de los pies, Bryan —dijo Wade—. Vamos a dejarlo en la furgoneta.

Y en un «un, dos, tres, ¡aupa!», depositaron a Ted en la parte trasera de la furgoneta como un saco de patatas.

—Ya está —dijo Wade—. Ahora eres nuestro rehén.

—¿Rehén de qué?

Janet y sus hijos intercambiaron miradas. Janet fue la primera en hablar:

—Del lanzamiento de Sarah. Te has quedado sin despegue, Ted.

—¡Sois unos cabrones! ¡Estáis chalados! ¿Cómo...?

Bryan le interrumpió la invectiva muy hábilmente, cubriéndole la boca con un trozo de esparadrapo de color salmón que encontró mientras hurgaba en el botiquín muy bien provisto de Howie.

—*Voilà* —dijo Bryan, plenamente satisfecho.

Los tres miraron a Ted en silencio durante unos instantes. Entonces, Wade dijo:

—Venga, mamá. Sube.

Janet titubeó antes de decir:

—De acuerdo, pero primero voy a coger mis cosas del coche.

Metieron la maleta en la furgoneta. Cuando salían del aparcamiento, Janet se dio cuenta de que se sentía... maravillosa.

—Oye, pero ¿no me habéis dicho hace un momento que os habéis quedado sin gasolina...?

Wade y Bryan sonrieron.

*No hagas más preguntas.*

—Wade, cariño, ¿por qué no me pones al tanto de lo que está pasando aquí?

Wade se encogió de hombros y le contó lo que había ocurrido en Disneylandia, la muerte súbita de Norm, la carta, el maletero de Shw, la carrera por llegar a Daytona Beach... Cuando acabó, Janet se quedó callada, viendo pasar los pantanos, los letreros que anunciaban la construcción de apartamentos y los animalitos muertos incrustados en la carretera.

—Bueno, mamá. ¿En qué piensas?

Janet pensó en la carta, una joya tan perfecta que contenía todas las palabras que habían quedado por decir entre una madre y su hijo. Entonces reparó en un cartel de Columbia Pictures en forma de enorme algodón de azúcar. Y tuvo una idea, o al menos, el germen de una idea.

—Quiero que pares en el próximo centro comercial —dijo Janet.

—¿Por qué?

—Tenemos que comprar sobres y hacer unas copias de la carta.

—No sé si te sigo, mamá.

—Wade, mírame a los ojos. Dime que serías capaz de entregarle esa preciosidad de carta a un monstruo dispuesto a pagar por él —dijo Janet. Esperó unos segundos antes de continuar:

—¿Ves? No podrías hacerlo. Si pudieras, no serías hijo mío.

Wade asimiló lo que le decía su madre. Janet vio que la idea no le desagradaba del todo.

—De acuerdo —dijo Wade—. Pero ¿por qué tenemos que hacer copias?

—¿No lo ves? Así podremos forrarnos. Seré tu madre, pero de tonta no tengo ni un pelo.

—Buena idea —dijo Bryan—. Así no tendremos que ir a sacar la carta auténtica del maletero de Shw.

—¡Ni hablar! Tenemos que ir a rescatarla.

—Se va a notar que no es el papel ese...

—No digas tonterías. Tiene que ser Hallmark o una marca similar. Seguro que Norm os dijo eso para que no os la quedarais vosotros. ¿Os fijasteis en las medidas del sobre?

—Yo, sí —dijo Wade—. Era de trece por dieciocho.

—¿Lo mediste con una regla? —dijo Janet, que se sentía como si fuera un cerebro de la Mafia.

—Lo medí con los dedos. De la punta de mi dedo índice a la punta del dedo gordo, hay exactamente trece centímetros y de la punta del meñique al dedo gordo, hay dieciocho.

—Mira. Allí hay un centro comercial. Para el coche.

El centro comercial era muy turístico. Aparcaron el coche y dejaron a Ted atado en la parte trasera de la furgoneta. Justo estaban abriendo las puertas de la papelería cuando llegaron.

—¿Lo veis? —preguntó Janet—. Es una buena señal. El universo quiere que hagamos copias.

Entraron en la tienda y salieron con varias cajas de sobres típicos de las invitaciones de bodas, docenas de tarjetas variadas y una selección de libretas y plumas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bryan.

—Hace falta una cosa más.

Encontraron una tienda de libros a precio de saldo y buscaron alguno sobre la princesa Diana. En uno de ellos, aparecía una foto del ataúd con la carta encima. Lo compraron y se fueron a tomar un café en una terraza. Se sentaron en una mesa y sacaron las plumas.

—Venga, chicos —dijo Janet—. Vamos a practicar nuestra habilidad caligráfica. Primero, tendremos que hacer el sobre. Ya nos ocuparemos de la tarjeta después.

Empezaron a escribir la palabra «Mamá» una y otra vez, intentando imitar el original con toda perfección.

—Oye, Wade —saltó Bryan—. ¿No deberías llamar a Beth? Ayer la dejaste

colgada en el hotel.

Wade se puso rojo y miró a Janet.

—El móvil de papá se ha quedado sin batería. Ya la llamaré. Ahora quiero concentrarme en estos sobres.

**Mamá**      *Mamá*  
*Mamá*      **Mamá**  
Mamá

Janet pensó en su propia madre, que había fallecido en los años setenta de un derrame cerebral mientras veraneaban en el lago Huron. A Janet no le entristecía su muerte en sí, sino el hecho de que jamás la hubiera llegado a conocer como persona. Janet se temía que su madre había sido de esas personas impenetrables, y por extensión, que quizá todo el mundo fuera impenetrable. Casi toda la vida de su madre había sido colonizada por su marido. Una vez, cuando ya llevaba tres hijos en su matrimonio con Ted, Janet le preguntó si echaba de menos su apellido de soltera.

—¿Mi apellido de soltera? ¡Santo cielo! Claro que no. Me deshice de él el día que dije «sí, quiero».

*¿Me deshice de él?* Janet no conseguía entender esta manera de autoborrarse. Para ella, este gesto le recordaba las fotos que había visto de las monjas de Quebec, que se emparedaban para demostrar una especie de devoción trasnochada. Sin embargo, a la madre de Janet, a pesar de haber nacido sin pene en el año 1902, le había ido bastante bien la vida, mientras que Janet, que había disfrutado de un abanico de opciones y libertades infinitamente más amplio, la había pifiado por completo. *¿La he pifiado? ¿Según los parámetros de quién? Si hubiera jugado bien mis cartas, ¿qué sería ahora? ¿Juez? ¿Ejecutiva con hombreras en alguna corporación electrónica? ¿Dueña de una tienda de bollos? ¿Yeso es tener éxito? El éxito supone el fracaso; el fracaso supone el éxito. Nos dieron tantas señales que acabamos siendo ceros. Pero mi hija..., ella sí ha logrado escaparse.*

*¡Despierta!*

—Oye, ¿y si papá tiene ganas de ir al baño? —preguntó Bryan.

—Que le den —dijo Wade.

—¡Qué malos sois! Pobre Ted. Mira que atarlo así... —observó Janet.

—Él se lo ha buscado.

—Nadie te ha dicho lo contrario.

—Pues, ya está.

Siguieron con las pruebas de caligrafía. Bryan era el mejor de los tres, cosa que sorprendió a Janet.

—¿Sabes, Bryan? Se te da muy bien esto.

—Gracias, mamá. Es que tengo los dedos más hábiles de tocar la guitarra.

—Ya lo veo.

—¿En qué piensas, mamá? —preguntó Wade—. Tienes esa mirada misteriosa tuya.

—No... Nada. Estaba pensando en mi madre. No la llegasteis a conocer bien.

—Yo sí que la conocí un poco —dijo Wade—. Nunca hablaba y olía a crema para la cara.

—Sí, es verdad. Era bastante callada —dijo Janet.

Wade continuó:

—¿Y en qué pensabas?

—Pues que su vida pasó sin que sucediera nada de especial. No es que eso sea malo, pero mira la mía. A veces creo que si estudiara mi vida con detenimiento, encontraría una especie de gran lógica detrás de todo esto, como un esquema. Pero dudo que lo haya.

—¿Y eso te asusta?

—Qué va. Y tampoco creo que el futuro tenga demasiado sentido.

—¡Qué fuerte! —dijo Bryan—. Hablas igual que los Sex Pistols.

—Vaya hombre. Es la primera vez que me comparan con un grupo espantoso de punkis roqueros.

—Oye, mamá —dijo Wade—. Hay una cosa que me intriga de ti. Eres tan moralista y tan mamá de la tele cuando hablas de la vida y luego resulta que no te crees nada. No lo entiendo.

—¿Y qué te hace pensar que las mamás de la tele creen en algo?

—Pues...

—Nunca han creído en nada, Wade. Al menos nunca hemos creído en nada serio. Y no es que fuéramos robots, sencillamente no éramos personas.

Unos pájaros revoloteaban alrededor de los pies de Janet. Siguió hablando:

—Bueno, han pasado muchos años. Siglos. Me siento una impostora, como si no me correspondiera vivir en el año 2001, como si no formara parte de todo esto.

Dejó la pluma y miró los esfuerzos falsificatorios de Bryan.

—Chato, te ha tocado —le dijo—. Te nombro nuestro calígrafo oficial.

Le pasó una pila de sobres.

—Ya puedes empezar.

Bryan, ilusionado con su nuevo título, se puso a escribir con una tranquilidad científica asombrosa. Janet se volvió hacia Wade.

—Beth me ha dicho que tienes sarcoma en las piernas. ¿Me lo dejas ver?

—¿Por qué no? —dijo Wade, arremangándose el pantalón.

Janet miró las lesiones purpúreas. Tenía las piernas como un mapa revuelto de todos los estados y condados de Estados Unidos.

—¿Te duele?

—No, para nada. Pero intento evitar mirarme las piernas. Es demasiado duro. Tengo la misma sensación que una manzana que lleva meses en el frutero y que está podrida por dentro.

—¿Me dejas tocarlas?

—Tú misma.

—Vale.

Janet se agachó y tocó las espinillas de su hijo. Pensó en las clases de catequesis y en Jesús cuando lavaba los pies a sus discípulos. Le dio otro ataque de rabia. El pasado había vuelto a colarse en su presente.

—¿No puedes hacer nada con esto?

—Sí. Bueno, no. No se me cura, si te refieres a eso.

—No sabes cuánto lo siento, Wade.

El viaje de Wade y Beth a Milán fue una experiencia agobiante en la que les sobró de todo menos el dinero. Tuvieron que comprar unos billetes para un vuelo charter y había tan poco espacio entre los asientos que Wade se pasó el viaje mareado. Cuando llegaron a la *pensione* en Milán, estaba casi delirando. La ciudad, lejos de ser una especie de gran pueblo de pescadores lleno de coches pequeños y gente bebiendo Chianti, como se la había imaginado Wade, era de un color marrón-ceniza muy similar a Toronto. El viaje en taxi hasta la clínica parecía sacado de una película de ciencia ficción y mientras atravesaban los suburbios industriales de Milán, Wade tuvo la sensación de haber dado un salto al año 2525. Cuando llegaron a la clínica, le dijeron que no iba a hacer falta y que volviera en taxi a la ciudad. Beth tendría que pasar todo el día allí y ellos «ya se encargarían de ella», una forma poco afortunada de decirlo.

Wade no tendría que volver hasta las cinco de la tarde.

Wade se pasó el día recorriendo las calles de la ciudad. Sentía una aplastante nostalgia de su casa. Cuando no la tenía, se preocupaba por el dinero y por el éxito del procedimiento. Tenía la cabeza llena de pensamientos que le estaban provocando cortocircuitos en el cerebro. *¿Qué continente tan inhóspito! ¿Y dónde está toda la historia de la que tanto hablan?* En lugar de ver monumentos históricos, Wade solo veía edificios... *viejos*. Los negocios no solo estaban cerrados sino que tenían barricadas metálicas con graffiti. *¿Graffiti? Pero si el graffiti dejó de existir en 1992*. Las calles eran de lo más gris que había visto en su vida. Las tiendas abrían y cerraban constantemente según los misteriosos antojos de la cultura. *¿Cuánto tiempo lleva meter un espermatozoide en un óvulo? ¿Y estos precios tan astronómicos?*

A las cinco fue a buscar a Beth, que estaba agotada. Volvieron a la pensión y se metieron en la cama. Beth empezó a jugar con los párpados de Wade.

—Oye, Wade. ¿En qué piensas?

—En una codorniz pequeña que está bailando sobre mis párpados.

—¿Qué quieres que sea, niño o niña?

—Niña. Los niños son todos capullos. Bueno, quizás mejor que sea un niño. Así podré reparar toda esa mierda que mi padre hizo conmigo.

—¿A qué te refieres?

Wade se lo pensó.

—A nada en concreto. A ver, siempre me pegaba, pero eso no es lo que me saca de quicio.

—Ya no importa nada de eso, Wade. Tus padres están perdidos. A estas alturas ya no pueden hacer nada por ti. Han dejado de soñar y de sentir. El único punto de vista legítimo a la hora de tomar una decisión es la eternidad.

—No. Espera un momento, Beth.

Wade abrió los ojos, se incorporó, la miró fijamente y dijo:

—Ya hemos hablado de esto. Si tu padre te ignora durante los primeros quince años de tu vida, si no te saluda, si no te enseña a afeitarte ni a jugar a fútbol; si solo te sabe tratar con el puño... eso es cruel, es como si te confinaran a la soledad.

—Hombre, antes me quedo con la crueldad que sufriste tú que con la que sufrí yo. Wade se dejó caer sobre el colchón.

—Nunca te desees la crueldad a ti misma. Ni en broma.

Se puso de lado y acarició las mejillas de Beth. De adolescente había padecido de acné y tenía la cara llena de pequeños cráteres que llenaban a Wade de tristeza. Dijo:

—Te lo digo en serio, Beth.

Beth no le contestó.

—Nuestro hijo nunca sentirá miedo —continuó Wade—. Nunca le van a gritar. Se sentirá querido hasta el día que se muera. No bebemos ni tomamos drogas. No vamos por la vida dando sermones. No...

—Ya vale.

—¿Qué? ¿Cómo que ya vale?

—No quiero acabar gafando lo que tenemos. Tú y yo ya no somos normales, Wade. Tampoco es que estemos condenados, pero...

—Pero ¿qué?

Beth se incorporó y encendió un cigarrillo italiano con un mechero Bic de color rosa. Echó el humo de la primera calada y dijo:

—Mira, cuando era pequeña teníamos un jardín detrás de la casa. De hecho, todo el mundo tenía un jardín. Después de todo, vivíamos en Carolina del Sur. Bueno, el caso es que mis padres no tenían ni pajolera idea de horticultura. Sobre todo mi madre. Era lamentable. Pero cada año, las verduras crecían más o menos bien. Vale que cultivaban verduras aburridas como patatas y coles, a veces incluso lechugas y tabaco, pero cada año mi padre intentaba cultivar calabazas que nunca crecían. Y las flores, aún menos.

Beth le dio otra calada al cigarrillo y continuó:

—Un año, empezaron a beber como descosidos y se volvieron medio locos. Lo único que querían era matarse. El jardín les dejó de importar. Pasaron olímpicamente de él. Yo tenía unos doce años y la jardinería no era precisamente una actividad que me entusiasmara. Me interesaba mucho más irme con tíos mayores a fumar en sus coches. Aun así, siempre vigilaba el jardín. En cuatro días, estaba plagado de maleza, y luego llegaron los conejos. Las coles habían vuelto al estado silvestre, y no sé si habrás visto una col silvestre alguna vez, pero es como... no sé, como un vagabundo, ¿sabes? Pero, bueno, se las comieron los bichos. Los guisantes nunca volvieron a crecer. Cada vez que veía volar los muebles, salía al jardín a fumarme un pitillo y

observaba cómo cambiaba el jardín ahora que no tenía protección. Solo sobrevivió una planta de patatas. Y unos cebollinos. Y la menta.

—¿Y?

—Pues que tengo la sensación de que ese jardín somos tú y yo, Wade. Somos un jardín que ha perdido sus jardineros. El jardín sigue pero nunca volverá a ser un jardín de verdad.

—Hombre, te estás pasando un poco, ¿no?

—No, Wade. Tú has entrado en la casa de Dios. Ahora solo tienes que encontrar tu habitación tres pisos más abajo, oyeron los bocinazos de un coche de policía. Beth miró hacia otro lado y dijo:

—¡Qué horror! Yo tampoco soporto este continente.

—¿Adónde quieres llegar, Beth?

—No sigas, Wade. Ya sé que hicimos ese Curso de Milagros con la gente del grupo seropositivo, pero es lo que pienso. Somos un jardín desatendido.

A Wade se le rompió el corazón como un huevo en el suelo de la cocina. Se le aceleró el sentido del tiempo. Había llegado el momento en que el martillo golpea contra el yunque para forjar la cadena y el amor solo puede volverse más fuerte, más real, más profundo e indeleble. Wade sabía que Beth tenía razón. En su fuero interno, estaba de acuerdo con lo que había dicho y pensó en su hijo, que seguiría creciendo y floreciendo años después de que a él se lo hubieran llevado los conejos y los gorgojos.

—Dios me ha visto hoy en esa sala de inseminación. Te lo juro, Wade. Ha visto las probetas y las placas metálicas y esos aparatos de ultrasonido y...

—¿Y qué? —preguntó Wade, recostándose sobre el codo y dibujando círculos en la frente de Beth.

—Él lo ve todo. La verdad es que no sé cómo tomármelo, pero me ha visto. Y ha visto las probetas. Y la centrifugadora de semen. Y las noticias de las seis. Y los icebergs en la Antártida. Ha visto dentro de mi corazón. Todo.

—Quiero que sea niña —dijo Wade.

—Yo quiero que sea niño —dijo Beth—. Las niñas nunca tienen buenas vidas. Dios odia a las niñas.

Bryan y Janet siguieron con las tarjetas mientras Wade fue a llamar a Beth desde una cabina de teléfono.

—¿Eres tú, Wade?

—¡Beth! ¡Dios mío! Lo siento, nena. Lo siento mucho.

—Ya lo sé, cariño.

Para Wade fue una lección de humildad y dijo:

—Soy débil. Soy una mierda. Soy mierda pura. Eres demasiado buena para mí.

—No. Tú eres demasiado bueno, Wade. Anoche me emborraché. Cuatro años,

tres meses y dos días sin tocar ni una gota y ayer voy y lo tiro todo por la borda.

—Beth, si bebiste fue porque te dejé sola. Pasé a buscar mis pastillas, pero todavía no habías vuelto. Estarías de compras.

—Oye, ¿qué pasa, cariño? Hay algo que me huele a chamusquina. ¿No te habrá metido en un lío el gusano ese?

—¿Quién, Norm? No, qué va. Vamos a ayudarle con un asunto de negocios.

—¿Un asunto? No será de drogas. Si es de drogas, no hace falta ni que vuelvas. Hicimos un trato, Wade.

—Claro que no va de drogas. Si mamá ha venido a ayudarnos y todo.

—¿Mamá? ¿Tu madre? ¿Janet?

—Sí.

—Claro, si no está aquí, ¿dónde iba a estar? ¿Cuándo vais a volver?

—Esta noche, supongo... prometo.

No era la respuesta que Beth quería.

—Jo. Bueno, es que iba a ir al Centro Espacial Kennedy.

Me...

Pero Wade ya no la oía. Estaba mirando la furgoneta naranja al otro lado del aparcamiento cuando, de repente, se abrió la puerta corredera lateral y Ted se dejó caer sobre el asfalto.

—Tengo que colgar, nena.

Salió corriendo al aparcamiento, seguido de Bryan y Janet.

—¿Se puede saber adónde coño ibas, papá? —preguntó Wade.

Ted intentó hablar, pero el esparadrapo se lo impedía. Una familia pulcra pasó por su lado camino de una tienda de deportes.

—Señores, esto no es el circo —dijo Wade.

La familia no parecía del todo convencida.

—Circulen, por favor —insistió Wade.

—No pasa nada, de verdad —dijo Janet, poniendo su voz de azafata de 1965—. Padece de parálisis de Klemperer. A veces no puede contenerse.

Cuando hubieron marchado, Wade dijo:

—¿Parálisis de Klemperer?

—Sí, me ha venido a la cabeza el coronel Klink de *Los héroes de Hogan*. Algo había que decirles, ¿no?

Wade miró a Ted, que seguía retorciéndose sobre el asfalto.

—Ayúdame, Bry. La fiera tendrá que volver a su jaula.

Los retorcimientos de Ted se convirtieron en convulsiones.

—Papá, tranquilízate un poco —dijo Wade—. Si no colaboras, esto se va a complicar mucho.

—¿«Esto»? —preguntó Bryan.

—Claro —dijo Wade, depositando a su padre en la furgoneta—. Todavía tenemos que venderle una puta tarjeta falsificada a Florian.

—Sí, pero papá no nos hace ninguna falta.

—No te pases tío. Tampoco vamos a abandonarlo en medio de la autopi...

Wade se calló de golpe e intercambió miradas con Bryan y Janet. Ted chilló, visualizando una de sus posibles suertes.

—¿Y cómo va a llegar a casa? —preguntó Bryan.

—Hombre, ya es mayorcito —dijo Janet.

—Sí —dijo Bryan—, pero no podemos quedarnos con su parte del dinero. ¿Cómo van a pagar las facturas del médico?

Wade se arrepintió en el acto de haberle dicho a Bryan que Nickie era seropositiva.

Janet miró a Ted y dijo:

—¡Vaya por Dios! Justo cuando estaba resuelta a convertirme en un ser cruel.

Los ojos de Ted delataban que sabía que estaba a punto de recibir una noticia bomba. Janet se sentó y le quitó el esparadrapo. Antes de que pudiera continuar, Wade dijo:

—Como te pases de la raya con mamá, te juro que vas a pasar el resto de tu vida envuelto en esparadrapo. ¿Me has entendido?

A Ted le preocupaba más la noticia de Janet.

—Bueno, Ted. Supongo que ahora es un momento tan bueno como cualquier otro para decírtelo y sé que Nickie te lo iba a contar de todas formas así que...

Janet respiró hondo y dijo:

—Nickie es seropositiva...

Ted no reaccionó.

—... y quiero que sepas que es un encanto de mujer, Ted. Tienes mucha suerte de haberla encontrado, bueno, de que te aguante, o de lo que sea.

—Se va a poner como un basilisco —dijo Bryan a nadie en particular.

—Pues no sé qué decirte —dijo Wade.

Ted seguía sin moverse.

Janet decidió continuar:

—Escucha, Ted. Esto no quiere decir que tú estés contagiado, pero siempre cabe la pos...

Ted empezó a gritar tacos y a dar botes por la furgoneta con tanta furia que Janet, Wade y Bryan tuvieron que apartarse.

—Joder, papá. Tranquilízate.

Janet, sin perder la calma, intentó amansarlo como pudo.

—Mamá —dijo Wade—, ¿qué te parece si continuamos esta conversación por el camino?

Se pusieron en marcha y media hora después, Ted yacía en un estado de atontamiento total. Wade iba al volante con Janet a su lado y la furgoneta subió por la Costa del Espacio de Florida. El sol volvía a salir como todos los días empeñado en parecer flash desechable, asomándose por encima de un mundo de chiringuitos de bebidas vitaminizadas, tiendas de golf, sexshops, trenes de lavado y gasolineras.

*Este paisaje parece salido de un parque de atracciones. Me he subido a una de ellas, una atracción en forma de furgoneta VW de color naranja.*

Bryan iba detrás con Ted, libre y desatado. Lo que vinculaba a los tres hombres no era amor ni mucho menos, sino la perspectiva de forrarse rápidamente.

Janet bebió un sorbo de agua mineral de la botella de Volvic que llevaba en el bolso y se tomó una pastilla 3TC, cerrando el frasco con un clic desafiante.

—¿Te has tomado una 3TC? ¿Me prestas una, mamá? Es que las mías están detrás.

—Claro.

—No entiendo por qué tenemos que venderle una carta falsa al tipo ese —dijo Ted finalmente—. Gracias, Jan. Sabía que podíamos contar contigo para estropearlo todo.

—No. Gracias a ti, Ted —dijo Janet—. Mira que venir a fastidiaros ese plan de acción tan ingenioso que teníais esta mañana..., robar desayunos, dormir en la playa... Ibais a triunfar.

—Papá —dijo Wade—, no pienso llamar a Florian hasta que hayamos recuperado la carta de verdad, o sea que tú mismo. No está bien que la compre.

—¡Encima! ¿Tú? ¿Una moralidad? ¡Anda ya!

*... una comisaría... colchones a precio reducido... una clínica... alcohol... comida para perros.*

Wade ignoró el comentario de su padre y siguió sin apartar los ojos de la carretera.

Janet notaba que su opinión sobre la vida había cambiado. Hacía un par de días, creía que no era más que un juego de unir los puntos, unos puntos colocados al azar y muy separados entre sí que producían un enorme garabato. Pero ¿ahora? Ahora su vida no era más que puntos, puntos que se unirían y que crearían un cuadro magnífico: ¿el arca de Noé? ¿Un campo de girasoles? ¿Una puesta de sol de Maui? No era capaz de ver la imagen claramente, pero al menos habría un dibujo. Su vida se había convertido en un cuento. *Adiós, garabatos aleatorios.*

Bryan estaba hablando con Ted:

—Joder, papá. ¿Ya te has pulido toda la botella?

—Necesito más —dijo Ted, que acababa de beberse una botella entera de ron dorado confiscada de la nevera de la furgoneta.

—Si crees que esa mierda te va a ayudar, estás muy equivocado —dijo Wade.

—Tú calla, ¿vale? Ya estoy hasta los cojones de ti.

—No, papá. No me pienso callar.

Llegaron a un semáforo en rojo. Ted salió disparado de la furgoneta y entró en un supermercado al otro lado de la calle. Wade estaba a punto de salir tras él, pero Janet lo contuvo.

—Deja que se alcoholice un poco, cariño.

Ted salió por la puerta del supermercado berreando:

—¡Me cago en tu puta madre, Wade! Por tu culpa tengo todo de bichitos nadando por las venas.

—¿Ah, sí? Pues llórame un río, cabrón.

—¡Wade! —dijo Janet—. No digas palabrotas, por favor.

—Lo siento, mamá.

Wade sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—A ver si te vas a comprar un bote de betún y elixir bucal y te lo chupas todo y te mueres ya de una vez. ¿Qué crees, que te echaremos de menos?

—No la vamos a encontrar nunca —croó Bryan.

—No seas tan negativo. Si es muy fácil.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo?

Janet asomó la cabeza por la ventanilla y preguntó a un transeúnte dónde estaba la biblioteca. Ted volvió a la furgoneta con una botella de ginebra.

—¡Venga martinis!

—¿Cómo la has pagado? —preguntó Janet.

—Me la han regalado.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Janet, y se bajó de la furgoneta para ir a pagarla.

Salió con unas Páginas Amarillas. Minutos después estaban en la biblioteca

conectados al sistema navegador de Internet. El interior de la biblioteca era fresco y normal, un lugar donde iba la gente cuya vida no era aleatoria y cuyas familias se regalaban colecciones de CDs y jerseys modernos para Navidad. Nunca se falsificaban las firmas ni se acostaban con los vigilantes de la piscina ni con las chicas de administración. Delante de la biblioteca, Ted se sentó bajo un roble muy viejo y cubierto de musgo español.

Janet tecleó rápidamente, pensando en voz alta:

—Si este comprador de bebés es mecánico o está metido en la industria del automóvil, entonces debe de ser republicano. A la gente de los coches le encantan los republicanos..., todas esas comidas de Rotarios y Kiwanis... y las fotos donde salen dándose la mano con los vicepresidentes... Así que seguro que hace un montón de donativos y vive en una zona ricachona.

Siguió buscando.

—Me parece que es la primera vez que entro en una biblioteca —dijo Bryan, sin pizca de ironía.

—Ah, pues yo no —dijo Wade—. Una vez entré en una en Las Vegas porque me encontraba mal. Son alucinantes, ¿verdad? O sea, están llenas de... libros.

Los hermanos se sobrecogieron.

Wade se puso a leer una revista para quinceañeros y Bryan hojeó un libro de fotos de roqueros punk. Después de unos minutos, Janet anunció que había descartado todos los candidatos y que ahora solo quedaban tres. Cuando salieron de la biblioteca y fueron a recoger a Ted, lo encontraron desmayado bajo el árbol. Dos niños con uniforme de escuela privada estaban haciendo prácticas de tiro, que consistían en estrellar unos aviones de papel contra su nariz.

—Joder, papá. Ni que fueras el borracho del pueblo.

¡Levántate ya, hombre! ¡Qué vergüenza!

Ted se puso de lado y vomitó sobre el césped reseco.

—Dejadlo en la furgoneta —dijo Janet—. Colocadlo encima de ese toldo de rayas que Howie usa para tapar la puerta cuando monta alguna de sus barbacoas.

Volvieron a la furgoneta y emprendieron el camino. Ted no paraba de rodar como un tronco y Bryan tuvo que colocar un cojín de espuma entre su padre y la puerta.

—Deberíamos buscar un hotel en Daytona Beach —dijo Janet—. Ted no está en condiciones de ayudarnos.

—Sí. Tienes razón —dijo Wade.

Janet hurgó en la guantera y sacó un objeto con un cable negro que introdujo en el encendedor del coche.

—Bryan, dame el móvil de tu padre.

Bryan lo sacó del bolsillo derecho de la camisa de Ted y Janet lo enchufó. Emitió un pitido como un gorrión alegre y Janet les informó que volvían a estar conectados

con la humanidad.

—Vaya —dijo Wade—. No sabía que Howie tuviera un cargador.

—Hay que buscar las cosas para encontrarlas, Wade.

El móvil empezó a cargarse y a medida que iban subiendo la costa de Florida, Janet olía las parcelas que quemaban al oeste en Orange County. Ahora solo veía en blanco y negro y se vio transportada al pasado, una sensación que detestaba. Miró los hoteles baratos cubiertos de estuco de un color mayonesa deprimente. Contempló el paisaje costero, barrido por los vientos del Atlántico que solo habían dejado una estela de tocones de palmeras y algas gruesas a su paso. Se le antojaba estar delante de un hotel de segunda categoría en un país como Libia, en el que las ideas remilgadas de la clase media habían quedado en el olvido desde hacía años. El mundo se había vuelto ordinario. Dentro de los hoteles que veía pasar, Janet se imaginó las *¡putas yanquis en vivo y en directo!*, que aparecerían en el canal basura y los ascensores oxidados que estarían esperando en los pisos superiores. Vio imágenes de habitaciones sin puertas ocupadas por profetas despojados de sus visiones esclarecedoras, imágenes de adolescentes follando encima de toallas diseñadas por compañías de cerveza, suelos de madera carcomida y seca: un mundo robado de sus valores, de sus ideales y de su propio norte. De golpe, Janet se encontró en el futuro, un futuro que distaba tanto de los sueños de su juventud en Toronto que pensó en los sermones que daban en el Canal Discovery sobre los viajes a la velocidad de la luz, de jóvenes que habían sido transportados al espacio y habían vuelto a una Tierra en la que todo cuanto hubieran conocido estaba muerto o desaparecido u olvidado o ridiculizado, precisamente el mundo en el que vivía Janet.

—Oye, Wade. ¿Le encuentras algún sentido a este sitio?

—¿Eh? Sí, claro. Esta carretera sigue la costa hasta arriba.

—No, hombre, no. No me refería a eso. Quería saber si le encuentras alguna razón.

—Te está empezando a afectar el cerebro, ¿verdad?

—Sí. Quiero que me expliques todo esto. Cuéntame cómo es Daytona Beach.

—Bueno, es un sitio divertido donde puedes...

—Wade, por favor. Ahora no me vengas con esto. Haz como si yo no fuera tu madre. Haz como si estuviera borracha y tú estuvieras borracho también y sabes que si te tomas una copa más, no vas a ser capaz de explicarme nada, pero que, de momento, tienes ese superpoder de la perspicacia que te entra justo antes de tomarte la última copa.

Wade respiró hondo varias veces. Estaba claro que se había tomado la pregunta muy en serio.

—A ver, tengo un amigo, Todd, que se quedó sin un centavo después de un divorcio muy feo y ahora vende cupones de lotería en un centro comercial de

Richmond. Bueno, un día me preguntó qué día creía que vendía más cupones. Yo le dije: «No sé. Supongo que el día antes de un superbote». Pero él me dijo que no. Que cuando vendía más eran las mañanas después de los superbotes. Cuando llega a su caseta, la gente ya está haciendo cola. Y es que esa gente quiere tener su boleto en la mano durante el máximo tiempo posible. Si no lo tienen en la mano, no tienen esperanza, y necesitan esperanza para vivir.

*... clínica de manicura... concurso de camisetas mojadas... neveras portátiles... a mitad de precio... hay habitaciones... completo... Gas Citgo...*

—Creo que en Daytona Beach es donde viven esas personas que hacen cola para comprar lotería la mañana después. Ya saben que los ricos compraron las mejores playas hace más de un siglo. Son conscientes de que es la playa más bonita que verán en toda su desgraciada vida, pero también creen que igual, por una vez, tendrán un moreno tropical en lugar de convertirse en gambas a la plancha, y que tal vez, las margaritas los convertirán en seres graciosos en lugar de gilipollas chillones y aburridos, y que igual conocen al polvo de su vida en la recepción del hotel, toda cachonda y jadeante. Y lo mismo pasa en todas partes, desde el lago Havasu hasta... yo qué sé... hasta Long Island.

*... todas la gambas que pueda comer... coches de ocasión... viajes en helicóptero... Motoristas ¡bienvenidos!...*

—Los ricos..., joder, es que no se dejarían ver en Daytona Beach ni muertos, ni aunque se reencarnaran en ricos cien veces. Igual volarían por encima. Igual aceptan que sus drogas de diseño tienen que pasar por aquí, pero ya está. En conclusión: Daytona Beach es una forma de controlar las masas de las clases media y baja.

*... Taco Bell... artículos de golfa precio reducido... acupuntura...*

Encontraron un hotel, un edificio de doce plantas de color azul turquesa. Según parecía, era el tipo de hotel donde a nadie le extrañaría ver a dos hombres arrastrar a otro hombre inconsciente desde la entrada lateral hasta el ascensor. Y acertaron. Dejaron a Ted encima de la cama. La habitación tenía vistas al mar y al cielo y poco más. Un rectángulo azul encima de otro. Ni un pájaro. Janet corrió las cortinas.

Sonó el móvil, que se había podido cargar a medias. Era Nickie. En tono cáustico, dijo:

—¡Hombre, Jan! ¿Cómo estás hoy?

—Querrás decir: ¿cómo estamos? Estamos supercalifragilisticoexpialidosos. Y estamos los cuatro en un hotel de Daytona Beach. Nickie, es una historia muy larga y no te creerías ni la mitad. ¿Y tú? ¿Dónde estás?

—Te llamo desde la caravana de Kevin. Estoy aquí con Beth.

—¿Qué? ¿En la caravana de Kevin? ¿Con Beth?

Janet apuntó el número de Kevin y la llamó desde el fijo para dejar que se cargara la batería.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó Wade—. ¿Mamá, qué...?

Alguien había entrado a registrar la casa de Kissimmee mientras Nickie estaba de compras. A la misma hora aproximadamente, Beth estaba camino del Centro Espacial Kennedy pero tuvo que volver a la habitación porque se había dejado el inhalador. Cuando abrió la puerta, vio que también habían entrado a registrar la habitación. Llamó a Nickie llorando. Lo curioso era que los intrusos no se habían llevado nada. Estaban muy asustadas y habían decidido refugiarse en la caravana de Kevin.

Wade cogió el auricular y seguidamente lo apartó de la oreja:

—... ese gilipollas de Norm y su puto plan y ahora estás tan metido en toda esta mierda que me estoy cagando de miedo.

—Beth, no os mováis de allí. Ahora iré a buscaros.

—¿Cómo que vendrás a buscarlos? Nos van a matar. ¿Nunca has oído hablar de las pantallas visualizadoras? ¿Cómo pudiste llamar a ese hijo de puta desde nuestros teléfonos? ¿Dónde tenías la cabeza, Wade?

—Ni se me pasó por la cabeza, Beth. No van a matar a nadie —dijo Wade, sin demasiada convicción, pensó Janet.

—¿Cómo has podido hacernos esto, Wade?

—¿Dónde están los chicos?

—Están abajo, Ted —dijo Janet.

Los dos estaban tumbados en la cama del hotel.

—¿Les has dicho tú que se vayan fuera?

—Sí. Necesitaba un poco de paz.

—Buena idea —dijo Ted, mirando hacia las ventanas—. ¿Qué hora es?

—No sé. Primera hora de la tarde, más o menos.

—¡Qué mal me encuentro!

—No me extraña.

—¿Por qué has corrido las cortinas?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

Janet vaciló.

—Pues porque la muerte me da pánico. He mirado hacia fuera y he visto un enorme cielo vacío y un enorme océano vacío. Ni siquiera parece un mar, sino un lago inmenso de agua... limpia, pero estéril..., muerta. Por eso he corrido las cortinas.

Los dos permanecieron en silencio. El aire fresco de la habitación rozaba el rostro y los brazos de Janet como talco.

—Sí —dijo Ted—. Yo también estoy cagado de miedo con esto de la muerte.

—Bueno, pero al fin y al cabo, es lo que nos espera, ¿no?

—Sí, pero yo me voy a morir.

—Bueno, de estos ojos no brotarán muchas lágrimas, Ted.

—¿Eh? Ya. Ya me lo suponía.

—¿Estás mareado? —preguntó Janet.

—Si no muevo demasiado la cabeza, me aguanto. Ha sido el sol más que la bebida. Apenas he tocado esa botella de ginebra.

Ted calló durante unos instantes y luego preguntó:

—Oye, Jan. ¿Le has dicho algo a Nickie? ¿Sabe que lo sé?

—No. ¿Por qué?

—No. Por nada. A lo mejor crees que estoy cabreado con ella, ¿verdad? Que la voy a dejar o echar o algo así.

—Hombre, pues se me había pasado por la cabeza. Sí.

—Pues no. Que no estoy enfadado, quiero decir. Y tampoco voy a dejarla.

—¿Ah no? Esto sí que no me lo esperaba.

—Escucha, no es lo que parece —dijo Ted.

—Las cosas nunca son lo que parecen, Ted.

—Es que tengo cáncer de hígado.

—Vaya —dijo Janet, frotándose los brazos.

Empezó a sonar un teléfono en la habitación de al lado.

—No hace demasiado calor aquí dentro, ¿verdad? —dijo Janet.

—No. Se está muy bien.

—Este cáncer, ¿está muy avanzado?

—¿Cómo te lo diría? Soy hombre muerto.

—¿Puedes ponerle una fecha?

—Me han dado nueve meses, con un poco de suerte.

El teléfono dejó de sonar.

—Ay, Ted. Eres un hombre lleno de sorpresas.

—Ojalá no lo fuera —dijo Ted, cerrando los ojos—. Oye, no le digas nada a Nickie, ¿vale?

—No lo sé, Ted. No te lo puedo garantizar. Llevo tantos secretos dentro que por algún lado tendrán que salir.

—Bueno, como quieras. La verdad es que me da igual. Lo que más me importa es que no quede ningún recibo sin pagar. Ahora que lo pienso, esto del VIH es un alivio. Es como si formáramos parte de un gran club de la muerte, o algo así.

—Bueno, hay una o dos criaturas en camino. No te olvides de ellos.

—Sí, es verdad. Sí que han tardado en reproducirse. Ya les vale.

En el pasillo, alguien encendió una aspiradora. Janet dijo:

—¡Qué tranquilo se está aquí! ¿Verdad?

—Sí.

—Es como si hubiéramos llegado al final de *Nuestra ciudad* y los habitantes de Grover's Corner se estuvieran hablando desde sus rumbas.

—Ya.

—Siempre me imaginé que la muerte sería así —dijo Janet—. Tú y yo..., uno al lado del otro..., juntos, hablando tranquilamente.

—Esa obra de teatro siempre me ha puesto los pelos de punta.

—Sí, ya lo sé. Bueno, a mí también. Deberían ponerle una advertencia, igual que al tabaco. Pero al menos me dejó claro cómo iba a ser la muerte. Y a la vez, me hizo no querer pensar en ella.

—A mí lo que me pasa es que por mucho que intente no pensar en la muerte, no consigo quitármela de la cabeza —dijo Ted—. Ni siquiera tengo los huevos de decírselo a Nickie.

—No lo entiendo. ¿Por qué no?

—Ella iba a ser la prueba de que estaba vivo y de que era invencible y joven. Si ella pensara que me ha llegado la hora, entonces me habrá llegado de verdad. ¿Me explico?

Janet se rio. Ted le preguntó:

—¿Y tú de qué te ríes ahora?

—Nada. La ironía es demasiado cruel. Es como una de las historias de O. Henry. Ted, Nickie está segura de que eres tú quien la quiere dejar.

—Joder —dijo Ted, sonriendo.

*Esa dentadura americana.* Ted le ofreció la mano y Janet la cogió. Los dos se quedaron mirando hacia el cielo. Alguien pasó por el lado de su puerta y en alguna habitación, alguien dio un portazo.

—La verdad es que Wade y Bryan me deberían haber atado hace años, pero tú has sido una niña muy mala dejando que lo hicieran.

—Bueno. ¿Qué le vamos a hacer?

—Nada, porque en el fondo, tú no eres mala. El único capullo de aquí soy yo.

—Hombre, no voy a llevarte la contraria.

—¿Cuándo me volví así, Jan? Dímelo, porque no siempre he sido mala persona. Cuando empezamos a salir juntos, era buen tío, ¿no? ¿Janet? ¿Me estás escuchando?

—Sí. No. Es que me has dejado pasmada. Me acabas de hacer la pregunta que jamás me imaginé que oiría de tus labios.

—Pues haz como si estuviéramos muertos, ¿vale? Podemos decirnos lo que queramos. Podemos preguntarnos lo que sea. ¿No sería genial que la vida fuera así?

Janet consideró las posibilidades.

—¿Los dos... muertos..., así de fácil?

—Sí.

Doce pisos más abajo, pasó una bandada de Harleys como un trueno.

—Pues siempre he pensado que te volviste malo cuando me empezaste a engañar con otras —dijo Janet—. He calculado que me engañaste por primera vez unos años después de que naciera Sarah, cuando nos mudamos al oeste. Creo que te liaste con Violet, esa recepcionista tuya que me trataba con demasiada cordialidad.

—Eres buena, ¿eh? —dijo Ted—. Un, dos, tres, ¡pum!

—Hombre, tampoco hacía falta ser un genio para adivinarlo, Ted. ¿Fue la primera?

—Sí, pero duramos muy poco. Me dejó de gustar y quiso hacerme chantaje. Le dije que si lo hacía, su padre iba a recibir unas instantáneas pornográficas que le hice con un Instamatic.

—¿Has dicho Instamatic?

—Sí, parece que haga siglos, ¿verdad? Bueno, fue por eso que me enganché a la pornografía. ¿A que no lo sabías? En el despacho tenía... buah, un armario lleno de toda clase de porquería.

—Será porque no has navegado por Internet.

—Ya. Bueno, al final me harté y tiré todas las revistas.

Fue en el setenta y cinco, más o menos. Me acuerdo que me quedaba hasta tarde en el despacho y bajaba con cajas enteras de revistas al callejón detrás de la calle Dunsmuir. ¿Te acuerdas cuando tenía el despacho allí? Pues eso. Lo que pasa es que cuando ya no las tenía, me sentía más sucio y más quemado que cuando las escondía en el armario. Supongo que entonces me di cuenta de que no podía echarme atrás. Cuando me volví malo de verdad.

—En el setenta y cinco. Sí, la fecha cuadra, al menos. No tenía ni idea de que llevaras una vida tan sexual. Yo creía que estabas tan tenso por culpa del trabajo. Pensé que el hecho de dejar el aerospacio y trabajar haciendo oleoductos te hacía sentir como si te hubieran cortado las alas. Como si hubieras perdido tu razón de ser.

—¿Y tú? ¿Nunca me pusiste los cuernos?

—No, pero estuve a punto. Con Bob Laine, ese gestor que tenías. La noche de la fiesta que acabaste a palos con Wade en la entrada de casa. Nos fue de un pelo.

—¡Qué pesadilla de noche!

—Me pasé todo el día siguiente llorando... en la pista de tenis detrás de la casa.

—Vaya. Lo siento. Tendrías que habértelo tirado.

—¿Qué dices? ¿No lo dirás en serio?

—Que sí. Un desliz te hubiera sentado de maravilla.

—Sí, hubiera sido divertido.

—¿A que no sabías lo de mis problemas con las drogas?

—¿Qué problemas?

—Me enganché a la coca. A principios de los ochenta. Esnifaba más que una aspiradora.

—¡Qué burra soy! Soy inútil para estas cosas, Ted. Debe de ser por eso que te saliste tantas veces con la tuya.

—Sí. Más o menos.

—¡Claro! Ahora entiendo qué pasó con todo ese dinero que invertimos en la Bolsa... No fue por el crack de 1987.

—Bingo. Lo siento.

Janet suspiró.

—Olvídalo. Ya es agua pasada.

—Si ahora no soy tan cabrón es porque no me meto nada. Tampoco me los podría permitir, pero... no sé, quiero estar limpio cuando me muera. Qué ñoño, ¿no?

Las cosas estaban empezando a aclararse en la cabeza de Janet.

—Por eso estás en la ruina, porque te lo gastaste todo en drogas, ¿verdad?

—Bueno, sí. ¿Qué le vamos a hacer?

—Nada.

En el pasillo, dos de los empleados estaban en plena discusión sobre quién se había olvidado, o no, de dejar unas toallas y si eran, o no, las correctas.

—Me apetece abrazarte —dijo Ted.

—¿Ahora? ¿Estás seguro?

—Sí. Ahora. Estoy seguro.

Janet sopesó las ventajas y desventajas de la oferta.

—¡Cuánto te he querido!, Ted Drummond.

—Sí, yo también, cariño.

—¿Quieres abrazarme?

—Sí. Me encantaría.

—Nuestra niña se va al espacio, Ted.

—Nuestra niña.

Poco después, se durmieron abrazados como dos gemelos en un útero.

Wade se detuvo en una cabina de teléfono en la calle principal de Daytona Beach y marcó el número privado de Sarah. A pocos metros, Bryan había entrado en una tienda en la que vendían bolas de NASCAR.

—¿Sarah?

—Ah, eres tú.

—¿Eh? ¿Cómo que «ah, eres tú»?

—Pues lo que oyes.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

*Le pasa algo.*

—Sarah, ¿qué ocurre?

Sarah lo imitó:

—Sarah, ¿qué ocurre...?

Wade estaba mareado, como si hubiera bajado de un tiovivo en marcha.

—Va, Sarah, por favor. No seas injusta. Cómo voy a saber lo que te pasa.

—Ya me he enterado de lo de Howie y Alanna.

—Ah.

—Sí, ah.

—¿Cómo te has enterado? ¿Quién te lo ha dicho?

—Da igual.

—No, Sarah, no da igual.

Sarah se calló. Se sorbió los mocos una vez y trató de no echarse a llorar.

—Sarah, cariño —dijo Wade—. Lo siento. No sabes cuánto lo siento. ¡Qué mal me sabe! Joder. Joder, Sarah.

Sarah volvió a sorberse los mocos. Wade oyó unos altavoces en el fondo.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Wade.

—Gordon.

—¿Cómo? ¿Gordon Brunswick?

—Sí, el comandante Gordon Brunswick, marido de Alanna.

*No te pongas a la defensiva.*

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó Wade, percibiendo que Sarah ya estaba poniendo sus ideas en orden.

—Ha sido la misma Alanna quien ha descubierto el pastel. Porque tú la pescaste *infraganti*, o mejor dicho, los pescaste. Y porque se ha sentido culpable. Porque es una zorra entrometida.

—Ya —dijo Wade.

En el fondo se oyeron más ruidos: una especie de instrucción por el sistema de

megafonía. Wade intentó imaginarse cómo se sentiría si se enterara de que Beth le era infiel.

—Hostia, Sarah. Lo siento.

—No entiendes nada, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas. ¿Qué hay que entender?

—No estoy así por lo de Howie.

—Ahora sí que me he perdido, Sarah. ¿Cómo que no es por lo de Howie?

Sarah suspiró; ya no le quedaban más lágrimas.

—Wade, tú crees que soy perfecta, ¿verdad?

—Bueno, sí. Siempre lo he pensado.

—Pues ya no puedo más.

—Hombre, nadie es...

—Ay, calla, Wade.

—¿Sarah?

—Gordon y yo éramos amantes. Ha sido la experiencia más liberadora de mi vida.

*¡Bumba! Se hizo la luz.*

—No soy quién para juzgarte, Sarah.

—Íbamos a hacer el amor en gravedad cero.

—¡Hostia!

—Ahora Gordon se ha echado atrás y no quiere saber nada de mí. Me siento igual que con mi profesor de química.

—Joder, Sarah.

—Estaba enamorada de Gordon, Wade. Mierda. Lo sigo estando. Lo que tengo con él no tiene nada que ver con lo que recuerdo haber sentido por Howie. Howie estuvo bien, pero no lo recuerdo como una pasión. Nunca. ¿Y tú? ¿Sientes pasión por Beth?

—Hombre, nunca me lo había planteado así, pero sí. Supongo que sí.

—Ya no me importa la misión. Te lo digo en serio.

—Sarah, no digas eso. Tiene que importarte.

—¿Por qué?

*La culpa es mía. La culpa es toda mía. ¿Por qué tuve que ir a cambiarme de ropa antes de ir al hotel?*

—Sarah, llevas toda la vida preparándote para esta misión.

—Te equivocas: todos los demás me habéis presionado toda la vida para que llegara hasta aquí. Papá sobre todo.

—Ahora no puedes abandonar, Sarah. ¿Qué te crees? ¿Que la NASA va a sacarse un suplente de la manga? Esto no es la función de Navidad del cole.

—Bueno, pues me iré al espacio y, vale, haré lo que tenga que hacer, pero nada

más. Lo justo. Es lo mismo que hacerle una prueba diagnóstica a un Audi. Solo es un trabajo.

—Sarah, quiero verte. ¿No puedes pedir una hora de descanso? ¿No podríamos hablar?

Sarah suspiró y dijo:

—No lo sé, Wade. Todo esto es muy nuevo para mí.

—¿Por eso te pusiste tan borde con mamá ayer?

—Sí. No debería haberle echado una bronca. ¡Es lo único que le faltaba!

*Bien. Todavía le importan los sentimientos de los demás.*

Sonó un timbre en el fondo.

—Tengo que colgar, Wade.

—Vale. ¿Cuándo puedo localizarte?

—Ya te llamaré yo. Te lo prometo. ¿No tenéis ningún móvil aparte del tuyo?

Wade le dio el número de Ted.

—Te advierto que cargarlo es más complicado que la política del Oriente Medio. Ya te llamaré yo esta noche.

De repente, Wade se acordó de Howie.

—Por cierto, ¿qué ha sido de Howie? ¿No se lo llevaron dos tíos de la NASA ayer?

—Sí, eso creo. ¿Qué más da? Seguro que está organizando un picnic de almejas en la playa o una fiesta glo-bo-ograma, o alguna gilipollez de las suyas.

—Te quiero, hermanita.

—Gracias, Wade. Hasta luego.

*Clic.*

*Joder.*

Bryan había salido de la tienda y estaba esperando a Wade junto a la cabina.

—Vamos a despertar a mamá y papá. Tenemos que localizar a Shw.

Bryan se había embadurnado de pomada de zinc y llevaba una camiseta encima de la cabeza con una gorra de los Miami Dolphins para sujetarla. Se había comprado unas prendas posplayeras con el dinero que le había dado Janet y, entre el color rosa de su delicada piel y la ropa, parecía un cubo de restos del Ejército de Salvación.

—Frena un poco —dijo Wade. La cabeza le daba vueltas.

—¿Cómo está Sarah? —preguntó Bryan.

—Bien, bien. Todo bien.

—¿Te pasa algo, Wade?

—No.

—Tendrías que llamar al alemán.

*¡Desviación!*

—Vale. Llamaré a Florian.

Los coches pasaban a toda velocidad, sobre todo por el centro turístico de Daytona Beach. *Esto es como Reno... No, como Laughlin, Laughlin de Mar.* Wade puso una pila de monedas sobre el teléfono y marcó el número de Pesticidas Buckingham en las Bahamas. Contestó la misma voz de la mujer bahamiana profundamente agobiada del día anterior:

—Pesticidas Buckingham.

—Hola. Soy Wade. Quisiera hablar con Florian sobre la carta de su... madre. Ayer hablé con usted.

Esto pareció provocar una pizca de entusiasmo en la voz de la recepcionista:

—Ahora le paso. Un momento, por favor.

Wade se alegró de haber pasado la prueba del guardián.

Se puso una voz alemana, filtrada por innumerables torres de célula, satélites, fibras ópticas y cables de cobre:

—¡Hombre! ¿De verdad eres el pequeño Wade?

—Hola, Florian. ¿Cómo estamos?

—¡Vaya, vaya! Esto es demasiado. ¿Cómo coño ha acabado un mierdecilla *comme toi* con mi pedido?

—Tengo otra pregunta más interesante, Florian. ¿Qué coño hace un saco de eurobasura como tú saqueando la habitación de hotel de mi familia?

—¡Qué genio, Wade! No te pongas nervioso. Te habrás dado cuenta de que he esperado a que no hubiera nadie. ¿Hay alguna baja? No. ¿Te han robado algo? Tampoco.

—Claro, porque no la has encontrado.

—¿Y por qué tengo que pagar por algo si lo puedo tener gratis?

—Eres un inmoral de mierda...

—Ah, calla. No es que sea inmoral, es que soy muy, muy rico y como soy muy, muy rico, sigo mis propias reglas, Wade. La vida es así.

*No te pongas nervioso. No te pongas nervioso.*

—Wade, háblame, porque ahora mismo me parece que estoy oyendo la voz de tu psicólogo. ¿Qué dice? Que te contengas, ¿no?

*Hijo de puta europeo. Este tío no vale la pena.*

Florian siguió:

—No dices nada, así que debo de tener razón. ¿A qué cursillo te has apuntado? ¿El de «Cómo gestionar tu ira»?

Bueno, seguro que está lleno de triunfadores. Por cierto, las Bahamas te echan de menos. Me han dicho los tamtanes que ahora vives en Kansas City. Perdona, pero es que me acabo de atragantar. Wade, querido, deberías haberme llamado... Ay, ¿qué digo ahora?... enviado un e-mail para informarme de tu situación desesperada. Te hubiera enviado un *pack* de cultura: entradas para el teatro-restaurante, cuadros de

payasos llorosos pintados por el señor Red Skelton, ya sabes, el famoso cómico.

—Florian, cállate de una vez. ¿Quieres la puta carta, o no?

—¡Qué machote estás hecho!

—Tú mismo.

Florian cambió de tema:

—Oye, Wade, me han dicho que en el armario del baño de tu habitación encontraron un frasco de didanosina. No es precisamente una droga recreativa.

*Me olvidé de coger la didanosina. Mierda, mierda, mierda.*

—Dime, Florian, ¿todavía te zurra esa niñera tuya antes de irte a dormir?

—¡Virgen Santísima! Ahora sí que has puesto el dedo en la llaga. ¿Qué me decías de la didanosina?

—¿A ti qué te parece?

—¿Tienes paperas? ¿Difteria? ¿Amigdalitis?

Pasó un tractor con un remolque. Florian preguntó:

—¿Ha sido un camión lo que acaba de pasar?

—Sí, efectivamente.

—¡Wade! ¿Por qué no me lo has dicho? Estás en Zimbabwe, ¿verdad? Follando tórridamente con todos esos camioneros cachondos que hay en África Central. Y sin protección, claro.

—¡Ya basta, Florian! Hablemos de negocios.

—¡Qué varonil!

*Mejor que no le diga que Norm está muerto. Mejor ni mencionarlo.*

—Mira, Florian. Antes de que te pongas demasiado gracioso, quiero que sepas que yo solo soy el mensajero en todo esto, ¿vale?

—No me digas que el pato Donald ha conseguido resucitar a nuestro amigo Norman.

*Mierda.*

—Ya sabes, Wade: todas esas bailarinas que dan brincos por Small Town USA, esas gitanas que tienen una canción en el corazón y un móvil en el camerino... ¿de verdad creías que no me iba a enterar? Ya podrías cagar de lado en un váter de Disneylandia y la ratoncita Minnie lo sabría incluso antes de que tiraras de la cadena. Dime, Wade, ¿Norm te dijo que había otras personas muy interesadas en la carta?

Wade no contestó.

—Me imagino que eso debe de querer decir que sí. ¿Y Norman te metió el rollo ese del papel especial reciclado de las braguitas de la reina y forrado de titanio? ¿Eh?

—Bueno...

—¡Qué tontorrón eres, mi pequeño Wade!

—Es que hubo un apagón en Disneylandia y de repente estaba... muerto.

—Wade, vale que me he metido en algunos asuntos dudosos en mi vida, pero

todavía no he conseguido infiltrarme en la caja de plomos de Disneylandia. Y tampoco voy por la vida disparando dardos venenosos a los gilipollas con tiendas de ropa deportiva que se desangran. Si Norm no me la ha traído a las Bahamas en persona, es porque el año pasado lo pillaron con unos esbozos de Cézanne. No es que eso sea nada del otro mundo en las islas, pero la situación se complica si el comprador juega asiduamente a criquet con el gobernador.

—Tendrás que pagar en efectivo, Florian.

—Ya me estás cansando, Wade.

—Tengo que colgar, Florian. Adiós.

*Clic.*

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Bryan, que trataba de refugiarse del sol a la sombra patética de un poste de teléfono—. ¿Vamos?

—Sí, vamos —dijo Wade, dándose cuenta de que no había preguntado por Howie.

—Sí, sí. Ya lo sé.

—Este alemán te ha puesto de los nervios, ¿no? Por lo que veo, os conocéis bien. ¿De qué va todo esto? ¿Habíais trabajado para él, o qué?

*... aplicando desfibriladores a delfines que transportaron clandestinamente a Carolina del Norte...*

—¿Wade? Te estoy hablando.

*... Wade, lo único que puede hacer que se hunda el barco es el ancla...*

—Tenía razón. Ya lo conocías.

*Sí tiene sesenta años, Wade, así que cierra los ojos y piensa en Fort Knox...*

—Bueno, vale. Hace tiempo que lo conozco. ¿Y qué?

—¿Qué hacías?

*... Keith acaba de echarse nitrógeno líquido por toda la puta mano. Sacadlo del camión antes de que nos encuentren los Duques del Terror...*

—No hacía nada. ¿A ti qué más te da, Bryan?

*... una de dos: o nos tragábamos los paquetes o nos pasábamos los próximos treinta años en un centro penitenciario en Montego Bay. Tuvimos que tragarlos...*

—Seguro que lo que hacías era muy malo. Si no, me lo dirías.

—Bryan, tendría que...

—Mira, Wade. No tendrías que hacer nada, ¿vale? Vamos a comprar las plantillas de mamá y me olvidaré por completo de esta conversación. ¡Flas! Olvidado.

Tuvieron que caminar bastante hasta encontrar una farmacia. Wade estaba preocupado por Sarah, pero le venían otras interferencias alarmantes: la didanosina, si la falta de sus pastillas aceleraría la desintegración lenta y constante de su organismo. Cuando era pequeño, le gustaba sacar las pieles blancas y lisas de las pelotas de golf y mirar cómo las gomas elásticas se deshacían rápidamente en su interior. *Hay que*

*ser gilipollas, gilipollas, gilipollas para dejarse la didanosina.*

Subieron al piso doce del hotel y abrieron la puerta de la habitación.

—Te hemos traído las... —empezó a decir Wade.

Encima de la cama estaban sus padres abrazados y dormidos como dos viejos perros pastores.

Janet abrió los ojos y dijo:

—Ay, hola, guapos.

Wade no daba crédito a sus ojos y se quedó patidifuso.

—Pero ¿qué te pensabas, Wade? ¿Que ibas a encontrarnos aquí pegándonos con una puerta arrancada del armario, o qué? Somos personas, no dibujos animados, cariño.

Ted seguía durmiendo. Roncaba sin regularidad y los pliegues húmedos de su piel subían y bajaban lentamente.

—Pero...

—Después de todo lo que has vivido y ¿ahora te sorprendes?

Bryan intervino rápidamente:

—Wade acaba de llamar al alemán ese, a la Flor aquella. Wade antes le hacía un montón de trabajos sucios.

—A las pruebas me remito —dijo Janet—. Después de tantos años de pecados, el hecho de encontrarte a mamá y papá en la misma cama te escandaliza, ¿no?

Ted se irguió de repente en la cama.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó Ted, mirando a Wade como si tal vez requiriera una paliza.

—Dejadme en paz, ¿vale? Joder, ni que estuviera en un juicio, macho.

—¿Qué ha sido la cosa más mala que has hecho en tu vida? —preguntó Bryan.

—Cállate, Bryan.

—No te pongas así —dijo Janet—. ¿Por qué no le contestas? La verdad es que llevamos mucho tiempo preguntándonos a qué te dedicas.

—¡Soy un hombre casado! Tengo una mujer y pronto tendré un hijo. ¡Mi pasado no os debería preocupar como antes!

—¡Ja! —dijo Ted.

Janet se rio.

—¿Ahora qué? ¿Y a ti qué te hace tanta gracia?

—Cariño —dijo Janet—, no puedes escapar de tu pasado. Tu pasado forma parte de tu presente.

Sus padres se incorporaron y se apoyaron en los cojines.

Bryan se había instalado cómodamente en un sillón.

—Oye, Wade —dijo Bryan—. ¿Has matado a alguien alguna vez?

—Esto no está pasando.

—Va —dijo Janet.

—Vale, de acuerdo. Sí, pero no lo hice adrede. Fue un accidente y pasó cuando estaba en aguas internacionales, o sea que soy inocente.

—¿Y qué pasó? —preguntó Janet.

—Pues nada. A un gilipollas, Ron, le di con un botalón de foque en un viaje de mercancías que hicimos a Cuba.

—¿Un viaje de mercancías a Cuba? —preguntó Janet.

—Sí. Llevábamos unos cinco mil Wonder Bras e íbamos a canjearlos por no sé cuántos puros. Esto fue antes de que cayera el Muro y a los rusos lo de la ropa interior no les hacía ninguna gracia, porque se ve que era muy difícil comerciar con ella. Uno de los vecinos de Florian se compró un esbozo de Da Vinci con los beneficios que sacó de una barca pesquera griega que llenó de Kotex. También había otro tipo, Rainer, que se retiró después de transportar un cargamento de canola hasta un centro privado al sur de La Habana. Se compró un Cord del treinta y seis con las ganancias.

Wade no tenía ganas de adentrarse más en su pasado y dijo:

—¿No deberíamos ir a encontrar a Shw?

—Supongo que sí —dijo Janet—. Venga, Ted. ¡Arriba!

Ted se puso en posición vertical y caminó con torpeza al baño donde volvió a vomitar.

Janet se puso los zapatos y se masajeó las muñecas.

—Quiero llamar a Sarah.

—Espera un poco, mamá —dijo Wade—. Ahora no creo que sea un buen momento.

—¿Ah, no? ¿Y qué te hace pensar eso?

—Es que acabo de hablar con ella, desde una cabina. Está... —*piensa, piensa, piensa*— cargando renacuajos en un tanque especial, o algo así.

*Pues ha quedado de coña.*

Janet no insistió.

—Bueno. Ted, muévete. Tenemos que ir a buscar a la madre de tu nieto.

Los Drummond se subieron de nuevo a la furgoneta naranja. Estaban medio dormidos, drogados por el sol agotador de la tarde. Los pájaros se habían desvanecido y el tráfico estaba casi al cero. Los hoteles ya no parecían muertos: parecían momias. Wade se preguntó cómo se habría poblado un lugar como Florida para empezar. Todos esos matorrales con pinchos y pantanos llenos de insectos; aguas rancias; depredadores. En lugar de tener aire acondicionado y autopistas, solo iban armados de machetes y Biblias. Para Wade, Florida no era un sitio para reinventarse, sino un sitio ideal para la gente que no quería que la encontraran jamás.

—Gira a la izquierda —dijo Janet, señalando una calle más adelante—. Debería

estar a la izquierda, más o menos por aquí. ¡Mira! Aquí esta. El número mil seiscientos cincuenta.

—¡Si es el coche de Shw! —dijo Bryan, bajando sigilosamente del coche.

—Bryan, ¡no seas imbécil! —dijo Ted, volviendo a la vida.

Wade bajó del coche, cogió a Bryan y lo tiró sobre el asfalto de la entrada.

*La vida es mucho más sencilla si improvisamos sobre la marcha. Si nos lo montamos bien, tal vez seamos capaces de improvisar la muerte también. ¿O es una estrategia demasiado sencilla?*

Janet miraba por la ventanilla de la furgoneta a Wade, que se había echado encima de Bryan en la entrada hecha de ladrillos rojizos de la casa del mecánico, mejor dicho, del rey de los silenciadores. Janet pensó un poco más en él y en lo que había descubierto en Internet.

*Bueno, en realidad es algo más que el rey de los silenciadores. Es el rey de los encendedores en los tableros de mandos o el rey de «las piezas de inyección moldeadas de vinilo que se introducen en la manivela de la ventanilla, disponibles en todos los colores». O el rey de esos chismes estandarizados para automóviles que fabrican en esos países ecuatoriales chiquitines donde no existen los derechos humanos ni la cocina tradicional. Pero ¿los silenciadores? ¿Especializarse únicamente en silenciadores, una cadena de producción tan limitada? ¡Qué arcaico! ¡Qué sentimental! Una fórmula segura para el fracaso.*

Mientras tanto, Ted había bajado del coche y estaba proporcionando patadas equitativamente a sus dos hijos.

*¡Todo va de perlas! ¿Qué más nos puede pasar?*

Lo que podía pasar era un perro que, por lo visto, había salido disparado de un cañón y se había pegado a la pierna de Bryan con su mandíbula y muelas de castor feroz. En lo alto de las escaleras que subían a la casa apareció Shw, vestida con un albornoz de color blanco y la cabeza envuelta en una toalla también blanca.

—¡Kimba! ¡Suéltalo ya!

Kimba se descajó de la tibia de Bryan y se sentó con una expresión de canino feliz. Bryan se había transformado en un coágulo concentrado y tembloroso de dolor. A pesar de todo, Shw no parecía dispuesta a ofrecerle ni la más mínima compasión. Bajó corriendo las escaleras, lanzó un hueso al césped para Kimba y dijo:

—Ya te vale, Bryan. ¿No podrías haber dejado a tu familia en casa por una vez? ¿Os habéis visto? Parecéis una secta de carnívoros.

Metió una lima de esmeril en el bolsillo del albornoz y dijo:

—¡Fuera de aquí! Te juro que le diré a Kimba que te ataque. Vete.

—Shw, no puedes vender nuestro bebé. Es sagrado. Esa criatura representa mi amor por ti...

—Bryan, cállate de una puta vez.

Shw vio que Ted y Wade estaban mirando detenidamente el coche alquilado de Shw.

—¿Qué le pasa al coche? ¿Qué miráis?

—Es que ayer se me cayó la relación de recetas en el maletero cuando nos dejaste en la gasolinera.

—¿La relación de recetas? ¿Qué es una relación de recetas?

—Es la lista de todos los medicamentos que me tengo que tomar.

—Ya ves. Que te hagan otra.

—No pueden. Esa lista es... —dijo Wade, buscando desesperadamente una mentira creíble.

—Esa lista es ¿qué? ¡Anda ya! Mírame. Me estás mintiendo, ¿verdad? Estás diciendo gilipolleces. ¿Qué se te cayó? ¿Dinero?

—No.

Era evidente que Shw era mil veces más sagaz que Wade e inmune a sus encantos.

—No, el dinero no es lo tuyo, ¿verdad? Bueno, fuera lo que fuera, no creo que lo encuentres. Seguro que Gayle lo habrá tirado a la basura. Me ha limpiado el coche.

—¿Quién es Gayle? —preguntó Bryan.

—Pues la futura mamá. Me adoran y me tratan como a una reina. Todo me iba de puta madre hasta que habéis llegado vosotros. No quiero que me jodáis el plan, así que ¡fuera! ¡Kimba!

El perro se tensó a la espera de más instrucciones.

—No me hagas esto, Shw. ¡Yo te quiero! ¡Dios mío, cuánto te quiero! ¿No te acuerdas de cuando le prendimos fuego a esa tienda de ropa? Juntos destrozamos un campo de judías Frankenstein. Fue alucinante. ¿No significó nada para ti?

—Bryan, fue bonito mientras duró, pero todo eso ha pasado a la historia.

—Vale, pues échame el perro encima, haz lo que quieras, pero no vendas el niño.

La masacre de Kimba no se materializó. De repente se oyó un «¡ah del barco!» en el tono alegre y cándido de un guía de crucero.

—¡Mierda! —exclamó Shw—. Es Lloyd. No hagáis nada raro, si no es demasiado pedir, claro.

Janet miró el espectáculo intrigada.

—¡Emily! —gritó Lloyd—. ¡Qué sorpresa! Has decidido invitar a la familia Drummond. Para mí este es un momento tan, tan conmovedor —dijo, poniendo una mano en el corazón.

Bryan, Wade, Ted y Janet dijeron al unísono:

—¿Emily?

—Emily es la donante de útero más cariñosa del mundo. Y vosotros —dijo, estrechando a toda la familia Drummond entre sus brazos—, como antepasados genéticos, sois maravillosos. ¡Pasad! Entrad en casa, por favor. ¡Dios mío! ¡Qué fiesta vamos a montar esta noche!

Se volvió y gritó:

—¡Gayle! ¡Gayle! La pequeña Emily nos ha traído a la familia Drummond entera. Gayle, una mujer atractiva de unos cuarenta años, asomó la cabeza por la ventana.

—¡Que Dios os bendiga, familia Drummond! ¡Pasad! ¡Pasad! Sé que está todo patas arriba. Soy un desastre, lo sé.

Shw hizo lo que pudo por no estallar cuando vio entrar a toda la familia a la casa, un escaparate de modernismo blando.

—Yo mismo diseñé la casa a partir de un equipo que compré en Office Depot —dijo Lloyd—. Es increíble, ¿verdad?

Todos los objetos en la habitación eran relucientes o de color rosa o vellosos o de latón. No había ningún ángulo recto en todo el salón.

—Precioso —dijo Janet.

Gayle entró en la habitación, abrió los brazos e hizo una reverencia digna de un ballet infantil.

—¡La abuela de mi Bebé Escogido! —gritó, abrazándose a Janet como un oso—. ¡Mi hija será tan inteligente... y tan guapa!

Miró a Ted.

—¡O tan guapo! ¡Lloyd! ¡Lloyd! Bebida para todos. Abre esa botella francesa.

Se volvió hacia los Drummond:

—Es de Francia. Emily, ayúdame a servir las copas.

La familia miraba atónita la humillación de Shw. Gayle seguía dándole instrucciones:

—Cuidado. No vayas a romper las copas. Y procura no agitar la botella o todo ese champán tan caro acabará en el suelo. Y para ti: zumo de manzana, futura mamá.

Shw miró a los Drummond y esbozó una sonrisa de mártir. Janet se imaginó que el papel de hija cariñosa era todo cuento, y que aún le quedaba otra paga.

*Gracias a Dios que a Bryan no se le ha ocurrido abrir la boca.*

—Quisiera llamar a mi mujer. ¿Puedo usar vuestro teléfono? —preguntó Ted.

Gayle le echó una mirada breve, pero inequívocamente glacial.

—Es una llamada local —dijo, mirando a Janet en busca de confirmación—, ¿no?

—No, Ted. Es una llamada de larga distancia —dijo Janet.

—¿No tienes móvil? —preguntó Gayle.

—Ted, el móvil lo tengo yo, pero está en la furgoneta. Nickie y Beth están bien. Están en la caravana de Kevin —dijo Janet.

—¿Te ha dicho cuándo volvería a llamar?

—No lo sé, Ted.

Bryan, que seguía aturdido por las quemaduras del sol y por el mordisco que le había dado Kimba, miró fijamente a Lloyd, que viendo la mirada, dijo:

—Tienes una buena pupa, Bryan, hijo..., no sé ni cómo llamarte. Me siento como si ya fueras de la familia.

—Codeína, vicodine, percocets. ¡Ahora!

—Voy a ver qué hay en el cuarto de baño —dijo Lloyd, saliendo del salón.

—Gayle —dijo Wade—. Quiero que sepas que Emily nos ha dicho que eres una persona maravillosa.

Shw se puso visiblemente tensa, pero Gayle sonrió encantada y repartió las copas de champán.

—¿Sí? Bueno, no tenía por qué...

—No, de verdad —continuó Wade—. Solo tenía palabras buenas para vosotros, ¿verdad, mamá?

—Sí, es cierto. Incluso nos dijo que le sabía mal aceptar el dinero por ser Madre Escogida. Nos dijo que cobrar tanto dinero le parecía mal, que se sentía muy unida a vosotros y que no sabía si iba a poder aceptarlo. Que era muy poco cristiano, ¿sabes?

Shw la interrumpió:

—Ay, Janet. Tú y tus bromas, ¿eh? —dijo volviéndose hacia Gayle—. Esta mujer es un verdadero peligro.

—Shw... Emily —dijo Janet—. No intentes disimular la luz que llevas dentro, hija.

Miró a Gayle.

—¿Sabes, Gayle? Incluso me dijo que si pudiera, donaría sus servicios de útero gratis si no fuera porque tiene que cubrir los gastos.

—Hombre, claro —dijo Gayle—. Hay algunos gastos imprescindibles. Hasta allí llevo.

Lloyd entró en la habitación con un frasco de Tylenol 3.

Gayle, eufórica ante la posibilidad de reducir el precio de la compra, dijo rápidamente:

—¡Un brindis! ¡Por mi querida y generosa Emily! ¡Y por todo el clan Drummond!

Todos vaciaron las copas y Gayle y Lloyd bombardearon a Ted con preguntas acerca de la NASA, a las que respondió con una precisión de folleto informativo. Janet, que poco podía participar en la conversación, preguntó dónde estaba el baño. Antes de llegar al final del pasillo, alguien la cogió con fuerza del brazo. Era Shw, furiosa.

—Vale. Ya está bien, ¿no? ¿Qué tengo que hacer para que os calléis de una puta vez?

—Shw... Emily... Primero pregúntame si me importa todo esto. Tal vez descubras que me importa un pepino.

Wade apareció por detrás de Shw y le tapó la boca con la mano.

—Mira, guapa. Yo que tú dejaría de ir de brujita malvada y me preocuparía más por Bryan. Ahora mismo no reacciona, pero te aseguro que de aquí a unos cuantos

minutos va a tener mucho que decir. ¿Y sabes qué? Tengo unas ganas de que se le destrabe la lengua...

Shw lo mordió, pero lo soltó enseguida.

—¡Hostia! Mierda —dijo Wade—. ¿De qué vas, tía?

—No te habrá salido sangre, ¿verdad?

Wade se miró la mano.

—No. No estás infectada, muchas gracias.

—Baja la voz —dijo Shw—. Nos van a oír.

Wade se fijó en una puerta de acero que había al lado del tocador.

—¿Qué hace esta puerta de acero aquí? ¿Sabes a qué da esta puerta?

—Ni idea. Me parece que baja a un refugio antiaéreo.

—¿Un refugio antiaéreo?

Wade abrió la puerta. Daba a una escalera que olía a hongos podridos.

—Estamos en Florida, Shw. La gente de aquí no tiene sótanos en sus casas.

—A mí no me vengas de listillo, ¿vale?, gilipollas. La NASA solo queda a treinta y cinco kilómetros al sur de aquí. Este sitio fue un objetivo nuclear durante cuarenta años. Seguro que lo sigue siendo.

Bajaron las escaleras. Janet los siguió. *Alucinante. Todo esto es alucinante.* Llegaron al final de un pasillo, que olía a ladrillos, y se encontraron con otra puerta de acero.

—Si esto no es sospechoso, no sé qué es —dijo Wade—. Vamos a ver qué hay aquí dentro.

—Está cerrada. Ya la he probado.

—Tú sí que sabes, Shw —dijo Wade, sacando un juego de llaves del bolsillo.

Metió una de ellas en la cerradura y empezó a moverla de un lado para otro. Unos segundos después, el cerrojo cedió. Wade le dio a un interruptor que había al lado de la puerta y entraron los tres. Dentro de la sala había una silla de tocólogo, aislada y fría, como una instalación especial para inyecciones letales digna de una cárcel de Mississippi. Estaban en la sala privada de partos de Gayle y Lloyd. En la pared del fondo colgaban numerosos instrumentos médicos de acero inoxidable, unas esposas y unas correas de cuero. A la derecha, detrás de unos barrotes de acero, vieron una especie de dormitorio individual, delicado y perfecto, y de color rosa.

Ninguno de los tres se atrevió a hablar. Después de hacer una inspección rápida, subieron rápidamente las escaleras y cerraron la puerta.

—¿Has encontrado el baño de las chicas, Janet? —gritó Gayle.

—Sí, gracias. Estaba mirando vuestra casa. Qué bonita. Las ideas y el gusto que le habéis puesto son impecables. Y muy bien realizado, además. Dime, Gayle. ¿Quién ha decorado el interior?

—La verdad es que mi Lloyd es un desastre para estas cosas, pero no se lo digas.

Jamás le dejaría escoger el color de la casa. Seguro que acabaríamos viviendo en una casa de color amarillo-autobús o verde-manicomio, y francamente, antes me iría a vivir a un camping de caravanas y me dedicaría a hacer pinchos de carne enlatada y piña en la barbacoa, ¿sabes?

—¡Qué imagen tan sugerente!

—Lo que ves aquí son mil doscientos ochenta metros cuadrados de pura Gayle.

Se volvió hacia Shw y dijo:

—Emily, acompáñame al salón. Ayer encontré esa carta que me escribiste en el maletero de tu coche. Eres tan dulce. He pensado que podríamos abrirla ahora. Haremos una pequeña ceremonia de unión afectiva.

—¿Una carta?

*Es perspicaz y sabe que nos va a necesitar.* Janet cogió a Shw del brazo y dijo:

—Sí, cariño. Es la carta de la que me hablabas en el jardín. Un detalle muy generoso por tu parte.

—Ah, vale. Claro: la carta.

Entraron en el salón.

—Ted... Bryan... —anunció Janet—. Gayle nos quiere leer una carta que ha escrito Emily.

—¿Una carta?

Ted y Bryan se quedaron tiesos.

Gayle siguió cotorreando:

—Emily, eres muy lista. La has protegido con unos plásticos para que no se ensucie. Y has escrito «Mamá» en el sobre... así llamaba yo a mi madre, ¿sabéis?

—Esa carta significa mucho para mí —dijo Shw.

De repente, se oyó un estrépito de dimensiones cinematográficas. Ted había dejado caer una gacela de latón macizo encima de una mesa de cristal. El estrépito tuvo el efecto esperado. Gayle dejó caer la carta al suelo y Janet se apresuró a recogerla. Gayle fue corriendo hasta la mesa, al borde de un ataque de nervios, y gritó:

—¡Señor Drummond! ¡Esa mesa me costó una fortuna!

—Pues vaya mesa más inútil. Ni siquiera aguanta el peso de un pedazo de latón.

—¡La has roto!

Ted miró los fragmentos de vidrio y dijo:

—Me temo que te he desfigurado la gacela también. Tiene la pata torcida.

Con esto, Gayle perdió los estribos del todo. Lloyd se acercó a su mujer para reconfortarla, dejando a los Drummond completamente desatendidos.

Wade cogió un sobre falso del bolso de Janet y se lo tiró. Inmediatamente después, se dio cuenta de que había cogido dos cartas pegadas. Janet las cogió.

Janet sacó una pluma del bolso, marcó el sobre auténtico con un puntito, se lo tiró

a Wade e insertó uno de los sobres entre las fundas de plástico. Fue una operación relámpago. Dejó el otro sobre falso debajo del uno de los cojines en el sofá.

Gayle estaba haciendo malabarismos con una aspiradora, unas bolsas de papel y una escoba mientras Bryan, totalmente involucrado en la maniobra de su familia, dejaba caer una copa de champán al suelo para regalarles un minuto más de tiempo a Janet y Wade.

—No te preocupes, Gayle —dijo Janet—. Todo saldrá bien.

Gayle se calmó, aunque poco le quedaba ya de la amabilidad inicial.

—Ibas a leernos una carta —dijo Janet.

—Sí, claro —dijo Gayle, recogiendo el sobre del suelo. Se apartó unos pelos de la boca y encendió una sonrisa.

—De nuestra pequeña Emily.

Abrió el sobre con menos elegancia de la que hubiera empleado antes de que Ted le rompiera la mesa y sacó una tarjeta: «Para mi adorable hijo en el día de su Bar Mitzvah». La tarjeta tenía una enorme mancha de café.

—¿Emily? ¿Nos puedes explicar qué quiere decir esto?

Shw la miró fijamente y dijo:

—¿Por qué no me explicas tú esa mazmorra de color rosa que tenéis en el sótano?

Gayle y Lloyd se miraron e intentaron disfrazar su sorpresa con una expresión de inocencia, pero al cabo de unos segundos, miraron desconcertados al vacío.

—¿Has dicho mazmorra? —preguntó Bryan.

—Sí —dijo Janet—. Hemos dado una vuelta por el sótano y hemos encontrado una silla de tocólogo, unas esposas, unas correas de cuero y una preciosa habitación de color rosa dentro de una jaula para gorilas.

—Oye, Lloyd... Gayle... —dijo Wade—. Sois muy retorcidos, ¿no?

Lloyd y Gayle permanecieron callados.

Janet sabía que había llegado el momento de sacar las armas, si es que las había. Empezó a dar instrucciones:

—Wade... Ted... Bryan... Emily... Lleváoslos, por favor. Creo que les irá bien probar su propia cárcel. Si no me equivoco, Kimba está fuera en su caseta en el jardín.

Hubo un silencio y Kimba ladró, como si quisiera certificar su presencia.

—¡Andando! —grito Janet.

... todo borroso... palabrotas... unos guantazos... algún que otro mueble reluciente roto... Bajaron a Lloyd y Gayle a la habitación rosa y los encerraron detrás de los barrotes. Lloyd se alteró:

—¡Estáis todos locos! Os juro que voy a hacer que os busque toda la policía de aquí a Atlanta, y que os pasen por una trituradora. Me da igual que vuestra hija haya ganado el premio Nobel. Cualquier hijo vuestro tiene que estar mal de la puta cabeza.

Janet escrutó la mazmorra con más detenimiento y dijo:

—No digas tantas palabrotas, Lloyd. ¡Oh, mira! Si es una aguijada. ¡Cómo ha avanzado la tocología desde que di a luz a mis hijos! Si hay esposas y todo. ¡Qué buena idea!

¿Quién lo hubiera dicho?

Shw acercó una silla a los barrotes y fulminó a Lloyd y Gayle con la mirada:

—¿Qué? ¿Cuál era el plan? Esta cárcel de Barbie iba a ser para mí, ¿verdad?

Bryan estaba su lado, lanzándoles escupitajos.

—No, Emily. Tú nunca ibas a acabar aquí dentro —dijo Gayle.

—Ah. O sea que lo guardabais para otra, ¿no?

—A ver, entiendo que todo esto no pinta muy bien, pero...

Shw les blandió la aguijada y Gayle y Lloyd tuvieron que arrimarse contra la pared del fondo.

—Ya basta, Shw —dijo Wade—. Tenemos una misión mucho más importante.

Shw se volvió.

—¿Me vais a contar de qué va todo este rollo de la carta, o qué? Seguro que no os leéis ni los tebeos del domingo. Entonces, ¿por qué tanta historia con la carta? ¿Eh? ¿Eh? ¿Eh?

—Vale. De acuerdo —dijo Janet—. Te lo diremos, pero tienes que prometer que no abortarás a tu hijo, ni lo venderás al mejor postor.

La cara de Bryan se iluminó.

—¿Voy a sacar algún beneficio económico de todo esto? —preguntó Shw.

—Supongo que sí.

—Trato hecho.

—Si decidimos hacerles chantaje —dijo Janet—, tenemos que buscar argumentos sólidos. ¿Cómo lo veis?

La familia entera se puso a registrar todos los cajones y armarios de la casa en busca de más información sobre la fábrica de bebés-mazmorra de Lloyd y Gayle.

Wade era consciente de que su familia acababa de sumergirse en un mundo apestoso de inmundicia y delincuencia del que tal vez no volvería a salir. ¿Había alguna forma de volver atrás? ¿Y a qué volverían exactamente? Wade llevaba dos décadas arrastrándose por el barro y ya formaba parte de su vida. Su padre seguramente llevaría el mismo tiempo que él. ¿Y Bryan? Unos quince años. ¿Sarah? Por lo que parecía, Sarah llevaría un año o así. Pero ¿mamá? Janet era una mujer tan pura y tan resistente a la inmundicia que le resultaba increíble ver cómo se había encargado de guiarlos por las aguas cálidas y fétidas de la sordidez, hurgando entre las cestas de popurrí y vaciando los jarrones en busca de alguna pista sórdida. Janet llamó a Wade, que se encontraba en la cocina revolviendo los armarios.

—¿Qué quieres?

—Cariño, acabo de encontrar una camisa que te quedaría muy bien.

—Mamá, no estamos en las rebajas. Y tampoco necesito una camisa nueva.

—Ya, pero esta es muy suave y es de cuadros. Los cuadros siempre favorecen mucho.

—De verdad, mamá. No quiero la camisa de Lloyd. Además, con ese karma... no sé.

—Mira, guapo. Ahora no me vengas de señor Karma, ¿vale? Cómo se nota que no has vivido los años de la Depresión y la guerra. Te estoy diciendo que es muy bonita. Y que está bien hecha, además. Solo quiero que te la pruebes un momento.

—¡Qué pesada eres! Que no me la pienso probar.

—Pues no te la pruebes, pero a mí no me vengas llorando cuando tengas que hacer cola en la beneficencia.

Ted gritó desde el estudio:

—No seas gilipollas, Wade. Coge la puta camisa de una vez, joder. Una ganga es una ganga.

—Papá, a eso se le llama robar. ¿Cómo puedes tomártelo tan a la ligera?

—¡Lo que me faltaba por oír! ¡Mira quién habla!

—¿Qué estás insinuando exactamente? —preguntó Wade, entrando como un rayo en el estudio.

—Estoy insinuando que no sabes reconocer una buena oferta cuando la tienes delante de las narices.

Ted estaba registrando un cajón lleno de cojinetes de bola.

—Ah, claro —dijo Wade—. Debería seguirte el ejemplo, ¿no? Si estamos metidos en toda esta mierda, es porque tú estás de deudas hasta el cuello.

—Pero ¡qué morro! Tú no vas a sacar ningún beneficio, ¿verdad? ¿Sabes qué te digo, imbécil? Que si tú no hubieras desperdiciado toda tu vida en no sé qué coño de rollos chungos, no habiéramos acabado haciendo negocios con un alemán que se pasa los domingos recibiendo azotes de su niñera.

Ted preveía una respuesta que, en tiempos pasados, hubiera hecho estallar una pelea. Sin embargo, Wade se limitó a decir:

—¡Mierda!

—¿Mierda qué?

—Mierda Howie.

—¿Qué le pasa?

—Es que... ha sido Florian. Lo ha raptado él.

Wade se acordó de la debilidad que tenía Florian por los sistemas de control de datos y radares de fabricación danesa.

—Lo llamé desde casa de los Brunswick.

—Se lo merece.

Wade se sentó en un sillón de piel de color verde oscuro. Ted se sentó delante de él en un taburete. Janet entró en el estudio y dijo:

—¿Has dicho que el alemán ha secuestrado a Howie?

—Sí.

—Vaya.

Por lo visto, a nadie le perturbaba esta noticia.

—Oye, no le harán daño, ¿verdad? —preguntó Janet.

—¿Quién, Florian? Hombre, cuando se canse, sí.

—Bueno —dijo Ted—, tal vez nos solucione un par de problemillas, ¿no? Le decimos a Sarah que Howie estuvo con nosotros durante el lanzamiento, y ya está. Ella estará en el transbordador y no se va a enterar de nada, igualmente.

Janet reflexionó sobre las posibilidades.

Wade dijo:

—A ver un momento. ¿No lo diréis en serio? ¿Qué pasa si llega el día del lanzamiento y en lugar de estar con nosotros en la tribuna de los VIP lo tenemos que llevar a pedazos en una nevera portátil?

Ted, con su falta de inhibición habitual, dijo:

—¡Venga, hombre! No seas tan pelma. Si es un papanatas que ya no sabe dónde meter la polla.

—Wade, me parece que a Sarah ya no le gusta —dijo Janet.

—¡Claro que no le gusta! —dijo Ted—. ¡Adiós y hasta nunca, mamarracho! Por cierto, ¿dónde se ha metido Shw?

Bryan entró en el estudio comiendo raviolis fríos de una lata.

—Está en el garaje —dijo Bryan—. ¿Por qué estás tan nervioso, papá?

—Por lo de Howie y Alanna —dijo Janet.

Janet miró el tentempié de Bryan y dijo:

—Bryan, ¿cómo puedes comerte esa porquería? Esos raviolis están rellenos de comida para gatos.

—Gracias, mamá —dijo Bryan, dejando la lata encima del escritorio.

Los Drummond se instalaron cómodamente en el estudio de Lloyd, posados como si tuvieran que aparecer en un catálogo de punto Burda. Al menos el estudio no estaba repleto de chismes eléctricos comprados en la tienda de chismes eléctricos de algún centro comercial de segunda.

—Por mí, como si el alemán quiere convertirlo en relleno de raviolis —dijo Ted.

—Hombre, en eso estamos de acuerdo, pero por el bien de Sarah, sería mejor rescatarlo con vida —observó Janet.

—Lo que podríamos hacer es decirle a Florian que solo lo torture un poquito —dijo Bryan.

—Hombre, pues tiene sentido —dijo Ted.

—Sí. Me gusta la idea —dijo Wade.

—Oye, Wade —dijo Janet—. Este Florian... ¿qué le va a este Florian? ¿La tortura física o la psicológica?

—¿Yo qué sé? —*Si se lo digo, le va a dar un pasmo.*

—¿Por qué no lo llamas por el teléfono manos libres?

—No, hombre, no. Sabrá que estamos aquí.

—Me da igual, Wade. Llámalo ahora mismo.

*Madre solo hay una. Además, así me libro de tener que negociar con él.* En menos de un minuto, Wade localizó a Florian y apretó el botón de manos libres para que Janet pudiera hablar con él.

—¿Es usted el señor Florian?

—Yo mismo. ¿Y usted quién es?

—Me llamo Janet. Soy la madre de Wade.

Hubo una carcajada teutónica al otro lado del teléfono.

—Ay, ¡qué bueno! Esto sí que es bueno. Wade, sea quien sea esta actriz, dile que este papel le va a ir muy grande.

—Es mi madre, Florian —dijo Wade—. No seas tan maleducado, ¿vale?

—¡Dios mío! Wade, va en serio, ¿verdad? Muy bien, vigilaré mis modales. Hola —dijo Florian, como si hablara con el amigo imaginario de un niño—, Janet.

—Bueno, será mejor que vayamos directamente al grano. ¿Cuánto está dispuesto a pagar por la carta y cuánto nos costará recuperar a... Howie?

—Sí, su yerno. Todo un encanto.

—Pues entonces ya podrá imaginarse la ilusión que nos hace volver a tenerlo entre nosotros. Debería verlo el día de Navidad. Se empeña en hacernos un recital de todos los villancicos que conoce. Mire, le voy a hacer una imitación...

Janet rompió a cantar en voz de falsete:

—Nooooooooooooche de paaaaaaaaaazzzzzzzz... Y sigue. Y sigue.

Ted la interrumpió:

—Es un coñazo.

Florian estaba realmente intrigado:

—¿Y ahora con quién tengo el gusto de hablar?

—Es mi padre, Florian. Sé educado.

Florian se sintió herido.

—Mira, Wade. Mi educación siempre es impecable. ¿Me queda alguien por conocer?

—Sí, a mi hermano Bryan.

—¿Qué? ¿Os habéis reunido para jugar al parchís? ¿O a la oca, quizás?

Janet miró a su familia y dijo:

—Silencio todos, por favor.

Entonces se acercó más a la rejilla del teléfono.

—Señor Florian, se me acaba de ocurrir un juego muy divertido: se llama «el juego de las gangas». Pida lo que nos pida por Howie, la carta le va a costar cien mil dólares más.

—Quiero mil millones de dólares por Howie —dijo Florian.

—Muy bien. Yo quiero mil millones más cien mil dólares por la carta.

—Por si no lo sabíais, ya os tengo localizados. La tecnología de hoy en día es maravillosa.

—¿Y qué? Dentro de cinco minutos habremos desaparecido. ¿Y qué va a hacer? Trituraremos el documento, y ya está. Ya le he dicho que le va a costar cien mil dólares. Es la centésima parte del precio original.

—Cincuenta mil...

Janet ni se inmutó.

—Le voy a decir una cosa, señor Florian. No pienso rebajar el precio por dos motivos: primero, porque soy una anciana y me estoy muriendo de sida. Segundo, porque mi exmarido Ted es un anciano y se está muriendo de cáncer de hígado.

Wade y Bryan se quedaron tiesos y miraron fijamente a su padre, que se había quedado igual.

Janet continuó:

—De hecho, ahora que lo pienso, Wade tampoco tiene muy buen aspecto.

—Ya. Eso dicen. ¿Y usted? ¿Siente mucho dolor?

—Sí, un poco. Me han salido unas úlceras pero me estoy medicando. Tantas

pastillas te acaban consumiendo la vida entera. Hay que estar pendiente de ellas todo el día. A veces creo que me voy a volver loca de verdad.

—Mi madre tenía cáncer de mama. Ella también se alimentaba de pastillas.

—¡Ay, pobre! ¿Cuándo ocurrió todo esto?

—Cuando era joven.

—¿Duró mucho?

Florian meditó su respuesta durante unos instantes:

—Lo pasó tan mal que incluso un día hubiera sido demasiado.

—¡Pobrecito! ¿Y su familia? ¿Cómo se lo tomó?

—Pues a mi padre le daba vergüenza y sabe... ¿Janet, puedo tutearte?... ¿sabes por qué?

—Sí, claro... ¿Por qué le daba tanta vergüenza?

—Imagínate. Tenía la fábrica más grande del mundo de pastillas, pastillas, pastillas, pero no logró elaborar ninguna que salvara a mi madre. Para él, esta desgracia fue como un fracaso personal y su fracaso eclipsó la muerte de mi madre.

—La gente es imprevisible ante la muerte, Florian. Él no supo responder de otra manera.

—No lo sé, Janet. Después de enterrarla, ¿tú crees que invirtió dinero en investigar su enfermedad? Pues no. Le dio por beber y acabó en las cloacas de Nassau. ¡Qué asco! ¡Cochon! Se murió de Alzheimer.

—¡No me digas! Mi padre murió de lo mismo. Después de cuatro años infernales.

—¿Cómo lo superaste?

—La verdad es que no sé si lo superé. ¿Tu padre te reconocía al final?

—Qué va.

—El mío tampoco. Es una enfermedad muy cruel. Te desvalija de todo lo que has tenido en la vida. ¿Tienes hermanos, Florian?

—No. Tenía un hermano, pero se murió en una avalancha en Klosters en el setenta y cuatro. Soy el último de la fila.

—¿Y tú? ¿Inviertes dinero en la investigación para compensar lo que hizo, o lo que no hizo, tu padre?

—La investigación me apasiona.

—Pues estoy segura de que tu madre estaría muy orgullosa de ti.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Ahora mismo nos debe de estar escuchando y estoy convencida de que estará pensando en la suerte que tuvo de tener un hijo como tú. Dime, Florian, no habrás descubierto algo para el cáncer de hígado, ¿verdad? Es que a Ted, mi exmarido, ya no le queda mucho.

Ted interrumpió:

—Janet, ¿hace falta entrar en detalles ahora?

Janet lo hizo callar y los hombres se instalaron cómodamente para escuchar la conversación, como si se tratara de otro documental radiofónico de la CBC sobre la fabricación de barriles en Nueva Brunswick.

—Janet —dijo Florian—, te puedo asegurar que hay varias formas de tratar el cáncer que no han aparecido en el *New York Times*. Y te puedo asegurar que tardarán mucho en salir a la luz.

—Pero ¿por qué?

—Mira, una cosa es curar el cáncer y otra es curar la sociedad. Si lográramos curar una enfermedad tan inmensa como el cáncer, acabaríamos erradicando la industria de seguros, y a su vez, el sistema bancario. Cada año que alargamos la vida supone una enorme crisis económica. El siglo veinte no ha sido más que eso: un intento de absorber, uno por uno, los años que habíamos añadido a la esperanza de vida.

—Florian, no puede ser...

—Janet, no te estoy tomando el pelo. Tengo una de las compañías farmacéuticas más grandes del mundo. Si se enterara Claxo Wellcome o Bayer, o el mismo Citibank, sin ir más lejos, de lo que te acabo de decir, me arrancarían la lengua con unas tenazas.

—Una pregunta, Florian: ¿alguna vez te desahogas? ¿Hay alguien en tu vida?

Una pausa.

—No.

—¡Vaya por Dios! ¡Pobrecito mío! ¡Qué mal lo debes de pasar!

—Es horrible.

*No puede ser. Mamá se está encariñando con este tío.*

—Tanta angustia te debe de estar carcomiendo por dentro. Yo tengo colitis de tanto preocuparme. ¿Y tú?

—Padezco de culebrilla.

—¡No me digas! Con lo que duele eso...

—Sí. Además, a veces me sale roséola por toda la nariz y la frente.

—Pues mira que la roséola es muy difícil de tratar. ¿Has encontrado algo?

—Bueno, alguna cosa hay, pero es muy complicado. No hay nada definitivo.

—Tengo una amiga, Bev, que padece de roséola y le encontré una pomada que venden en Arizona. Se ve que le ha ido de maravilla.

—¿Ah, sí?

—Deberías probarla.

*Esto no me está pasando. No está pasando.*

—Mira, estoy tan desesperado que probaría cualquier cosa.

Ted los volvió a interrumpir:

—Siento joderos la tertulia pero... esto... ¿no teníamos que hablar de la pasta?

—¡Ted! ¿Cómo puedes ser tan ordinario? ¿No ves que estamos hablando de un tema muy delicado? Florian, lo siento.

—Janet, eres un sol.

—Tengo una idea: ¿por qué no vamos a cenar juntos?

Florian se quedó de piedra.

—¿Yo? ¿En serio? —dijo con la voz casi llorosa.

Wade, Ted y Bryan se miraron alucinados. ¿Qué?

—Sí, tú y yo juntos. Les diré a los demás que se vayan a cenar una pizza por ahí.

Florian parecía conmovido.

—Janet... es qué no sé qué decirte, Janet.

—Pues dime que sí, hombre. Y te entregaré esta maldita carta de una vez por todas. No la quiero volver a ver nunca más. Estamos en Daytona Beach. ¿Podrás llegar? Supongo que tus ordenadores ya nos habrán localizado, así que no hace falta que te dé la dirección. ¿A las seis te va bien?

—Perfecto.

—Muy bien. Nos vemos a las seis.

Janet colgó.

—Pobrecito. Echa de menos a su madre.

Shw entró en el estudio, cubierta de mugre y con una pila de carpetas de fotos.

—Me parece que nos vamos a divertir un rato —dijo Shw. Dejó las carpetas sobre el escritorio.

—Perfecto —dijo Janet—. Ahora, si no os importa, quiero que vayáis a comprobar que esos dos monstruos estén bien encerrados y luego quiero que os esfuméis. Podríais ir a buscar a Nickie y Beth a la caravana de Kevin. Yo tengo una cita.

—¡Hostia! ¡Vaya foca!

Unas horas después, Shw, Beth y Bryan estaban sentados en la caravana de Kevin mirando el álbum de fotos de las candidatas a donante de útero. Shw lo había encontrado debajo de una plancha de acero bajo el Buick LeSabre de Lloyd. Estaba de buen humor. Por lo visto, el roce con el cautiverio la había transformado en una persona sorprendentemente agradable. Desde el otro lado de la caravana, Wade vio un par de chispas que delataban la atracción que Shw seguía sintiendo por Bryan. Wade intentó, sin éxito, disimular el calor que tenía. La caravana era un horno, pero era mejor que salir afuera, donde, a pesar de que el sol ya había desaparecido bajo el horizonte, el mundo se estaba convirtiendo en una enorme cecina putrefacta.

Ted y Nickie estaban sentados en el suelo de la minúscula cocina de la caravana, apoyados contra el armario que había debajo de la pila, cogidos de la mano y sin apenas hablar. Nickie ya sabía que Ted padecía de cáncer de hígado y el hecho de compartir sus infortunios médicos los había unido infinitamente más que cualquier

acontecimiento feliz. En la nevera delante de él, había una foto de Kevin en medio de lo que parecía una fiesta para las mascotas Disney. Aparecía fumando un Virginia Slim y en la parte inferior del cuerpo llevaba un disfraz de Scrooge McDuck. En la mano tenía la cabeza de Scrooge por la que parecía sentir el mismo afecto que por una pulsera de un admirador no deseado. Al lado de la foto había una carta de la Administración Disney informándole que quedaba despedido por violar el protocolo de las mascotas.

Cuando Wade se había imaginado la semana que pasarían en Florida antes del lanzamiento, esta caravana no había formado parte de sus planes. Había previsto cenas lujosas en hangares de aviones con motor a reacción, comida servida en bandejas de aluminio y películas de dieciséis milímetros de lanzamientos históricos para entretener a los comensales. Luego se abriría una cortina y saldrían astronautas de antaño con enormes bolas plateadas en la cabeza que intercambiarían historias de cuando se salvaron por los pelos de alguna catástrofe y de sus cenas de bienvenida rodeados de jóvenes actrices llevando vestidos casi inexistentes con tirantes de espagueti. Habría niños asexuados que irían con monos relucientes y que lo guiarían por las complejas instalaciones subterráneas donde le expondrían a luces blancas cegadoras que le harían más inteligente, más fuerte y más amable. Luego, cuando volvieran a subir al asfalto, se encontraría a Bruce Springsteen y Pamela Anderson esperándolo en un Hummer y entonces se lo llevarían a cenar a un restaurante francés de lujo en el que Wade hablaría perfectamente el francés y entretendría y deleitaría a la multitud con sus historias.

Ted lo llamó desde el suelo:

—Oye. ¿Qué es esto? Parece una cucaracha.

—Es un escarabajo palmetto —dijo Wade.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera lo has mirado.

—Ya, pero toda la gente que viene aquí dice lo mismo cuando los ve por primera vez.

—Pues vaya con el señor Florida Soleada. Nickie, hazme un favor y aplástalo con una de tus zapatillas.

—Ahora voy, cariño.

¡*Flaka!*

¿Qué estaba pasando? ¿Era un nuevo bajón? ¿Era un nuevo subidón? Wade siguió maravillándose de este nuevo lugar en el que había entrado junto a su familia.

—¿Hasta cuándo tenemos que estar aquí? —preguntó Shw.

—Un ratito más —dijo Wade.

—¿Y cuánto es un ratito más?

—Hasta que llame mi madre.

Wade dijo que se iba a dar una vuelta y se llevó el móvil con él. Sin pensarlo,

llamó a Sarah y, qué casualidad, la encontró.

—¿Hermanita?

—¡Wade!

—Eo.

—Eo tú.

—¿Estás mejor?

—Sí, un poco. Ahora me estaba preparando para un ciclo de sueño. Gordon me ha dado una palmadita en el culo hace un momento, pero entonces ha venido un equipo de cámaras y no le han dejado continuar. Mira, igual acabamos haciendo nuestro experimento biológico sin gravedad y todo, pero si te digo la verdad, estoy un poco harta de mí misma. Va, cuéntame algo que me saque aunque sea temporalmente de esta lata asquerosa. ¿Dónde estás? ¿Qué haces? Ha pasado algo, ¿verdad? Anda que no te conozco ni nada, chato. ¿Qué se está cocinando? Confiésmelo todo. No podrás resistirte a decírmelo.

*¿Por qué no?*

—Pues vale. Allá voy. Estoy delante de una caravana en el barrio más cutre de Orlando. Es de un tío que se llama Kevin que recibió una bala en el brazo ayer en el atraco del restaurante. Por cierto. Mamá y Nickie se han hecho muy amigas. ¿Qué más?...

*Mejor que no le diga que hemos tenido que escondernos de los matones que han secuestrado a su marido. ¿Continúo? Venga, sí...*

—Hace un par de horas, mamá, papá, Bryan y yo hemos ido a rescatar a Shw de unos ricachones retorcidos que viven en Daytona Beach. Iban a encerrar a Shw en una celda en el sótano para robarle el bebé y luego matarla, supongo. Ahora de repente se ha puesto simpática y Bryan está como unas pascuas, claro. ¡Ah, sí! Hemos descubierto que Shw se llama Emily, en realidad.

Silencio. Wade oía unos ruidos mecánicos al otro lado del teléfono.

—Bueno, hay más. Mamá se ha ido a cenar con un ger-mano-bahamiano multimillonario farmacéutico que está hecho polvo. Hace años hice unos negocios con él. El caso es que ha ido a llevarle una... un documento histórico muy importante que heredé ayer de mi amigo Norm. Es que se murió de un ataque al corazón en Disneylandia. ¡Paf! Cayó fulminado en medio de la calle.

Más ruidos mecánicos.

*Ya puestos, dile lo de papá. Venga... No, mejor no.*

—¿Sarah? ¿Estás ahí?

—Sí, te estaba escuchando, Wade. De hecho, estaba intentando digerirlo todo.

—Ya. Ya me lo imaginaba. ¿Qué sabes de Howie?

*Bien, Wade. No te ha temblado la voz.*

—Pues, no sé nada de él. Si fueras Howie, ¿qué estarías haciendo ahora mismo?

—Sin lugar a dudas, estaría prosternándome a tus pies como un cerdo.

—Ya. Yo también lo pensaba, pero ha cambiado de táctica. Es que todavía no consigo entender por qué se lo han llevado los de la NASA. Además, siempre sé cómo va a actuar y me da una rabia...

—Ahora no vayas a perder el sueño por Howie.

—¿Por qué no?

—Porque Howie no sirve para el misterio. Ya verás cómo te viene lamiendo el culo dentro de poco, Sarah.

—Bueno, tampoco le puedo dar muchas vueltas. Tengo que completar todo el ciclo de sueño para poder operar los láseres mañana. Saluda a los demás de mi parte, ¿vale?

Sarah tenía demasiadas ganas de colgar.

—¡Eh! ¿Dónde vas con tanta prisa? ¿Estás enfadada? ¿Te molesta que no estemos todos en la línea de banda con globos y carteles enormes con citas de la Biblia? ¿Eso es lo que hacen las demás familias?

—¡Qué dices! No tiene nada que ver con eso. Lo que pasa es que la presión aquí es horrible. No se puede ni ir a mear en este sitio sin que entre Tom Hanks o los de IMAX para hacer un documental. Seguro que nos han puesto micrófonos en los teléfonos y estamos en vivo y en directo en la web. Lo que más me molesta de todo este rollo astronauta es la falta de intimidad. Bueno, ¿qué le vamos a hacer? Al fin y al cabo supongo que me escogieron por mi compatibilidad social y no solo por mi falta de masa corporal y mis habilidades diversas, ¿no?

—¡Qué romántico!

—Soy práctica, Wade. Siempre lo he sido.

—Ya. ¿Te levantas a las cuatro hoy?

Wade le dio el número del móvil de Ted y se despidieron.

Wade volvió a entrar en la caravana. Shw estaba mirando detrás de un panel.

—¿Habéis visto el aire acondicionado de este sitio? Es como un hámster en una ruedecita. ¿No podríamos ir a un restaurante para pasar el rato?

—No —dijo Wade—. No tenemos pasta y además, mamá sabe que estamos aquí.

Los demás estaban demasiado apáticos para hacer ningún comentario al respecto.

—Wade, ¿estás seguro de que ese huno no le va a hacer nada?

—Es suizo, papá. Además, ¿desde cuándo te importa lo que le pasa a mamá?

Ted decidió no picar el anzuelo y dijo:

—Es un suizo alemán. Hoy en día, eso quiere decir lo mismo. No sé, Wade, me da mala espina. Para eso metemos a tu madre en una trituradora y acabamos antes, ¿sabes? ¿Y qué habrá sido de Howie? Seguro que lo ha convertido en relleno de raviolis. Bryan se lo acaba de comer.

—O sea que ahora también te importa Howie, ¿no? ¿Cómo puedes ser tan

hipócrita?

—Wade, utiliza el seso que te ha dado Dios. Sabes de sobra que Howie tiene que estar en la tribuna antes del despegue, por muy gilipollas y muy pesado que sea.

*Si papá supiera que las vidas de Sarah, Howie, Alanna y Gordon Brunswick han pasado a ser una comedia erótica barata de los años setenta con un telón de fondo aeroespacial...*

—Señor Drummond... —dijo Beth.

—Ted. Llámame Ted.

—Ted... Siempre le has dicho a Wade que era un inútil, ¿verdad?

—Sí, claro.

—¿Y por qué?

—¿Cómo que por qué? Pues porque el muy imbécil no paraba de meterse en líos: pistolas BB y rifles, los vecinos que aparecían con una mitad de su gato en cada mano...

—Eso fue un accidente, papá.

—Wade, déjame acabar: la policía que aparecía en casa cada dos días, y el incendio que provocó en casa de los vecinos...

—¡Accidente!

—¿Quieres que siga? Wade fue una pesadilla disciplinaria. Ya verás cuando vuestro cigoto centrifugado se convierta en adolescente. Vendrás corriendo a mi tumba a pedirme consejos desde el Más Allá.

Nickie dio un puñetazo en el suelo.

—¡Ted! ¡Ya basta de hablar así! El cáncer de hígado es precisamente uno de los más tratables.

Ted tarareó el canto fúnebre; Nickie se levantó y salió de la caravana dando un portazo.

—Veo que vayas donde vayas, siempre siembras amor y alegría, ¿verdad? —dijo Beth.

—Ahora no me vengas con este rollo bucólico. Nickie es de las que siempre salen a flote.

—¿Y a Bryan también le decías que era un inútil? —preguntó Beth.

—No. No hacía falta. Era evidente.

—¿Y Janet?

—Bueno, sí. Supongo que sí.

—¿Y Sarah?

Ted se tensó.

—Vale... Ya veo dónde quieres ir a parar. Quieres culparme a mí por lo que han hecho con sus vidas. No te molestes.

Ted barajó unas cartas, con algo más de ruido y floreo de lo estrictamente

necesario.

—Mira, Ted, apenas conozco tu familia pero por lo que veo, es una prueba de manual de la profecía hecha realidad.

—¿Esto tiene algo que ver con la religión?

—No. Con la realidad.

Ted miró a Wade.

—Hijito de mi corazón, si te hubiera abrazado cuando tenías ocho años o si hubiera fingido tener interés en tu maqueta a escala de las pirámides en Giza, ¿crees que ahora serías otra persona?

—Déjame pensar —dijo Wade, bebiendo un sorbo de limonada—. En esencia, sí, pero de situación, no. Creo que llevaría una vida mucho más tradicional. Tendría una casa, una mujer, dos hijos y un perro. Tal vez...

Beth le tiró el vaso de limonada a la cara.

—¿De qué vas?

—No soy una mujer y dos hijos, Wade. Vete a la mierda.

Abandonó la caravana también furiosa para reunirse con Nickie.

—Gracias, papá.

Sonó el teléfono y saltó el contestador: «Kevin ha salido a jugar, pero no tardará en volver. Biiiiip».

«Kevin, soy yo, Mickey. Ya te he cosido los calzones. ¡Calzones! ¡Qué palabra más absurda! Hasta luego, querido».

*Click.*

Unos segundos después de colgar, el teléfono volvió a sonar. Esta vez era Janet:

«¿Wade? ¿Ted? ¿Hay alguien?».

Wade cogió el auricular:

—Mamá, soy yo.

—Hola, cariño.

—¿Estás bien?

—Como una rosa.

Por los ruidos que se oían al fondo, Wade dedujo que estaba en la carretera.

—¿Dónde estás, mamá?

—Flor, cariño, ¿dónde estamos?

¿Le ha dicho «Flor, cariño»?

Contestó Florian:

—Estamos en Kansas, querida.

—Flor... No seas tontorrón. ¿Dónde estamos?

—En la carretera interestatal noventa y cinco. Vamos hacia Daytona Beach.

—¿Y Howie? ¿Está con vosotros?

—Sí. Tranquilo, Wade. Está aquí.

—¿Le han hecho daño?

—Howie está bien, cariño. ¿Por qué no venís?

—¿Dónde?

—A casa de Lloyd y Gayle.

—¿Cómo? ¿Quieres que vengamos todos?

—No, hombre, no. Quiero que vengáis tú, Ted y Nickie. Los demás que se queden. Quiero que me confirmes que me has entendido bien.

—Te he oído, mamá. ¿Has vendido la carta?

—Hasta ahora, cariño.

Janet siempre había intentado mantener su formalidad a pesar de los incontables ataques que recibía del mundo exterior. Sin embargo, esta formalidad había llegado a un final bastante suave un mes antes del viaje a Florida. Había ido a un café Internet en el centro de Vancouver (*tengo que salir de casa; tengo que salir de casa, tengo que salir de...*) y estaba distraída buscando antiguos compañeros de la universidad e intentando reanimar contactos que llevaban cuarenta y cinco años inactivos:

Hola Dorothy:

Soy yo, Janet, Janet (Truro) Drummond. ¡Es increíble! Han pasado cuarenta y cinco años y vivo en Vancouver. Mis tres niños se han hecho mayores (Sarah aparece mucho en las noticias, así que seguro que la habrás visto) y ya no tengo a Ted. ¡Sí, la gran D de divorcio! Bueno, se fue con una jovencita. Claro que fue una sorpresa, pero...

*Demasiado íntimo, demasiado rápido. A ver:*

Hola Dorothy:

Soy Janet Truro (Drummond). ¡Sorpresa! Esto de Internet ha cambiado tantas cosas, ¿verdad? ¿Cómo estás? Creo que hace un montón de años que no nos vemos... ¿Cuándo fue? Sí, cuando nos encontramos en casa de los Loblaw en Toronto en 1963. ¡Cómo pasa el tiempo!

*No. Demasiado aburrido.* Entonces Janet se acordó de que Dorothy había ido a mirar a Sarah mientras dormía en su cochecito y cuando había visto que le faltaba una mano, había puesto pies en polvorosa. *Olvídate de Dorothy. No vale la pena.*

Fue justo entonces que el hombre de negocios que tenía a su lado suspiró con una desesperación profunda. Janet apenas se había fijado en él, pero a juzgar por la frente arrugada, la boca fruncida y su inhabilidad total para manejar el ratón, tenía que ser un neófito. Era un hombre moreno y corpulento, parecía agradable y era de la misma época que Janet. Estaba claro que pretendía hacer una búsqueda y que no había forma. Janet no pudo resistirse a echar una miradita a la pantalla. Esperaba encontrarse con una web camboyana en inglés por el estilo de «Yo ser caliente», pero para su sorpresa, vio que el hombre había entrado en la web de una empresa de propano en Missouri. Cada vez que apretaba el ratón, el ordenador le respondía con unos *plin plin plin* que señalaban cruelmente error tras error y al hombre se le estaba acabando la paciencia.

—Perdone —dijo Janet—, ¿quiere que le eche una mano?

El hombre se la quedó mirando como si le hubiera leído el pensamiento.

—Es que no consigo hacerlo funcionar. Lo único que encuentro son tonterías irrelevantes.

—¿Está buscando una información específica? —preguntó Janet con delicadeza.

—Sí. Mis hijos me han regalado un reproductor de CDs, pero no encuentro CDs que me gusten en las tiendas. Pensé que si los buscaba en Internet...

—¿Y qué tipo de música buscaba?

—Pues los Kingston Trio. Los Four Lads. Ese tipo de música.

—¿Ah, sí? ¡Qué casualidad! Eran mis favoritos —dijo Janet, con más entusiasmo que un spaniel tirando de su correa.

—¿De verdad?

—¡Madre mía! ¡Qué tiempos aquellos! ¡Y qué buenos ratos he pasado escuchando esa música! Eran tan monos, y yo iba a la universidad. Los suéteres y las coletas... Era tan moderna...

—¿Dónde estudiaste?

—En la Universidad de Toronto.

—Igual que mi hermano. Yo hice la carrera en McGill. Por cierto, me llamo Ernie.

—Yo soy Janet. Encantada.

Janet decidió que ella también quería un CD de los Kingston Trio y la búsqueda se puso en marcha, con Janet y Ernie hablando como viejos amigos. Janet no recordaba haber conectado tan bien con nadie desde hacía muchos años y no tardaron en encontrar docenas de CDs, cinco de los cuales Ernie compró para Janet.

—Ernie... no deberías...

—Quiero hacerte un regalo, Janet. O si no, tómatelo como si fuera tu comisión. Has sido fantástica.

—Pero si no he hecho nada. Navegar solo es cuestión de sentido común.

—Eso lo dirás tú. Te aseguro que es un lío y me has rescatado.

Ernie miró la hora en la parte inferior de la pantalla y dijo:

—Oye, tengo que ir a buscar a mi nieta de su clase de patinaje. ¿Tienes algún plan para esta noche? ¿Puedo invitarte a cenar? Igual te parezco un poco lanzado, pero es que no te he visto ninguna alianza.

—Pues la verdad es que no tenía ningún...

Janet se había quitado el anillo el mismo día que firmó la sentencia de divorcio.

—¿Es un sí?

—Ernie... Eres tan...

—El tío que me arregla los frenos me ha recomendado un restaurante. De hecho, fui a mirarlo y no tiene mala pinta. Se llama Sir Steak.

Janet reprimió una risotada.

—Ya. Ya lo sé. El nombre es bastante estúpido, pero tengo ganas de comerme un buen bistec. ¿Qué te parece si quedamos allí a las siete?

—Muy bien.

Ernie desapareció. Janet se dio cuenta de que era su primera cita en cuarenta y tres años.

Era una noche calurosa, algo insólito para Vancouver. La brisa rozaba la piel de Janet como un aliento cálido. Llegó pronto al restaurante y esperó fuera. El calor le recordaba a los veranos de su juventud, mucho antes de la era del aire acondicionado.

Ernie llegó al volante de un Impala rojo amorfo de finales de los noventa. Janet no se había fijado en ninguna marca de coche desde los Mustang en 1965, pero recordaba perfectamente el Impala de su padre. *Bueno, al menos hay más cosas de esa época que han sobrevivido.* Escrutó el coche para ver si había sufrido tantos cambios como ella.

—No me digas que eres aficionada a los coches —dijo Ernie.

—No, ¡qué va! Es que mi padre tenía un Impala. Hacía años que no pensaba en ese coche.

—Es un buen coche: fiable, económico y cómodo. ¿Tienes hambre?

—¿Quién, yo? Para nada. Con un par de ositos de goma y una uva tendré de sobra.

Sir Steak era un carnaval de banderitas heráldicas de rayón que ondeaban en medio de un aire acondicionado frenético. Los camareros parecían delincuentes juveniles vestidos con trajes de época que no les acababan de entrar. Iban armados de tablillas electrónicas para dar la impresión de que había un servicio eficaz.

—¡Caracoles! Este sitio es rarísimo —dijo Janet—. La cabeza me da vueltas.

—¿Has dicho «caracoles»? La última vez que oí esa expresión fue... fue...

—Hace mucho años —dijo Janet.

—Pues sí.

—Somos reliquias, Ernie.

Se sentaron y una camarera vino a preguntar qué querían para beber.

—Un destornillador —dijo Ernie.

Miró a Janet. *Mejor que no mencione las úlceras.*

—Un café descafeinado, por favor.

*Blip, blip, blip.*

El pedido pasó a la tablilla electrónica y la camarera, poco más que una niña, se alejó de la mesa. Había unos paneles en la pared de los que chirriaba una música española genérica y enlatada, como si detrás de ellos hubiera cientos de ratoncitos de jugueta. Llegaron las cartas y las bebidas.

—¿Has visto la mesa de ensaladas? —preguntó Ernie—. Es increíble.

—Sí que la he visto, Ernie, pero tengo que advertirte que las mesas de ensaladas son los pulmones de un restaurante. Absorben todas las bacterias y las impurezas del ambiente, dejándonos con un aire mucho más limpio.

—Pensándolo mejor, creo que pediré otra cosa.

—Ernie, voy a lavarme las manos. Ahora vengo.

Janet fue al lavabo y se tomó una pastilla de dronabidol para estimular el apetito. *¿Por qué está tan mal visto tomarse una pastilla en público hoy en día?* Se miró en el espejo. *Hoy estoy en buena forma.* Volvió a la mesa, donde Ernie acababa de quitarse la chaqueta.

—Bien, Ernie. Veo que te estás poniendo cómodo.

—Este sitio está bien. Es divertido.

—Déjame hacerte una pregunta: ¿alguna vez te has preguntado por qué, de todo el reino animal, son las tortugas y los loros los que viven más años? ¿Por qué no los jaguares o los patos reales? Es como si los loros y las tortugas hubieran ganado el gordo.

—Bueno, los humanos no lo tenemos tan mal. Un setenta y dos coma cinco de media está bastante bien.

—Antes me has hablado de una nieta, Ernie. ¿Dónde está tu familia?

—Soy viudo. Mi mujer, Lucy, murió hace dos años. De linfoma de Hodgkin. Uno, dos, tres y adiós.

—Lo siento.

Ernie suspiró y dijo:

—Hay que seguir adelante.

Sorbió el cóctel y llegó otro delincuente juvenil para tomarles el pedido de la carta.

—¿Y tú qué, Janet? ¿De dónde has salido? ¿Qué hace una mujer como tú en un café Internet? No sé, te imagino más en una asociación protectora de animales o haciendo yoga.

—Pues hoy he ido a buscar información sobre la NASA. Tengo una hija, Sarah, que es astronauta.

—No me digas que eres la madre de... Sarah Drummond. Mira que lo he pensado, pero no estaba seguro y no quería sacar el tema. ¡Caramba! Estoy cenando con una mujer famosa. ¡Qué fuerte!

Janet se preguntó cómo cambiaría Ernie, ahora que estaba en conexión directa con la fama aunque fuera indirectamente.

Llegaron las ensaladas. Hablaron de la dentadura, de las abejas y de los colegios donde habían estudiado de jóvenes. Tenían un conocido en común, un amigo de la infancia de Janet que había trabajado en la misma empresa que Ernie en Manitoba. Hablaron de los dos hijos casados de Ernie, uno de cuales vivía lejos, en Estrasburgo,

Francia. El otro vivía en el centro de Vancouver y estaba pasando por un divorcio feo y con problemas de custodia.

Llegó la comida y hablaron del vuelo inminente de Sarah. *Es tan agradable charlar con alguien de mi edad. No hace falta dar explicaciones de ningún tipo.*

Janet consiguió comer un poco del pollo que había pedido y vinieron a retirarles los platos. Ernie le preguntó si le apetecía un postre.

—¿Qué te parece una tarta de chocolate? De pequeña me iba al callejón de detrás de mi casa en Toronto y hacía tartas de chocolate con el fango. A mi madre le hubiera cogido un patatús si hubiera sabido que nos las comíamos.

—La tarta de chocolate es bastante pesada. ¿Quieres compartir una?

—Buena idea.

Mientras esperaban la tarta, llegaron un par de cafés descafeinados. Ernie respiró hondo y dijo:

—Janet, todavía no me has dicho cómo aprendiste a navegar por Internet.

—Bueno, antes le tenía pánico pero si supieras mi historia, entenderías por qué soy una experta.

—¿Tu historia? Cuéntamela.

—No sé, Ernie. Es que todo cambiará si te la cuento.

—Tranquila. No cambiará nada.

*¿Y ahora qué hago? ¿Le miento? No, claro que no.*

—Pues mira, hace unos cuatro años, mi marido, Ted, me dejó por una mujer trofeo. Debo de haber sido idiota porque ni siquiera me lo vi venir. La verdad es que solo ahora he empezado a darme cuenta de lo que pasa a mi alrededor. Bueno, me quedé sola en una casa grande en las afueras. Mis tres hijos se fueron de casa hace mucho ya. Pero como había que adaptarse, me puse en contacto con unos viejos amigos, me apunté a un cursillo de Internet... ya sabes. Entonces, un día, mi hijo mayor, Wade, vino a hacernos una visita sorpresa. Llegó de Las Vegas donde llevaba viviendo no sé cuántos años. Wade es la oveja negra de la familia. Es un estafador. Adorable. De hecho, es mi hijo predilecto, pero como lo digas en público, lo negaré hasta la muerte. Bueno, el caso es que solo bajarse del avión, Wade se metió en un bar donde conoció a una rubita, Nickie, y acabaron pegándose un revolcón. Luego decidió ir a visitar a mi exmarido, Ted, en su nueva casa estilo James Bond, pero cuando llegó su mujer trofeo, Wade se dio cuenta de que no era ni más ni menos que Nickie, la rubita de la tarde. Sé que parece mentira, pero es la verdad. Bueno, Wade tuvo que salir por patas de allí y vino a casa, donde cenamos juntos tranquilamente. De repente apareció Ted y le pegó un tiro con una pistola. La bala le salió por el otro lado y se me clavó a mí en el esternón.

Janet señaló la cicatriz.

—¡Dios mío! —exclamó Ernie.

Janet había contado la historia muchas veces y sabía darle ritmo a la acción.

—Entonces, nada. Por muy cabrón que fuera Ted, nadie presentó cargos contra él. Wade volvió a Las Vegas. Un año después me cogió una neumonía. Me hicieron mil pruebas diferentes y... bingo...

*Ha llegado el momento de la verdad.*

—Soy seropositiva. De mi propio hijo. Así que llamé a Wade y se lo dije y resulta que él llevaba un año enfermo pensando que tenía un problema hepático. Tras la reconstrucción, le dejaron con un hígado más pequeño que una chocolatina. Le hicieron las pruebas y hete aquí que también salió seropositivo. No sé cómo se contagió y si te digo la verdad, me da igual. Ahora los dos nos alimentamos de pastillas.

Janet bajó los ojos y se quedó mirando el café que se estaba enfriando por momentos.

—Hay más, pero al menos te harás una idea. Esa es mi historia, Ernie.

Una de las camareras dejó la tarta de chocolate encima de la mesa con dos tenedores. Ernie no respondía. Janet cogió un tenedor y probó la tarta.

—Ernie, ¿me vas a ayudar con esta tarta?

Ernie se miró las manos.

—Está muy buena...

Ernie acercó las manos a la tarta, pero se detuvo rápidamente.

Janet dejó el tenedor.

—Creo que sería mejor que me fuera, Ernie.

A Ernie le temblaba ligeramente la cabeza.

—No pasa nada, Ernie, pero creo que me voy a ir a casa.

—Espera, Janet. Me gustaría compartir la tarta contigo, pero es que...

—¡Chitón!

—Pero...

—¡Chitón!

Lo miró por última vez, salió del restaurante y se metió en el coche.

*Nuestros líderes están muertos.*

*La historia nos ha abandonado.*

*El pasado es una broma de mal gusto.*

Partió rumbo al oeste, hacia la puesta de sol. Las noticias habían anunciado que debido a un incendio forestal en la isla de Vancouver, los colores del cielo iban a ser espectaculares. Tenían razón. Sentada en el coche, Janet sintió por primera vez en su vida que se estaba alejando de la gente que la rodeaba, de sus necesidades, sus amantes, sus defectos, sus listas de heridas irreparables, sus deseos secretos e insaciables, sus inventarios del daño que habían causado.

Pasó por el lado de un Camaro volcado, rodeado de policías y un grupo de

adolescentes aturdidos, y siguió conduciendo.

*Estoy infectada. Mi alma está infectada.* Notó cómo toda una vida de sustancias químicas le fluía por las fibras y por los huesos: vacunas, la pastilla anticonceptiva, pesticidas, Malathion, edulcorantes, antibióticos, sulfamidas... *¡Dios sabe cuántas cosas más!*

Por su lado vio pasar arces, apartamentos, gaviotas y camiones de plataforma cargados. *O sea que esto es el futuro. No es el futuro que yo quería, pero me niego a que me ignore.*

Todas las imágenes personales de sus recuerdos salieron flotando por la ventanilla. Todas esas tristes ideas sobre el decoro de 1956. Todas se desvanecieron como los mosquitos en agosto. Seis décadas y media de amabilidad sin recibir las gracias, de sexo anodino, de una sensación de culpabilidad devastadora que no iba a ninguna parte, de abandono, de fines de semanas dedicados a podar las azaleas, a zurcir las medias de Sarah... Todo reducido a una gran nada.

El sol se escondió detrás de la isla de Vancouver.

Florian llamó a la puerta a las seis en punto. Cuando Janet la abrió, se encontró con un hombre rubio canoso, fofo e insulso. El blanco de los ojos se había vuelto amarillo y tenía un diente torcido y teñido de nicotina. Podría haber sido perfectamente el mismo hombre que le había vendido los neumáticos el invierno anterior. *¿Y qué me esperaba? ¿Una aureola? ¿A Cary Grant? Pues sí.* Janet asumió su habitual rol de anfitriona:

—Tú debes de ser... Florian. Pasa, por favor. Hace tanto calor fuera.

—Gracias, pero antes tengo que besarte la mano.

Florian le cogió la mano y la besó. Janet notó la punta de la lengua sobre su piel. *¿O me lo habré imaginado?*

—¡Vaya! ¡Qué europeo!

—*Enchanté* —dijo Florian, echando una ojeada a la casa—. ¿Es tuya la casa?

—Janet volvió la cabeza como si la hubieran acusado de un crimen.

—¡Santo cielo! ¡No!

—¡Cuánto me alegra oírlo!

Florian tardó varios minutos en asimilar el talento artístico de Gayle. Entonces dijo:

—Hay que decir que la impresión de conjunto me ha dejado con ansias de estar en una habitación japonesa con un jarrón y una rama ingeniosamente torcida.

Entonces asomó la cabeza por la puerta que daba al salón:

—*Gott im Himmel!*

—Sí, es demasiado. Yo tampoco daba crédito a mis ojos.

—Y tú... una magnolia tan encantadora...

—Vuelvo enseguida. Voy a buscar mis cosas.

—Las pastillas, quieres decir.

—Más de las que te puedas imaginar —dijo Janet, sonriendo.

—O igual sí. No te olvides del negocio de mi familia.

—Claro. Es verdad.

Janet fue a buscar el pastillero. Cuando salieron por la puerta, ni se molestó en cerrarla.

—¿Dónde vamos a cenar, Florian?

—He escogido un restaurante a unos kilómetros al sur de aquí. Si te digo la verdad, no conozco Daytona Beach ni los alrededores.

—Ya. Me temo que las opciones son limitadas: puedes escoger entre un bistec o un filete de marisco con bacterias incluidas. ¿Sabes qué me encantaría? Cenar en un restaurante francés... Janet, haz el favor de bajar de las nubes. Con toda esa mantequilla deliciosa... Además, los franceses nunca escatiman sal.

—¡No me digas! —dijo Florian—. ¿A ti también te gusta la sal?

—¡Me encanta! Si encontráramos un salegar en unos pastos de vacas, te aseguro que con mucho gusto me quedaría a cenar allí.

—Pues recuérdame que tengo que enviarte una botella de una sal de Malta: Fleurs de Sel Sardaïnain.

Dentro de cada grano hay una pizquita de anchoa. Es divina.

—Me suena. No sé si la vi en un programa de cocina.

—¡Vaya hombre! —dijo Florian, enfurruñado—. No sé por qué la televisión siempre tiene que popularizarlo todo.

—Hoy en día ya no le echan sal a la comida. La comida ya no tiene sabor. ¿Te has dado cuenta?

—Sí, es indignante. Por favor, sube.

Florian le abrió la puerta de atrás de un Lincoln Town Car. Entre el conductor y los pasajeros había un vidrio ahumado. Janet se sentó y Florian se acercó al vidrio ahumado y dijo:

—Tito, llévanos al restaurante ese de marisco que vimos en Smyrna Beach.

—Sí, señor.

—¿El camión está listo?

—Sí, señor.

—¿Has dicho «el camión»? —preguntó Janet.

Florian volvió la cabeza hacia ella y señaló una caravana fija de dimensiones enormes que estaba saliendo de una calle detrás de ellos.

—No sé viajar ligero. Pero bueno, ya basta de hablar sobre mí. Ya me tengo aburrido. Cuéntame tú.

—¿Yo? Es que no hay nada que contar. Yo sí que soy aburrida.

—No me creo nada, Janet. Para empezar, eres seropositiva. ¿Cómo te contagiaste?

—Ah. Esto.

La historia ocupó la media hora que tardaron en llegar al restaurante. Florian se estaba haciendo una idea cada vez más clara sobre la familia Drummond y no habría podido ser más comprensivo:

—Janet. Pobrecita Janet. No es justo. Tú que te mereces que te traten bien y acabas con esto.

Florian señaló con la cabeza un bar en la carretera que tenía un gran letrero que decía: «¡**motoristas bienvenidos!**!» en la puerta, resumiendo perfectamente la esencia de la cultura que les rodeaba.

—Bueno, tampoco es tan grave —dijo Janet.

—Janet, mientes más que los políticos. Dime, ¿cada cuánto tienes que medicarte?

—Cada cuatro horas.

—A las pruebas me remito.

El coche entró en el aparcamiento de un centro comercial y frenó delante de un restaurante, The Shanty. El camión se paró detrás.

—¿Vamos?

Entraron en el restaurante. Las paredes eran de color menta y el aire olía a una mezcla de humo, detergente del que usan los conserjes y astillero. Florian estaba visiblemente horrorizado.

—Me parece que he metido la pata, Janet. Lo siento mucho.

—No, Flor. Cenemos aquí. Si fumamos, no notaremos tanto el olor. Acabo de decidir que quiero volver a fumar. Hace diez años que no fumo y ya toca. —*¿Por qué he tomado esta decisión? Bueno, ¿por qué no?*

—A mí me encanta fumar —dijo Florian—. Por cierto, me acabas de llamar Flor. Eres una fresca. Y una descarada.

Janet se quedó parada.

—En el coche no has fumado. ¿Lo has hecho por mí? Eres un sol.

Apareció una joven con el pelo rubio oxigenado y rizado y que no paraba de bostezar. Los acompañó, o mejor dicho, los abandonó, en uno de los reservados con vistas al este, iluminado por unos rayos de luz más bien débiles.

—Gracias —dijo Janet.

—¿Qué se cree, que se lo he escogido yo? —dijo la camarera.

La chica desapareció y Janet dijo:

—A veces me pregunto si los directivos de estos sitios serían capaces de hacer que la experiencia de cenar en un restaurante fuera aún más desagradable.

Florian abrió un paquete de cigarrillos Dunhill.

—¿Quieres uno?

Janet sacó uno y lo encendió. Enseguida notó cómo la espiral de nicotina le lamía las amígdalas y la sensación la transportó al mundo de las fiestas bailongas estudiantiles de los años cincuenta.

—¡Qué bueno está! —dijo Janet—. ¿Cómo se me ocurrió dejar de fumar?

—Apuesto a que puedo hacer que echen a nuestra simpática camarera con solo hacer dos llamadas —dijo Florian.

—Pero ¿qué nos jugamos?

—Si gano yo, tienes que invitarme al postre.

—Acepto.

Florian cogió el móvil y marcó un número. Seguidamente se puso a gritar en alemán y colgó el teléfono. Hizo otra llamada, volvió a guardar el móvil y dijo:

—Ahora verás.

Empezó a sonar el teléfono al lado de la caja y lo cogió la camarera en cuestión. Escuchó en silencio durante unos instantes y entonces gritó:

—Lo mismo te digo, cabrón. ¡Con las putas ganas que tenía yo de seguir currando en esta mierda de restaurante!

Colgó el teléfono y salió pisando fuerte, muy fuerte.

Janet todavía no se había fumado ni medio cigarrillo.

—Pues veo que voy a tener que invitarte al postre.

—Me encanta ser mezquino —dijo Florian.

—Yo, es que soy incapaz de serlo.

—Mejor, Janet. Mucho mejor para ti.

—No estoy de acuerdo contigo. Si fuera mezquina, no me preocuparía tanto y todo me daría igual.

Los pocos camareros que quedaban estaban dando más vueltas que un burro de noria. De vez en cuando, alguno de ellos salía al aparcamiento para consolar a la camarera recién despedida. En vista de la falta de servicio, Florian se levantó, se dirigió a la barra y sirvió dos gin martinis. Volvió a la mesa, dejó una de las copas delante de Janet y se sentó. Luego, miró por la ventana y dijo:

—¿Te has dado cuenta? Incluso el hecho de despedir a un empleado paraliza una economía entera, en este caso, la economía de The Shanty. Mi padre siempre decía que la forma más rápida de paralizar una economía era convencer a los sindicatos claves para que hicieran huelga. El resultado es invariablemente el mismo: las clases medias pierden los estribos y en un abrir y cerrar de ojos, se ha colado un tirano que pretende controlarlo todo. Siempre y cuando haya lechugas frescas en las estanterías de los supermercados, les da igual. Salud, Janet.

—Salud.

Entrechocaron los vasos.

—¿Sabes, Flor? —dijo Janet—. Ya había llegado a esa misma conclusión.

—¿Ah, sí?

—Hombre, solo tienes que navegar un poco por Internet.

—¿Te gusta navegar?

—Sí. Mucho.

—¿Y a tus amigos también?

—Pffft. Si te digo la verdad, estoy bastante asqueada con la gente de mi generación. Ya no tienen curiosidad por la vida. A mí me encanta Internet. Podemos acceder a todos esos conocimientos que siempre nos fueron prohibidos con solo tocar un botón.

—Dame un ejemplo.

—En primer lugar, la medicina. Luego, los archivos y documentos del gobierno. Jamás volveré a confiar en ningún gobierno de ningún país.

—Una decisión muy sensata. ¿Has participado en algún chat marrano alguna vez?

—Bueno... sí, pero me moriría si se enterara alguno de la familia.

—¿Y qué apodo usabas?

Janet se puso roja.

—Venga, dímelo, Janet.

—Vale, pero tienes que prometerme que no te reirás.

—Te prometo que lo intentaré.

—Me apodaba Gatita Asiática.

Las carcajadas de Florian recordaban a los ladridos de un perro.

—¿Y qué? ¿Alguna cita interesante?

—No, pero porque yo no quise.

—¿Y por qué no?

—Florian, podría haber estado chateando con mis propios hijos... ¡Dios mío! Me da escalofríos solo de pensarlo.

—¿Qué exagerada eres! ¿Siempre te llamabas Gatita Asiática?

—No. Si me inventé ese nombre fue porque quería saber qué hacen los hombres cuando se encierran en el estudio aprovechando que sus mujeres están en la cocina.

—Ya. ¿Y aprendiste algo nuevo?

—Que los hombres se guían exclusivamente por su entrepierna.

—¿Solo eso?

—¿No te parece suficiente? De pequeña me decían que los hombres se guiaban por sus ideales políticos y sociales. Y yo me lo creía.

—Creo que ha llegado la hora de tomarnos otro martini. ¿Te preparo uno?

—Sí, por favor.

Al otro lado del restaurante, una fiesta de cumpleaños compuesta por ocho abuelos se preparaba para amotinarse. El segundo saqueo de Florian pasó tan desapercibido como el primero. Volvió a la mesa y le dio una de las bebidas a Janet.

—¿En qué piensas?

—Es que sí tuve una cita una vez, pero no lo conocí por Internet. Bueno, sí. Nos conocimos en un café Internet.

El cigarrillo se le había subido a la cabeza.

Florian parecía interesado.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero cuando se enteró de que era seropositiva, salió por patas. No hay nada más que contar.

—¿En serio? ¿Eso hizo?

—Sí. ¿Cómo se llamaba?... Sí: Ernie, Ernie Farmingham.

—¿En Vancouver?

—Sí.

Florian parecía preocupado. Janet lo miró directamente a los ojos y dijo:

—Sí, para ser precisa, vive en el norte de Vancouver. Le vas a destroz la vida,

¿verdad?

—Por supuesto, Janet.

Janet se sentía como si estuviera cenando con Dios.

Alguien lanzó un par de cartas encima de la mesa.

—Supongo que tendríamos que pedir... pero no sé... —dijo Janet—. Creo que estoy totalmente inmunorreprimida, y este sitio es una pocilga. Igual no me conviene comer nada, por si el E. coli 157, ¿sabes?

—Hay que pedir siguiendo el estilo Florian.

—¿Y en qué consiste este estilo?

—Ahora verás.

Florian se levantó, se dirigió a un camarero, le cogió del hombro y le entregó un billete de cien dólares. El camarero lo dejó todo y se acercó a Janet.

—Bueno, supongo que quiero una ensalada verde, con la vinagreta aparte, y de segundo, un plato de Fettuccini Alfredo.

El camarero, un tal Steve según la etiqueta de identificación, se volvió hacia Florian y le devolvió el billete de cien.

—No hace falta la propina. Esta noche estamos todos eufóricos porque han despedido a Shawna.

—¿Y eso? ¿Por qué os alegráis tanto?

—Por el karma. Siempre iba de jefa porque está saliendo con el gerente de los fines de semana. La verdad es que ha sido impresionante. Bueno, ¿quiere pedir, señor?

—Sí, quiero una ensalada verde con vuestra salsa vinagreta indudablemente cautivadora, una sopa de tomate con una doble ración de picatostes, unos palitos de pollo con... ¡Mmm, sí!... salsa de mostaza. Y luego... A ver, unos palitos de calabacín fritos y... un primer plato de cordero, pero en lugar de arroz al curry, quiero patatas. Luego...

—¿Señor?

—Dime, Steve.

—Es que... no sé si he entendido... ¿Está esperando a alguien más para cenar?

—No. Solo la encantadora Janet y yo.

—Ya. Si me permite un consejo, creo que van a tener comida de sobra.

—Gracias, Steve, pero todavía no he terminado. ¿Existe alguna ley en Smyrna Beach acerca de la cantidad de comida que uno puede pedir en un restaurante?

—No, señor. Claro que no.

—Perfecto pues.

Florian pidió diez primeros platos, todos ellos con cambios meticulosos e instrucciones rigurosas de cómo hacer la carne.

Steve sonrió con una mirada filosófica y dijo:

—Al cocinero le va a dar algo cuando vea este pedido.

—Hay que disfrutar de la vida, ¿verdad, Steve?

—Claro que sí, señor.

—Hay que vivir cada instante y disfrutar de cada alegría. Hay que pasárselo bien, bien, bien. Ya te puedes llevar nuestro pedido a la cocina, Steve. Estamos desmayados de hambre.

—Veo que tienes apetito —observó Janet.

—Mucho. Creo que le daré mi reloj Piaget a ese chico como propina. Bueno, antes has mencionado una crema para la roséola...

—Sí, es verdad.

Se pusieron a hablar de los productos legales e ilegales para la piel, pero al cabo de unos diez minutos se dieron cuenta de que los camareros no paraban de mirarlos. De repente salió el chef de la cocina:

—Buenas noches. ¿Se está usted burlando de mi comida?

—Por supuesto que no. Le estoy rindiendo honor.

—¿De qué va? ¿De listo?

—No. Soy un cliente y estoy convencido de que su comida es excelente. Tengo muchas ganas de probarla. Piense que The Shanty es muy conocido en todo el distrito novecientos cuatro por la categoría de su comida y por su ambiente agradable. Todo el mundo lo sabe. Así que, por favor, vuelva a la cocina y prepáreme la cena.

El chef, confundido, dio media vuelta y se fue.

—Steve —dijo Florian—. El hecho de que haya un montón de gordos que solo comen comida que engorda es muy, pero que muy provechoso para este país.

—No sé si le sigo, señor.

—Es igual que en el resto de la vida: todo se reduce a cifras y cifras y cifras. Si hay muchos gordos quiere decir que hay muchos granjeros felices, muchos ingenieros agroquímicos felices, muchos camioneros felices y muchos empleados de restaurantes de comida rápida felices. Felicidad y alegría para todos. La gordura se extiende por la economía entera como una ola de prosperidad.

—Ya, pero los gordos tienen más problemas de salud. No sé. Es cuestión de sentido común.

—Claro, pero ahí está la gracia, Steve. Ahora mismo hemos llegado al equilibrio perfecto entre una sociedad obesa y una sociedad próspera. Si todos los americanos ganaran veinticinco gramos, solo veinticinco, la seguridad social se vería obligada a pagar demasiados impuestos y la economía sufriría. Y si los americanos fuéramos a perder veinticinco gramos, la economía caería en picado.

—Señor, nunca me había planteado la obesidad desde ese punto de vista.

—Pues ahora sí.

—Muy bien, señor —dijo Steve, alejándose de la mesa.

—Bueno, Janet. Lo que te he dicho hace un momento, que la vida era un sinfín de alegrías... era todo mentira.

—Menos mal que me lo has aclarado.

—Desde mi punto de vista, la vida es un banquete interminable de pérdidas, y con cada nueva pérdida, te ves obligado a reorganizar los muebles mentales y tirar las cosas que ya no te valen. Luego llega otra pérdida y vuelta a empezar.

—Me has estado leyendo el pensamiento. La vida es un pozo lleno de motosierras.

—No resulta difícil adivinar tus pensamientos. Se te ve en los ojos —dijo Florian, apurando el vaso—. ¿Desde cuándo piensas así?

—De joven era muy tonta. Nunca me cuestionaba el guión de mi vida. Hasta que un día, a principios de los ochenta, me paré en un semáforo en rojo en el norte de Vancouver y ¡*ding!* Me di cuenta de que había pasado a la columna de los menos y que la columna de los más había pasado a la historia. Es curioso que a veces tardas años en darte cuenta del efecto devastador que han tenido algunos acontecimientos en tu vida. ¿Y tú qué?

—Toda mi vida ha sido una pérdida detrás de otra... como si las cosas se me fueran de las manos. No me refiero al dinero. Tengo dinero hasta en la mierda. El dinero me adora. Pero lo demás... a la una, a las dos y adiós.

—No esperes que te compadezcan mucho por ello, Flor.

—Pero ahí está: nunca he pedido que me compadecieran.

Florian miró hacia la cocina y dijo:

—Mira, ahí viene nuestra comida.

Se levantó y anunció:

—Tengo que dejarte sola un momento. Voy a buscar a una amiga. Ahora mismo vuelvo.

Steve empezó a cubrir la mesa de platos y cuando ya no cabían más, trajo otra mesa y la juntó con la primera. Solo ver la comida, a Janet se le revolviéron las tripas. Había una ensalada César que padecía de eczema; un plato de una extraña sustancia gris que se estaba desintegrando delante de sus ojos; unos pedazos carbonizados de... *cerdo*; gomas elásticas y cordones que pretendían pasar por pasta. Cuando ya no quedaban más platos en la cocina, Steve resopló e hizo un gesto exagerado de agotamiento.

—Me parece que me he dejado algo, ¿no? Ah, sí. Claro —dijo, cogiendo el molinillo de la pimienta—. ¿Le pongo pimienta negra?

—No, gracias.

—Pues dejaré el molinillo aquí. Por si acaso.

Janet miró la comida que tenía delante. De repente vio entrar a Florian seguido de una mujer altísima, negra como el carbón y vestida con un traje de diseño muy caro y

muy llamativo. ¿Pucci? ¿Hermès? Tenía los dedos, las orejas y el cuello cubiertos de pedazos de oro. Janet nunca había visto a nadie cubierto de tanto dinero en forma de prendas. Tanta extravagancia tenía que ser ilegal. Janet los miró atónita, igual que el resto de los comensales. Finalmente, llegaron a la mesa.

—Janet, quiero presentarte a Cissy Ntombe.

Janet se levantó, hipnotizada.

—Hola.

—Encantada, sin duda —dijo Cissy, sentándose delante de Janet—. ¿Qué haces en esta parte del mundo, querida?

Janet pensó que debía de parecer una palurda.

—Bueno, un asunto de familia, para decirlo de alguna manera.

—¡Qué maravilla! —dijo Cissy, depositando una servilleta sobre la falda.

—¿Y tú? —preguntó Janet.

—Yo también he venido por un asunto de negocios —dijo Cissy—, pero no tiene nada que ver con la familia. No me queda familia. Murieron todos.

—¡Dios mío! ¡Qué tragedia!

—Te agradezco tu generosidad, pero ya he llorado todo lo que tenía que llorar.

Cissy miró la comida que había en las mesas. Florian la miraba como si le importara mucho su dictamen.

—Florian, vamos a necesitar limón. Aquí no veo ni un trozo.

Cissy miró a Janet y dijo:

—No existe el pescado sin limón, ¿no crees?

—Completamente.

—Este restaurante es muy inferior al restaurante donde cenamos anoche en Atlanta, pero supongo que es lo que pasa cuando te aventuras a entrar en las provincias.

Florian estaba disfrutando del desconcierto de Janet ante esa belleza exótica que hablaba un idioma que sonaba a anticuado. Janet le había echado unas cuantas miradas que decían: *¿Quién es esta mujer?*, pero Florian se había limitado a abrir los brazos y ofrecerle toda la comida a Cissy.

—Toda tuya, Cissy. Adelante.

—Como ya te he dicho, querido, voy a requerir unos pedazos de limón.

Florian se dirigió a la cocina en busca de limón. Cissy se volvió hacia Janet y le preguntó:

—¿Sabes hablar francés?

—Bueno, un poco. Soy de Canadá, que es un país bilingüe...

—Vaya. El francés canadiense. ¿No es una imitación extraña del francés de París?

—La verdad es que lo tengo un poco oxidado.

Janet buscó desesperadamente temas de conversación, pero no se le ocurría

ninguno. Por otro lado, le turbaba no saber qué pintaba Cissy en la vida de Florian.

—Oye, Cissy. ¿Florian hace siempre, esto de pedir demasiada comida en los restaurantes?

—No estoy segura. Solo hace dos días que lo conozco.

*Esto es demencial.*

—Me encanta el traje que llevas. ¿Es de Hermès?

—Es un Versace, querida.

Silencio.

Más silencio.

—¿Has leído algún libro bueno últimamente? —preguntó Cissy.

—¿Libros?

Janet no estaba preparada para la pregunta.

—A ver... Es que normalmente leo el periódico y algunas revistas. Los libros que leo suelen ser sobre salud y nutrición. Lo siento, pero no se me ocurre nada. ¿Y tú?

—Hace poco he vuelto a leer mi libro favorito.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es?

—Se llama *El protocolo y la conducta en la sociedad educada*, por Miss Lydia Millrod.

—¿Es un libro nuevo?

—No, querida. ¡Cielos, no! Fue publicado en 1913, justo antes de la Gran Guerra. Pero tiene un contenido clásico que lo salva de la posibilidad de dejar de estar de moda.

—Entiendo.

Florian volvió con un plato lleno de trozos de limón y dijo:

—Venga. Vamos a cenar.

Florian y Cissy se quedaron mirando la comida como si fuera un banquete para cincuenta personas. Los dos se sirvieron unas porciones minúsculas, dejando a Janet llena de estupor. Ya no aguantaba más.

—¿Cómo os conocisteis? —le preguntó a Florian.

—Tengo unos amigos que me hablaron de Cissy y supe que tenía que conocerla.

—Pero ¿qué te dijeron?

—Pues que Cissy es de la ciudad de Mubende, a ochenta kilómetros de Kampala, Uganda. Trabaja de prostituta desde hace casi veinte años y ha practicado el sexo sin protección unas treinta y cinco mil veces, como mínimo. Es posible que haya entrado en contacto con el VIH unas quince mil veces. Lo extraordinario del caso es que no tiene rastro ni del virus ni de los anticuerpos en la sangre.

Cissy se molestó.

—Florian, me parece de muy mala educación hablar de los negocios en la mesa.

—Cissy, Janet es casi de la familia para mí. No quiero hacer ningún negocio con

ella. Solo quiero informarle de quién eres, querida.

—De acuerdo, pero no quiero que habléis de dinero. Os lo prohíbo.

—Bueno —dijo Florian—, como te decía: hace algunos meses, unos investigadores del Centro de Control de Enfermedades en Atlanta la descubrieron en su chabola al lado de la carretera. Estaban haciendo unos estudios rutinarios epidemiológicos y la encontraron a ella. La llevaron a Atlanta hace quince días y la encerraron en una enorme habitación de motel, o más bien, una celda utilitaria tipo dormitorio de escuela privada de Ohio hacia 1967. Gracias a Dios, todavía me llegan los tantanes de la selva y así me enteré del apuro de Cissy. Hace dos días me presenté en Atlanta armado de dos maniqués que había comprado en la Séptima Avenida y toda la ropa más cara que pude encontrar en Manhattan. Bueno, también le llevé sedas con una selección deslumbrante de piedras preciosas Harry Winston. Cissy podía escoger: o la celda o Versace. Y así fue como la rescaté.

—¿Me estás diciendo que la robaste del Centro de Control de Enfermedades?

—¿Quién ha dicho robar? —preguntó Florian—. Nadie la robó. Janet, no seas tan de clase media. No te favorece. Si Cissy quiere irse, es libre de hacerlo. ¿Verdad que sí, Cissy?

—Mi habitación en Atlanta era menos lujosa que un trastero. Era un insulto —dijo Cissy. Entonces miró a Florian y dijo:

—Voy a necesitar un aguamanil, por favor.

Florian se volvió.

—Cissy, dame la mano.

Cogió la mano de Cissy, que seguía cubierta de salsa de barbacoa.

—Janet, dame la mano derecha. Pásala por aquí. Eso es.

—Flor, yo...

—Confía en mí, Janet.

Janet le dio la mano.

—Muy bien.

Florian cogió un cuchillo, miró fijamente a Janet, arqueó una ceja y le hizo un pequeño corte en la mano.

—¡Ay! Florian, ¿qué...?

—Shhh.

Florian tomó la mano de Cissy y también le hizo un corte. De repente, observando detenidamente a las dos, les unió las manos ensangrentadas con fuerza.

Cissy tenía la mano caliente y seca. *No me imagino los cubos de sangre cálida y potente que le deben correr por las venas.* Pero la sangre de Cissy manaba, gota a gota, encima del mantel. Janet vio que la sangre salía por entre los espacios de sus manos.

—Voy a contar hasta sesenta y dos, Janet —dijo Florian—. Es que sesenta y dos

segundos es el tiempo que tarda una herida en coagularse. Uno... dos... tres... cuatro...

*¿Está pasando lo que creo que está pasando?*

—... treinta y cuatro... treinta y cinco... treinta y seis...

*No puede ser.*

—... cincuenta y nueve... sesenta... sesenta y uno... sesenta y dos.

*¿O sí? ¡Sí! ¡Es verdad!*

—Vale. Separad las manos.

Cissy miró a Janet.

—Te va a hacer falta otra servilleta, querida.

Janet no reaccionaba. La mano le seguía flotando por encima de la comida.

—Mírame, Janet —dijo Florian.

Janet lo miró, pero los colores y las formas de la sala estaban cambiando, como si fueran canales de televisión.

—Ya está, Janet. Se ha ido.

—¿Ido?

—Sí. Se acabaron las pastillas. Se acabó el virus. Ya no tienes nada. Ha desaparecido.

—No me creo que sea tan fácil.

—Tienes razón. Tendré que darte unas inyecciones con el plasma de Cissy. Pero, aparte de eso, considérate curada. Así de fácil y sí: se ha ido.

—No...

—Dime, Janet.

—No sé...

—¿Qué sientes, Janet?

—Iluminación.

—¿Como si hubieras vuelto a nacer?

—No. Así no.

—¿Pues cómo?

—Como una luz blanca. Me siento como el... sol.

Janet se sentía hinchada. Acababa de atracarse de dos de los quince postres que ocupaban casi toda la mesa. Encima, seguía embriagada del intercambio de sangre que había hecho con Cissy.

—Tengo que decirte algo, Florian —dijo Janet—. Es que no puedo mentirte. Iba a venderte una carta falsificada.

Florian se quedó inmóvil durante unos segundos y finalmente dijo:

—Pues me alegro de que me lo hayas dicho. Si no, me hubiera visto obligado a romper una hermosa amistad.

—Pero ¿por qué tanta desesperación, Flor? ¿Qué tiene esa carta? Dímelo, por favor.

—¿Tú qué crees, Janet?

—Pues porque... porque se murió tu madre cuando eras muy joven. Porque te encanta todo lo inglés, y supongo que comprar la carta es la única forma que tiene un anglófilo rico de canalizar todas esas energías y emociones.

—Muy bien, Janet. Sí que echo de menos a mi querida *maman*, pero no es por eso que quiera la carta, o la tarjeta o lo que haya dentro.

—Creo que me he perdido.

—Janet, lo único que me interesa es el sobre.

—¿Cómo?

—Bueno, no dudo que la tarjeta sea una muestra de dulzura y luz y todo lo que tú quieras, pero no me interesa para nada. Lo que yo quiero es el sobre.

—Florian, ¿qué estás diciendo?

—Mira, piensa por un momento en los aspectos prácticos de escribir una tarjeta. Alguien tiene que haber pasado la lengua por la solapa del sobre, ¿verdad? Por experiencia propia, sé que es una tarea que uno no suele encomendarle a nadie más, ni siquiera al mayordomo y menos aún a papá, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Pues que incrustadas en el pegamento del sobre, Janet, habrá bastantes células somáticas que seguirán estables e intactas.

—¿Qué son células somáticas?

—Son las células no sexuales, que no son ni espermatozoides ni óvulos. Dentro de algunos años... todavía no, ¿eh?, sino de aquí a un tiempo y de forma tan inexorable como el cambio de discos de vinilo a los CDs..., vamos a encontrar una manera sencilla, patéticamente sencilla de clonar los mamíferos, sean cuales sean, a partir de las células somáticas. Solo hace falta que las conserves correctamente y les proporciones los estímulos adecuados y ¡abracadabra! Tienes un príncipe instantáneo. Si no me equivoco, tu hija va a realizar pruebas a bordo del transbordador con vistas a este

futuro procedimiento. El mundo es un pañuelo.

—Yo... No sé qué decirte, Flor.

—Tranquila. No es fácil asimilar tanta información a la vez. Por cierto, ¿el lanzamiento sigue programado para pasado mañana a las siete cuarenta de la mañana?

—Que yo sepa, sí.

—Perfecto —dijo Florian.

Se volvió hacia Cissy y le preguntó:

—¿Estás llena, querida?

—Gracias. He comido suficiente.

A Cissy le bastaba con estar sentada y tocarse la herida que Florian le había cortado en la mano.

Janet metió la lengua hasta el fondo de la copa de martini para rescatar la última gota de ginebra. De repente, levantó la cabeza y dijo:

—Hay una cosa que no entiendo. ¿Tan difícil es comprar un poco de caspa de una cabeza real?

—Te sorprenderías, Janet —dijo Florian—. Está muy bien que pienses como una mujer de negocios, pero tengo que decirte que es más complicado de lo que podría parecer. De hecho, la disponibilidad de células solo es la mitad del problema.

—¿Y cuál es la otra mitad?

—Pues el problema de los telomeres.

—¿Cómo?

—A ver, el ADN humano es como un cordón de zapato. A cada extremo, hay unos pequeños capuchones que se llaman telomeres. Según la genética de tu familia, o según si eres una francesa de ciento catorce años que se bebe un vaso de vino tinto al día, cuando llegas a los setenta y tantos años, ya tienes los telomeres desgastados. ¿Y qué pasa? Lo que pasa es que el ADN se deshace, envejeces y te mueres.

—¿Y?

—El problema con la clonación es que... bueno, pongamos que decido clonarte a ti, ¿no? Y no me mires así porque la clonación es el pan de cada día de un montón de laboratorios alrededor del mundo. Pues el bebé nacería con sesenta años de telomeres ya gastados.

—Sesenta y cinco.

—Da igual. El caso es que, técnicamente, habremos producido un bebé de sesenta y cinco años. Por eso, cuanto más jóvenes sean las células, más carísimas son. *Capisce?*

—Sí, *capisce*.

—Además, hay una ventaja importante. Estas células me servirán de punto de referencia para verificar las futuras células principescas.

—Claro.

Florian quería añadir una última nota a pie de página:

—También hay un tipo de sustancia celular que se llama cromatina, pero es un poco complicada para nuestra pequeña cena festiva.

Janet cerró los ojos.

—¿Janet? ¿Te ocurre algo?

—Estoy abrumada.

—Tengo la solución, Janet. Lo que tenemos que hacer es ir a emborracharnos. Ya no tienes que preocuparte por las interacciones de los medicamentos con el alcohol. Cissy te ha salvado la vida.

Florian fue a la barra y cogió una botella entera de ginebra. Seguidamente volvió a la mesa y llenó los vasos.

—Salud.

—Flor, para que lo sepas, la carta auténtica está debajo de uno de los cojines en el sofá de la casa donde has venido a recogerme.

—¿Cómo demonios fuiste a parar allí, en esa pesadilla hecha realidad?

—Pues la historia empezó cuando mi hijo, Bryan, dejó embarazada a su novia, una dragoncita que se llama Shw.

—¿Shw?

—Sí.

—Deletréamelo.

Siguieron con la cadena de tonterías sobre Shw. Janet le contó la serie de calamidades que precedieron al encarcelamiento de Lloyd y Gayle en su propia mazmorra de color rosa.

—Esto ya es demasiado. Es el colmo. Janet, tengo que conocerlos. ¿Siguen allí, encarcelados?

—Eso creo. La idea era asustarlos un poco.

—Venga. Vamos.

—Bueno. ¿Por qué no? No te olvides de la botella.

—Claro que no.

Florian se levantó y agarró la silla de Cissy.

—Los padres adoptivos de Cissy eran ingleses. Fue educada en la comunidad diplomática de Uganda. De ahí ese dialecto tan perfectamente Mayfair. ¿Verdad, querida?

Cissy frunció el ceño y dijo:

—Florian, es de muy mala educación hablar de los demás delante de ellos como si no estuvieran presentes.

—Perdóname, Cissy. Tienes toda la razón del mundo.

Florian dejó varios billetes de cien dólares encima de la mesa y mientras el trío se

dirigía a la puerta, los camareros se despidieron de ellos con una salva de aplausos. Florian se quitó el reloj y se lo tiró a Steve. Cuando salieron al aparcamiento, Florian dijo:

—Janet, ¿no te apetece echarle un vistazo al interior del camión? Estoy convencido de que la decoración te va a encantar.

Janet entró en el camión detrás de Cissy. Era más grande que un aula móvil. El interior era una mezcla de níquel brillante, vidrios biselados, focos escondidos y muchos espejos. Había capa tras capa de trajes de diseño desparramados por encima de los muebles, que eran minimalistas y de un color gris carbón. El mero hecho de ver todo ese dinero en forma de ropa provocó un hormigueo ilícito en Janet.

—Bueno —dijo Cissy—. Es una casa bastante pequeña, no lo negaré, pero es encantadora. La nevera es de acero inoxidable y la encimera, de mármol travertino, igual que en las cocinas de la embajada británica antes de que el reinado de terror sangriento de Idi Amin me obligara a hacer la calle.

Abrió las puertas del cuarto de baño y dijo:

—Sencillo y elegante. Florian es un hombre muy amable, querida. No repara en gastos y se ha asegurado de satisfacer todas mis necesidades femeninas.

—Sí, es todo un señor —dijo Janet.

—Efectivamente. Incluso ha tenido en cuenta mis otros deseos de mujer. Mira, ven...

Cissy abrió la puerta de la habitación. Janet entró y vio a Howie, que se había quedado dormido completamente desnudo encima de una colcha de chinchilla y roncaba como un cortacésped. En la mesita de noche había una botella medio vacía de J&B.

—He estado con muchos hombres, pero este es el más bello de todos —confesó Cissy—. Es mi ángel. Es mi premio.

*¡Qué raro! No estoy ni escandalizada ni cortada. Me hace gracia y todo. Debe de ser por la ginebra.*

—Sí, efectivamente, eres una chica muy afortunada —dijo Janet.

—Me ha encantado conocerte, Janet. *Au revoir.*

—*Au revoir.*

Antes de subirse al coche, Florian le dijo:

—¡A los americanos os encanta husmear en las casas de los demás!

—Yo soy canadiense, tú eres suizo y Cissy es ugandesa. ¿A quién te refieres exactamente?

Subieron al coche. En el asiento de atrás había una nevera portátil Medevac.

—¿Qué tienes allí, Flor?

—Caprichos y delicias.

—¿Qué clase de delicias?

—Vamos a ver...

Abrió la nevera y removió el contenido.

—Me encanta ir a Atlanta. Los hoteles en Atlanta sí que saben cuidar de sus huéspedes. Así consigo la mayor parte de mis especímenes, ¿sabes? Las camareras son las proveedoras de contenido de la próxima era humana. Mira esto...

Sacó una bolsita de plástico de cierre hermético.

—Ni más ni menos que el cepillo de Bill Gates. Quinientos dólares en efectivo. Este cepillo va a pagar los estudios de miles de Floriancitos. ¿Y qué tenemos aquí?

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —dijo Janet.

Pero la expresión de perplejidad de Florian le confirmó lo contrario.

—Lo siento, Flor.

Dentro de otra bolsita de plástico había una toalla blanca.

—«Yo sequé a Ashley Judd...» Imagínate. Millones de Judditos, ansiosos por entretenernos hasta la saciedad. Ahora que Celine Dion... Ella siempre será mi Santo Grial. Esa mujer tiene una estrategia militar de arrasar con todo lo que podría ser de utilidad genética. ¡Vaya! ¿Y esto?

Sacó otra bolsita envasada al vacío. En su interior, había una camiseta negra.

—Garth Brooks. Con sudor varonil y todo. Kaching, kaching... Y aquí tenemos...

El tono de Florian anunciaba el plato fuerte. En la mano tenía un bote de aluminio y estaba notablemente sobrecogido.

—Un condón usado de Tiger Woods, flotando en un baño de nitrógeno líquido.

—¡Ya basta!

—¿Janet?...

—No puedo más. Todo esto es más de lo mismo.

Florian volvió a tapar la nevera.

—Lo siento, Janet. Para un principiante, todo esto debe de ser muy cargante.

—Guarda la nevera, por favor.

—Ahora mismo. ¿Te apetece otra copa?

—Gracias.

Florian sirvió un par de copas. Janet le preguntó si no le preocupaba ser tan rico y no tener guardaespaldas. Florian sonrió y dobló la oreja derecha hacia delante.

—Aquí detrás tengo un chip. Si lo presionara cinco veces en dos segundos, mi... ¿cómo decirlo?... mi equipo de samurais aparecería en menos de dos minutos.

—¿Tienes guardaespaldas a menos de dos minutos?

—Siempre.

—Admirable.

—Necesario. Pero uno de los requisitos es que no tenga que verlos. Así es como funciona la mejor seguridad.

Florian cambió de tema:

—Dime, Janet. De la familia que está aquí contigo, ¿cuántos están enfermos?

—Somos cuatro: yo, Wade, Nickie y Ted.

—¿A Ted qué le pasa?

—Tiene cáncer de hígado.

—¡Uf! Oye, te has olvidado de un detalle: tú ya no cuentas.

*¡Dios! Tiene razón.*

—Pues tres.

Florian continuó:

—Ya puestos, supongo que deberíamos encargarnos de todos. Llámalos.

Florian le dio el móvil.

—¿También sabes curar el cáncer de hígado?

—Por favor, Janet.

Janet vaciló durante unos segundos antes de marcar el número de Kevin. Florian le dijo:

—Diles que les esperamos en Daytona Beach. Pero solo quiero que vengan los que están enfermos. No me gustan los espectáculos multitudinarios.

Janet llamó y le transmitió el mensaje a Wade. Poco después, llegaron a la casa de Lloyd y Gayle. Dejaron el coche en la entrada. La casa estaba a oscuras y encendieron algunas luces. Entraron en el salón y Janet metió la mano detrás de un cojín. Sacó el sobre *Mamá*.

—Aquí la tienes.

—Gracias, Janet. Oye, ¿de dónde vienen esos aullidos?

—Del perro Kimba. Lo hemos encerrado en la caseta. Los Munster están abajo. Vamos a saludarlos.

Bajaron las escaleras frías, no frescas: frías. Janet abrió la puerta del fondo. Medio esperaba encontrarse con un par de monstruos detrás, listos para atacar y destriparla, o que le apuntaran a la cara con una escopeta recortada y la ataran a una silla plegable con cinta aislante. Pero solo se encontró con Lloyd y Gayle encerrados en la mazmorra de color rosa con pinta de estar muy enojados.

—Ya era hora de que volvierais, ¿no? Sois unos cabrones. No tenéis ni idea de lo que os espera. Os vais a arrepentir mucho.

—Silencio —dijo Janet—. Hemos encontrado esas fotos tan encantadoras que teníais debajo de la plancha en el garaje.

—Ah.

—Sí: «ah». Yo pienso lo mismo —dijo Janet.

—¿Y este quién es? —preguntó Gayle.

—Es mi amigo Florian. Es mil veces más rico que vosotros. En realidad, a su lado solo sois unos gusanos de poca monta, así que un poco de respeto.

Florian se dirigió a Lloyd y Gayle:

—Bueno. De hecho soy un millón de veces más rico que vosotros.

Se acercó a los barrotos y les echó una bronca colosal:

—¡Vaya par de idiotas! ¿A quién se le ocurre pagar por adelantado? ¡Imbéciles, imbéciles, imbéciles! Las madres donadoras nunca cumplen el pacto. ¿Cuánto ibais a pagar por el nieto de Janet?

—Cincuenta mil —dijo Lloyd, encogiéndose de hombros.

—¿Y por cuánto ibais a venderlo?

Lloyd iba a responder, pero Gayle lo interrumpió con bravuconería:

—Medio millón.

—¿A quién?

—Deberías ver la lista de compradores.

—Ya la hemos visto —dijo Janet.

Florian se volvió hacia Janet y dijo:

—Janet, este color rosa me está ablandando los pezones. Subamos arriba, por favor.

Mientras subían las escaleras, ignorando los gritos indecorosos de Lloyd y Gayle, Florian dijo:

—Bueno, Janet. Al menos habrás visto que yo llevo un modelo de negocio mucho más limpio y lucrativo. Pronto voy a hundir a todos los Lloyds y las Gayles de este planeta en la bancarrota.

Cuando llegaron al pasillo de arriba, Wade, Nickie y Ted estaban entrando por la puerta.

El cielo se fue poniendo cada vez más oscuro a medida que Wade, Ted y Nickie se acercaban a Daytona Beach. Habían cerrado las ventanillas y Wade se sentía como si estuviera dentro de un sarcófago móvil con un cuarto pasajero: la muerte. El aire acondicionado estaba encendido y Ted había apretado el botón de reciclaje del aire. Wade notaba cómo, poco a poco, el coche se iba llenando de partículas de la muerte que salían de sus pulmones, de su cuero cabelludo y de su piel. Bajó un poco la ventanilla. Su padre tenía la piel pálida y cérea; a Nickie le sobresalían las venas, llenas de criptonita palpitante.

Ninguno de los tres tenía ganas de hablar. Llegaron a la casa, aparcaron el coche y entraron por la puerta, que encontraron entreabierta.

Wade estuvo a punto de estallar cuando vio a Florian y su madre en el salón con las luces atenuadas. Las subió nada más entrar, pero Florian le hizo un gesto para que las volviera a bajar.

—La decoración, Wade. Es monstruosa. Tú mismo.

—Hola, Florian. Veo que te has operado los ojos.

—Sí. ¿Cómo estas, Wade?

Ted y Nickie, agotados y apagados, entraron detrás de Wade.

—... y vosotros debéis de ser Ted y Nickie.

Los tres se presentaron con una formalidad rígida y Wade se desplomó en el sofá.

—Estoy hecho polvo. A veces me pasa; es como si me viniera una ola de agotamiento.

Le sonó el pastillero y Wade echó la cabeza para atrás, respiró hondo y dijo:

—No tengo ni idea de qué pastilla me toca ahora.

—Conque cansado, ¿eh? —dijo Ted.

Siguiendo el ejemplo los demás, se dejó caer en un sillón.

—¿Sabes qué, Florian? Estás rodeado de enfermos terminales —dijo Wade.

Igual que su padre unas horas antes, se puso a tararear el canto fúnebre.

—No digas tonterías —dijo Florian—. ¡Y qué ordinario este intento de horrorizarme para conseguir lo que quieres! Estoy seguro de que tu madre no te habrá educado así, ¿verdad, Janet?

Janet se estaba frotando las sienes y no respondió.

—¿Te ha dado la carta? —le preguntó Ted a Florian.

—Efectivamente —dijo Florian.

—¿Cuánto te ha pagado? —le preguntó a Janet.

—No me ha pagado nada, Ted. No me ha parecido justo cobrarle.

—¿Cómo que no te ha parecido justo?

—Ted, Florian es mi amigo y no quería estropear nuestra relación por motivos de

dinero.

—Janet —dijo Florian—, eres muy noble, demasiado noble incluso, pero no os preocupéis. Os daré cien mil por la carta, cien mil dólares canadienses, no americanos.

—¡Qué detalle! Gracias, tío.

—Tú mismo. Lo tomas o lo dejas.

—Bueno. Vale. Aceptamos.

—Perfecto —dijo Florian—. Haré que mis adláteres os lo traigan a primera hora de la mañana.

—Sí. Vale. Lo que tú digas.

Wade se había preparado para un drama gloriosamente turbio, pero la verdad es que tenía la sensación de haber vendido un Trans Am del 89 a través de un anuncio en el diario.

—¿Todavía están encerrados abajo esos vampiros? —preguntó Wade.

—Están aburridos y malhumorados —dijo Janet. Pareció como si tuviera algo que comentar, pero se lo pensó mejor.

Cambió de tema.

—Florian, tengo entendido que Wade trabajaba para ti. ¿Qué hacía exactamente? Es que cada vez que se lo preguntamos, se queda callado.

—Ay, Janet. Si tú supieras... Ese culo sedoso de tu hijo me llevaba a las estrellas cada noche.

—¡Florian! ¡Cómo te pasas, tío! Eso es mentira y tú lo sabes.

—¡Qué mal genio tiene este chico! Tranquilo, Wade —dijo Florian.

Entonces miró su público uno por uno y dijo:

—Lo que hacía mi pequeño Wade era contrabandear muestras para mi laboratorio, especies en vías de extinción sobre todo. Lo más grande que hizo fue traerme un cargamento entero de tejos del Pacífico. Todo un leñador, ¿verdad? —dijo señalando a Wade.

Siguió:

—Me hacía falta la corteza para extraerle tamoxifén, una sustancia para tratar el cáncer de mama. También me traía delfines para que pudiera realizar pruebas de cáncer con ellos.

—¿Utilizas delfines para las pruebas de cáncer? —preguntó Janet estremecida.

—Claro, querida. ¡Qué bichos tan y tan repugnantes! Serían capaces de robarte y violarte y quitarte el bolso en menos de tres segundos si encontraran la manera. La industria del atún nos está haciendo un gran favor.

—No lo dices en serio.

—Que conste que Wade ha sido uno de mis mejores trabajadores. A veces le hacía encargos bastante complicados, por necesidad, claro. Pero no se quejó ni una

vez. También hay que decir que le pagaba bien, pero al final... va y me deja por la esposa de un jugador de béisbol. ¡Manda huevos!

—¿Te acuerdas cuando cargamos el bote de Eddy con codeína y nos estrellamos contra el arrecife que limitaba con la laguna de Wilhelmina? —preguntó Wade—. El fondo del barco se llenó de agujeritos y sus delfines entraron en un estado de euforia catatónica...

—Sí..., Wilhelmina sí que era una vaca loca. Sigue torturándome cada vez que jugamos a backgammon en su salón... con todas sus piezas de museo Jaspers Johns que ahora parecen estopillas. La sal de la atmósfera las acaba destrozando —dijo Florian, suspirando.

—Por cierto, ¿qué ha sido de Eddy?

—Eddy se ha ido a un sitio mejor, Wade. Gracias a una banda de piratas que se encontró en las costas de Santo Domingo y que decidieron quedarse con su cargamento de productos electrónicos Samsung. Si te sirve de consuelo, su esqueleto será ideal para crear un pequeño arrecife.

Wade y Florian siguieron hablando de tiempos pasados. Janet fue a hablar con Nickie y Ted. Después de algunos minutos, Wade vio una iluminación que venía del interior de su padre y su madrastra, una onda de luz tranquila que les atravesaba el cuerpo. Florian seguía cotorreando:

—... pero claro, nunca volví a hablarle a ese gabacho después de que se cayera accidentalmente el Trinitron del Cessna sobre esa pista de aterrizaje privado que tenía. Sabes que el gobierno de Bahamas la demolió justo después de que tú te fueras, ¿no? Bueno, te vuelvo a subrayar lo de «accidente». Según me dijeron, su cuñado tuvo que aterrizar de noche y una de las ruedas chocó con el televisor..., cuatro mil Monte Cristos por toda la pista... Ya ves. Deberían coserle el estómago a ese gordo. Le sobran por lo menos veinticinco kilos.

Ted y Nickie lo interrumpieron. Iban cogidos de la mano y sonreían como adolescentes enamorados.

—Vamos a dar un paseo y a respirar un poco de aire fresco —dijo Ted.

Los dos le guiñaron el ojo a Florian y Nickie dijo:

—Gracias.

Ted hizo lo mismo.

—Pues vale —dijo Wade. *Tienen un secreto.*

—Volveremos de aquí a una hora, más o menos —dijo Nickie, saliendo por la puerta.

Florian miró a Janet y le hizo una señal con la cabeza. Wade se sentía excluido de este círculo tan secreto y dijo:

—Por cierto, ¿dónde está Howie?

—Está muy bien.

—Pero ¿dónde está?

—Está un poco ocupado ahora mismo.

—¿Ocupado con qué?

Respondió Florian:

—Howie está disfrutando de un amor apasionado y tórrido con Cissy Ntombe de Mubende, Uganda. Están en el camión que hay aparcado delante de la casa, por si quieres ir a espiarlos un poco.

—No hace falta —dijo Wade—. Te creo. O sea que ahora le está poniendo cuernos no solo a Sarah, sino a Alanna también.

—Eso parece, pero no te preocupes por eso, Wade —dijo su madre—. Tengo que darte una noticia asombrosa.

—¿Qué pasa?

—Es una noticia buena, cariño.

Pero Janet no tuvo tiempo de darle ninguna noticia. De repente se abrió la puerta como en los programas de crímenes basados en la realidad. *¿Invasión en casa? Pero ¿esto qué es?* Entraron Bryan y Shw, armados de pistolas. Shw se puso a chillar:

—¡Todos quietos! ¡Aquí mando yo!

—Bryan, ¿qué coño pasa aquí? —preguntó Wade—. ¡Dejad las pistolas! Vais a hacer daño a alguien.

Shw lo fulminó con la mirada y dijo:

—¡He dicho que aquí mando yo, vagabundo de mierda!

—Bryan, haz el favor de decirle que...

¡Crac!

Shw disparó al techo y le dio a una bombilla. Wade, admirando su puntería, saltó hacia atrás. Shw volvió a chillar:

—¡Callaos todos de una puta vez!

—Bryan —dijo Janet—, déjate ya de tonterías.

Shw estaba furiosa porque nadie le hacía caso.

—¿Qué? No aprendéis, ¿verdad?

Disparó a la bombilla que había en el centro de la araña de luces.

—Uuuy. ¡Qué miedo! —dijo Florian.

—¡Corta el sarcasmo, hijo de puta ejecutivo chulo de genes cabrón!

—Vigila lo que dices, señorita, y menos palabrotas —advirtió Janet.

—O sea que todo esto viene a raíz de mi empleo —dijo Florian.

—Tú lo has dicho —dijo Shw—. Cuando Bryan me ha dicho quién eras, me han entrado ganas de pegarte un tiro. Vendes la mitad de las pastillas de todo el planeta y ya me gustaría saber qué pesadillas genéticas tienes montadas en Suiza o de donde vengas.

—Mira, nena —dijo Wade—. ¿Qué te has creído, entrando aquí y tratándonos

como si fuéramos ganado? ¿Eh, mala puta?

—A la madre de mi hijo no le digas mala puta, ¿vale? —dijo Bryan.

Janet miró a Wade y le hizo una señal para aconsejarle que no insistiera en el tema.

—Muy bien, abuelita —dijo Shw—. Ahora me vais a acompañar todos al sótano. ¡Todos!

—Bryan, dejad las pistolas —dijo Wade.

—Haz lo que te diga Shw —dijo Bryan, sin atreverse a mirar a su hermano a la cara.

Shw seguía gritando:

—¡Venga! ¡Rápido! ¡Todos abajo! ¡Ahora!

Con una precisión capaz de volver humilde a cualquiera, Shw eliminó un par de unicornios de vidrio de un juego de siete que cabriolaban sobre la repisa.

Wade, Janet y Florian bajaron las escaleras como si estuvieran obligados a participar en un tedioso juego infantil.

—Bryan, igualmente íbamos a bajar cuando habéis aparecido —dijo Janet.

—¡Cállate, Janet! —gritó Shw—. ¡Tu puta serenidad me está jodiendo el cerebro!

Wade fue el primero en llegar a la puerta.

—¡Dentro! —ordenó Shw, haciendo señas para que entraran en la habitación con la sala de partos y la mazmorra de color rosa.

A Florian se le escapó una risita. Shw se puso hecha una furia:

—¡Te he dicho que te calles de una puta vez!

Aniquiló una bombilla de una lámpara que había en el rincón. Recibió el silencio que deseaba. Señaló a Florian y dijo:

—Tú, Lord Bratwurst. A la cárcel con los señores Compradores por Catálogo.

Shw vio la llave encima de la silla de tocólogo. La cogió y se la tiró a Bryan.

—Mételos todos adentro.

Bryan abrió la puerta, miró a Florian y le hizo un gesto para que pasara.

—Venga. Para adentro.

—Ya me he cansado de vuestras tonterías —dijo Florian—. Wade, ¿no podrías hablar un poco con tu familia?

Wade estaba furioso.

—Bryan, ¿me quieres decir el porqué de todo esto?

Shw se adelantó:

—Al señor Bratwurst le toca sufrir un poco. Le voy a extraer unos cuantos códigos y nombres de archivos.

—¿Ah, sí? —dijo Florian.

Shw lo miró y dijo:

—Hace años que mi familia sabe lo de tu compañía. Eres un peligro para el

planeta.

—¿Un peligro para el planeta? —preguntó Wade—. ¡Qué cursi!

—Es una pesadilla de tío.

—¡Socorro! No me hagáis daño —dijo Florian—. Mirad, niños, yo que vosotros me lo pensaría mucho antes de hacerlo.

—Pues, ¿sabes qué te digo? Que igual te mato y todo. Pero antes quiero que te metas en la mazmorra —dijo Shw, haciendo señas de que entrara.

—Pasa, guapo —dijo Gayle—. Estarás más seguro aquí dentro con nosotros que con esa familia de idiotas.

—¡No somos idiotas! —saltaron Wade y Bryan a la vez.

—*Qué será, será...* —tarareó Florian.

Florian apenas había entrado en la mazmorra cuando Janet sacó, al parecer de la nada, una jeringuilla epidural del tamaño de un lápiz y la hundió con rabia y fuerza en la piel blanca y blandita del cuello de Shw. Luego gritó:

—¡Florian! ¡Llama a tu servicio secreto!

Shw estaba atónita, y a juzgar por las expresiones de los presentes, ellos tampoco daban crédito a sus ojos. Ninguno de ellos se hubiera pensado que Janet fuera *capaz* de hundir una jeringuilla en el cuello de nadie. Shw intentó apartarse la jeringuilla del cuello, como si fuera una araña que le estuviera atacando la yugular.

—¡Mamá! —gritó Bryan—. Pero ¿qué haces?

Wade lo atacó por detrás.

—¡Aaah! ¡Mis quemaduras!

Wade le hizo soltar de un golpe la pistola, que fue a parar a un rincón al otro lado del sótano. Wade fue corriendo a recogerla.

—No te molestes —dijo Bryan—. No está cargada.

—¿Que no está cargada?

Shw estaba temblando y berreó:

—¡Bryan! ¡Quítame esta puta jeringuilla del cuello!

Lo que sucedió luego fue una especie de coreografía borrosa durante la cual...

... Gayle alargó la mano por entre los barrotes y agarró la pistola de Shw, pegándole de paso un tiro en el pie, con lo que Shw se detonó como una alarma de incendios.

... Lloyd y Gayle lograron escaparse de la mazmorra, cogieron a Shw y la empujaron dentro.

... Bryan entró corriendo en la celda para ocuparse de Shw; Florian lo siguió, cerrando la puerta de la mazmorra detrás de él.

El resultado final fue que Shw, Bryan y Florian acabaron encerrados dentro de la mazmorra. Wade y Janet seguían fuera.

Florian intentaba atender a la herida en el pie de Shw. Estaba muy alterado:

—¡Mirad lo que habéis hecho! ¡Vaya par de pardillos novatos! ¿No hay un botiquín aquí dentro?

Encontraron uno debajo de la litera.

Janet miró a Wade y le señaló con la cabeza dónde había caído la llave de la celda. Wade y Lloyd se tiraron al suelo a la vez. La llave salió dando botes por el suelo, *plink*, y cayó dentro de un sumidero. Todos callaron de golpe.

—¡Mierda, mierda, mierda! —dijo Lloyd.

—No me digas que no hiciste las copias —dijo Gayle.

—Es que...

—¡Mira que hay que ser imbécil! ¡Te pido que hagas una sola cosa, pero tú no: eres demasiado vago para hacer nada! Todo el día en las carreras de galgos... Si no fuera por mí, esta casa ya se habría desmontado.

Shw estaba a punto de desmayarse, Bryan se había echado a llorar; Florian estaba poniendo una solución antiséptica en la herida de Shw y dándose toquécitos detrás de la oreja derecha.

—Vale. Vosotros dos —dijo Gayle, señalando a Wade y Janet—. Como no os podemos encerrar con los otros, vais a venir con nosotros. Venga. Arriba. Nos vamos a dar una vuelta en coche.

—¿Qué? —preguntó Wade—. ¿Ahora vais a matarnos y deshaceros de nuestros cadáveres? Pues os deseo mucha suerte. El dossier que tenemos sobre vosotros es tan gordo y está tan lleno de atrocidades que cuando os muráis en la cárcel, os reencarnaréis en prisioneros. Ni se os ocurra hacernos daño, y aún menos pegarnos un tiro. Como nos toquéis estas cortezas reptílicas, os vais a arrepentir mucho.

—Muy bien —dijo Gayle—. Pero que yo sepa, no hay ninguna ley que diga que no podemos incomodaros un poquito.

—¿Incomodarlos? —preguntó Lloyd.

—El pantano —dijo Gayle.

La cara de Lloyd se iluminó como un árbol de Navidad.

—¡Perfecto! Voy a por el coche.

Salió de la habitación. Gayle señaló las esposas que había al lado de la silla de tocólogo.

—Quiero que os esposéis el uno con el otro. La mano con la mano y el pie con el pie.

—¿De verdad es preciso? —preguntó Janet.

—Sí, lo es.

Sin mirar, Gayle apuntó la pistola hacia la mazmorra y disparó. No dio a ninguno de los tres, pero se explicó muy claramente. Wade se esposó el pie derecho con el pie izquierdo de su madre, la mano derecha con su mano izquierda.

—¿Por qué tienes las piernas de color lila? —preguntó Gayle.

—Sida.

—Claro. Me lo tendría que haber imaginado. Venga. Al coche.

Janet miró dentro de la celda de color rosa.

—Florian, ¡por el amor de Dios! Llama a tus guardaespaldas.

—Ya está hecho.

—Y no dejes que peguen ni que maten a Bryan o Emily. No son malvados... solo un poco idiotas.

—Te lo prometo, Janet.

—¿Me acompañarás al lanzamiento?

—¡Me encantaría!

El coche de Lloyd era un enorme sedán floridesco, un lujoso cofre de piel. Lloyd iba al volante y Gayle estaba a su lado, apuntando a madre e hijo con una pistola. Les había tapado los ojos con unas viseras de Qantas.

—Las cosas iban de maravilla hasta que aparecisteis vosotros con vuestra familia de monstruos.

—Sí. Vale. Lo que tú digas.

—Lloyd, pon un poco de música —dijo Gayle.

De repente, un chorro de música de 1981 llenó el coche... ¿*Van Halen*?

—Lloyd, este coche no es una cama solar. Pon música clásica, ¿quieres?

Lloyd obedeció.

—¡Aaahhhh! —dijo Gayle—. Por fin un poco de paz y tranquilidad.

Se dirigieron al campo. A medida que se alejaban de la costa, el paisaje se volvía cada vez más salvaje. El coche pasó por una carretera de gravilla y pasaron inequívocamente encima de un largo puente de madera que hizo que el coche saltara. *Bum-ba-bum-ba-bum-ba-bum*. Wade calculó que tardaron unos cinco minutos a 65 kilómetros por hora.

Lloyd paró el coche en medio del puente. Gayle se bajó, abrió las puertas de atrás y ordenó a Wade y Janet que salieran. Cuando ya los tenía de pie delante de ella, Gayle dijo: «Hasta nunca» y le dio una patada a Wade detrás de las rodillas. Wade tropezó y cayó en un pantano, arrastrando a Janet consigo.

—Es posible que sobreviváis —dijo Gayle—, así que, técnicamente, no nos pueden acusar de asesinato. Pero ojalá que os pudráis allí dentro.

Mientras caía al pantano, Janet tuvo la sensación de estar volviendo atrás en el tiempo. Regresó a la semana anterior, cuando volaba de Vancouver a Orlando para asistir al lanzamiento. El hecho de ver a tanta gente resuelta y aparentemente atareada la había llenado de inspiración. El avión había aterrizado en Dallas a última hora de la tarde, donde la temperatura exterior era de 48 grados. Los pasajeros miraban el cielo desde el interior de la estructura de vidrio como si les acabaran de diagnosticar una enfermedad terminal. Había multitudes de personas apiñadas en torno a las rejillas del aire acondicionado con la esperanza de recibir algún chorro de aire fresco perdido. Una mujer de Beaumont había informado a Janet que a partir de los 45 grados, la mayoría de los coches se niegan a arrancar y que los terrenos de aparcamiento se funden como el chocolate; los niveles freáticos descienden de forma alarmante y el planeta comienza a hundirse.

Janet decidió seguir la corriente del aeropuerto. Entró y salió del tren de enlace entre terminales, de los quioscos y de los lavabos. El avión que la llevaría a Orlando iba a salir con retraso; su hija estaba en la televisión; su propia madre llevaba treinta años muerta y su padre, quince. Le irritaban y le molestaban las pantallas y los altavoces, todos ellos anunciando un nacimiento o una muerte o algo sagrado o importante.

De repente se encontró en la cola de la cafetería junto a decenas de sus compañeros de viaje, con una bandeja en la mano y esperando para pagar una manzana magullada, una pizza grasienta y un yogur tibio.

Janet dio otro salto en el tiempo, esta vez de varias décadas. Estaba en la cafetería de Eaton's, no la cafetería del Eaton's de Toronto de su juventud, sino la cafetería del Eaton's de Vancouver de su madurez. Habían pasado seis semanas desde la fiesta fatídica en la que Ted y Wade habían intentado matarse en el jardín. Janet tenía esperanzas de poder convencer a Wade de que volviera a casa y había escogido la cafetería en el quinto piso de Eaton's para que pudieran hablar en territorio neutral. Hacía años que Eaton's había dejado de ser el centro comercial de la pos-Depresión donde trabajaba su padre, pero cada vez que veía el logotipo, Janet era incapaz de desvincularlo del Eaton's de su pasado. Mientras hacían cola, Wade se había burlado de la comida que Janet tenía en la bandeja: puré de patatas, lonchas de lomo y un pudín de crema inglesa.

—Mamá, todo lo que has escogido es de color beige.

—¿Y qué? ¿Hay algo que no esté bueno?

—Igual sí, pero todo tiene el mismo color.

—Ya. ¿Y tú qué, Leonardo? ¿Qué has escogido para comer?

Janet miró la bandeja de Wade: un plato de macedonia de fruta con gelatina de

limón, un zumo de tomate y una ensalada del chef. Era como si hubiera dispuesto los adornos del árbol Navidad encima de la bandeja, listos para colgar.

—¡Qué bonito! —dijo Janet.

—Bueno, sí, ¿verdad?

Se sentaron en una mesa al lado de una ventana con vistas al juzgado. La cafetería estaba llena, sobre todo de gente mayor para quienes el almuerzo del sábado en Eaton's era la comida más lujosa de toda la semana. El ruido de las conversaciones eternas a su alrededor despertaba en Janet unos recuerdos de su infancia que no sabía frenar.

—... «Houston a mamá»... «Houston a mamá».

—Lo siento, cariño. Estaba a años luz de aquí. Algún día lo entenderás.

—Espero que no. No pienso volverme viejo. Lo que quiero son experiencias, no recuerdos.

—No seas tonto, Wade —dijo Janet, sonriendo—. Seguro que eres la típica mala hierba que no muere nunca.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te hace pensar eso?

—Anda. Come y calla.

Hablaron animadamente sobre qué había sido de sus vidas en las últimas semanas, especialmente la de Wade. Se había ido a vivir con Colin, un amigo que, trabajaba en Radio Shack.

—De momento tengo que dormir en un saco en el suelo, pero pronto viviré como un rey.

Aunque había encontrado trabajo de repartidor para una tienda de alfombras, todavía no tenía dinero para pagarse el palacio que anhelaba.

Janet rebuscó en el bolso. Le apetecía fumar pero no le quedaban cigarrillos.

—¡Maldita sea!

—Ten, mamá. Coge uno de los míos.

—Vaya. ¿Ya has empezado a fumar?

—Hace años, mamá. Ahora no me vengas con que no lo sabías.

—Claro que lo sabía, cariño.

Encendió uno de los cigarrillos de Wade y le dio un ataque de tos.

—Wade, esto parece un puro. ¡Dios! ¡Qué mareo!

—Tranquila. Ya te acostumbrarás.

Durante un instante, el sol se asomó por entre la llovizna habitual y Wade levantó exageradamente el brazo para taparse los ojos:

—¡Aahh! ¡Ese orbe amarillo! ¡Me quema los ojos! ¿Qué es?

—Ya era hora de que viéramos un poco de sol —dijo Janet.

—Sol... ¿al orbe dorado lo llamáis «sol»?... ¿Qué más ha descubierto tu gente que yo no sepa?

Janet se puso a reír y los dos se quedaron en silencio, disfrutando del calor del sol. Entonces Wade preguntó:

—Mamá, ¿cuál ha sido el momento más feliz de tu vida?

—¿Cómo? Ay, Wade. No puedo responderte a esa pregunta.

—¿Y por qué no?

*Bueno, ¿por qué no? No hay ninguna razón, supongo.*

—¿De verdad quieres que te lo diga?

—Sí, claro.

Janet tardó unos segundos en aislar el momento.

—Pues me pasó cuando tenía más o menos la misma edad que tú. Tenía dieciocho años y era muy tontita. Fue el verano antes de conocer a tu padre y mi padre me había enviado un mes a Europa. Papá había empezado a cobrar un sueldo como Dios manda y el dólar... bueno, en Europa era como si llevaras oro encima.

Janet se dio cuenta de que Wade estaba bebiendo café. *Vaya. También toma café.*

—Estaba morena y había cambiado toda mi ropa anticuada de turista canadiense por unos preciosos vestidos de verano que compré en Italia. Parecía un anuncio de colonia en persona. Todos me silbaban y me gritaban piropos... Y yo encantada, claro. Además, iba con un par de chicas de Alberta que estaban dispuestas a todo. Supongo que acabé absorbiendo su audacia o algo así, porque me volví..., no sé..., osada, ¿sabes?

—Eras muy guapa, mamá. Deberías aceptarlo de una vez por todas. Pero todavía no me has contado tu momento más feliz.

—A eso iba. Estábamos en París, casi al final del viaje. Habíamos conocido a unos chicos americanos. Fuimos a cenar y luego a bailar con ellos y no paraban de intentar ligar con nosotras.

—¿Con unos americanos?

—Sí. Eran muy divertidos, de verdad. Creo que me casé con tu padre solo por eso. Era americano y los americanos son puro nervio. Siempre tienen algo que hacer. Me encanta la gente así.

—Bueno, tu mejor...

—Pues no hay mucho más que contar. Eran las tres de la madrugada y volvía a casa a pie por el Sena con Donny MacDonald. Justo cuando llegamos a la catedral de Notre Dame, se puso a cantarme canciones de *Carousel* y pensé que me iba a estallar el corazón. De repente empezó a soplar un viento fresco y aunque hacía una noche calurosa y sofocante, se me puso la piel de gallina. Entonces tuve el presentimiento de que se me estaba a punto de acabar la juventud y la vida despreocupada y, bueno, me puse muy triste y... como resignada. No sé, me sentía como un ser humano recién acuñado y acababa de descubrir un mundo de posibilidades, ¿sabes? Claro que las posibilidades para una chica como yo en los cincuenta no tenían nada que ver con las

de ahora, pero en fin, ese fue mi pequeño momento de felicidad. Antes de que pudiera digerir mi viaje, ya había vuelto a la universidad. Luego conocí a tu padre y nos casamos y me quedé embarazada y... y todo ese universo de posibilidades se me quedó atrás esa noche en el Sena con Donny MacDonald. —Janet se secó una lágrima con un pañuelo de papel—. ¿Y tú qué? ¿Cuál fue tu momento de felicidad?

Janet no se esperaba que Wade tuviera un recuerdo más feliz; era demasiado joven para tener recuerdos, y menos aún recuerdos malos o buenos, pero su hijo la cogió desprevenida.

—Fue con Jenny. Hará un par de meses o así.

—¿Con Jenny?

—Sí. Estábamos juntos en la hamaca detrás de su casa. Ya sabíamos que estaba embarazada y creíamos que podríamos salir adelante. Yo iba a buscar trabajo y un piso e íbamos a criar a nuestro hijo y formar una familia. Entonces me cogió la mano y se la puso en la barriga y, no sé, dejé de ser yo, dejé de ser Wade Drummond. Me había convertido en alguien más grande y más importante que yo, ¿sabes? Teníamos la sensación de haber creado un planeta y que esa sensación iba a durar para siempre.

Janet se quedó callada. *Esta es la forma de Wade de rellenar los espacios en blanco que yo he dejado.*

Pasó un coche patrulla, llenando la calle de bocinazos y sirenas. El sol se escondió detrás de las nubes.

—Wade, ¿por qué no vienes a casa, cariño?

—¿A verte? Claro. No te preocupes. Me pasaré la próxima semana si puedo. Depende de mi horario.

—No. No me refería a eso. Quería decir que ¿por qué no vuelves a vivir en casa? Estoy segura de que tu padre se arrepiente de la pelea y de lo que pasó en la fiesta.

—Mamá...

—No sé. Igual conseguimos cambiar...

—Mamá, por favor. Me he ido de casa.

—No digas eso, cariño.

—Ya no puedo volver, mamá. Me he ido.

Janet volvió a sentirse como si se cayera en el tiempo. Aterrizó de nuevo en la cafetería del aeropuerto de Tejas, donde estaba a punto de pagar la comida. Fue con la bandeja a sentarse encima de una barandilla al lado de un ventilador. Cuando acabó de comer, vio que todavía le quedaba una hora y cuarto sin nada que hacer. Al otro lado de la sala había un centro de Internet. Uno de los ordenadores estaba disponible, así que se sentó y buscó a Donny Mac Donald. Descubrió que era oftalmólogo y vivía en New Lyme, Connecticut. Janet estuvo dando vueltas a la idea de ponerse en contacto con él, pero se dio cuenta enseguida de que nunca se atrevería a hacerlo.

De repente dejó de caer y Janet y Wade se hundieron en un pudín de fango

caliente. Janet no tenía miedo. El coche de Lloyd y Gayle desapareció flotando por el puente y sabía que no volverían a verlos. Su cuerpo chocó contra el de Wade. El agua caliente del pantano solo les llegaba a las rodillas, pero cuando lograron ponerse de pie, las piernas se hundieron en el lodo como si fueran postes de muelle.

—¡Mierda! —dijo Wade—. Lo siento, mamá.

—No tienes que sentir nada, Wade. Todo esto ha sido por mi culpa. He sido yo quien te ha metido en este follón.

Estaban haciendo una especie de baile torpe para no perder el equilibrio.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Wade.

—Creo que sí. En la muñeca y el tobillo. Supongo que habrá sido por las esposas. Pero bueno, el dolor no siempre quiere decir herida, ¿verdad? ¿Y tú?

—Sí. El brazo.

Lograron ponerse rectos, ya acostumbrados a la luz de la luna. La luz artificial más próxima procedía de unos hoteles en la costa atlántica a más de veinte kilómetros. Desde el pantano, parecía como si las luces estuvieran esperando que las desamarrasen para poder flotar hasta el cielo.

—Pues, creo que también tengo unos cortes bastante profundos en los brazos —dijo Janet.

—El mío está roto, mamá.

—¿Roto? ¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes?

—Mira...

El antebrazo libre de Wade le colgaba de forma alarmante. Tenía un bulto enorme que le salía por debajo de la piel.

—¡Dios mío, cariño! ¿Te duele?

—No. No demasiado.

Janet no se lo creyó, pero no había tiempo para discutir por nimiedades.

—Wade, el agua ya debe estar llena de sangre. ¿No habrá caimanes?

—Tranquila, mamá. Lo que dice la gente es histerismo puro. La verdad es que no es para tanto.

—Me estás mintiendo.

—Bueno, quería quitarte una preocupación de encima.

Janet miró los pilares grises que sostenían el puente encima de sus cabezas.

—Oye, ¿y si intentamos subir hasta el puente? No parece demasiado alto.

Wade lo miró y dijo:

—Ni hablar.

—Pues intentemos salir caminando.

—En teoría, si no estuviéramos esposados ni heridos, podría llevarte a cuestas hasta la orilla, pero igual está a varios kilómetros. Además, así no vamos a llegar a ninguna parte.

—Pues tendremos que esperar a que pase otro coche.

—¿Ah sí? ¿Y a qué coche te refieres exactamente? Mamá, esto debe de ser un camino privado o del gobierno o... yo qué sé.

—¡Wade! ¡Ya basta de ser tan negativo! Alguna forma habrá de salir de aquí. ¿Wade...?

Janet se dio cuenta de que Wade estaba conteniendo las lágrimas.

—¡Ostras, cariño! Perdóname. No estoy enfadada contigo. No quería hablarte así.

—No es por eso, mamá. Es que todo lo que toco se vuelve podrido. Todas las vidas de toda la gente que quiero se vuelven podridas. Mi vida es una mierda. Un cero. Perdida.

—Hombre, tampoco te pases. ¿Y mi vida qué?

—Pero ¿cómo puedes quejarte de tu vida? Has tenido una vida maravillosa. Has tenido tres hijos. Eras el centro de la familia. Has...

—¡Quieto ahí! Has dicho «eras el centro».

—Perdona. Eres el centro.

—¡Pues mira qué bien! Mira cómo ha salido mi vida tan maravillosa.

—Al menos no carece de sentido, mamá.

—Mira, chato. Ya hablaremos de esto otro día, ¿vale?

Wade parecía más tranquilo. Janet solo podía imaginarse el dolor que tenía en el brazo y dijo:

—Cariño, ¿estás bien así? ¿Cómo quieres que me ponga para que estés más cómodo?

—¿Por qué no nos arrodillamos? Así al menos estaremos más estables.

—¡Ay! La muñeca...

Janet notó como una puñalada en la muñeca. Wade la miró y vio lo mismo que Janet: la piel se le había rasgado y le colgaba en tiras del brazo.

—Mamá, ¡cuánto lo siento!

—Wade, todavía faltan seis horas para que salga el sol y... no sé qué vamos a hacer, aunque haya luz.

—A ver, vamos a arrodillarnos, ¿vale? A ver si nos tranquilizamos un poco. Respira.

Se quedaron callados. La luna siguió brillando, los insectos siguieron dando vueltas y Janet creyó ver unas garcetas dormidas en medio de los densos juncales del pantano. Intentó no sentir dolor, pero le resultaba muy difícil fingir. Pasó un avión a unos kilómetros por encima de sus cabezas, pero al cabo de un minuto, volvieron al mismo silencio espeso y proteico de antes. Janet se sintió como si fuera una bacteria, como si fuera un reptil, como si fuera un pedazo de carne. No se sentía humana.

Sonó un teléfono móvil.

¿Qué?

Estaba en el bolsillo derecho de Janet.

—Wade, lo siento. Es que pensé que...

Metió la mano entre los pliegues del bolsillo, que estaba lleno de agua y fango.

—... estaría muerto con toda esta agua.

Wade la miró alarmado.

—Hoy en día los hacen resistentes al agua, mamá.

Janet, desesperada, abrió la tapa del teléfono como pudo.

—¡Hola! ¡Socorro!

—¿Mamá? ¿Eres tú? —dijo la voz de Sarah.

—Sarah, llama una ambulancia. Wade y yo estamos heridos. Estamos en medio de un pantano.

—¿Cómo? ¿Un pantano? ¿Dónde?

—No tengo ni idea. Tierra adentro... al sur de Daytona Beach.

—¿Y las heridas?

—Wade tiene el brazo roto. Parece un trozo de madera partido por la mitad. Y estamos esposados. Tengo la piel toda rasgada.

El teléfono emitió una serie de pitidos. Se estaba quedando sin batería.

—Mamá —dijo Sarah—, escúchame. Quiero que cuelgues ahora mismo. ¡Ahora!

*Biip biip biip*

—La batería...

—Mamá, cuelga. Ahora mismo te vuelvo a llamar.

... *clic*

Sarah le había colgado.

—¿Qué le decimos, Wade? ¿Dónde estamos? ¡Por el amor de Dios!

Por enésima vez en esa misma semana, Janet tuvo la sensación de estar en otra época y en un país que no era los Estados Unidos.

—Mamá, espero que la batería aguante unos segundos más. ¡Joder! ¡Estamos a merced de una batería!

—Tengo miedo, Wade.

—No tengas miedo, mamá. Todo saldrá bien. Te lo prometo. Por favor, no te asustes ahora.

Permanecieron en silencio. Los escarabajos palmetto zumbaban, los chotacabras gorjeaban y los grillos chirriaban. Sonó el móvil.

—¿Sarah? ¿Estás ahí?

Le contestó una voz masculina, fría, técnica e indiferente:

—Le hablo desde el centro de triangulación de la NASA. ¿Me recibe?

—¡Sí! —gritó Janet, pero la pregunta iba dirigida a otro técnico.

—Le recibo, NASA. Fuente de señal confirmada. Localización...

*Biip biip biip*

El teléfono estaba muerto.

—Wade, ¿qué quería decir? ¿Qué es la triangulación? No nos habrán encontrado, seguro.

—Mamá, no puedes estar segura.

—¿Y si no saben dónde estamos?

—No sabes si nos han localizado o no. No te pongas nerviosa, ¿vale? En el peor de los casos, nos vendrán a sacar de aquí cuando salga el sol.

—Wade, tienes el brazo como un palo de escoba roto. Cuando salga el sol, ¿qué quieres que pase?

—Pues que habrá luz.

—No seas tonto.

—No. La tonta eres tú, mamá.

—No, tú eres el tonto.

—Tonta.

—Tonto tú, ¿vale?

—Tú, tonta.

—¿Cómo tienes el brazo, Wade?

—Está perfectamente tonto.

—Aguantaremos hasta la mañana, ¿verdad?

—No lo dudes.

Los dos se callaron. A su alrededor oían más ruidos de los bichos que entraban y salían del agua; zumbidos; un ululato en la oscura distancia.

—O sea que al final le entregaste la carta a Florian, ¿verdad?

—No. ¿Por quién me has tomado?

—Pero si él dijo que...

—Florian no sabía qué decía. Yo tenía la carta auténtica en el bolso cuando fuimos a cenar, pero le dije que era una falsificación. La auténtica sigue aquí, en mi bolsillo... segura entre sus capas de plástico.

La sacó haciendo una mueca de dolor.

—Ten. Guárdala tú —dijo Janet, metiendo el documento en el bolsillo de la camisa de Wade.

—Oye, mamá. ¿Qué les has dicho a papá y a Nickie cuando hemos llegado a la casa?

—No sé a qué te refieres.

—Les has dicho algo y... se les ha cambiado la cara. No sé, cómo si les hubieras quitado diez años de encima. Hasta papá parecía tranquilo. ¿Qué les has dicho? Sabes algo y no me lo quieres decir.

—Tienes razón.

—¿Qué es? Venga, dímelo.

Janet se preguntó cómo iba contárselo. Había sido tan fácil con Nickie y Ted. Se había sentido como un *capo* de la mafia de aquellos que ofrecen bendiciones capaces de transformar la vida de los demás en un abrir y cerrar de ojos y seguidamente piden una garrafa de vino tinto como si nada. Pero con Wade le resultaba más difícil contarle la noticia, algo que no había previsto.

—Wade, imagínate que no tuvieras el sida, que no estuvieras enfermo y que te enteraras de que el positivo era falso, igual que Beth.

—Mamá, estoy hecho polvo. Además, seguro que este rato que llevamos sentados en el pantano con las heridas abiertas acabará con nosotros.

—Contéstame, Wade. Finge.

—¿Que qué haría?

—Sí.

Wade se lo pensó durante un rato.

—Supongo que me quedaría sin excusas para el resto de mi vida.

Janet permaneció en silencio.

—Pues...

Wade volvió a titubear.

Janet también se lo pensó. No había tenido ningún ratito para ella desde que Cissy la había curado en el restaurante. ¿Qué diferencia habría entre morir a los sesenta y cinco y los setenta y cinco años? Esos diez años de más... ¿Qué iban a significar? U ochenta y cinco... Veinte años más. Los había deseado con tanta fuerza y había llorado su pérdida tantas veces, que ahora que los tenía no era capaz de descodificar sus consecuencias. *Puestos a descodificar, ¿qué ha sido de los primeros sesenta y cinco años de mi vida? Tal vez el acto de querer vivir y de recibir más vida es lo único que importa. Olvídate de la pila de haikus que podrías escribir. Olvídate de aprender a tocar el violonchelo y de trabajar como una esclava por causas benéficas. Pero ¿entonces qué?*

Pensó en su vida y en lo perdida que se había sentido durante casi toda ella. Pensó en el hecho de que todas las verdades que le habían enseñado a considerar valiosas siempre discrepaban con el mundo tal y como se vivía. ¿Cómo era posible que una persona que se sentía tan terriblemente perdida pudiera seguir adelante? Por alguna extraña razón, desde que se había enterado de que estaba enferma, no se había sentido tan perdida. Era lo único que sabía a ciencia cierta. La enfermedad la había obligado a buscar nuevos conocimientos y consuelo en lugares que de otro modo ni siquiera hubiera soñado. La enfermedad la había obligado a conocer y conectar con personas que de otro modo hubieran seguido siendo sombras dentro los coches que se paraban a lado del suyo en los semáforos. Quizás ahora seguiría buscando ideas que jamás se hubiera imaginado en los lugares que una vez le fueron prohibidos, no porque tenía que hacerlo, sino porque le apetecía hacerlo, y porque había resultado ser el único y

verdadero sendero que la había alejado de su premuerte quebradiza e insufrible. Ahora tendría la oportunidad de escudriñar las almas de todos aquellos que se le cruzaran en el camino: en el supermercado, en el parque, en la biblioteca. Todas esas almas, luces brillantes que la deslumbrarían quizás...

—Pues supongo... —dijo Wade.

—¿Sí?

—Bueno, pongámoslo así: ahora mismo estoy técnicamente muerto, ¿vale? No me digas que no, porque los dos sabemos que estoy bien jodido. Lo único que han conseguido todos esos inhibidores de proteasa e inhibidores de transcryptasa reversa es regalarme un año más junto a Beth y, bueno, supongo que también me han permitido venir hasta aquí para ver el lanzamiento con todos vosotros —dijo Wade, mirando a su madre—. Ha sido la hostia, ¿verdad?

—La más grande de todas.

—Pues ya está —dijo Wade, volviéndose para mirar las luces amarillentas de los hoteles en la lejanía—. Pero si ahora me dijeran que no iba a morirme, no creo que pudiera seguir siendo Wade.

—¿A qué te refieres?

—Pues que tendría que volver a empezar de cero. No sé, sería como un científico en un tebeo que queda lisiado tras un accidente horrible, pero que descubre que le han dado un superpoder a cambio, ¿sabes?

—¿Y cuál sería tu superpoder? —preguntó Janet.

—Tú primero. Dime el que escogerías tú.

—Vale. ¿Tienes idea de cuál sería?

—Qué va. Ni idea.

—Pues mira. ¿Te acuerdas cuando añadimos dos habitaciones y un cuarto de baño a la casa? Debió de ser hacia 1970. Bueno, hubo un período durante las obras, una semana más o menos, en que habían hecho los marcos de las paredes pero todavía no los habían rellenado. Por las noches, me levantaba para ir a ver las nuevas habitaciones y entraba y salía de ellas, a través de las paredes que no estaban como si fuera un fantasma. Me sentía tan poderosa, tan sobrehumana... La verdad es que no sé por qué me afectó tanto. Pero en fin, ese sería mi superpoder: me gustaría atravesar paredes.

—No está mal.

—¿Y tú?

—Es curioso. Beth y yo hablamos de esto una vez. Le dije que quería poder disparar láseres de los ojos... No. De los dedos... y cuando diera a alguien con uno de los rayos, esa persona vería a Dios. Sería Santo Varón: ese sería mi nombre. Pero ahora no estoy tan seguro. Creo que un superpoder tan superpoderoso sería demasiado para un simple mortal. Pero bueno, supongo que podría intentar ver a Dios

por mí mismo, y cuando lo viera, me pondría a disparar láseres a diestro y siniestro sin parar y me convertiría en un transformador divino de veinticuatro horas.

—O sea que si te curaras, intentarías llegar a Dios.

—Sí.

—¿Estás dispuesto a hacer una promesa solemne?

—Hombre, hacer promesas solemnes no es lo mío —dijo Wade—. De hecho, solo he hecho una en toda mi vida. Y porque me lo pidió Beth. Pero en este caso, sí, estoy dispuesto a hacer una promesa solemne.

—Dame el brazo.

—¿Cómo?

—El brazo roto.

—Pero ¿por qué?

—Wade, haz lo que te digo, ¿quieres?

Janet puso la muñeca que tenía esposada encima de la herida abierta de Wade.

—¡Mamá! ¿Te has vuelto loca? ¡No deberías hacer eso!

—Wade, ¡haz el favor de callar de una vez!

Janet apretó la muñeca contra la herida de Wade.

—Uno, dos, tres...

—¿Mamá?

—Calla, Wade. Cuatro, cinco, seis...

—Mamá, ¿se puede saber qué estás haciendo?

Janet siguió contando:

—Doce, trece, catorce...

—No me digas que Florian...

—Veinticinco, veintiséis, veintisiete...

—¡Oh, Dios mío!

—Treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve...

—Lo hizo, ¿verdad?

—Cuarenta y dos, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro...

—Mamá...

—Cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho...

—Yo...

—Sesenta, sesenta y uno, sesenta y dos. Ya está.

Janet apartó la muñeca, separando sus sangres mezcladas y un poco coaguladas.

La sensación era como la de apoyarse en una pared recién pintada y pegajosa.

—Te arregló, ¿verdad?

—Sí, cariño. Me curó.

—Y ahora tú me acabas de...

—Sí, cariño. Has vuelto a nacer.

—Yo... ahora podré ver crecer a mi hijo.

—Sí, y yo también.

Del sur llegó el estruendo de helicópteros, y con él, un rayo de luz que bajó del cielo, iluminando el pantano y a madre e hijo.

Una hora antes de embarcar, a Sarah le mostraron un monitor por el que veía a su familia en la tribuna de los VIP. En su vida había visto una banda tan destartada: estaba Bryan con ese bicho raro de Shw, los dos llenos de cardenales y con los ojos morados, Bryan cubierto de crema de zinc y Shw con muletas; papá con la mano pegada al culo de Nickie, a cuyo lado había un hombre con el antebrazo vendado. *¿Y ese quién es?* A Howie no se lo veía por ningún lado. *Buah, ya ves.* Mamá y Wade, dando testimonio del oficio de la enfermera, con sendos bragueros y cabestrillos y vendas y muletas. Beth parecía recién salida de una reposición de *La casa de la pradera*. Por último, había un sofisticado euroindividuo. *¿Por qué siempre es tan fácil reconocer a los europeos? ¿Y por qué está abrazando a mamá?* El europeo le estaba diciendo algo visiblemente gracioso al oído. Justo al lado de su familia veía la familia Brunswick, vestidos de technicolor con polos a juego y collares gruesos compuestos de prismáticos, cámaras, videocámaras.

A su lado, su propia familia parecía tan... tan dañada, pero bueno, allí estaba y al fin y al cabo, era su familia. A pesar de todos los estudios genéticos que había realizado, Sarah jamás había comprendido cómo había salido de semejante caos.

*Bueno, la naturaleza confabula para que la vida sea interesante, ¿no? En fin, a lo que íbamos...*

Sarah sabía que si se moría durante el despegue, sería una muerte rápida. Era consciente de las probabilidades. Había oído todos los rumores de la NASA: cuerpos bañados en combustible, retorciéndose a medida que se convertían en lava; los técnicos en la pista que, mientras comían un bocadillo, se despistaban y se metían sin querer en chorros invisibles de hidrógeno ardiendo y acababan vaporizados en un segundo; y por supuesto había el accidente del Challenger en 1986. Se acordaba perfectamente de dónde estaba cuando oyó la noticia: iba en coche hacia la Universidad de Pepperdine, donde tenía que dar una conferencia y había tenido que parar el coche y respirar hondo, como si hubiera recibido una patada en las tripas. Y ahora... Ahora estaba sentada cómodamente en una silla y el despegue ya había comenzado. Para su sorpresa, el estruendo del transbordador era tan ensordecedor y tan salvaje y tan hambriento que se parecía más a un color, a un tono como el de un rayo blanco dando vueltas alrededor de la cabeza de Frankenstein... un reactor nuclear activo.

*Después de tantos años finalmente me voy. Tengo los brazos y la cabeza tan imposiblemente pesados, como si me hubieran atado cajas llenas de libros de texto o rocas de un río. Apenas puedo abrir los ojos.*

Intentó despejar la cabeza para disfrutar del momento como si estuviera en pleno acto sexual. Quería vaciar su mente, pero no lo conseguía del todo. Las imágenes de

hacía dos noches le invadían la percepción con insistencia, imágenes de los médicos sacando a su madre y a su hermano de un pantano en Volusia County como si estuvieran quitando un insecto de la sopa con una cuchara. Estaban cubiertos de pies a cabeza de un rebozado de fango y sanguijuelas; tenían la piel rasgada y sangrienta; a Wade le salía un hueso de en medio del brazo y tenía las piernas llenas de sarcoma. Pero lo más raro de todo era que estaban esposados.

—¡Mamá! ¡Wade! ¿Qué os ha pasado?

—Es una historia muy larga, hermanita.

—Cariño, mejor que lo dejemos para otro día.

Los médicos los lavaron con agua fresca, les quitaron las sanguijuelas, los desvistieron, los embutieron de analgésicos y los secaron con gasas y un secador de pelo. Una doctora les había cortado las esposas con unos enormes alicates.

Los hechos se habían sucedido de una manera inverosímil: la llamada a su madre para pedirle perdón, la noticia escalofriante, los cien metros lisos por la torre de lanzamiento blanca y antiséptica berreando que por favor, que algún técnico de radar le localizara con exactitud la señal del móvil, el mono y el casco de cuarentena que se había puesto antes de salir corriendo de la zona restringida para parar un carro de golf que la llevara al pabellón médico. *¡Soy una crack, joder! Esto es como una reposición de M\*A\*S\*H y yo soy la protagonista.* Sabía que la NASA ya no podría sustituirla. Era demasiado tarde. También sabía que le echarían una bronca colosal, pero que no llegarían a castigarla, y así fue.

*Parpadeo...*

El despegue seguía. Sarah se imaginaba a kilómetros por encima de la superficie de la Tierra. Todavía no había estallado en mil pedazos, pero estaba paralizada debido a la gravedad de más y no podía girar la cabeza para mirar a Gordon.

*Parpadeo...*

Estaba en el helicóptero, a punto de aterrizar en un puente de madera del mismo color seco y plateado que el ala de una palomilla. El puente pasaba por encima de un inmenso pantano, pero los reflectores del helicóptero habían encontrado a su madre y a Wade al instante. *¡Bendito sea el radar!* El piloto, viendo que estaban esposados, preguntó sin pizca de humor:

—¿Son prisioneros?

Los rotores fueron disminuyendo la velocidad hasta detenerse y Sarah saltó al puente y miró por el borde al agua. Tenía la luz detrás y sabía que desde donde estaban Janet y Wade, debía de parecer una aparición astral, un ángel de uranio con una bola de plexiglás en la cabeza, crepitando y ostentando poder y el Verbo.

*Parpadeo...*

El transbordador estaba girando y la fuerza de gravedad había disminuido. *Debemos estar sobrevolando África.* Se volvió para mirar a Gordon, que había hecho

exactamente lo mismo. Eran dos vírgenes del espacio que creían haber descubierto el mundo ingrávido por sí solos. Gordon le guiñó el ojo.

*Parpadeo...*

—¡Mamá, por el amor de Dios! Dime qué ha pasado.

—Es que ahora no puedo, cariño. Es demasiado... escabroso. Tú vas a necesitar todo el coco para el viaje.

—Ya te vale, mamá. Ya me he dado cuenta de que ha pasado algo escabroso.

Wade, desde una camilla de evacuación de plástico, le guiñó el ojo y le aseguró:

—Sarah, confía en mí. Déjalo hasta que vuelvas.

Sarah estaba furiosa:

—¡No puedo esperar tanto!

—Sí que puedes —dijo Wade—. La mañana de Navidad tú siempre eras la más tranquila de todos.

—Pues claro. ¿Qué te creías, que me iba a esperar? Es que cada Nochebuena bajaba a abrir los regalos para ver qué había.

—¿Eso hacías? —preguntó Janet.

Los médicos estaban arrojando a Janet en una camilla igual que la de Wade. Lo más insólito es que Janet y Wade estaban completamente sosegados tras su inquietante experiencia, como si estuvieran en paz con el mundo.

—Gracias por venir a buscarnos, cariño.

Sarah volvió a repetir las palabras de su madre:

—¿Gracias por venir a buscarnos?

—Hombre, me imagino que ahora mismo debe de ser arriesgado para ti.

—Bueno, no te creas. Me echarán una bronca, pero ya se les pasará.

—Supongo que no llamarás a la policía, ¿verdad? —preguntó Wade.

—No creo que a la NASA le interese demasiado que el hombre de la calle se entere de todo esto. No.

El helicóptero se puso en marcha. Cuando ya estaban en el aire, Wade preguntó:

—Oye, ese traje de cuarentena que llevas... ¿es resistente a los gérmenes?

—Sí.

—O sea que si una persona no tuviera sistema inmunológico, podría llevar un traje como el tuyo y nunca se pondría enferma, ¿no?

—Hombre, sí... Pero la verdad es que estamos tan plagados de bichitos que sería como aquello de ponerle puertas al campo. ¿Sabes?

—¿Os acordáis de aquella peli? —preguntó Wade—. ¿Cómo se llamaba...? *El niño de la burbuja de plástico*, o algo así.

—Por supuesto.

—¿De qué iba? —preguntó Janet.

*Esto es demasiado. Son las cuatro y media de la mañana y estoy sobrevolando un*

*pantano con mamá y Wade y estamos hablando de una película hecha para la televisión de los años setenta.*

—Pues nada. Hay un tío, John Travolta, que nace sin sistema inmunológico, ¿vale? Entonces tiene que vivir dentro de una burbuja en casa de sus padres. Pero un día se harta de tanta burbuja y la pincha para poder salir al mundo real.

—Jo. ¿Y qué? ¿Se muere? —preguntó Janet.

—Claro. ¿Y qué te esperabas? Pero al menos llega a ver el mundo real.

Janet consideró este final.

Sarah pensó: *¡Qué ruido hacen estos helicópteros!*

De repente, Janet saltó:

—Oye, cariño. Cuando se acabe la misión, ya serás libre.

—¿Cómo que libre? ¿Libre de qué?

—Pues ya no te quedará nada por demostrar. Podrás llevar una vida normal. No tendrás que cumplir la visión que tienen los demás acerca de tu vida.

—Te refieres a papá, me imagino.

—No. De hecho, me refería a todos.

—Sí... Tienes razón.

*Parpadeo...*

*Ahora estoy en el espacio. Estoy flotando. No siento náuseas. No estoy mareada. Estamos yo, el planeta, Gordon y mis experimentos. Si la vida solo consistiera en esto, sería perfecta.*

Los cuatro tripulantes a su lado estaban realizando sus tareas de forma metódica y precisa. Gordon le hizo un gesto y se fueron ¿a sentar?... ¿a flotar?... ¿a estar?... en un rincón, cara a cara.

—T menos catorce horas —dijo Gordon.

—Te recibo, comandante Brunswick.

Dentro de catorce horas, Sarah y Gordon se aparearían, pero eso no era lo que más la emocionaba. Lo que la emocionaba era que si todo salía según lo previsto, concebiría un bebé durante el vuelo, el primer bebé en ser concebido entre las estrellas. Un niño concebido en el espacio sería un dios. La mera existencia de esta criatura sería la prueba de la perfección humana, la prueba de la capacidad humana de ponerse por encima de un mundo cruel y extraño y de ser impecable, dorado, curioso y poderoso.

Miró por la ventana a la Tierra valiente y azul. Extendió la mano y entrecerró los ojos y durante un instante, antes de emprender sus obligaciones, la sostuvo en la mano.

*Parpadeo...*

Justo antes de aterrizar en la NASA, Sarah se acordó de un detalle del vuelo y se lo comentó a Janet y Wade:

—Ahora que me acuerdo, me han dicho que puedo llevarme trescientos cuarenta gramos de efectos personales a bordo. ¿Tenéis algo que no pese mucho y que os haga ilusión mostrar a vuestros amigos en el año dos mil veinte para fardar de tener un objeto que ha ido y ha vuelto del espacio sideral?

Janet y Wade se miraron y, seguidamente, Wade sacó una carta del bolsillo de la camisa. Antes de dársela, le preguntó:

—Sarah, ¿vas a pasear por el espacio allá arriba?

—¿Cómo? ¿Si voy a salir del transbordador?

—Sí.

—Pues sí. Eso es lo que me han dicho.

—Y si dejaras una cosa por allí, iría dando vueltas a la Tierra para siempre, ¿no?

—Hombre, durante un montón de años, seguro.

—Pues quiero que te lleves esto —dijo Wade, entregándole la carta—. Pero no quiero que me la vuelvas a traer, ¿vale? Prefiero que se quede allí, en órbita.

Sarah miró la carta pero no hizo ninguna conexión histórica.

—Ningún problema.

—¿Me lo prometes?

—*¿Y este qué anda tramando ahora?*

—Te lo prometo.

—Bien.

La expresión de Wade era la misma que habrían puesto los pioneros que cruzaron el continente en un carro Conestoga cuando abandonaron un piano en medio del polvo de Oklahoma: una carga menos.

—¿Y tú, mamá? ¿Tienes algo?

—Cariño, pásame esas tijeras que hay allí, por favor.

—Pero ¿para qué las quieres?

—Vamos, cariño. Las necesito. Solo será un segundo.

Sarah le pasó las tijeras y Janet, a pesar de las heridas en los brazos, se recogió el pelo detrás de la cabeza y se cortó toda la coleta.

—Ya está.

—¡Mamá! Pero ¿qué haces?

—¡Ay, calla, hija! Estas tijeras cortan de maravilla. Me tienes que decir dónde las compráis.

—Pero, mamá, ¿por qué...?

Rápidamente, Janet hizo un nudo con el mechón.

—Mamá, me estás asustando.

—Vale, pues dime una cosa. Si estuvieras en el espacio y lanzaras un objeto hacia la Tierra, cuando entrara en contacto con la atmósfera se quemaría, ¿verdad?

—Sí.

—Perfecto pues —dijo Janet, entregándole el mechón—. Eso es lo que quiero que hagas, cariño.

—A ver. ¿Quieres que tire tu coleta hacia la Tierra?

—Exactamente.

—Pero ¿por qué?

—Pues porque la gente mirará la cola que deja cuando entre en la atmósfera y sin saberlo, me estarán mirando a mí.

—¿Y...?

—Y... creerán que han visto una estrella.



DOUGLAS COUPLAND (Canadá, 1961). Nació en una base militar de la OTAN en Baden Sollingen, Alemania. En 1965 volvió con su familia a Vancouver, Columbia Británica. En 1984 se graduó en la Escuela de Arte y Diseño Emily Carr de Vancouver. Posteriormente viajó a Hawai (Estados Unidos), Milán (Italia) y Sapporo (Japón), donde realizó estudios empresariales y de diseño industrial. Actualmente reside entre Los Ángeles, Vancouver y Escocia. Su primera novela, *Generación X*, de 1991, ha dado nombre a los hombres y mujeres de su edad, desconfiados de ser un objetivo del mercado y deseosos de llevar una vida independiente y distinta a la de los yuppies que les precedieron, y a la generación de los rebeldes de la década de 1960, que son sus padres. El tema de la generación X surgió por primera vez en un artículo que Coupland publicó en 1988 en una revista local. *Planeta Champú* (1992), supuso su confirmación como novelista relevante. Insiste en las mismas características de unos personajes que han crecido y se encuentran ante la disyuntiva de integrarse en una sociedad que no les gusta o mantenerse al margen. Una colección de cuentos, *La vida después de Dios* (1994), constituye hasta el momento su obra más valorada por la crítica. Utiliza el mismo estilo aparentemente descuidado y superficial que le caracteriza para narrar cuestiones profundas y que afectan indudablemente a los que se van haciendo adultos en la década de 1990. En 1995 publicó *Microsiervos*, una novela sobre los jóvenes empleados en una importante empresa informática. *Polaroids* (1996), es una colección de historias reales o ficticias sobre lugares y personajes que han marcado nuestras vidas. Posteriormente ha publicado *Girlfriend in a Coma* (1998), *Lara's Book: Lara Croft and the Tomb Raider*

*Phenomenon* (1998), *Miss Wyoming* (1999), *City of Glass* (2000), *La segunda oportunidad* (2001) y *Todas las familias son psicóticas* (2001).